

A close-up photograph of a woman with long, dark, wavy hair lying down. She is smiling broadly, showing her teeth. She is wearing a black choker necklace with gold-colored accents. The background is a light-colored, textured surface, possibly a bedsheet or pillow. The text is overlaid on the upper portion of the image.

REBECA COD

*No suena a
Best Seller*

Rebeca Cod

No suena a

Best Seller

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

© Rebeca Cod, 2018
ISBN: 9781790330720

Imagen de cubierta:
© Manuel Sampedro Pérez
© Patricia Salvador Huerta

Correcciones:
www.laerrataquemata.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la escritora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y siguientes del Código Penal).

A Marcela y Lorenzo...
Ojalá nunca se nos acabe el tiempo

El amor es lo único que crece cuando se reparte
Antoine de Saint-Exupéry

Prólogo

Mi nombre es Ana Santos Santos (no es errata el Santos duplicado). Mi madre y mi padre se apellidan igual; sin embargo, aseguran no tener vínculo consanguíneo ascendente. Una vez que los conoces, no cabe la menor duda: son como el agua y el aceite. A pesar de tanta santidad, de santa tengo poco. En líneas generales me considero buena persona, como cualquier otra, como la mayoría de las personas. Ni beata, ni malvada. Soy una mujer llena de algunas virtudes y muchísimos defectos.

Soy una soñadora empedernida. Desde que tengo uso de razón he sido enamoradiza. Sé que sufro de bipolaridad, aunque los médicos se empeñen en decir lo contrario. Creo en el amor por sobre todas las cosas (si bien muchas veces se me ha escapado entre los dedos, yo soy tozuda, me empeño y sigo creyendo). Creo en el amor que se refleja en un mínimo gesto; el amor que dura solo un momento y el que perdura una eternidad.

Soy adicta al drama, a la poesía, a los boquerones y al Johnnie Walker.

Quizá he llorado más de lo que hubiese querido, pero también he reído más de lo que esperaba... Mientras el subibaja siga en movimiento: ¡Si no me encuentran estoy en el parque!...

Soy una persona compleja, con una historia para muchos sencilla. Porque ellos no se hacen una idea de cómo me han cambiado la vida.

Esta no es una historia de venganzas, conspiraciones o mentiras, ni de tramas complicadas ni de agonías... Es una historia de esperanzas, de aceptación, de empatía; de ver el lado bueno de la vida, de aceptar las despedidas, de valorar cada segundo, porque nunca se sabe cuándo sonará el último latido.

No tenía idea de que todo esto soy yo hasta que alguien muy especial logró dar forma a mis palabras desordenadas.

Definitivamente, somos la suma de lo que hemos vivido y sentido. El

día que dejemos este mundo solo nos llevaremos un montón de recuerdos cargados de sentimientos. Si tenemos suerte permaneceremos vivos en el corazón de quienes nos han querido.

Si al leer estas páginas te descubres en una anécdota, en una línea o tan solo, en una palabra, es que una parte de ti sigue viva en mí y a mi cabeza loca le ha dado por reinventar su propia historia.

De cualquier forma ¡Gracias!

Gracias por haber sido y con ello, ser para siempre parte de mi vida.
Gracias por llenar mi mente de recuerdos que mi alma atesora.

Gracias por leerme.

Penúltimo Capítulo

Amanda cumple quince años

Mayo 2021

Aquel sueño se repetía: veía las nubes formarse en su fábrica secreta entre Roraima y Kukenán; me bañaban las estrellas el día de San Lorenzo en Tarifa; nadaba en las aguas cristalinas de La Albufera... Estaba en el cielo y no lo sabía...

—¡Mamiiiiiii!... He llegado para ayudaros —gritaba Amanda desde el pasillo mientras su voz escandalosa y sus pasos apresurados nos sacaban de nuestros sueños resacosos—. ¡Sí que habéis montado una buena fiesta anoche! Yo me pregunto: ¿No pensáis madurar nunca?... Hace un día precioso y vosotras echadas como marmotas... ¡Levantaos ya por el amor de Dios que es mi cumpleaños! —clamaba como loca mientras contenía la risa por el espectáculo.

Abrió las cortinas de par en par, dejando que la luz del sol se apoderara de cada rincón de la habitación. De un salto, se abalanzó sobre nuestros cuerpos descompuestos por la ingesta desmedida de alcohol.

—¡Esto tiene que ser el karma! ¿Por qué a esta familia le molesta tanto que yo duerma? ¿Cómo se puede tener una sobrina tan pesada?... Amandita, ¡eres peor que tu madre y que tu abuela juntas!, pero guapa como tu tía... ¡Que no quepa duda!... ¡Es que te como a besos! —soltaba Eva, tratando de zafarse del edredón para literalmente comerla a besos olorosos a ron.

—¡Éramos pocos y parió la abuela! —refunfuñó Mena desde la bañera donde había decidido pasar la noche, durmiendo plácidamente sobre un

colchón improvisado de cojines y almohadas (todo para estar más cerca del váter porque ahora que tiene cuarenta y muchos, dice que asimila mal el alcohol). Lo cierto es que, desde que tengo uso de razón, ha sido una borracha perdida y cada año que pasa lo lleva peor—. Amanda, sé buena cariño y trae a estas mujeres que tanto te quieren unas mimosas para desayunar.

—Estaba segura de que os iba a encontrar así... ¡Es que sois de lo peor! Las cuatro necesitáis ir a terapia con carácter de urgencia o vuestros hígados van a acabar en un museo —nos reprendió Amanda, con un tono mal logrado de enfado y decepción, puesto que la risa se lo impedía.

—A mí no me incluyas, bonita —protestó Sara mientras intentaba incorporarse—. Yo solo he bebido tónica, y a estas tres *santas* les he dicho en repetidas oportunidades que con mi hígado no cuenten para un trasplante.

Protestamos, réimos a carcajadas e hicimos volar cojines por los aires, cual guerra de almohadas en una fiesta de pijamas.

—¡Y luego decís que yo soy la cría! —resopló Amanda entre risas, procurando apoderarse de todos los cojines voladores para que aquella batalla campal terminase—. Pero como os digo una cosa, os digo la otra: el jardín os ha quedado precioso. ¡Mi fiesta será flipante! —Se lanzó sobre mí y sentí cómo me aprisionaba entre sus brazos en un fuerte abrazo, de esos que te roban la respiración, pero deseas que no acaben nunca.

—¡Sois las mejores *party planer* del mundo mundial! ¡Gracias mami! Te quiero hasta al infinito y más allá... Os quiero a las cuatro con pasión y locura desenfadada, pero por favor, esta noche promettedme que os comportareis como adultas. Solo eso os pido... No bebáis más, os lo ruego...

—¡Ni menos tampoco, cariño! —soltaron a coro Mena y Eva, a quienes ya comenzaba a plantearme seriamente internar en un centro de rehabilitación en los próximos días (por su propio bien y el bien de la sociedad en general).

—No te preocupes, cielo. Estoy segura de que todo saldrá genial esta noche. De ser necesario, a tu glamurosa tía Mena la esposo al váter de inmediato. A tu modesta tía Eva le doy una sobredosis de Dormidina cuando termine de cocinar ¡claro está!, y a la voluminosa tía Sara... Ya la ves... A menos que se nos ponga de parto, creo que pasará el resto del fin de semana tumbada en la cama, que la pobre necesita una cura de sueño. En cuanto lleguen todos tus amigos el jardín será solo vuestro... ¡Prometido! —sentencié alzando el meñique y acompañé mi promesa con el beso más dulce que una madre resacosa pueda dar a su primogénita.

Hace quince años, cuando vi a Amanda por primera vez, todo mi ser temblaba. Nunca había estado tan nerviosa de conocer a alguien; jamás el roce de una piel me hizo tanto bien; su primer llanto desesperado hizo correr la dicha por todo mi ser; nunca fui tan feliz como la primera vez que la vi. Desde entonces duermo menos, pero sueño mucho más.

El nombre Amanda proviene del latino *Amandus*, que viene siendo una conjugación verbal de *amar* y significa *digna de amor* —según dice Wikipedia—. Según digo yo, mi Amanda es amor en estado puro, y efectivamente ha de ser amada. La amé desde antes que existiera. Soñé muchas noches con ella, con su cara dulce, con su piel dorada como la arena, con sus ojos grandes de luna llena.

Ese lugar exacto donde el azul intenso del mar abierto se une con el azul cambiante de un cielo inmenso, para muchos es el horizonte; para mí, el horizonte es ella.

Hoy, un precioso sábado de mayo, Amanda celebra su decimoquinto cumpleaños. Ha querido celebrar una fiesta tipo ibicenca en el chalé donde vivían mis abuelos. Desde que faltó la abuela no hemos vuelto a dar fiestas allí. La última fue exactamente hace diez años. Es una pena; el lugar es ideal, tiene esa magia que en pocos sitios se puede encontrar; te invita a soñar y a pensar que algunos sueños se hacen realidad.

La casa como tal no es una gran obra arquitectónica. Es muy clásica, por no decir común, pero tiene algo que cautiva. No sé si será el olor a madera y especias, quizá sean sus colores vibrantes que sorprenden por todas partes; lo más probable es que sea la energía acumulada, producto de tanta vida de la que ha sido testigo, con sus llantos y alegrías, penas y sonrisas, dichas y agonías.

En su interior, los espacios son muy amplios y luminosos. Las habitaciones son cómodas y espaciosas. Se encuentran todas en la segunda planta a la que se accede por una escalera doble, digna de palacete. Hay ventanas y claraboyas por todas partes, lo cual da una sensación de apertura y libertad. Los muebles en líneas rectas —hechos en su mayoría por mi abuelo que era carpintero— son verdaderas joyas de olivo y nogal. Todas las paredes están decoradas con cuadros que nos hacía pintar a sus nietos en el taller (los míos, los más feos con diferencia). Desde muy pequeña pude darme cuenta de que mis habilidades manuales eran prácticamente nulas.

—No todas las niñas saben pintar, ni les gusta cocinar, ni pueden hacer peinados bonitos a sus muñecas —me repetía siempre mi madre, intentando

que sus palabras fueran reconfortantes. A mí me resultaban ligeramente humillantes, hasta que descubrí que mi madre tenía grandes problemas para expresarse.

A medida que fui creciendo reconocí que lo mío era torpeza crónica. Nací en una familia de apañados que hacían cualquier cosa con sus manos, más yo, he representado siempre un peligro con una tijera, un pincel, un cuchillo o una aguja. Sin ir muy lejos, hasta con un lápiz de ojos y un esmalte de uñas puedo hacer desastres colosales, no solo en mi persona sino también en objetos inamovibles como los elefantes de porcelana.

Mi abuela tenía una colección de ellos que rayaba en lo obsesivo. Desde que tengo memoria, en su casa solo ha habido como adornos decorativos, elefantes y floreros. De hecho, el más simbólico de todos, es un elefante-florero de casi un metro de altura que ha sido siempre ¡la bomba! Siendo sincera, raya en lo hortera. Se lo regaló mi padre, y partiendo de su mal gusto, unido a su peculiar tacañería, siempre era de esperar que sus regalos fuesen algo pintorescos.

A pesar de tal derroche de ordinariez, todos hemos tenido una relación de amor y odio con ese colorido elefante. Su piel es un mosaico de colores muy a lo Gaudí. En el lomo tiene una cavidad que hace la función de maceta, pero vale también de florero. Lo mejor es la trompa levantada y formando un arco sobre su cabeza, apuntando en dirección al lomo, la cual sirve de auto regadera en cuanto pulsas un botón. Grotesco en toda regla, pero no hay persona que haya pisado esa casa y se haya marchado sin antes fotografiarse con él. Cualquier otro objeto que llegase a casa de los yayos y no tuviese mirada dulce, orejas grandes y trompa larga, iba directo al garaje o bien al taller del abuelo.

El chalé y yo, además de compartir recuerdos y una familia peculiar, compartimos años. La casa fue construida en medio de un gran solar enmarcado por cipreses, justo el año en que nací.

Frente a ella, un amplio jardín con un césped tupido y podado siempre al ras. Desde allí hay una vista parcial del pequeño huerto del abuelo, una colorida granja donde en su época había unas cuantas gallinas, conejos y cerdos, entre ellos Pinky, mi primera y única mascota. Un cerdito precioso con la piel suave como un melocotón y de color rosa como el papel tapiz de mi habitación. Habitación en la que lloré tres días seguidos después de enterarme de que Pinky, cubierto de salsa de ciruelas, fue nuestra cena de Nochevieja para despedir la década de los ochenta.

En la parte trasera del chalé está la zona de la piscina y el paellero. La cocina exterior es enorme, incluso desproporcionada con el entorno. Por su parte, la piscina es mínima —parece más bien un *jacuzzi* medianamente grande—. Es obvio que, contando con esa piscina, de mi familia no iba a salir ningún nadador olímpico. En verano teníamos que hacer turnos para poder darnos un chapuzón a gusto, hasta que el abuelo compró una piscina hinchable y podíamos remojarnos a tutiplén.

Adoro esta casa, todo lo que ella representa. Me encanta estar de nuevo aquí preparando una fiesta. Por eso, y porque no sé decirle no a mi pequeña Amanda, secundé su idea, comprometiéndome junto a mi hermana, mi prima y mi mejor amiga a organizarle la noche ibicenca de sus sueños.

Ayer al mediodía, cual estampida gitana, huimos hasta el pueblo. La una de la tarde era nuestra hora prevista de salida. Quedamos en encontrarnos en el garaje de la urbanización en la cual, desde hace tres años, finalmente compartíamos las cuatro como vecinas.

Eva y yo, desde que volvimos a Valencia, no hemos podido vivir a más de doscientos metros de distancia. Hay quien dice que nuestra relación raya en lo enfermiza, pero como a mí poco me importa lo que los demás digan, lo reconozco con orgullo: no puedo imaginar mi vida sin Eva cerca.

Sara y su marido, en un ir y venir durante años entre España y Venezuela, cumpliendo a la perfección su misión de repoblar el planeta con la mezcla de sus genes, llevan ya cuatro años siendo mis vecinos oficiales junto a sus tres escandalosos hijos y el cuarto que viene en camino —que ruego a Dios, por la estabilidad mental de mi amiga y de la comunidad de vecinos en general, no se parezca a sus hermanos—. Lo reconozco también: mi vida siempre ha sido mejor por tener a Sara a mi lado, aún en la distancia.

Mi querida e indomable prima Mena, tras su segundo divorcio, se compró un piso de soltera junto a nosotras, aunque lo ha disfrutado poco hasta los momentos. Entró en una etapa de *Livin' la vida loca* y se dedicó a viajar por lugares exóticos. Pasó luego por el clásico *rezar, comer, amar*, y ahora que está próxima a ser abuela, hace su mayor esfuerzo para resignarse a la idea. Ha regresado a Valencia dispuesta a cambiar pañales día y noche, y calentar biberones —lo que tanto le apasiona—. Apartando el sarcasmo, Mena va a ser una abuela de película. Lo que por fuera parece una mujer frívola, superficial y calculadora, por dentro es más buena que un pan, aunque ni ella misma lo quiera reconocer. Yo siempre lo he sabido, por eso, bajo ninguna razón he

permitido que se aleje de mi lado.

El reloj marcaba las doce y media y ya estábamos todas en el garaje, abrazadas, dando saltitos de emoción por nuestra escapada. Hemos llegado a ese punto de nuestras vidas en el que cualquier plan que hagamos juntas es un planazo.

Somos cuatro cuarentonas agobiadas a veces por la rutina y hemos comenzado a ser más que puntuales en nuestras citas. Siempre es un escape, un respiro, una terapia de risa, así que hay que aprovechar el tiempo con las amigas.

Cuando he dicho cuarentonas no ha sido en plan despectivo. De que estamos en nuestro mejor momento no hay duda —salvo Sara que parece un bombo—. En este momento le guiño un ojo y le pido perdón por burlarme de sus ochenta y muchos kilos... Lo cierto es que digo cuarentonas con mucho orgullo y además para no ahondar en detalles sobre si vamos entrando o saliendo de la cuarta planta.

Estamos en esta deliciosa etapa de la vida pudiendo sentir aún como unas crías. ¡Eso es lo que importa! Es maravilloso seguir vivas después de haber pensado tantas veces que el mundo se nos venía encima.

Mi coche estaba repleto de telas blancas, antorchas, velas, bambúes, cilindros de cristal llenos de arena y caracoles, esterillas de variados tamaños y cualquier cantidad de elementos decorativos que gritaban ¡Ibiza! Todos aprobados por el buen gusto de mi Mena, quien realizó un breve escaneo mientras hacía espacio para sus dos maletas y cuatro fundas para vestidos. Ella no entendió la parte en que aclaramos que volvíamos el domingo. Mi prima es ese tipo de personas que oye, pero no escucha. Hay que tenerle paciencia. Mucha paciencia se necesita para convivir con Mena. Si no, que lo digan los pobres mortales que han compartido techo con ella y con su sordera selectiva.

—Quita esa cara primita, que el regalo de Amanda ocupa media maleta y además os he traído unos modelitos de Londres que vais a flipar... — Chasqueó la lengua y arqueó la ceja como solo ella sabía hacerlo, metida en un modelito ibicenco nada práctico para la faena que nos esperaba.

En el otro coche, mi hermana y el bombo discutían por quien conducía. Llevaban una cantidad de comida y bebida indecente. Eva es de las que no escatima a la hora de una celebración y si ella no se ocupaba personalmente del menú escogido por su sobrina —compuesto principalmente de

hamburguesas ridículamente pequeñas, pizzas y *sushi*—, juró que correría sangre antes de que mi pequeña soplara las velas. Yo hubiese desistido de las hamburguesas miniatura y hubiera comprado dos docenas de pizzas congeladas, unas cuantas bandejas de *sushi* de supermercado, muchas bolsas de gusanitos, varias latas de Pringles de cebolla —por las cuales Amanda prácticamente da la vida— y menú servido. Pero mi Evita es cocinillas como nuestra madre y se ha puesto creativa en plan *MasterChef*. Lo preocupante es que de nuestro padre sacó el buen beber y ha sido llegar la embarazada y lanzarle las llaves del coche en un claro: ¡Hala... Conduce tú que bebo yo!

—Ve guardando tu termo guapa, que yo no pienso conducir —ordenó Sara decidida mientras devolvía las llaves a Eva—. ¿No has visto el tamaño de mi tripa? No quepo entre asiento y volante. Además, necesito dormir en el camino. Si queréis que os ayude en algo, necesito antes descansar... No sabéis la semanita que llevo... Estoy decidiendo a cuál de los críos dar en adopción... O, al padre mejor. Es que no aguanto a ninguno.

Puedo decir con certeza que Sara forma parte de mi Top 3 de mujeres dulces y encantadoras, si no se toman en cuenta sus estados de ánimo cuando una vida crece dentro de ella.

—Veo poco probable que alguien quiera la custodia de alguna de tus sabandijas —como llamábamos por cariño a los pequeños—. ¿Quién te manda a estar procreando como coneja picarona?... —dije con sorna, acertando un codazo en su brazo y haciendo un gesto de baile ridículo.

Sara tardó cuatro segundos en clavar sus verdes ojos endemoniados y trasnochados sobre mis ojos asustados que imploraban perdón en cada destello. Perdón, por aquellas palabras malsanas que había dedicado a la sensible embarazada. Ya sabía yo a quien habían sacado las sabandijas ese brillo especial en sus miradas.

Le di un beso en la mejilla y otro en la tripa en señal de disculpa. Ansiaba mantenerme con vida y a Sara embarazada no le tengo miedo; ¡le tengo terror! Los daños físicos y materiales que ha ocasionado encontrándose en ese estado son incontables.

—¡Venga va! Conduzco yo antes de que la gordita se enfade y no venga con nosotras, que se nos pone muy sensible y no hay quien la aguante. Todas hemos pasado por esto. Está claro que no con tanta frecuencia como ella, pero somos conscientes de lo jodidamente insoportable que es mantener el peso de esas tetas gigantes y esa tripa colosal sobre unos tobillos de elefante. Así que, en nombre de todas las presentes, nos comprometemos con la madre de

España a no hacer chistes de su sobrepeso ni mucho menos de su fertilidad, ¿vale? —intervino Eva, con un tono muy serio; ese mismo tono que utilizamos normalmente cuando discutimos los puntos de nuestra asamblea general. Asamblea que celebramos con menos frecuencia de la deseada.

Asentimos. Subimos a los coches y, antes de salir del garaje, Mena llamó a Sara e iniciamos la junta del día en video conferencia.

—Sacad vuestras agendas y revisemos los puntos a tratar este fin de semana —sugirió Mena con la formalidad que ameritaba el momento—. Las hermanas Santos, ¡manos al volante por favor y vista al frente! Podéis intervenir las veces que queráis respetando vuestros turnos. No están permitidos los insultos ni los golpes hasta cerrada la rueda ¿entendido?

—¡Entendido! —gritamos a coro.

—Punto número 1: Si después de este crío Sara no se liga, yo misma le pongo el cinturón de castidad. ¡Que se olvidé para siempre de follar! (sintiendo mucho las penas que esto pueda ocasionar a su consorte) —sugirió Eva con seriedad.

Aprobado de forma unánime.

—Punto número 2: Si la abuelita Mena no trajo en su maleta más que vestiditos monos y piensa excusarse con eso para no ayudar a montar la fiesta, le ponemos el peto vaquero durante todo el verano o hasta que admita que esta menopaúsica —espeté con cautela.

Aprobado con tres enérgicos votos a favor y uno en contra (reflejado en un manotazo a mi cabeza, bastante enérgico también).

—Punto número 3: Si Ana hace un numerito de los de ella y se pone a llorar de emoción durante la fiesta, o peor aún, si acompaña o sencillamente permite a su flamante marido hacer el grotesco espectáculo de *Mi gran noche* delante de todos los amigos de Amanda, los mandamos a Laponia con cinturón de castidad incluido, que me moló la idea —propuso una Mena amenazante.

Aprobado con tres votos a favor, uno nulo por refutar.

—Punto número 4: Si Eva no se casa de vestido largo y pomposo con velo y corona, tiene prohibido el consumo de alcohol durante su fiesta de boda. O mejor aún, la declaro abstemia por el resto sus días —expuso Sara con bastante credibilidad.

Fifty fifty para el punto número 4. Quiero demasiado a mi hermana para obligarla a lucir un disfraz de merengue con casi cincuenta años a cuestas. Además, me pareció un castigo muy duro el negarle el consumo de alcohol el día de su boda, o aún peor, el resto de su vida. Que tiene mucho

mérito, después de veintitantos años viviendo en pareja y formando una familia preciosa, venir a estas alturas a formalizar la relación con un bodorrio. Es, como mínimo, arriesgado. Y si para colmo te tienes que vestir de velo y corona, ya es hacer el ridículo sin medida alguna. Sin ni siquiera pensarlo, he votado en contra de tal atrocidad.

Sobre las dos de la tarde llegamos al chalé. Junto a la puerta nos esperaba la pareja más adorable del pueblo: Tere y Pancho, quienes desde hace años se ocupan de mantener en pie la casa. Nos acogieron con su bienvenida habitual: gazpacho andaluz, croquetas de bacalao y tortilla de verduras para comer. Casi me echo a llorar y no iba a parar hasta llegar a Laponia. Era como si los abuelos siguieran allí, en esa casa de los recuerdos, donde los cientos de elefantes de diferentes tamaños movían sus orejas para saludarnos. Al pasar junto al elefante florero me salpicó el agua fresca de su trompa. La abuela siempre me salpicaba la cara cuando me enganchaba a sus faldas en la cocina. Era la abuela diciéndome una vez más: «¡Bienvenida mi niña!».

La tarde se nos pasó volando, unimos la sobremesa de la comida con la merienda. Sobre las siete di órdenes estrictas a mi equipo de trabajo. Decreté ley seca. No habría más bebidas étlicas ni dulces hasta terminado el montaje en el jardín. En vista de los problemas de alcohol de mi prima y de mi hermana —así como del índice glicémico de Sara embarazada—, mi amenaza tuvo el efecto esperado. Trabajaron animadas y de forma organizada en la decoración del jardín. Siguieron mis instrucciones al pie de la letra. No hubo un solo *pero* ni por asomo y fueron proactivas durante ciento veinte productivos minutos. Llegué a sentirme como Willy Wonka disfrutando al ver a sus Oompa-Loompas trabajando alegremente, moviéndose con entusiasmo sobre el césped, colgando telares blancos sobre las hamacas y llenando de antorchas y guirnaldas de luces blancas el lugar.

Una vez terminada la jornada nos tumbamos sobre hamacas y esterillas en el mágico ambiente *Chill Out* ibicenco que habíamos conseguido. Nos deleitamos viendo como caía la tarde sobre el huerto. La puesta de sol sobre estas tierras ha sido siempre una vista de ensueño. El cielo se pinta de rosa sobre los cipreses y a medida que cobija la casa, baila entre amarillos y naranjas mientras el azul se pierde en una marejada de colores vivos y alegres.

Premié a mis Oompa-Loompas con algo más preciado para ellas que los granos de cacao.

Para Sara: dos porciones de *carrot cake* y una copa balón rellena de

tónica, variedad de especias y adornada con una brocheta de amarena. La mente funciona de formas muy extrañas y Sara, que ha pasado prácticamente la mitad de su vida adulta embarazada o haciendo de central de Leche Asturiana para alimentar a sus sabandijas, descubrió que puede emborracharse solo de imaginar que la copa contiene medio litro de Mon (su ginebra favorita).

Para Eva: una caja de Ferrero Rocher y un vaso corto de ron Santa Teresa con solo dos cubitos de hielo, un toque de Coca-Cola y otro de limón.

Para Mena: una barra energética de frutos del bosque y un *whisky* con Coca-Cola Zero. Solía servirle un *whisky* barato por semejante animalada de combinarlo con gaseosa, pero la muy listilla, desde que pilló la movida, siempre propone que compartamos mi botella de Black Label —cuando está claro que Johnnie Walker no es para nada su tipo—.

Entregados los premios, con copa en mano las cuatro, levaté mi *whisky on the rocks* para brindar junto a ellas por todo lo bueno que juntas logramos.

Nos emborrachamos hasta las tantas. Indudablemente, emborracharnos ha sido por décadas una de las actividades en equipo que mejor se nos dan. En hacer el ridículo y montar magnos desastres también nos destacamos. Sin necesidad de ponerle mucho empeño, son de esas cosas que nos salen con naturalidad. Generalmente está ligado directamente con el grado ético en nuestra sangre, pero sin duda, contamos con destrezas innatas para hacer el tonto, aunque con los años y un trabajo de hormiguitas, hemos ido puliendo dichas habilidades.

Poner motes a todo ser que se nos atraviesa es otra de nuestras habilidades compartidas. Hablar en silencio, llorar sin derramar una lágrima, reírnos de cosas que para el resto de los mortales no tienen ninguna gracia y montar las mejores fiestas de aquí a la Patagonia, son solo algunas de nuestras muchas cualidades. Si hubiésemos cobrado durante los últimos veinticinco años por cualquiera de estas pericias, ya habríamos amasado una fortuna digna del *Ranking Forbes*. Pero es que no somos mujeres de números, sino de artes y letras.

Duchadas, desayunadas y con altas dosis de Ibuprofeno recorriendo nuestros cuerpos, nos pusimos manos a la obra en ultimar los detalles.

Amanda estaba ansiosa por su fiesta. Mi hija siempre ha sido impaciente y le cuesta un poco controlar los nervios.

Hacía horas que Eva había tomado la batuta de la situación; pasó a ser

el Willy Wonka de la cocina y el resto éramos sus pinches Oompa-Loompas.

El arroz para el *sushi* rociado en vinagre se enfriaba en alargadas fuentes de cristal. La carne adobada para preparar las hamburguesas reposaba en la nevera. La masa para pizzas se fermentaba lentamente en un enorme bol de madera. En el fogón, una olla gigante de salsa napolitana se cocinaba a fuego lento; el olor a orégano, albahaca y laurel se había impregnado en toda la casa.

Tere irrumpió en la cocina cargada de flores. A su paso, iban cayendo pequeños pétalos del romero entre azulados y lila. El hinojo silvestre y sus diminutas flores amarillas junto a las coloridas buganvillas tapaban su cara. Recordé a la abuela en los días de mayo, llevando cestas tupidas de claveles y crisantemos.

—¡Amanda por favor!... Suelta el móvil ya y ayuda a Tere con las flores —le ordené mientras cortaba finas tiras de salmón, según las indicaciones de Willy Wonka.

—Lo siento Tere, no te he visto entrar. Deja que te ayude, mujer —se disculpó Amanda levantándose de un salto del taburete—. ¡Son preciosas! —suspiró—. Su cara se ilumina en primavera exactamente igual a como se iluminaba la cara de mi abuela.

—Son para tu fiesta. Las ha traído tu padre. Está en el jardín con mi Pancho conectando las luces —aclaró Tere, con esa voz grave tan dulce, tan de ella, al tiempo que soltaba las flores sobre el poco espacio sobrante en la isla de la cocina—. Tengo una sorpresa para ti. Es un regalo que he estado guardando desde hace años. Cuca me pidió que te lo diera cuando te hicieras mayor, cuando cumplieras quince primaveras para ser más exacta.

Un silencio etéreo se apoderó de la estancia y hasta la salsa napolitana dejó de hervir en la olla por unos segundos. Todas mirábamos a Tere sin entender de qué hablaba. Interrumpí el silencio con una voz entrecortada que denotaba asombro, sorpresa, emoción, un montón de sentimientos entremezclados expresados en palabras atropelladas.

—Pero... Pero... ¿Qué dices Tere?... ¿La abuela Cuca?... ¿Tú has sido su cómplice durante todos estos años?... ¡Esto es muy fuerte!... No me lo creo... ¿Nos estás tomando el pelo?...

—¡Pues claro mujer! Tu abuela Maruja. ¿O acaso conoces a otra Cuca? —respondió Tere agitando sus brazos arrugados de un lado a otro y sonriendo para sus adentros—. No os hacéis una idea de la cantidad de indicaciones que me dejó la Cuca antes de morir. Lo que tenía de buena lo

tenía de majadera mi Maruja. ¿A quién crees que dejó al mando para enviar todos esos regalos que habéis recibido estos años? Cada vez que a alguno de vosotros os ha dado por cambiar de dirección, no sabéis lo que he padecido. En el correo del pueblo hasta me han dado una condecoración por usuaria habitual. En cualquier momento veréis mi foto allí enmarcada. Así como está la foto del Rey en cualquier oficina pública, pues así mismo me veréis a mí: Su Majestad Teresa I, Reina de Correos... —Se irguió y se llevó una mano al pecho cual Napoleón Bonaparte posando para el retrato.

—Su majestad, usted está como una cabra —afirmó Mena al tiempo que la abrazaba desde la espalda y le estampaba un sonoro beso en la mejilla.

—¡Mira quién lo dice!... La cuerda de la familia —se defendió Tere con ironía—. Venid conmigo para que veáis el regalo de la pequeña Amanda. —Con mucho salero se dio media vuelta sobre sus botas camperas mientras ondeaba su falda estampada de camino al salón.

En fila india caminamos tras ella y nos balanceábamos siguiendo el baile de su falda. Los elefantes del salón nos observaban y moviendo sus orejas ponían música a nuestra marcha.

Mi abuela era una mujer peculiar. Tenía un humor inteligente que no todos entendían. Su fortaleza interior era digna de admirar. A pesar de las tristezas latentes, ella se mostraba dulce y alegre. Siempre nos dijo que odiaba las sorpresas, pero, contradictoria como era, tras su muerte nos sorprendió a todos y cada uno de sus hijos, nietos y bisnietos con cartas y regalos que llegaban a nuestras manos de forma alterna, sin ninguna explicación lógica. Había ideado un plan de despedida que le permitía mantenerse viva entre nosotros. Lo logró con sobresaliente y a pesar de echarla de menos no dejó nunca de estar presente.

Tere ocupó el viejo sofá del abuelo y reposó sobre sus piernas un paquete envuelto en arpillera de yute, enlazado con cordel y decorado con un ramillete de flores elaboradas con papel crepé color amarillo que reconocí de inmediato (las había hecho junto a mi abuela hace más de treinta años).

Todas la rodeamos en silencio.

Aunque parezca mentira, hacernos callar no es lo que pueda llamarse precisamente fácil. La abuela lo consiguió hoy, después de tantos años. A través de Tere pudo sumergirnos en el mutismo para escuchar una nueva historia. Las notas graves de su voz nos contaron con detalle cómo había perpetrado el plan de la abuela y hoy admitía ser su cómplice porque este era

el último paquete que tenía pendiente...

Entre las manos de Amanda el paquete se veía aún más grande. Desató el ramillete y lo acercó a mi mano temblorosa. Dejó caer el cordel y descubrió el contenido cubierto por la arpillera de yute. Una caja de madera de marfil, con una *A* tallada en el centro de la tapa —evidentemente hecha con las manos prodigiosas del abuelo—. Al abrirla, lo primero que encontró forrado en papel de seda blanco, fue un libro: *El mundo de Sofía* de Jostein Gaarder. Sobre él, una nota:

«¿Y si durmieras? ¿Y si en tu sueño, soñarás? ¿Y si al soñar fueras al cielo y allí recogieras una extraña y hermosa flor? ¿Y si cuando despertaras tuvieras la flor en tu mano? Ah, ¿entonces qué?»

Samuel Taylor Coleridge

Amandita mía:

Este libro se lo regalé a tu madre el día que cumplió quince años. Estuvo meses repitiendo este pensamiento. Nos tenía locos a todos. Quería ser filósofa. Estoy convencida de que hoy, debe de estar preguntándose todavía. ¿Y entonces qué; qué pasaría? ¿Qué pasaría si una mañana encuentra esa flor en su mano? Dile que no tema si esto pasa y, no temas tú jamás, cuando descubras que tus sueños están al alcance de tus manos. Espero que lo disfrutes tanto como ella, mi niña.

Te quiero. La abuela.

En este momento Sara y Mena, al ver mi cara, ya estaban buscando en su móvil pasajes *one way* a Laponia. Una vez abierta la regadera, no había Dios que me hiciera parar.

Las manos de Amanda sujetaban una pequeña caja de terciopelo rojo. Dentro de ella, una cadena de oro blanco con dos elefantes unidos por sus respectivas trompas logrando el signo de infinito.

Por último, un manuscrito y una carta que mi hija, sin necesidad de pedírselo, leyó en voz alta y clara para todas.

Querida Amanda:

Esta carta la escribo hoy que cumples cinco años.

Hace un día precioso de finales de mayo. He abierto la ventana de mi habitación para escuchar el bullicio del jardín.

Tu madre, tu abuela y tus tías llevan el día corriendo de aquí para allá. Has querido dar una fiesta de princesas y lo único que ha faltado es que te traigan un corcel blanco para que cabalgues entre todo el alboroto en el que se ha convertido esta casa en las últimas horas.

Hoy me cuesta un poco más que ayer respirar. Aunque intento sonreír, llevo días sintiendo mi cuerpo cansado, por eso, he decidido descansar un poco, para coger fuerzas y poder soplar las velas junto a ti, esta tarde.

Es la casualidad más bonita que hayas nacido el mismo día que yo. Que haya tanto de mí en ti, tanto de tu madre, tanto de tu abuela... Eso no es casualidad... Eres la suma perfecta de nuestras virtudes que, unidas a las tuyas propias, te convertirán en una mujer grande y bella.

Te he preparado esta sorpresa para que llegue a tus manos dentro de diez años. Es como viajar en el tiempo. Sabes que me encantan esas historias. Viajar al pasado en los recuerdos, dibujar el futuro en una nube. Y yo, que soy una bruja como decía el abuelo, sé que no estaré cuando te hagas una hermosa señorita. Ya he vivido lo suficiente para saber que estoy en tiempo extra. Pero deseo que siempre tengas presente que eres mi favorita en esta familia llena de chicos brutos corriendo detrás de un balón de fútbol.

Eres mi princesa y yo seré tu hada madrina hasta la eternidad.

Llevo tiempo dándole forma a todo lo que tu madre ha escrito por años en diarios, libretas y papeles. En todos los cajones de esta casa he encontrado palabras sueltas de ella. Después de querer ser filósofa también quiso ser escritora. ¡Vaya cabeza loca la de tu madre! Es tan inmoralmemente desordenada que no terminó nunca de contar una historia. En los últimos meses he hecho de lectora fehaciente y he editado parte de su vida como un regalo para ti. Un regalo que, conociendo a tu madre como la conozco, siempre habrá querido darte, pero estoy segura de que no lo ha hecho.

Esta historia, quizá no te suene a Best Seller. Después de todo lo que he leído durante tantos años, tengo muy claro dos cosas: no todas las grandes historias se convierten en Best Seller, ni todos los Best Seller cuentan una gran historia.

Esta historia suena a un montón de canciones que tu madre escucha a todo volumen. Suena a lo que un día vivió, a lo que sintió y a lo que aprendió. Suena a todo lo que te quiere contar. Suena al significado de amar, en todas las conjugaciones en que puedas pensar.

Acabas de entrar corriendo a la habitación y desde la puerta me tarareas una canción que no conozco:

—Y tú y tú y tú y «cholamente» tú... —Te has echado en la cama a mi lado. Has pegado tu moflete —calentito, pegajoso y oloroso a regaliz—, al mío, que está ya arrugado y frío. Con un móvil que casi no te cabe en las manos me has dicho:

—Una selfie abu... —Yo he sonreído y he visto en la pantalla nuestras caras reflejadas... Es la fotografía más bonita que he visto en la vida...

¡Feliz Cumpleaños mi niña!

Te quiero hasta la luna y las estrellas. Cuando me haya ido brillaré desde el cielo para ti, para nadie más. Pide todos los deseos que quieras que yo me ocuparé de hacerlos realidad.

Sé buena.

Tu Abu Cuca te ama con locura.

Primera parte

1

Querida Amanda

Enero 2011

Siempre he querido escribirte, plasmar en papel todo lo que siento por ti, todas las palabras que algún día te diré y todas las palabras que seguramente callaré. Siento que el mundo gira muy de prisa y me invade el miedo de pensar que algún día no estaré para levantarte, para susurrarte al oído que te quiero, para animarte a perseguir tus sueños, para reír contigo, para reírme de ti y reírme de mí; para ser felices las dos, abrazarnos y querernos como si no quedará tiempo, como si cada momento fuera nuestro último momento, como si solo tú y yo fuésemos las dueñas del universo.

Tengo miedo. Lo confieso. Tengo mucho miedo de no ser todo lo que deseo ser o todo lo que creo que debo ser. El que las personas hablen de sí mismas es algo que inexplicablemente me cautiva. Me sorprende la facilidad que tienen los demás para encontrar las palabras precisas al describirse. Quedo fascinada con la seguridad transmitida, hasta por las personas que se consideran inseguras, al hablar de lo que llaman sus debilidades y fortalezas. La autodefinición se convierte en un juego de palabras que nunca he sabido jugar —y vaya que me gusta jugar—, pero en este juego no logro diferenciar el principio del final, no logro aclarar las reglas. Me abruman tantos adjetivos calificativos usados tantas veces con ligereza y sin ningún sentido. Me siento como un peregrino perdido, confundido entre seguir el camino establecido o hacer su propio recorrido.

Entre lo que deseo ser y lo que creo debe ser, está lo que soy. Y quisiera decirte quién soy, cómo soy, autodefinirme para ti, solo para ti. Tú, ya tendrás tiempo de crear un concepto de mí, de vetar muchas de mis palabras, de cuestionarme, de criticarme, de reescribirme si fuera necesario.

Solo puedo decirte que soy Ana, tu madre, la persona que siempre te amaré, pase lo que pase. La persona que daría y haría todo por ti, porque lo eres todo para mí, porque mi vida comenzó el día en que llegaste a mí... Antes fui la letra de una vieja canción y tú le diste melodía a cada rayo de sol. Como dice Armando Manzanero en esa canción que te canto cada mañana, *Contigo aprendí...* Y sigo aprendiendo cada día.

Deseo ser lo suficientemente buena para ti. Me bastaría con que algún día pudieras sentirte orgullosa de mí.

Lo que creo debo ser, incluye una enorme lista de habilidades y facultades. Incluye rasgos de una personalidad admirable, incluye una actitud ante la vida más que envidiable. Debo ser amorosa, precavida, empática, asertiva, serena, responsable, honesta y un sinfín de cualidades que tomaron un nuevo sentido cuando llegaste a mi vida.

Antes de ti, todo era diferente. Todos los sentimientos, fueran malos o buenos, tenían una definición casi tan exacta como la que encuentras en el diccionario. Era egoísta con mis afectos, incluso con mi tiempo y mis pensamientos. Mi mundo tenía menos color, menos vida, menos amor. Aunque me parecía suficiente para vivir plenamente, hoy me pregunto una y mil veces ¿cómo pude vivir tantos años sin ti?

Quiero que por sobre todas las cosas seas feliz; que aprendas a quererte a medida que creces. Si pudiera evitar las lágrimas y el dolor en tu

vida, y para ello tuviera que nadar por las aguas más peligrosas y frías, te juro que lo haría, sin importarme el miedo o la hipotermia. Haría lo que fuera por evitarte cualquier pena. Lamentablemente, la vida no funciona así. Tendrás que caerte y levantarte. Solo si tengo mucha suerte, yo podré ayudarte. Cometerás muchos errores, y solo si eres fuerte, podrás aprender de ellos y quedarte con lo bueno. Te contaré mi historia como jamás la he contado —solo por si algún día te cansas de escucharme y de repente te apetece pensarme, sepas la razón por la cual mi corazón late—.

Ojalá estas páginas puedan ayudarte a descubrir que el amor es todo lo que necesitas para ser feliz.

Al amor lo subestiman aun y cuando hablan de él como una fuerza poderosa que todo lo puede. Son muy pocos quienes de verdad lo creen. Te pido que seas de esos pocos y lo creas siempre, e intentes convencer a todos los que no creen.

No lo confundas con querer. El amor es altruista; el querer es egoísta. Amar, más que un sentimiento, es una fuerza. No lo digo porque me crea una experta en la materia. Lo digo porque he visto en el pardo de tus ojos toda la belleza de un inmenso cielo que se abre ante tus sueños. En un parpadear me has hecho reír y llorar, y lo seguirás haciendo siempre, porque amar es permitir que seas feliz aun cuando tu camino sea diferente al mío y eso me haga sufrir.

El amor, Amanda mía, es una vitamina que nos da la vida, es el motor que nos mueve cada día, es todo lo que necesitas...

Mi primer compromiso de amor puro y sincero lo sellé contigo. El momento en que tomé conciencia de que una vida crecía dentro de mí —y no había nada más importante en el mundo que salvaguardarte— conocí el amor de forma inexorable.

Cuando una mujer se compromete en dar cobijo en su interior a un nuevo ser, es un acto de amor sublime y en los mejores casos, es el inicio de una historia de amor eterno y desinteresado; un amor honesto y cercano, tan cercano que crece dentro de ti, que es parte de ti, se alimenta de ti. Tú no lo has visto, no lo has tocado, pero lo sientes, lo adoras y estás convencida de que ese sentimiento no tiene comparación. Nada en el mundo se le parece. Así es el amor. Con suerte, cuando nacemos el amor nos sigue rodeando. Todo son mimos y caricias, pero nos enfrentamos a un mundo contaminado.

Por más que intenten protegernos llegará el día en que algo o alguien nos hiera. En ese momento comenzarán las dudas e irán creciendo a medida

que crecemos en años. Lo más probable es que seamos más conscientes y nos hagan daño. Pero si hemos tenido la suerte de entrenarnos en el amor, repararemos el daño y seguiremos avanzando.

Con esto te quiero decir que el amor siempre está presente. Hay quienes lo echarán a un lado. Hay a quienes intentarán arrebatárselo y quienes pretenderán ocultarlo. La vida, aunque injusto parezca, no es igual para todos. Tu historia no será la misma de alguien que conozcas. En nada se parecerán tus recuerdos de lo malo y de lo bueno. Lo único que compartirás con el resto de la humanidad es que fuiste parte y testigo de al menos un acto de amor y con eso —créeme— es suficiente para querer más, para creer más, para luchar por más. El odio y el mal intentarán socavar todo lo que el amor ha hecho. Haz todo por evitarlo... Sé fuerte. Ama.

Al final de cuentas nacimos para vivir; vivimos para soñar. Nuestro destino es morir; nuestra misión es amar.

Enamórate todos los días de tu vida, enamórate de lo que haces y de lo que quieres hacer, enamórate del paisaje que ves cada día por tu ventana, enamórate de ti, de tu risa y de tu pelo despeinado, enamórate del desorden que hay en tu armario, enamórate de eso que crees son defectos en tu cuerpo porque esa parte de ti que no se parece en nada a lo que algunos llaman «bello», te aseguro que para muchos será perfecto. Una vez que descubras todo lo hermoso que hay en ti, como yo lo hice el primer día que te vi, no dejarás de quererte nunca. Te lo aseguro. Aunque traten de hacerte creer que no es para tanto. Créeme... Es para tanto... Eres para tanto y para más.

Mientras te enamoras de los girasoles, de los dulces de colores, de la magia y de las canciones, te enamorarás de alguien que te regale flores, de alguien que pintará tus días grises de colores, de alguien que usará tus palabras para escribir las más hermosas canciones o de alguien que se arriesgará y se atreverá a hacer del mundo un mejor lugar solo porque tú habitas en él.

Enamórate de la brisa de otoño, del polen que te da tanta alergia en primavera, del frío invierno que agrieta tus manos, de la arena caliente del verano Mediterráneo.

Enamórate sin prejuicios —que el juicio a veces no se ha llevado muy bien con los instintos—. Enamórate en secreto o a gritos, que da igual si hay silencio o mucho ruido. Lo importante en la vida no es pasar por aquí, es dejar la huella de que hiciste todo lo posible por ser feliz.

Enamórate profundamente de ti. Esto implica quererte y aceptarte.

Aunque no lo parezca es mucha responsabilidad. Lograr diferenciar el bien del mal, saber que eres única y especial, ser consciente de que cuando dejas entrar a alguien a tu vida te expones a ser herida y sobre todo te expones a aprender, a crecer, a vivir. Si perdemos la vida, que sea viviendo y no sentados en el sofá viéndola pasar.

Te invito a este viaje por mi vida, combínalo con música si te animas...

Por fin, ahora creo conocerme. Aunque no he salvado nunca una vida, ni he descubierto la cura para una enfermedad; tampoco he inventado una máquina mágica que permita a nuestro planeta sobrevivir a la contaminación, ni he destruido las armas de fuego que tanto detesto, creo que todos tenemos algo que contar e incluso algo que aportar.

Los grandes cambios vienen de pequeños actos: donar sangre, reciclar, ayudar al desvalido, evitar la violencia, son algunas de las tantas cosas que pueden hacer de la tierra el paraíso. Bien lo dice Galeano: [«Mucha gente pequeña en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas pueden cambiar el mundo»](#).

El año en que nací, coincidió con el lanzamiento a la fama de Christopher Cross; un cantautor texano que para aquel entonces se lanzaba en solitario con una canción que tiempo después se me antojo titular *Mi canción*. Esa canción era *Sailing*. Si no la conoces, te recomiendo que antes de seguir leyendo, cojas tus cascos de la mesilla de noche, la busques en *Spotify* y comiences este viaje conmigo de principio a final.

Corría el año 1979... El fin de una década de transición en España, el inicio de muchas historias, en este caso en particular, la mía. Hasta el día de hoy, *Sailing* me ha hecho sentir en la piel de un navegante —casi como Magallanes— de esos a los que les gusta descubrir estrechos, pero a mí, además, me ha dado por construir puentes sobre ellos.

2

Llueve en noviembre

Noviembre 1995

A los quince años sientes que ya sabes todo lo que debes saber. Sientes que la niñez fue algo tan lejano... de la que solo queda el vago recuerdo de algún juego torpe con muñecas, de usar el disfraz desteñido de princesa todas las noches para la cena o de atiborrarte de chuches y piruletas sin temor alguno de enfrentarte a la báscula al día siguiente.

Ahora me tocaba vivir a mí lo que en juegos vivía mi Barbie californiana en su ciudad perfecta. Esa ciudad que construía cada semana usando todos los trastos que había en los armarios y estanterías de casa. Esa ciudad en la que se unían con una armonía perfecta las casitas de Pin y Pon, los enseres de Las barriguitas y El Halcón Milenario de *Star Wars* (que hacía siempre de un majestuoso centro comercial y que fue un regalo absurdo de mis primos macarras cuando cumplí siete años). Y a efecto de póster, recubriendo las paredes de mi postmoderna metrópoli, se encontraban los cromos de *Amor Es...* ¡Cómo adoraba a esa dulce pareja!, que hasta con el culo al aire se mostraban tan campantes; sonrojados y enamorados, sentaditos sobre un globo terráqueo, presumiendo de tanta felicidad. Te invitaban a pensar: *Amor es... sentir el mundo a tus pies.*

Terminaba siendo una misión suicida moverse en mi habitación. Llegar de la puerta a la cama sin tropezar con ese mundo perfecto que creaba para Barbie, terminaba siendo lo más divertido del juego.

Atrás habían quedado esos tiempos... En solo una semana cumpliría dieciséis años. Ya no llevaba *brackets*, gafas sí, desafortunadamente. Todo

parecía indicar que era el momento de reencontrarme con él. Había señales a cada momento en todas partes.

Su primera y última carta la recibí en septiembre y me aseguraba que estaría de vuelta en noviembre, sin mencionar hora ni fecha.

Cuando el calendario dejó ver en letras rojas chillonas *Día de Todos los Santos*, sentí que todos esos santos me alzaban en brazos y me hacían surcar lo más alto de los cielos. Sarah McLachlan sonaba en la radio con las notas melancólicas de *I will Remember You*. Suspiraba tan profundo que mis piernas comenzaban a titubear. Noviembre había llegado ya. Pablo volvería a la ciudad y no puedo decir que en el momento menos esperado me toparía con él —porque a partir de ese día ese momento lo esperaba con ansias desde que abría los ojos cada mañana—. Incluso, mientras dormía, se me antojaba que un beso suyo me despertara.

Perdí la cuenta de la cantidad de veces en que imaginé nuestro encuentro. Pensarnos frente a frente de nuevo fue durante muchas noches mi desvelo. Querérle en silencio fue por mucho tiempo mi secreto.

Allí estaba yo, decidida y dispuesta a vivir el amor. El momento estaba cerca. Trescientas cuarenta y cuatro lunas habían pasado ya (para algunos casi un año, para mí una eternidad). Demasiado tiempo para sobrevivir sin sus besos, sin el roce de sus huesos. Aferrada a una foto, un diario y a un Demonio de Tasmania. El poco tiempo que me quedaba libre entre la ESO y el teatro, lo dedicaba a vivir en los recuerdos. Lo malo de vivir añorando y extrañando es que no te permite seguir avanzando. Una parte de ti se queda estancada mientras la vida sigue corriendo a toda prisa.

En medio de una autovía sin límite de velocidad, bajo una tempestad desquiciante, recorres sola el camino sombrío. Has pinchado una rueda —que no sabes cambiar y nadie se detiene para ayudar—, así que decides acomodarte en tu coche, en el confort que te da ese asiento peludo y ver a través de los cristales cómo el mundo continúa girando mientras tú sigues esperando. Por fuera, los cristales saborean la lluvia a raudales que los recorre por enésima vez. Por dentro, la humedad los empaña y casi no te deja ver. La lluvia de noviembre parece inofensiva a simple vista, la tierra la solicita. Devastadora a veces, pero necesaria siempre.

3

Santa Familia

Un año atrás

Fue un 26 de noviembre de 1994 y para ser más precisa, ese día celebraba mis primeras quince vueltas al sol.

Para mi familia era una tradición celebrar los cumpleaños múltiples de cinco. El resto pasaba bajo la mesa. Si acaso, después de la cena tocaba soplar una vela reciclada sobre una magdalena dura cubierta de *buttercream* rancio, y ya con eso te dabas por servido. Pero lo que si era seguro es que cada lustro todos los miembros de la familia Santos celebraríamos una fiesta de infarto.

Como era de esperar, mi madre se ocupó de ello, luego de haber dejado un tiempo atrás el tema del crecimiento personal y la *New Age* —la cual fue sin dudarlo la peor temporada para los que convivíamos con ella, ya que pasaba días enteros entre cavilaciones que vagaban entre el ocultismo y el relativismo—. Un libro más de Deepak Chopra, Louise Hay o Walter Riso en casa, y entre mi padre, mi hermana y yo, acabaríamos haciendo con ellos una hoguera de San Juan digna de récord *Guinness*. Si se descuidaba hasta ella iría derecho a la hoguera. Se le había ido la olla por completo y sentimos por momentos que esta nueva temporada podía acabar con nosotros, con ella misma y con todos inmersos en una tragedia familiar.

Por suerte no acabó con nadie. Todos sobrevivimos y por iluminación divina —o gracias a la lectura compulsiva de libros de autoayuda— mi madre tuvo una recaída en la vida capitalista y salvaje, volviendo a ser, de la noche a

la mañana, la loca divertida y neurótica que era antes. Así que aprovechó los meses siguientes para dedicar considerable cantidad de horas a su formación profesional y se apuntó a cursos de floristería, organización de eventos, tarjetería, maestra coctelera e incluso de globoflexia —el arte de hacer figuritas con globos—. ¡Qué felices éramos todos viéndola hacer sombreritos y espadas de globos en el balcón! Cualquier cosa antes de pasar por una constelación familiar más, con una panda de desconocidos vestidos de blanco en nuestro salón.

Mi madre estaba feliz con su nueva vida y todos estábamos felices de verla repuntando. Mi cumpleaños era la oportunidad ideal para mostrar al mundo todas las habilidades adquiridas en los pasados meses. No podía haber mejor momento que el cumpleaños de su pequeña princesa.

Se puso a ello dos meses antes. No se le escapó ningún detalle en la organización. Algo me dice que en esa época tomaba Prozac como quien come Tic Tac. Sí, mi madre también era propensa a la automedicación, cosa que afortunadamente no heredé de ella, porque hasta tomarme un Ibuprofeno era para mí toda una proeza —le tengo exactamente el mismo miedo a los medicamentos que a las enfermedades—.

Todos los días previos a la celebración los vivió como un torbellino de energía. Era tanta su excitación que mi hermana huía de casa cuando caía la tarde, evadiendo la presencia agitada y agobiante de nuestra madre. En realidad, Eva huía de casa siempre que podía. Desde que le regalaron un cochazo por aprobar —luego de tres intentos fallidos— el examen práctico para sacar el carnet de conducir, ella no hacía más que echarle kilómetros encima al pobre Mini Cooper rojo, que de poder hablar, hubiese gritado: ¡Separen a Fitipaldi del volante por favorrrr!... Sus excusas para salir eran casi tan absurdas como la última permanente de la que fue víctima su melena.

Poco le vi la cara esos días a mi padre. Inteligentemente llegaba muy tarde a casa para sortear las órdenes desmedidas de una mujer cuyo lado obsesivo-compulsivo había aflorado, cual hermosa flor venenosa, a causa de la organización de esta fiesta.

Mi madre convirtió la habitación de huéspedes en su despacho-taller-trastero para el magno evento. Todos menos yo tenían acceso a él —nos recordaba mamá todas las mañanas—. Parecía no haberse dado cuenta de que nadie, salvo ella, tenía la más mínima intención de adentrarse en esa habitación.

El lado bueno de este caos creado por la organizadora fue que había

ideado una fiesta sorpresa. Para ella, el término sorpresa nada tenía que ver con hacerlo a mis espaldas para que yo no sospechase nada. Daba igual si yo escuchaba todos y cada uno de los detalles. Lo realmente importante era la puesta en escena: que yo me mostrase sorprendida y agradecida ante cada detalle del festín. Incluso, si llegara a soltar alguna espontánea frase como: ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo lo habéis hecho? ¡Sois lo más! ¡Estoy flipando!, acompañada de una lágrima de emoción, sería lo ideal (esto no es una suposición... Para ser exacta, me lo mencionó durante siete días consecutivos, previos al gran día).

Mi madre era una mujer excéntrica. Definitivamente, su centro de gravedad siempre ha estado en un lugar diferente al de los demás. Su naturaleza era extravagante y de constante contrariedad. Tenía costumbres singulares, por no decir irracionales —que resultan una descripción más exacta de su hacer—. Por hacer, hacía locuras dibujadas de cordura. Cada año, para Reyes, delegaba en cada uno de nosotros una responsabilidad. La mía era empaquetar con papeles brillantes y exagerados lazos dorados todos los regalos, incluyendo el mío ¡claro está! Mi padre debía pagarlos y mi hermana era la encargada de comprarlos. Nuestra misión, además, incluía abrir los regalos con bastante agitación, como críos ansiosos por saber qué será. ¡Mucha mierda! —nos augurábamos siempre la mañana de Reyes, como lo hacía con mis compis del teatro antes de salir al escenario—. Mi padre, mi hermana y yo éramos actores de categoría... Mamá delegaba con bastante facilidad y se excusaba con más frecuencia de lo normal:

—En ninguna tienda de esta ciudad se puede comprar en paz y mucho menos saben presentar un regalo como es debido. ¡Qué daría yo por poder hacer las compras navideñas en Saks Fifth Avenue y terminar la tarde de *shopping* en Magnolia Bakery, degustando una verdadera *Red Velvet* acompañada de un capuccino *extra large!* —soltaba cada año en estas fechas.

—Tú, que eres muy pija querida —añadía mi padre buscando pelea.

—¿Pija? ¿Pija yo? Lo que una tiene que escuchar... Con tantos peces en el mar y venir yo a pescar esta sardina... ¡Desagradecido!... ¡Qué poca vergüenza no valorar la mujer que tienes! A ti te quiero ver el día que me vaya... Que me muera yo, para verte desconsolado llorando en mi funeral...

—¿Y cómo coño me vas a ver si estás muerta?... Es que dices cada tontería mujer... El día que te mueras, que te cremen. No vaya a tener yo tan mala suerte de que vengas tú y resucites.

—Con una piedra en los dientes deberías darte. ¡Que Dios te perdone!

—En los dientes y en la cabeza también debería darme, a ver si así se me hace más fácil aguantarte. Está claro que Dios la tiene cogida conmigo mandándome semejante castigo.

—Pues lo tienes fácil cariño. Es coger la maleta y ¡hala!, haciendo marcha que ahí tienes la puerta.

—A ver quién paga las cuentas... Que si algo sabéis hacer las tres muy bien es gastar... —remataba siempre papá—. Era el pan nuestro de cada día, escucharlo refunfuñar.

Era agotador convivir con esa rutina de reproches y críticas cada noche y cada mañana. Siempre me preguntaba, ¿por qué no lo dejan de una buena vez? Con el tiempo descubrí que papá y mamá, a su loca manera, se necesitaban. Crearon una dinámica entre los dos de palabras hirientes entre complicidad silente. ¿Quién era yo para juzgarlos?

Un viaje en familia a Nueva York, en el verano del noventa, representó el antes y el después de nuestra familia.

Mi madre quedó marcada por la Gran Manzana. Estaba convencida de que podría vivir el resto de su vida en un estado de felicidad plena si lo hacía en la isla de Manhattan. Había encontrado su lugar en el mundo y para ser más exacta, ese lugar estaba ubicado en la Quinta Avenida de Nueva York, entre las calles 34 y 59 concretamente.

Mi padre —que siempre ha sido muy básico y le da exactamente igual tener un jarrón de Murano o una lata de pimientos como florero— pasó olímpicamente de los encantos de la ciudad que nunca duerme. Sin embargo, quedó tan afectado por los estados de cuenta de sus tarjetas de crédito, que lo gastado en aquel viaje sigue siendo hasta el día de hoy tema de discusión. Nos echa en cara, cada vez que tiene oportunidad, que Nueva York le descuadró su meticulosa previsión financiera por el resto de sus días y que su vida nunca volvería a ser igual, por lo cual el resto de nuestros veranos habríamos de conformarnos con turismo nacional de bajo coste.

Todos quedamos marcados aquel verano. Mi hermana y yo, luego de haber acabado con la reserva de salchichas de los alrededores del Rockefeller Center, hicimos la promesa de no volver a comer nunca más un perro caliente.

Prometimos también ser más comedidas a la hora de disparar fotos. Al tercer día de paseo habíamos gastado más de veinte carretes de fotos. Cada vez que sonaba el *click* de nuestra cámara analógica, nuestra madre sonreía entusiasta mirando el lente sin pestañear, mientras nuestro padre sudaba como

un cerdo, tanto por el vapor que emitía el asfalto (la temperatura de Nueva York en agosto es un asco) como por el resultado obtenido al ir haciendo cálculos mentales de cuántas pesetas costaría el revelado de fotos.

Fuimos felices paseando en carruaje por el Central Park, haciendo compras nerviosas y acaloradas —en todo el sentido de la palabra— en las tiendas de Times Square, conociendo los recovecos de esta vibrante ciudad y haciendo caso omiso de la presencia de nuestros padres. Esto último nos permitía disfrutar del momento.

La magia llegó a su fin al coger el vuelo de regreso. Siete infernales horas de vuelo en las que no pudimos abstraernos de su presencia. Mis padres comenzaron a discutir en cuanto las ruedas del avión se separaron del asfalto caliente. De haber dado inicio dos minutos antes a aquella descarga de inconformidades tan lamentable, los hubiesen bajado del avión *ipso facto* por considerarlas personas no gratas e incluso peligrosas, o, en su defecto, mi hermana y yo nos hubiésemos dado a la fuga atravesando a campo traviesa la pista de despegue del JFK.

Debatieron arrebatadamente sobre divorcio, custodias y repartición de bienes. Se reprocharon mutuamente, se insultaron, se disculparon, se abrazaron y se volvieron a insultar. Lo peor de esas demoníacas siete horas a doce mil metros de altura fue que nos inmovilizaron en los asientos para que fuésemos testigos del espectáculo en primera fila.

—Ya estáis bastante grandecitas las dos para seguir con este engaño. Que sepáis de una buena vez, que en cuanto aterricemos, vuestro padre y yo lo vamos a dejar. Es definitivo, no hay vuelta atrás —apostillaba mamá mientras me cogía del brazo y me hundía en el asiento, al tiempo que papá hacía lo mismo con Eva.

Lo cierto es que podíamos haber hecho el viaje de regreso a España en la cabina del piloto e igualmente nos habríamos enterado de todas las barbaridades que escupieron. Las escucharon todos y cada uno de los doscientos cinco pasajeros, así como los miembros de la tripulación que en varias oportunidades intentaron hacerlos callar (en aquel momento, barajé la posibilidad de rogarle encarecidamente a cualquiera de las maquilladas azafatas que pidiera mi custodia).

Finalmente aterrizamos. Desafortunadamente mis padres no lo dejaron, ni al tocar tierra, ni nunca. Pero una vez abierta la caja de Pandora se desinhibieron ante nosotras y de allí en adelante, se reprochan y se gritan sin recato alguno. Nuestra vida cambio después de Nueva York. Mi santa familia

estaba poseída.

—Valencia se me hace pequeña. En esta ciudad no podré nunca volar. El olor a huerta no me deja pensar con claridad —nos repetía mamá en sus días de bajón.

—Venga mamá, sal de la cama ya por favor, que hace un día precioso y te lo estás perdiendo. —La obligaba mientras abría de par en par las cortinas dobles de su habitación.

Yo, en el fondo la compadecía, aun y cuando pensaba que ya estaba algo mayor para volar y que este espectáculo melodramático no era más que manipulación dura y cruda. En aquel entonces tenía la certeza de que en la vida había un tiempo para todo y cualquiera que no encajase sus vivencias en esos tiempos estipulados era bastante extravagante o muy tonto... ¡Qué equivocada estaba! Nunca es demasiado tarde para soñar.

Mi madre hablaba de Manhattan con tanta soltura y familiaridad que podía haber personificado a una quinta integrante de la cuadrilla *Sex and the City* con total sagacidad. Nadie podría imaginar que esta distinguida isleña, nativa de Tzacorte (La Palma) y a quien los 11 km² de su pueblo se le habían quedado pequeños, ahora también se sentía ahogada bajo el cielo despejado de Valencia. Por suerte, ahora tenía una distracción más placentera en su rutina de cursos, lamentos e inconformidades y esta era organizar mi festín, como si de una boda de la realeza se tratase.

Siguiendo su plan al pie de la letra, mi fiesta de cumpleaños debía parecer una fiesta sorpresa, por lo cual, en teoría, yo solo era partícipe de hacer una escueta lista de invitados y de coger el recado de los proveedores que llamaban a casa a diario. Así pues, por esas noches no era raro verme sola cenando en el salón frente al televisor. Sintonizaba TVE, esperando que el reloj marcase las ocho. Escuchaba a Plácido Domingo cantando *Romanza* y suspiraba de amor por Juan del Diablo... Hay culebrones de culebrones, pero *Corazón Salvaje* fue el mejor de los mejores.

4

El convite

—El chalé de los abuelos es el escenario escogido por decisión unánime —dijo mi madre—. Aunque denominar la decisión como unánime, cuando solo su opinión era la tomada en cuenta, resultaba un descaro a todas luces. De más está decir que yo hubiese preferido una barbacoa con acampada en la montaña, pero tuve que resignarme con la noche mágica que la matriarca anunciaba.

Había venido la familia de Canarias, los primos del pueblo, la pandilla del fútbol de mi padre, el supuesto torero novio de mi hermana (junto a su pesada familia de matadores, con perritos incluidos).

Las amigas cotillas de mi madre llegaron del brazo de sus respectivos circunspectos maridos —maridos que por alguna extraña razón vestían el mismo traje, de un tono tan triste y azul como el gato de Roberto Carlos—. Vinieron los amigos borrachos de mi padre luciendo las corbatas más horrendas vistas en los noventa y apareció un grupo de desconocidas bastante perfumadas y coloridas que más tarde se revelaron como las virtuosas floristas.

Asistieron también dos amigas del *DJ* cuyos vestidos a juego, con franjas en blanco y negro, largos hasta los tobillos y tan ceñidos que marcaban sus ombligos, no tuvieron sentido hasta que cogieron un par de micrófonos, se soltaron la melena y al mejor estilo de Azúcar Moreno, nos sorprendieron a todos con un premeditado concierto... Su versión de *Devórame otra vez* no era digna de Eurovisión ni tampoco de mi fiesta de cumpleaños.

Los dueños del *catering* que mi eficiente madre había contratado fueron, como era de esperar, también invitados. Y por último, pero no menos importante, diecinueve de mis veinte invitados. ¡Venga!, que fue una fiesta en

perfecta intimidad.

La sensación de la fiesta hasta los momentos era Jimmena, mi prima favorita, y esto no era novedad...

—¡Tiembra tierraaaa que llegó la Mena! —gritaban mis primos mal hablados a su llegada... Y la tierra tembló, como tiembra siempre bajo sus pasos.

Mi prima desfilaba con nuevo novio enganchado a su brazo derecho, personaje que hasta dos días atrás había sido su mejor amigo, y aquí hago una pausa para hablar de ella y de Arón, su novio cañón.

Arón y Jimmena, cuyos nombres causaban daño visual irreparable al leerlos, hacían una pareja perfecta (a pesar de esa *A* faltante y de esa *M* sobrante que me provocaban ardor en los ojos cuando tenía que escribir o leer sus nombres). El mismísimo Cervantes podría levantarse de su tumba para reescribir el Quijote e invitarlo a desenfundar su espada contra todos los padres de habla hispana, capaces de distorsionar los nombres de pila solo por creerse muy originales.

Jimmena —Mena para los amigos— era mi prima favorita, entre otras cosas porque era la única prima que tenía. Los demás eran media docena de primos insoportables por el lado materno y otra media docena de primos chulitos por el paterno. Uno que otro podía dar la talla de vez en cuando, siempre y cuando le pusiera mucho empeño, pero en líneas generales no eran nada de que enorgullecerse por tenerlos en la familia. Puedo decir que durante mi adolescencia prácticamente los odiaba. Odiaba a mis doce primos y a mi profesor de química casi por igual.

Mi Mena solo tenía cinco años más que yo, pero verla contonear su culito respingado, metida en sus pantalones pitillo de cuero negro y repartiendo gracia con desparpajo, siempre me hacía dudar. Tenía un cuerpo de infarto, vamos, de estas mujeres que le quitan el hipo a cualquiera; una melena dispareja lacia y negra hasta los hombros, flequillo rebelde como ella y unos ojos ligeramente achinados de un tono verde enebro que según decían, resultaban embriagantes. Esos ojos se enmarcaban por unas cejas súper pobladas que le daban un toquecito de chica mala.

Como era lógico, mi prima detestaba las dos emes de su nombre, por eso yo la llamaba M&M como a las chocalatinas y, además, porque toda ella era el vivo retrato de un bombón humanizado, por dentro y por fuera. Solo había que conocerla muy a fondo para descubrir la dulzura bajo esa actitud frívola y ególatra.

Aquella noche apareció enganchada del brazo de Arón, su vecino de siempre. Explicó que llevaban ya casi treinta y seis horas saliendo y que evidentemente era el amor de su vida. Luego de haber compartido hasta biberones cuando eran unos críos y ser durante años los mejores amigos, justo dos días antes del magno evento —mi fiesta de cumpleaños—, en medio de una discusión, tuvieron la misma visión de la vida y descubrieron que eran almas gemelas.

Con una chorrada parecida explicó M&M los detalles de su nuevo romance, lo cual se traducía en una borrachera épica, morreo inesperado, cama caliente y ahora ¿qué hacemos?

Dos minutos después del anuncio, la familia en pleno iniciaba las apuestas de cuánto tiempo le duraría el novio nuevo. Una pausa de quince minutos en mi fiesta para convertir el lugar en una casa de apuestas clandestinas. La mayoría de los presentes compartíamos el gusto por los juegos de envite y azar. Así que, ante la mirada resignada de la nueva pareja, se apostaron 500 pelás por persona o dúo, según fuera el caso, ya que algunos hicieron equipo para poder participar.

En un santiamén el botín para el ganador se situó en 38.000 pesetas. Mi padre cerró la agenda de apuestas, guardó el dinero recaudado y todos de vuelta a lo que estábamos, mi fiesta de cumpleaños.

Lo cierto es que Arón —con una sola A, pues según decía su madre *Arón Suena a Amor* y con A duplicada no sonaba igual—, se había convertido en un hombre guapo a rabiar. Podía pasar por hermano mellizo de Jimmena. La misma cara redondita de canica, el mismo pelazo negro azabache, largo hasta las orejas, y perfectamente peinado hacia atrás, que dejaba a la vista unos ojos tintados del mismo color de su cabello. Esos ojos negros, profundos, tan brillantes que emanaban misterio y a la vez seguridad, daban tanto en que pensar, daban tanto para imaginar. Su mirada oscura era tan dulce como canalla.

Él fue mi primer amor a conciencia. Basándome en los adolescentes que me rodeaban —mis primos y sus respectivos amigos eran una panda de bestias salvajes—, Arón era hermético y callado, pero cuando hablaba, daba un nuevo sentido a las palabras.

Cuando yo tenía ocho años, Mena y Eva, en un acto de rebeldía, celebraron juntas sus trece años de vida —una osadía realmente pues las matemáticas no fallan y la regla de los múltiplos de cinco fue quebrantada y pisoteada—. Organizaron una acampada en el chalé de los abuelos, la masía

oficial de la familia para celebraciones de cualquier tipo. Entre primos, amigos del cole, vecinos y Arón Suena a Amor, formaban un grupo grande de niños preadolescentes. Como era lógico, yo estorbaba en la velada, pero como era típico de mi madre, obligó a mi hermana y a mi prima a cargar conmigo:

—Si Ana no va a la fiesta, olvidaos las dos de acampada y chorradas. Ya bastante con permitirles festejar los trece años y traicionar las tradiciones de la familia —las tres refunfuñamos, pero mi madre era así, visceral a rabiar.

Pasé la fiesta sentada frente al televisor del salón viendo un entretenido maratón de *Candy Candy*. Los adultos de mi familia cada vez que pasaban me regalaban besos y sonrisas. El abuelo me atiborraba de dulces y la abuela de boquerones que yo devoraba. Mi madre me reñía porque estaba tan absorta en la pantalla que ni siquiera notaba a través de mis gafas empañadas como salpicaba el aceite sobre mi vestido nuevo de lunares rojos.

Los preadolescentes invitados al festín desfilaban por el salón sin darse cuenta de mi presencia. Arón Suena a Amor —que para la fecha tendría trece años y la cara llena de granos— se tiró en el sofá mientras esperaba que desocuparan el cuarto de baño. Cogió el mando del televisor y me observó absorta en el culebrón infantil.

—¡Jolín Anita! ¿Puedo cambiar el canal o estás viendo esa chorrada?

Levanté los hombros y le miré con mis ojos abiertos de par en par, evitando incluso pestañear. Si mis ojos ahora se ven grandes, imagina como se veían en el cuerpo de una niña de ocho años que además llevaba unas gafas cuyo grosor de los cristales era exacto al culo de una botella... Mientras le miraba con esos ojazos míos, víctimas del astigmatismo, hipermetropía y estrabismo, me llevé un boquerón a la boca y no pronuncié palabra.

Arón Suena a Amor se partió de risa ante mis ojos. Supongo que al verse ansiando quitar su única diversión a una niña regordeta con dos coletas, que no paraba de comer boquerones y que le veía tras unas gafas tan grandes y pesadas que podían servir de prismáticos en una excursión. Incluso, en una ocasión, mis primos macarras me las quitaron para intentar quemar hojas secas con el reflejo del sol. Lo lograron los muy capullos.

—Cuando te hagas mayor Anita, vas a ser más guapa que cualquier personaje de la tele, ya lo verás... Y habrá un montón de chavales detrás de ti... Y si alguno te hace llorar, me lo dices, que voy y le doy de hostias por hacer llorar a la chica de los boquerones.

Sonreí entusiasmada con su promesa y me enamoré durante cuatro

larguísimos años en los que todos mis peluches tuvieron que pasar por el Registro Civil a por nota marginal de cambio de nombre en sus certificados de nacimiento. Nombre: Arón. Apellidos: Suená a Amor.

Cuatro años después llegó Pablo a la ciudad y como no pudo ser de otro modo, Arón sonó a pasado.

¡Qué fácil era enamorarse a los ocho años y qué sencillo olvidar a los doce!

Mi madre dispuso todo para celebrar un festín que fuese inolvidable para todos los presentes. Lámparas de araña colgaban de la enorme carpa blanca instalada en el jardín; la barra perfectamente vestida con mantelería fina estaba más repleta de velas que de botellas y presidida por un camarero al que le sobaban años y kilos para agitar con destreza la coctelera.

Los candelabros rococós sobre pomposas mesas de estilo Luis XV en todas las esquinas, me invitaban a viajar en el tiempo hasta que entraba en mi campo visual una de las absurdas columnas de globos blancos y dorados que resguardaban los cipreses de la abuela. Creo que mi madre intentaba recrear una fiesta infantil del siglo XVIII.

En ese entonces odiaba el dorado casi tanto como el blanco. Al igual que la abuela, amaba el verde y los cipreses. Amaba la tranquilidad, la calma, el estar con mis amigos en *petit comité* me molaba. Me gustaban las fiestas de cumpleaños en las que se cenaba pizza y patatas bravas, en las que había un bol enorme desbordado de gusanitos como centro de mesa y vasos de plástico rebosantes de Fanta y muchas, muchas claras.

A lo largo de las dos interminables y recargadas mesas de banquete — donde los ciento veinte invitados degustarían una exquisita cena— situaron estratégicamente unas enormes farolas junto a desproporcionados arreglos florales que, de no ser por el exceso de cintas doradas y flores blancas, podían haber sido lo único chulo en la decoración. Inevitablemente hubo que deshacerse de gran parte de ellos, no dejaban casi espacio para los cubiertos y mucho menos para los platos o para soltar un vaso.

La sonrisa de mi madre comenzaba a apagarse a medida que los invitados se ubicaban en los asientos asignados cual modelos posando para el retrato de la última cena.

—Las mesas debían haber sido más grandes. ¿Esto es una tomadura de pelo? —apostillaba la experta mientras clavaba una mirada penetrante en mis ojos, como si yo hubiese tenido algo que ver en la organización—. La realidad

fue que en esa oportunidad solo me dieron como misión escoger un número bastante limitado de invitados, aun y cuando se trataba de mi cumpleaños.

—¿Puedo ir al garaje con mis amigos? —me apresuré a preguntar en cuanto las dobles de las Azúcar Moreno se tomaron un merecido descanso.

—Haz lo que quieras, pero en cuanto la cena esté servida os quiero a todos aquí —apuntó ella, y con una mirada fulminante sobre cada uno de nosotros, nos dejó claro que aquella noche no podíamos producirle el más mínimo enfado.

A la hora de cenar me encontraba con mi restringido grupo de amigos viendo videos de Guns and Roses en el garaje del abuelo. Era un garaje amplio, tan cómodo como original. Tenía un enorme televisor, la Super Nintendo Entertainment System, VHS, una minicadena que era la leche, un par de sofás añejos, una desteñida mesa de billar, una guitarra vieja y empolvada, un árbol de navidad decorado con luces y bambalinas durante los doce meses de año, una pequeña barra de madera justo debajo de un enorme cartel iluminado que ponía BAR, una singular pecera llena de arena y conchas de mar. Retratos, artilugios y adornos amontonados en todas las paredes atiborraban el lugar, pero igual, aquel garaje daba la misma sensación de paz y tranquilidad que siempre dio el abuelo. Era su santuario, así como el lugar a donde iba a parar todo lo que no tuviese forma de florero o elefante. Sin lugar a duda, fue también el entorno ideal para la fiesta paralela que estábamos montando.

No teníamos que ser parte del revuelo creado en el jardín hasta servida la cena, así que podríamos disfrutar a nuestras anchas durante un rato.

Entre todo lo malo que podía pasar en esta fiesta, lo peor ya estaba pasando y aunque nadie lo notase yo no podía dejar de hacerlo. Pablo no había llegado. Por un lado, no me sentí del todo mal. Al fin y al cabo, al ser una supuesta fiesta sorpresa, podía hacerme la tonta si alguien preguntaba si le habían invitado. No era más que el hermano mayor de Sara, mi mejor amiga.

Una de las tantas cosas que hacía a mi cuadrilla tan especial era que nos juntábamos porque nos gustaba estar juntos, sin importar afinidades o edad. Solo la mitad de nosotros éramos compañeros de clase, el resto eran hermanos, primos, colegas de la escuela de teatro, gente muy maja con la que íbamos haciendo migas y así formamos nuestra pandilla.

Además, Pablo se había unido hacía poco a nuestro clan. Sara y él, de niños no se llevaban muy bien, pero al entrar en la adolescencia milagrosamente comenzaron a comportarse como hermanos cómplices y

llegaron a convertirse en grandes amigos.

Si alguien hubiera notado su ausencia, yo podría decir con total credibilidad que mi madre, con tanto jaleo, había olvidado invitarle. Sara quizá lo excusara, solo ante mí. Lo que pensarán los demás le daba igual. Lo que yo sufría por los desplantes de su hermano ella lo sabía de antemano, aunque abiertamente nunca lo habléramos. Las buenas amigas siempre procuran protegerte incluso de las personas que más quieren. Yo, con total desenfado, haría como si no pasara nada.

La verdad es que en ese momento todo pasaba, Pablo no estaba. Era en lo único que yo pensaba. El resto de los invitados me daba exactamente igual que estuvieran allí. Sin su sonrisa pícaro y sus chistes malos, la fiesta para mí sería un completo fracaso.

Lo disimulaba bien, me mostraba alegre y complacida, aunque en el fondo me sintiera tan desdichada como *Mónica de Altamira* ocultando su amor por *Juan del Diablo*... Siempre creí que tenía el perfil perfecto para protagonizar un culebrón mexicano.

En el video se atinaba a escuchar el golpear del viento sobre las cortinas mientras Axl Rose, sentado a un lado de la cama, estrujaba el cigarro contra el cenicero. Al unísono, mis amigas y yo gritamos de emoción. *November Rain* era nuestra canción. Los chicos, entre quejidos, burlas y manotazos, hacían lo imposible por congelar la imagen en la pantalla, nosotras estábamos obsesionadas con ese video y esa moda rockera de los noventa.

Entre las risas que generó la batalla por el mando del VHS, se escucharon los gritos de mi madre para ir a cenar.

—Pasad todos a la mesa, la cena ya está servida... ¡Daos prisa y no hagáis esperar más a los mayores!

—Esos gritos histéricos no son tan acordes a tan glamurosa velada — comentaba Sara entre risas e imitando el tono y el andar elegante de mi madre, al tiempo que nos dirigíamos como una hambrienta manada a la carpa dispuesta en el jardín.

En ese momento descubrí que el dorado y los candelabros me molestaban mucha más en contacto cercano.

A lo lejos, la carpa que en principio me parecía grotesca y hortera, no estaba tan mal... Para una boda gitana, por ejemplo, hubiese sido el entorno ideal. Mi madre realmente se había esforzado por dar una fiesta a todo trapo, como ella misma decía. Cargada de mal gusto, sí, pero aquel despliegue exageradamente ostentoso que para cualquier persona medianamente cabal no

tendría ningún sentido, para quien tuviera la dicha de conocer a mi estrambótica madre podía pasarle por un festejo de lo más común y normal.

5

Conejo al salmorejo

Elegantemente servidas las mesas, con el número de comensales contado y recontado por la anfitriona, hundidos cada uno en la comodidad de sus asientos forrados en lentejuelas, quedaba a la vista de todos los presentes una silla vacía que se erguía justo frente a mi madre.

Silla de la cual se percató justo antes de hacer los honores y dar el discurso de agradecimiento a todos los asistentes. Chilló con tal desparpajo que retumbaron todos y cada uno de los candelabros.

—¡A ver! ¿Quién ha faltado, que no me he enterado? ¿No habéis salido todos del garaje ya? —repetía mi madre, sin que nadie diera respuesta.

—Ana, ¡te estoy hablando! Es a ti a quien estoy preguntando. ¿Me respondes ahora o lo dejamos para más tarde? Pasas todo el día pegada a tu cuadrilla y no te enteras de que hay una silla vacía —me reprochaba con esa vocecita aguda llena de espinas que se me iban clavando a cuentagotas mientras pronunciaba cada sílaba.

Fue la primera vez que tuvo sentido en mi vida la frase «Trágame tierra», y de ser posible, pedí desde lo más profundo de mi ser: «Trágame por favor sin mucho aspaviento, que nadie note mi ausencia, pero escúpeme lejos, muy lejos te lo ruego, en una playa desierta, preferiblemente huérfana, sin familia, sin amigos... Solo con Pablo, cantándome al oído; surcando las olas con su tabla y embadurnando de crema mi espalda».

—No lo sé, mamá... ¿Qué más da si ha faltado alguien?... Quizá sea el panadero o el carnicero del pueblo, que no han podido llegar. Así tienes sitio para más floreros —repliqué, con un tono impertinente, muy propio de una quinceañera arrebatada.

Mal hecho... Muy mal hecho de mi parte.

La expresión de mi madre se fue transformando tan lentamente que

daba la sensación de que todo el ambiente se tornaba sombrío a medida que su entrecejo se arrugaba y su mirada me fulminaba.

—Lo siento —me atreví a soltar, ya sin señas de impertinencia y a la espera de que uno de esos floreros volase por los aires y aterrizará en mi frente.

No es que mi madre fuese agresiva, nada más lejos de la realidad, es solo que ante cualquier detonador que le hiciera pasar de la fase maníaca a la fase depresiva de su trastorno de bipolaridad (no diagnosticado por especialistas, pero del cual estoy completamente convencida padecía) le daba por hacer volar lo que tuviese a su alcance, sin poner reparo en donde fuese a aterrizar o en el daño físico y no solo material que pudiese ocasionar.

En un acto de estoicismo que me cogió por sorpresa, la mujer en cuestión mantuvo la calma. Agradecí a Deepak Chopra por todas las enseñanzas transmitidas a mi señora madre. Por primera vez, luego de tantos años dedicada a la lectura de autoayuda, la aprendiz finalmente logró alcanzar el autocontrol.

Luego de unos segundos que se hicieron eternos, el lugar se volvió a iluminar. Su mirada aún me fulminaba, pero una pizca de sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios y asumí que aceptaba mis disculpas. Como quien acepta la patada de un asno torpe y descuidado que ha alimentado por años.

—¡No pa-sa na-da! —exclamó con entereza y de forma silábica, como queriendo decir que realmente pasaba mucho, pero haría caso omiso a mis palabras, acto seguido agregó:

—Espero que todos disfrutéis de la cena que con tanto cariño he organizado para mi niña pequeña que ya se hace mayor. La luz de mis ojos... *La altaneraaaa...* (alargando la última *a* hasta quedar exhausta).

Se fundieron todos en un efusivo aplauso. No creo que haya sido como resultado de tan emotivas palabras. Tengo la certeza de que todos aplaudían como borregos por el miedo a despertar a la dulce bestia que se encontraba en pausa.

Como era de esperar, rechinaron las copas —más por alabar a la anfitriona que a la altanera—. ¡Qué fijación loca tenía mi madre por llamarme siempre así! Cuanto más público había, con más ímpetu lo hacía. Si era torpe o dispersa, para ella no era más que una niña altanera. Ante cualquier respuesta coherente y sincera, también cabía llamarme de esa manera. Hiciera lo que hiciera siempre sería su niña pequeña, *La altanera*.

Definitivamente altanería y sorpresa, así como la mayoría de las

palabras que conforman la lengua castellana, tenían significados muy diferentes para nosotras dos.

Bebí de un trago la copa de cava que reposaba en mi mano. Lo más fuerte que había bebido hasta entonces había sido un par de claras. El amargo dulzor del cava espumante me dejó, además del mal sabor, la sensación del alcohol quemando mi garganta.

Como todo no iba lo suficientemente mal y basándome en la popular Ley de Murphy —que siempre había sido un determinante en mi vida—, no podía ser de otra forma; el plato estrella de la noche se develó ante la mirada impávida de los comensales: *conejo al salmorejo*, acompañado de gofio y papas arrugadas con mojo picón... «que a mi familia la quiero un montón, pero que todos mis amigos tuvieran que disfrutar de la gastronomía canaria cuando querían cenar pizzas y beber un par de cañas, era ya mucho, por no decir demasiado» —pensaba cabizbaja, mientras jugueteaba con el tenedor.

Lo malo de la gastronomía canaria no es su sabor, es el aspecto horrendo que adquieren en el plato todos sus elementos una vez que empiezas a comer. El conejo, con esa espesa salsa de un tono confuso entre rojizo y marrón; las antiestéticas papas arrugadas —que ya de por sí son la forma menos apetitosa de presentar este tubérculo—, van y las ahogan en ese mojo naranja chillón; y para rematar, un mazacote grisáceo bailando entre el conejo y las papas, aquello termina convirtiéndose en la adaptación culinaria mal lograda de una obra de Pollock.

¡Qué complejas podían resultar aquellas cenas para una adolescente cuando el menú resultaba tan desacertado y no tenías un Smartphone en que apoyarte! Con lo fácil que hubiera sido enviar un WhatsApp al grupo e inventar un plan de escapada del conejo, el mojo, las flores y tanta horterada. O al menos, enviar un chiste malo al chat, para romper el hielo y burlarnos de algún comensal, entretenerte viendo el Twitter o el Instagram... Sí que podían resultar complejas, pero sin lugar a duda, las veladas eran deliciosas cuando no había que hacer espacio en la mesa para el móvil, aquellos tiempos maravillosos en que los comensales estaban presentes no solo de cuerpo, sino también de mente.

El iceberg que había sepultado la mesa se fue quebrando poco a poco entre chistes malos y añoranzas de una buena paella. Halagos a mi madre iban y venían, con sutil hipocresía parecía. Ella igual se venía arriba y hacía señas descontroladas al joven camarero para que rellenara las copas que se

encontraban medio vacías.

En vista de que mi madre permanecía inmersa en su papel de anfitriona perfecta; mi padre por su parte, aferrado a una botella de *whisky* barato — como bien ha sabido siempre hacer— y todos los adultos presentes sumidos en viejas historias, así como en acaloradas conversaciones en las que se discutía tanto de rosas y magnolias como de políticos buenos y ladrones, poca atención tuvimos los más jóvenes.

Aburrida. Así parecía la cena. Los divertidos éramos minoría y poca cosa podíamos hacer para animarla.

Aprovechando el descuido de los adultos —quienes si parecían disfrutar de los manjares y las tertulias—, nos comunicamos con ese lenguaje de gestos y miradas que solo es entendible entre amigos del alma.

De esta forma fueron a parar bajo la mesa varios servicios de conejo al salmorejo, lo cual fue un verdadero festín para los arrogantes perritos de pedigrí del proyecto de matador al que debía llamar cuñado.

No teníamos móvil en aquella época, pero sí la facilidad de comunicarnos solo con pestañear.

Javi, mi mejor amigo, en un ingenioso uso de sus mejores herramientas de negociación, logró convencer al camarero para que nuestras Coca-Colas se combinaran en perfecta y secreta armonía con el *whisky* barato que predominaba en la barra. Entre caras arrugadas, producto de cada sorbo a lo que en ese momento consideraba un menjurje asqueroso, bajo la enorme carpa y rodeados de algunos desconocidos, estaba teniendo lugar aquella noche nuestra primera noche de copas oficial.

«¡Qué ganas de salir corriendo al garaje y emborracharnos con dos cubatas!» —me decía en mis adentros, con la cabeza en alto, y procurando hacer más fácil el recorrido del *whisky* azotador que escaldaba mis entrañas.

Cuando por fin estuve relajada, me acomodé en un extremo de la mesa donde le daba la espalda al jardín, pero tenía una vista total de la pista de baile. Empecé a disfrutar de la compañía de mis amigos, de mi familia, de la suerte que tenía de que estuviesen conmigo.

Disfrutaba y agradecía que todos los que estaban allí (al menos todos los que conocía antes de aquella noche) formaban mi peculiar *Gran familia*. Familia de sangre, familia escogida, quienes con tantas manías daban color a mi vida.

Saboreaba la vida y las dos onzas de *whisky* barato que se habían perdido ya entre las burbujas de la Coca-Cola.

Mis estados de ánimo siempre fueron volubles. Pasaba de una emoción a otra a una velocidad abrumadora, lo que podría denominarse una mini bipolaridad ya que no llegaba a ser ni maníaca ni depresiva como mamá, pero sí intensa y apasionada a rabiar. Sentía y percibía el mundo como si estuviese subida en una noria que giraba a su propia voluntad y cuya velocidad me resultaba imposible controlar.

Puedo decir que en ese momento me situaba en el punto más alto de la noria. Por alguna avería poco frecuente, las cabinas se habían detenido hacía rato y yo en lo más alto estaba feliz. Aburrída, pero feliz, aunque resulte difícil de entender. Incluso puedo decir que deleitada con la vista que había ante mis ojos: familia y camaradas riendo a carcajadas.

Sus largos brazos me rodearon por sorpresa. Apoyó su pecho en mi espalda y me abrazó con fuerza, como intentado dejarme clavada en la cabina más alta de la noria en pausa. Él era un barco, sus brazos los cabos y yo el muelle al cual se amarran. Sus manos tibias acariciaron mi cara al tiempo que susurraba en mi oído: «Felicidades guapa».

«Vale, que ya puedo morir feliz. Fueron quince maravillosos años de vida y todo ha valido la pena para llegar hasta aquí. Pablo susurrando a mi oído... No hay nada más que decir». Ningún ser sobre la faz de la tierra pudo haberse paralizado nunca de la forma en que yo me paralicé. Podía escuchar el sonido producido por mi sangre al recorrer cada una de las venas hasta llegar al corazón —donde estallaba en burbujas como las olas del mar al romper en la arena negra de La Palma, regresaba mi sangre por las arterias, como el agua que ya ha tocado tierra y vuelve a intentar su proeza, calentando cada rincón de mi cuerpo a su paso, erizando uno a uno todos los vellos de mi piel—. Quería gritarle a la tierra otra vez: ¡Trágame por favor! Pero esta vez, trágame con él. Así como está, fundido a mi espalda, oloroso a sal, oloroso a playa.

—¡Ha llegado Pablo! —anunciaba Javi, por si alguien no se había percatado del trasatlántico anclado en mi puerto.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde te habías metido? —le reprochaba Sara, con sus ojos verdes tan abiertos que podían hacer de faro en este paraíso que me estaba inventando.

—¿Estas son horas de llegar? —increpaba mi madre, en plan jefa de aduana a la cual se le habían colado al puerto sin pagar impuestos.

—Debes de estar hambriento —afirmaba la abuela, y en sus palabras se vislumbraba un mar en calma.

—Vaya chándal que llevas —criticaba mi hermana, cual receloso

marinero que va navegando en un bote inflable, cuando debería navegar como mínimo en un yate.

Y uno a uno todos los presentes lanzaban elocuentes comentarios e ingeniosas preguntas a las que Pablo sorteaba con tanta facilidad como hacía con las embravecidas olas del mar. Dejaba ver esa media sonrisa venenosa. Se sacudía los cabellos dorados que servían de escudo a esa mirada adictiva y contestaba con monosílabos, sus palabras favoritas.

Pablo tenía en aquel entonces diecisiete años y yo tenía más de treinta razones para adorarlo.

Aprendió a surfear antes que a caminar. En Tarifa, su pueblo natal, era un pecado no hacerlo.

Tenía toda la magia de Andalucía en su haber, todo el olor de la playa en su piel. Resultaba desconcertante tanta dulzura y tanta belleza en un solo ser.

Su familia se había mudado a Valencia tres años atrás. Desde entonces, Sara y yo fuimos las mejores amigas. Desde entonces, Pablo fue mi alegría y mi desdicha.

Desde que tengo uso de razón he sido enamoradiza. Lo que viví con él, fue amor a primera vista. Lo de Arón, dejó de sonarme a amor en cuanto conocí a Pablo. Le amaba con todas las fuerzas con las que se puede amar a los doce años. Le escribía cartas que nunca entregaba. Le espiaba en su casa mientras jugaba al Pacman, hasta le perseguía por la plaza del barrio, esperando que un día se girara, me saludara y me dijese: *Oye acosadora, ¿te apetece tomar un helado?*

Él me ignoraba, siempre me ignoraba.

En el último año, las cosas habían cambiado entre nosotros. Habíamos crecido y comenzamos a formar parte del mismo grupo de amigos. Bueno, en realidad él comenzó a formar parte de mi cuadrilla, dejó de ser tan apático y amargado, y empezó a apuntarse en todos nuestros planes.

Estoy convencida de que él siempre supo lo que yo sentía. Y tanto lo sabía que jugaba conmigo a su antojo, dejándome siempre la expectativa de que pronto, muy pronto besaría por fin sus labios rojos.

Pasado el alboroto de su llegada, con todo el desparpajo que le caracterizaba, cogió la silla vacía que minutos antes había sido la causante del conato de choque del Titanic contra el iceberg, mientras a tropezones y empujones se hacía espacio para sentarse a mi lado.

Yo no podía entender que estaba pasando. Siendo objetiva, nos llevábamos realmente bien desde hacía ya bastante tiempo. Los momentos que habíamos compartido siempre habían sido junto a alguien más. Lo pasábamos bien en realidad, pero a Pablo, se le notaba a leguas el empeño que ponía en evitar el contacto físico entre los dos. Con el resto de las chicas era otra cosa: cariñoso, juguetón, seductor, pero a mí, si acaso, me dio dos besos alguna vez.

En plan gracioso solía saludarme con un apretón de manos —de esos que te suenan los nudillos— o un empujón de hombros que me hacía tambalear. Se despedía con una reverencia los días que iba pedo y con un tirón de pelo el resto.

No había forma humanamente posible de que fuese más bruto a la hora de tratarme.

Aquella noche mágica y bonita todo cambió. Sentado a mi lado, dejó reposar su mano sobre mi rodilla de una forma tan natural que parecía una tontería.

Suspiré y pensé... «¡Que no es nada Ana!... Estará pedo el chaval. Quizá ha cambiado el ritual, no sabes de dónde viene. Se habrá fumado un porro antes de llegar. ¿De qué va el muy idiota?... Joderrrr... ¿Por qué me toca?». De idiota debió ser mi cara en ese momento. Reí muy profundo en mis adentros.

Sus dedos comenzaron a dibujar círculos pequeños sobre el dobladillo de mi falda plisada. Conversaba con todos con la soltura de un gran orador y yo sentía como sus ojos me buscaban, intentaba desesperado que nuestras miradas se encontraran.

Yo, más erguida que una gacela, adopté la postura de una antigua reina egipcia cuyo cuello estaba atrapado en una armadura y a la que se le hacía imposible girar la vista a su izquierda.

Era delicioso disfrutar de esa sensación excitante que se produce cuando los ojos de la persona que quieres se clavan en tu cuello y puedes escuchar como su mente te grita: ¡Gírate por favor! Y tú, tienes el poder de mirar hacia otro lado, regalas una sonrisa al viento, ese viento que un segundo después soplará su cara y le dará el mensaje: ¡Que sí, que yo también te quiero!

Minutos después —que pudieron ser horas, la verdad no lo sé, yo había perdido la noción del tiempo al primer contacto de sus dedos sobre mi piel— todo empezó a suceder demasiado rápido (o era mi mente haciéndome una jugarreta), pero la imagen ante mis ojos era igual a la de una cinta

proyectada a toda velocidad.

Recogieron la mesa a toda mecha, lanzaron frente a mí la tarta de fresa que preparó la abuela. Mi padre sopló las velas junto a su pandilla de borrachos. Mi madre se enfadó y se contentó la misma cantidad de veces que los engreídos perritos de pedigrí cagaron en el suelo del salón. Mi hermana peleó con su suegra por quién limpiaba la caca de los caninos que se habían atragantado de conejo al salmorejo. Mis tíos se montaron una rondalla y me dedicaron más de veinte folias y berlinas canarias. Mis amigos les hicieron un coro tan torpe como desafinado. Las floristas desmontaban los arreglos desesperadamente con el fin de reciclar flores y resguardar floreros mientras mis amigas, con ganas de fiesta, coqueteaban con mis primos en los alrededores de la piscina.

Solo Pablo y yo permanecimos sentados en el mismo lugar, sin mediar palabra, viendo desde primera fila la función. Su mano ya no seguía acariciando el camino que iba desde el dobladillo de la falda hasta mi rodilla. Ahora se aferraba a mis dedos que poco a poco habían cedido a sus caricias.

Gotas de lluvia comenzaban a caer sobre la carpa. Golpeaban tan fuerte que parecían pedruscos queriendo agujerear la tela para hacerse un lugar en lo que quedaba de fiesta.

—Tengo tu regalo en el garaje —me dijo al oído luego de besar mi oreja con esos labios gruesos que parecían de seda.

—¿Has traído regalo? ¡Por Dios! No era necesario, no tenías que haberte molestado —mentí con una voz dulce y elegante, cual princesa victoriana—. Por supuesto que era necesario. Pero como en el pasado solo había recibido de él un par de chocolatinas vencidas y un espantoso muñeco de feria (de esos cuyos pelos son tan tiesos que te arañan), el tema *regalo* resultaba por demás, extraño.

—Al llegar he dejado la mochila allí. Vamos antes de que empiece a llover más fuerte... Te quiero sorprender. Te quiero sacar una sonrisa de esas que levantan hasta un muerto. No son chocolatinas, te lo prometo —murmulló suplicante—. Me podía haber invitado a preparar morcillas en un matadero e igual me hubiera parecido el plan más dulce y romántico que a alguien se le podía ocurrir.

Apreté su mano con tanta fuerza que sonaron sus nudillos y los míos. Me levanté de un salto y emprendimos la fuga de la carpa.

—Ahora venimos. Vamos al garaje a por hielo —me disculpaba con todo el que tropezaba en la pista de baile.

Fue una carrera de obstáculos atravesar la carpa. El espíritu festivo se había apoderado de todos los presentes, que cantaban, bailaban e intentaban abrazarnos y retenernos en medio del baile.

Sonaba el himno clásico de todas las fiestas de la familia Santos; esa isa tan bonita que dice: «Palmero sube a la palma... y dile a la palmerita que se asome a la ventana, que su amor la solicita». Yo, que de La Palma tengo la sangre y en mi familia y amigos muchos que bailan como salvajes, me zafé de ellos con una gracia envidiable. En dos giros entré y salí del baile típico. Corrí con Pablo hasta el garaje, su mano soldada a la mía me decía que aquella noche él era *ese amor que solicita*.

6

Con los ojos cerrados

*Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... ¡yo no sé
qué te diera por un beso!*

Gustavo Adolfo Bécquer

Era una suave llovizna, pero tan ruidosa que resultaba ensordecedora.

Sin explicación, llegamos empapados al garaje. Corrí al armario a por toallas. Hacía frío, mucho frío. Axl Rose seguía petrificado en la pantalla del televisor.

Pablo apoyó la mochila sobre la vieja mesa de billar. Su chándal chorreaba. Sus cabellos también. Era igual a la imagen que todas las noches me acompañaba antes de dormir.

Le cubrí la espalda con una toalla de dibujos en la que se veía al Demonio de Tasmania junto a una tabla de surf. No podía ser más simbólica la imagen. Yo me decanté por una toalla rosa de Piolín.

—Es una sorpresa —pronunció con una voz que sentó como una suave caricia a mis oídos—. La sorpresa podía ser una docena de fartons o de longanizas. Viniendo de él, cualquier cosa para mí sería una maravilla.

Uno a uno fue sacando el contenido de su mochila al tiempo que lo ubicaba de forma simétrica sobre la mesa de billar —como si de una mesa de instrumental quirúrgico se tratara y cada uno de los objetos allí dispuestos fuesen a salvarme la vida—. Sacó un pañuelo negro igual al que usa Axl Rose.

Su *Walkman* amarillo con cascos incluidos. Un casete en el que se podía leer *Ana's Music*. Un sobre blanco y un paquete, tan mal forrado, que parecía que lo hubiese empaquetado un niño de tres años con hiperactividad.

—¿Confías en mí? —preguntó, con su mirada ancorada en mis pupilas dilatadas.

Asentí y carcajeé nerviosa, tapándome la boca con las dos manos, como si así, fuesen a hacerse invisibles los relucientes *brackets* sobre mis dientes.

—¡Venga ya, Ana! Deja de hacer el tonto. Esto es serio, no es cachondeo —refunfuñó.

—Vale, vale. Es que me parece que me estás vacilando y no entiendo por qué. Estás muy raro tío. Todo esto es muy extraño. ¿A qué viene eso de que si confió en ti? Que sepas, que porros ni de coña voy a fumar —dije sin titubear—. Estaba tan nerviosa que podría hacer o decir cualquier estupidez.

—¡Joder Ana! ¿Te puedes callar un segundo? Ya... También es extraño para mí, pero quiero hacer las cosas bien. ¿Vale? ¿Me dejas continuar?

—Vale, vale... No te enfades, no hablo más —respondí, acompañando mis palabras de un movimiento compulsivo que comenzaba en mis brazos y terminaba en mis tobillos, que igual pudo haber parecido una crisis epiléptica—. Hazme entonces la entrega oficial de esa sorpresa tan anunciada por favor... ¿Cuál de estos es mi regalo? —pregunté, con una voz ridícula a lo *femme fatale*, en este caso epiléptica, además.

No podía mantenerme ni callada ni quieta por más que lo intentaba. Cuando estoy nerviosa tiendo a paralizarme y enmudecer, pero aquella vez estaba siendo completamente diferente en todos los sentidos.

Pablo negaba con la cabeza y sonreía. Yo estaba ansiosa, excitable, pero él, lo estaba aún más, solo que disimularlo se le daba mejor que a mí.

Respiró hondo. Se llevó las manos a los bolsillos y se balanceó, buscando en el ambiente las fuerzas necesarias para comenzar a hablar.

—Todo esto es tu regalo... lleva una serie de pasos muy bien pensados. Sé que te parecerá una locura, pero necesito que de verdad confíes en mí. Si tengo suerte te encantará. —Sus ojos me miraban de una forma en la que jamás unos ojos me habían visto, de esa forma que deseas que te vea la persona que quieres, como si tú fueras la única estrella que brilla en el cielo, la última gota del agua en el desierto—. Sé que igual no ves bien sin gafas, con gafas tampoco creo que veas muy bien. Eres la persona más patosa que conozco —agregó y se echó a reír con una risa cómplice y contagiosa.

—¿Patosa yo?... Yo lo que tengo son problemas de equilibrio... —
aclaré muy segura de mi misma.

—Y de coordinación motriz, guapa —dijo sin poder contener la risa.

Aproveché para darle un manotazo en el pecho mientras yo también reía. Él continuo su discurso.

— Pero ese es otro tema. No vinimos a enumerar tus cualidades, que son muchas y me encantan... Necesito taparte los ojos con esto —dijo él, agitando el pañuelo negro.

Asentí. ¡Cómo no iba a hacerlo! A mis defectos los llamó cualidades y como si fuera poco, dejó claro que le encantaban.

Se situó frente a mí formando los dos un solo espacio vital, respirando el mismo aire embriagante. Se deshizo de mis gafas de carey y cubrió mis ojos con el pañuelo que desprendía su perfume Jean Paul Gaultier.

A partir de allí, ya no pude pronunciar una palabra. Estaba paralizada de cuerpo y mente, más no de alma.

Tapó mis ojos con tanta suavidad que por primera vez en mi vida no tuve miedo a la oscuridad.

Colocó los cascos amarillos sobre mis orejas mientras dejaba caer sus manos a lo largo de mi cabello castaño. Con una mano me sujetó por la espalda, con la otra pulsó el *Play* en su *Walkman*.

Empezaron a sonar las notas de piano que hacían de *November Rain* la mejor canción de la época.

Me empujó con fuerza hasta su pecho. Mi rostro quedó anclado en el arco de su cuello. Aspiré su olor a playa, a sal. Su nariz se posó sobre mi sien, su respiración acariciaba mi frente. Intenté desenfrenadamente encontrar sus labios, pero él, con evasivas sutiles me frenaba.

Parecía que había ensayado cómo hacer que mis suspiros estuvieran afinados a cada nota de la melodía. Comenzó besando mi barbilla al compás de una caricia sobre mi mejilla. Me apretó tan fuerte que sentí su corazón golpeando los lunares sobre mi pecho. Me perdí en sus labios gruesos y viví perdida mucho tiempo...

La noria en mi cabeza giraba tan de prisa que me disparó a los aires. Tuve que saltar entre nubes de lluvia, tan cargadas, que me empapaban. Había fuegos artificiales surcando el cielo, algunos me quemaban, otros explotaban en mi cuerpo. Las estrellas estaban tan cerca que podía tocarlas y moverlas. Me sentí agotada y sedienta. De un golpe había caído en el desierto y él era el dueño del único manantial que saciaba mi sed.

Solo Axl fue testigo de aquel momento. Pablo y yo nos fundimos en tan profundo beso que era imposible creer que fuera el primero. Nuestros labios parecían haber sido hechos para encontrarse y nunca más separarse. Se movían como una pareja de expertos bailando el más sublime vals de todos los tiempos. Nunca un beso fue tan perfecto como aquel beso. Nunca un momento fue tan bello como ese momento.

Agotados los dos de habernos querido tanto, nos respiramos hondo. Entre caricias y besos, Pablo logró quitarme los cascos. Comenzaba a sonar *I Want to Know What Love Is*.

Quería gritar desesperadamente: ¡No!... ¡Por favor! Quiero seguir escuchando, ruego que me sigas besando. Pero él había robado todo mi aliento. Ya, sin un rastro de fuerza, lo único que tenía claro es que después de ese día sería su presa, su marioneta.

Ya sin cascos, desvistió mis ojos del pañuelo que los mantenía en la oscuridad más clara. Mis párpados estaban sellados. Mis labios entreabiertos.

—Abre los ojos, Ana... Sigamos con la sorpresa, que nos queda poco tiempo —musitó a mi oído.

Una fuerza mayor me impedía hacerlo.

Mi alma y mi mente seguían vagando entre sus dientes, jugueteando con su lengua sabor a menta. Si abría los ojos, toda la magia escaparía. Sería el final de mi primer beso. Quería que ese instante fuera eterno, anhelaba que Pablo fuera perpetuo.

Luego de tenerle tan cerca, no sería capaz de soportar verle marchar. Si tenía que esperar unas horas o un día entero para volverle a ver, prefería no verle alejarse de mí. Así sería más fácil lidiar con la rutina... al menos eso creía.

—Vete. Si tienes que irte, vete ya por favor —dije en tono de drama, como diría Mónica de Altamira a su Juan del Diablo.

Mañana sería un nuevo día, nada podía dañarme el momento. Sería el recuerdo perfecto de un primer beso, el comienzo de nuestra historia de amor no podía ser mejor.

—Ana, no me puedo ir, tenemos que hablar. ¡Venga, abre los ojos!... Deja de hacer el tonto —reclamó enfadado.

—Hablemos mañana, te lo pido —supliqué.

Como si estuviese ahogada en sus aguas, me sacudió torpemente pretendiendo reanimarme y salvarme. Lo cierto es que no reaccioné a sus palabras. Pudo haber explotado un meteorito en medio de nosotros y yo seguir

allí con la misma cara de pánfila.

Deseaba con todas mis fuerzas que se fuera. Las lágrimas de alegría que se amontonaban en mis ojos ansiaban desbordarse libremente sobre el cemento pulido del garaje. Mis párpados cerrados hacían de represa a todas ellas. No podía llorar si él estaba allí. No podía abrir los ojos y verle partir. No podía ser yo quien huyese a su suerte. Mis piernas también habían sido blanco de la pasión desmedida de su lengua contra la mía.

—¡Pablo! ¡Ha llegado papá! —gritó Sara desde la puerta.

—Ana, ha sido la bomba tu fiesta gitana. Te llamo mañana *My friend* —se despidió mi amiga—. Yo asentí.

—¡Voy! —respondió Pablo junto a un bufido.

No sé realmente a qué distancia estaba ella, ni cuánto tiempo llevaría allí. Pablo me dio un beso en la mejilla, apretando con demasiada fuerza mi cara y logré escuchar cómo sus pasos se alejaban.

—¿Por qué Ana no abre los ojos y está en modo mudo? ¿Se lo has contado? —preguntaba Sara a su hermano, mientras escuchaba como sus pasos se alejaban.

«¿Contarme qué? ¿De qué hablaba Sara?» —me pregunté. «Da igual» —pensé... «Contarme que me quiere, debe ser».

7

Maravilloso corazón

La lluvia había parado ya. Solo lograba escuchar cómo las gotas empozadas en el tejado corrían sobre los ladrillos para terminar su camino en la hierba del jardín. Me tumbé sobre la mesa de billar y me eché a llorar. Lloraba de alegría, de empalagosa felicidad. Pablo me quería, no lo dijo de manera textual, pero esa era la verdad. A veces las palabras, en vez de aclarar, empañan la realidad.

Deseaba recordar ese momento por el resto de mis días. Lo repetí en mi mente unas cien veces, no podía permitirme que se escapara un olor, un

sabor, una imagen, una sensación, que se me tatuara en la piel todo él, para mal o para bien.

—¡Ana, se están yendo todos! ¿Podrías dejar la siesta e ir a despedirte de los invitados? —gruñó mi hermana, al tiempo que el golpe de sus tacones sobre el cemento me sacaba de mi nirvana.

—Ahora voy —balbuceé, sin hacer un mínimo intento de movimiento.

—¿Qué demonios haces tirada en la mesa de billar? ¿Por qué tienes esa cara de idiota? Mamá lleva un cabreo épico y papá un pedal que no veas. Y tú aquí echando la siesta... De verdad yo debo ser adoptada, esta familia es rara de cojones... Soy la única normal. ¡Estáis todos muy mal! —recitaba Eva, sin siquiera respirar.

El don de la palabra era su más notaria cualidad, resultaba imposible hacerla callar. Mi hermana era tozuda e intensa, imprudente casi siempre. De ese tipo de personas que no han terminado de hacer la pregunta y atropellan con la respuesta, aun y cuando la pregunta la haga ella.

Un par de veces intenté tener lo que todos llamarían una conversación jovial de hermana mayor a hermana menor, pero siempre se convertían en los monólogos de Eva a los que yo tenía que asentir o incluso algunas veces aplaudir. Igual yo la quería. De niñas fuimos grandes amigas y sabía que algún día volveríamos a serlo, pero en ese momento de nuestras vidas, éramos muy diferentes y ausentes. Yo era drama y ella alegría, como mamá decía.

Me incorporé todo lo rápido que pude. Pablo se había dejado la mochila. Cogí el *Walkman* amarillo, el sobre y el paquete y los empujé de prisa dentro de ella. Lo que menos quería en ese momento era ser víctima de un prejuicioso interrogatorio de mi hermana.

—Este garaje es un antro, la verdad que no entiendo como os gusta tanto. El vivo retrato del mal gusto... Joder, si es casi tan feo como los globos y las flores de tu fiesta —aseguraba Eva entre risas. En eso sí que estaba de acuerdo con ella. La fiesta fue un derroche de mal gusto, pero el garaje del abuelo, si antes ya me gustaba, luego de aquella noche se convirtió en mi lugar ideal.

«No estaría mal mudarme con los abuelos y que mi cama fuese la vieja mesa de billar» —pensé.

Volví junto a mi hermana a la rimbombante carpa, testigo de tantos desaciertos aquella noche. Ya quedaban pocos de quienes despedirme. Casi toda la familia se había ido a dormir.

Mi madre y la abuela habían dispuesto de las siete habitaciones del

chalé para que parte de la familia pasase la noche allí y poder continuar — como era costumbre— con la celebración al día siguiente. Cuando he dicho que mi familia celebraba los cumpleaños múltiples de cinco por todo lo alto es porque aquello era de tirar la casa por la ventana... ¡Qué fiestas patronales de pueblo ni que nada! Los Santos teníamos por costumbre celebrar a lo grande y en eso nadie nos ganaba.

Dos amigos de mi padre, renuentes a marcharse, cantaban rancheras a capela. A lo lejos, mis primos fumaban porros en el pequeño huerto del abuelo, como si nadie pudiese verlos y eran tan visibles que hasta yo podía distinguirlos claramente, sin necesidad de llevar mis gafas. Mis amigas se habían ido y a los ligones fracasados no les quedó más consuelo que sus cigarros.

La comitiva de desconocidos se había marchado también. Con la suerte de que solo tuve que despedir a la pesada familia del novio de mi hermana. Por supuesto, me increparon por mi ausencia durante el festín.

La verdad, daba la sensación de que hubiese pasado mucho más tiempo en el garaje que en el jardín, pero estoy segura de que no había sido así. A menos de que el tiempo se hubiese parado y me hubiera teletransportado a ese mismo garaje junto a Pablo, pero en otra dimensión, mientras los demás permanecían paralizados. Pablo y yo, en nuestro mundo paralelo, dedicamos horas y no escasos minutos profesándonos amor en un beso. «Cosa poco probable» —pensé.

Recogí lo poco que quedaba sobre las mesas y fui hasta la cocina con la intención de ayudar a mi madre y a la abuela con los trastos.

Conociendo a la abuela, supuse que habría mandado a los del *catering* a retirarse en cuanto pudo, para ocuparse ella personalmente de la limpieza.

«Era muy fuerte lo de la abuela» —pensaba yo, y efectivamente no me equivoqué—. Lo corroboré al entrar en la cocina donde se apilaban montañas de platos de porcelana italiana. La vajilla entera estaba impoluta y brillante, tras ella la abuela, que se hacía cada vez más pequeña con los años. Pequeña de tamaño, gigante de corazón. Ese *maravilloso corazón maravilloso* al que siempre le cantaba.

—Canta conmigo Anita: «Maravilloso corazón maravilloso, mi compañero en los caminos de la vida, siempre a mi lado en esas horas de tristeza, siempre conmigo en los momentos de alegría». Pocos saben cantar como Raphael... ¿Recuerdas cuando lo vimos en concierto? Lo recuerdo como

si fuera ayer. Eras una cría pequeñita. Fue tu primer concierto y tarareabas sus canciones a todo pulmón.

—Sí que lo recuerdo abuela, pero mi favorita será siempre nuestra canción. —Comenzamos juntas a tararear esa canción que la abuela me cantaba cuando no podía dormirme—. «Como yo te amo, como yo te amo. Convéncete, convéncete. Nadie te amará».

—Algún día conocerás a alguien que le guste tanto Raphael como a nosotras dos y será como *Yo soy aquel*, pero solo para ti mi niña. Lo sabrás en cuanto lo veas... Y se cantarán *Como yo te amo...* todas las noches de verano.

—Abuela, usted si inventa... Veo difícil que a un chaval de mi edad le dé por escuchar Raphael.

—No seas majadera... Yo sé lo que te digo. En alguna parte está ese chavalín, practicando los pasos de *Mi gran noche*. Solo que llegará a tu vida cuando tenga que llegar...

—¡Venga va!... —Me eché a reír—. Pablo odiaba a Raphael, pero igual, con un cambio radical en su gusto musical, podría ser *Mi aquel*. Estaba segura.

La abuela era genial. Nos obligaba a todos a tratarla de usted. Insistía en que la buena educación se estaba perdiendo y ella no iba a consentirlo. Resultaba imposible no ser feliz junto a ella... Desde que tengo memoria la recuerdo ocurrente y observadora, creyéndose medio pitonisa de bajo perfil. Capaz de sacar a todos una sonrisa con sus predicciones de un futuro prometedor y con esa capacidad tan sublime para embellecer los recuerdos más oscuros y turbios.

—En otro orden de ideas, sabes que tu madre se ha ido a la cama ya... con un berrinche, por supuesto. La hubieras visto; se puso como una fiera en cuanto tu padre quiso sacar más botellas de la despensa y se lo llevó a rastras hasta la habitación. Prácticamente ha corrido a todos los invitados —espetó la abuela, con esa expresión de buen rollo y cachondeo con la que solía hablar.

—¡Qué fuerte lo de mamá!... Tanto interés por dar una gran fiesta para terminar corriendo a todos como perros.

—Como perros sarnosos los echó a casi todos. A los que no pudo echar los mandó a dormir la muy loca. Con los únicos que no pudo fue con el par de mariachis que tenemos en el jardín y con tus primos que ni caso le han hecho y se han quedado de fiesta en el huerto, chillando a la par de los mariachis.

«Y fumando porros como unos kamikazes» —pensé—, porque aquella

noche parecían unos auténticos suicidas aspirando hachís y nicotina.

—Ya... Si los he visto, parece que está noche dormiremos con hilo musical —reconocí resignada.

—Mejor así, la música es vida... El problema de tu madre es que no canta y las personas que no cantan por vergüenza a desafinar viven reprimidas y amargadas porque no tienen a donde escapar... Si Dios nos dio la voz no es solo para chillar y cotillear, también es para cantar, y al que no le guste, pues que se tape los oídos. No podemos dejar de hacer las cosas por miedo a lo que los demás piensan. —Me miró fijamente, como queriendo clavar esas palabras en mi mente para siempre—. Eso no es vida, es una agonía. Se lo digo siempre a tu madre, ¿de qué sirve tanta meditación y tanto Zen? Si por cualquier tontería va y se enfada... Ella no aprende. Es más terca que una mula esta hija mía. Menos mal que las nietas me han salido más sensatas... —sentenció sonriente.

—Sobre todo Eva y Mena, que parecían hoy dos marquesas presumiendo a sus chicos —agregué con el poco sarcasmo que la risa me permitía al recordar el momento. A ambas se les había ido un poquito la lengua aquella noche enumerando los «atributos» de sus respectivas parejas. De esa forma nos enteramos de que el casi torero era «monohuevo», es decir, disponía de un solo testículo; y el que sonaba a amor era «heterohuevo», es decir, sus testículos no conocían la simetría. Información completamente irrelevante para todos los presentes en la fiesta.

Mi abuela reía y sus grises ojos lloraban de la risa.

—¡Jesús, María y José! A quién se le ocurre hablar de esos huevos cuando estábamos hablando de a quién le sale mejor la tortilla... Es que tú y yo somos las únicas cuerdas en esta familia, mi niña. Venga, siéntate que te pongo un trozo de tarta —ordenó ella, al tiempo que se sentaba junto a mí con dos porciones enormes de tarta de fresas, acompañadas de helado y nueces como a las dos nos gustaba.

Esa fue la segunda mejor parte de mi fiesta de cumpleaños. Disfrutar de la tarta y disfrutar de la abuela que siempre hacía que me doliera la tripa; no sé si por las porciones aberrantes de tarta que me hacía comer o porque me hacía reír hasta quedarme sin aire, sintiéndome como si hubiese hecho una rutina intensa de abdominales.

Juntas, hicimos un recuento de los mejores momentos de la noche tras el asunto de los huevos: la suegra de Eva correteando a sus perros pijos con diarrea; los cantos desafinados de mi padre aferrado a una botella y las dobles

de Azúcar Moreno peleando por el micrófono. Ellas sí que tendrían mucha azúcar y poca amargura pues qué manera de cantar con tanto desparpajo, sin una pizca de vergüenza y con unas voces que, a lo sumo, daban pena. Resultaba difícil escoger un ganador en la que fue *Mi gran noche*.

—Vamos a la cama ya mi niña, que es muy tarde. Mañana en la pelana ya tendremos tiempo de seguir riéndonos de toda la tela que nos han dado hoy —apuntó ella, acompañando sus palabras de esa sonrisa serena que siempre fue mi refugio favorito para compartir las penas.

—Abu, ¿puedo dormir en el garaje? —pregunté—. Aunque sabía la respuesta. La abuela nunca supo decirme que no. Era humanamente imposible para ella negarse a cualquier petición de sus nietos.

—Vale, vale, pero coge las mantas de la habitación, que las del garaje están más viejas y arrugadas que el abuelo —asintió, mientras me hacía mimos.

Volví al garaje metida en un colorido pijama de rayas, con mis gafas a la mano y cargada de mantas como para un ejército. Axl seguía expectante en la pantalla del televisor y la mochila de Pablo sobre la mesa de billar.

Sonreí, no podía dejar de sonreír. Pulsé *Play* para disfrutar una vez más de la canción mientras colocaba las mantas en el sofá. Fui a por la mochila, cogí una Fanta de la nevera, me eché en el sofá y como si de una especie de ritual se tratase, dispuse de todo el contenido de la mochila entre mis piernas.

Golpearon con fuerza la puerta, al no poder abrir desde afuera. Eran mis primos que ya iban fritos.

—¿Qué queréis? —maullé cual felina enfurecida. No me podía creer que después de todo lo bebido y fumado tuvieran aún fuerzas para seguir de juerga.

—¡Birra! —respondieron a coro.

—Estoy durmiendo. Iros a dormir pesados, que ya habéis bebido bastante esta noche —refunfuñé al mejor estilo de mi madre, desde la comodidad del sofá y con la esperanza ferviente de que hiciesen caso a mis palabras.

Nada más lejos de la realidad... No se fueron a dormir... Por el contrario, sus chillidos se sincronizaron con azotes desaforados a la puerta.

—¡Queremos birra, queremos beber! ¡Queremos birra, queremos beber! —coreaban cual grito de guerra.

Cogí la mochila vacía y la llené con todas las cervezas frías que había

en la nevera.

Abrí la ventana y todos corrieron hacia ella como cabras sedientas. La borrachera que llevaban era sobrenatural. Pretendían ser superhéroes cuyas capas eran los manteles sucios de la fiesta y entre todos llevaban alzada una columna de globos, lo más parecido a ver una fila de hormigas llevando un trozo de pan a su hormiguero.

Lancé la mochila repleta de cervezas y les pedí encarecidamente que volvieran al huerto. Como obedientes hormiguitas, así lo hicieron...

Me quedé observando por la ventana cómo se alejaban. Normalmente me bastaba con verles la cara para reconocer los motivos por los cuales no les soportaba, pero aquella noche estaba tan ensimismada en mi felicidad que hasta simpáticos me parecieron.

Los primeros rayos de sol se asomaban y yo todavía sin ver mi regalo. Volví a acomodarme en el sofá. Apagué finalmente el VHS y el televisor.

Me coloqué los cascos, pulsé suavemente el *Play* del *Walkman* amarillo y me dispuse a escuchar lo grabado. Aproveché a mirar las canciones apuntadas en la caja del casete. Ya era muy tarde o quizá muy temprano para sorpresas.

CARA A

-November Rain. Guns and Roses

-I Want to Know What Love Is.

Foreigner

-Amazing.

Aerosmith

-

Bed of Roses. Bon Jovi

-Open Arms.

Journey

-More

than Words.

Extreme

CARA B

-Everybody Hurt. REM

-Everything I Do.

Bryam Adam

-Making Love out You. Air Supply

-Somebody to love. Queen

-*About a Girl.*

Nirvana

(*In the Name of Love*). U2

-*Pride*

«¡Madre del amor hermoso! La selección musical que Pablo ha hecho no puede ser más bonita. Son todas y cada una de mis canciones favoritas. Esto es algo que solo alguien perdidamente enamorado puede hacer» —pensé.

No daba crédito a tanta felicidad. Es que ni soñada podía haber empezado mejor nuestra historia de amor.

Sacudí el paquete tratando de adivinar qué había dentro. Se sentía esponjoso y liviano por un lado, pero rígido y rectangular por el otro. Arranqué el papel con la ansiedad que realmente me hubiese gustado haber demostrado algún día de Reyes.

Era un peluche precioso del Demonio de Tasmania. Precioso quizá no era la palabra, pero ese monstruito marrón, malhumorado y refunfuñón era mi favorito entre todos los dibujos animados del mundo. Sujetaba en sus manos un pequeño marco de fotos en el cual reposaba una imagen que en la vida había visto: Pablo y yo de espaldas, sentados en el bordillo de la lancha de su padre el verano pasado. Se veían nuestros perfiles riendo tan fuerte que creí escuchar nuestras risas resonar entre las paredes.

Junto a Taz, un diario azul celeste en el que ponía en relieve color plata **1995**, bajo la fecha un post amarillo en el que se leía: «Escríbeme... Quizá te sale un *Best Seller*...». Pablo sabía que me encantaba escribir. Tenía una colección de diarios de los últimos años y el del año en curso me acompañaba a todos lados. ¡Que sí!... Era rarita y romántica perdida, ¿qué le vamos a hacer?

Abracé al peluche escuchando una a una las canciones de amor pero que, con mi mal inglés, poco entendía lo que decían. Busqué entre las mantas el sobre que me faltaba por ver. Había hecho un desastre al vaciar la mochila. También habían caído un par de casetes de Pablo, un libro, una sudadera, muchos empaques vacíos de chicles mentolados, una caja de tabaco, pero el sobre blanco que horas antes me había mostrado, ahora no estaba.

No podía creer que esto estuviera pasando. ¿Cómo pudo haber desaparecido así sin más?... Estaba segura de haberlo guardado con el resto de las cosas cuando Eva fue a buscarme. «Debió de haber caído bajo el sofá en el momento que vacié la mochila. ¿La mochila? Pudo haber quedado en el fondo de ella bajo las cervezas frías...» —afirmé para mis adentros.

Salí corriendo hasta el huerto envuelta en una manta, el olor a porro me guiaba.

—¡Llegó la cumpleañera! —rebuznó un Javi eufórico y tambaleante. No entendí por qué seguía allí.

—Perdí las llaves de la moto. Le he preguntado a tu abuela si me podía quedar y me ha dicho que sí —se excusó, al ver mi cara de sorpresa.

Javi era prácticamente parte de mi familia. Los abuelos le trataban como un nieto más. Con todo lo que había bebido, supuse que el abuelo le escondió las llaves y llamó a sus padres para avisarles de que el joven en cuestión pernoctaría una vez más junto a su familia adoptiva.

—Vale, me da igual, como si te quieres hacer una casita de madera en el huerto y mudarte aquí... ¿Has visto la mochila de Pablo? —pregunté desesperadamente.

—Esa mochila que estás buscando... ¿Tenía unas cervezas dentro, cierto? —indagó él, agitando la cabeza en expresión afirmativa y llevando una mano a su barbilla en actitud cuestionadora (cual Sherlock Holmes cuyo razonamiento deductivo producto del consumo desmedido de porros y alcohol podría dar respuesta a cualquier enigma de la vida misma).

—Sí, Javi. ¿Me puedes decir dónde está la mochila, por favor? —insistí.

—Elemental mi querido Watson..., aunque la verdad no lo tengo claro. Lamento decirte que ya no quedan cervezas, pequeña —confesó entre dientes, cerrando la frase con un guiño de ojo torpe y espantoso.

Los pocos semiconscientes que quedaban en pie se echaron a reír. Lidiar con borrachos jamás se me dio bien. Respiré profundo e hice un gran esfuerzo para mantener la calma.

—¿Dónde habéis dejado la mochila? ¿Acaso no entendéis? ¡Es importante! ¡Es una emergencia! —Como si decir eso serviría de algo entre aquella panda de idiotas.

Allí terminaba el breve periodo de tiempo en que mis primos me parecieron simpáticos. En un chasquido volvieron a encabezar la lista de personas que aborrecía y Javi se estaba uniendo a la lista.

Solo decían incoherencias respecto a posibles paraderos de la mochila y esto se tornó como un juego de borrachines creativos. Tenía unas ganas enormes de echarme a llorar o darles de hostias a todos ellos sin parar.

—¿Estás buscando la carta? —preguntó Óscar, mi primo mayor (cronológicamente hablando, porque su edad mental lo situaba como el más

pequeño de la familia).

—¿Dónde está la mochila Óscar? Te juro por Dios que si has leído la carta me las vas a pagar... —dije desafiante y enfurecida.

—¡Joooo...! Pero si hasta pareces tu madre, primita. La carta está en la mochila, Anita. Relájate, que nadie la ha leído. Con lo mojado que está ese sobre no creo que haya mucho que se pueda leer y como verás, aquí tenemos cosas más interesantes que hacer —respondió airoso y con ese tono burlón tan suyo.

—Por última vez Óscar, ¿qué habéis hecho con la mochila? Os juro que si ninguno de vosotros me lo dice ya, voy a empezar a chillar hasta que todos despierten y ya veréis que contento y orgulloso se pondrá el abuelo cuando haga conteo de todos los porros que habéis fumado... —amenacé, metida en mi papel de una cínica villana en pijama.

—¡Cálmate ya mujer! Deja el drama... Pareces una loca chillando así. Estará tirada por ahí; en el garaje o en el porche. ¡Yo qué sé! No ves que aquí no está. ¡Pesada! Anda a dormir y no molestes a los mayores.

—¡Capullo! —resoplé, rebuzné, pataleé y solo porque no tengo instintos asesinos Óscar sigue con vida.

Envuelta en la manta, me di a la tarea de encontrar la mochila como si de un gran tesoro a la deriva se tratase.

Busqué y rebusqué por todos los alrededores de la casa. Por suerte, la luz del amanecer me facilitaba el trabajo. Miré entre los arbustos y los cipreses, dentro de los tiestos, incluso debajo de las mesas y sillas amontonadas. Solo me faltó levantar las leñas que se apilaban junto al paellero.

Agotada y desilusionada no pude contener las ganas de llorar. Ahora mis lágrimas eran de impotencia. Las últimas doce horas de mi vida habían sido un torbellino. Pablo me había escrito una carta, una carta de amor que ahora vagaba en esa mochila perdida y yo, cual estúpida en pijama, deambulando como alma en pena envuelta en una manta, no la encontraba. La había perdido por culpa de mis insolentes primos. No sabría qué decirle a Pablo cuando lo viera...

—¡Ana, Ana! —gritaba Javi, al tiempo que corría torpemente con la mochila en mano—. Mi queridísima Watson, la hemos encontrado. Estaba en el huerto bajo las hojas secas...

La arranqué de sus manos con tanta desesperación que probablemente le arañé. La abracé muy fuerte y corrí nuevamente al garaje.

Efectivamente la mochila estaba empapada. En un bolsillo interno, casi inaccesible, se encontraba el sobre húmedo y arrugado. Lo saqué con muchísimo cuidado, con la misma cautela que un Tedax debe manipular un sobre bomba.

Sentí que la vida de la humanidad dependía de mí y de las palabras que allí dentro encontraría. Todos los misterios del universo serían desvelados en cuestión de segundos. Así de importante era para mí aquel momento.

Con todo el cuidado que la situación ameritaba, me acerqué al interior de la barra y cogí un viejo radiador para tratar de secar la carta. Lo conecté al enchufe junto a la nevera y el chispazo fue tan grande que por segunda vez en las últimas horas pude ver de nuevo fuegos artificiales.

Hubo un cortocircuito en el garaje.

El cartel que ponía BAR se apagó ante mis ojos y las luces del árbol de navidad se fueron extinguiendo lentamente. Daba igual. Al menos no morí electrocutada. Ya era de día y algo de luz entraba por la ventana.

Usando toda la habilidad propia de un neurocirujano a punto de salvar una vida, me envalentoné para abrir el sobre en cuestión, luego de leer en el membrete: «Ana: léela cuando me haya ido».

Ana:

Es muy extraño escribirte esta carta sin haber hablado contigo antes. Tengo planeado hacerlo el día de tu cumpleaños, pero hoy tengo muchas palabras para ti y no sé si ese día pueda decirte todo lo que quiero.

Lamento haber esperado tanto para contarte lo que ocurre, pero todo ha pasado muy rápido y ni yo me lo creo. No quería crear un mal rollo antes de tu cumpleaños y que el día de tu fiesta lo tomaran todos como una despedida. Por eso, no os lo he dicho y no pienso contarlo a nadie más que a ti. Por eso me inventé este plan. Quizá es una tontería, no lo sé. Si estás leyendo esta carta es porque todo salió bien. El tiempo pasará rápido, ya lo verás.

Te prometo que nunca estuve tan seguro de algo como lo estoy de ti. Cuando me preguntaste anoche en los bolos si estaba enfadado por algo y te dije que eras una pesada, la verdad es que estaba enfadado por no haber hablado contigo antes. Fui un gilipollas al llamarte pesada cuando quería decirte lo que siento y lo único que me duele de irme es no poder verte a cada momento.

Pasé toda la noche grabando el casete y pensando la forma

perfecta para nuestra despedida. Sé que luego de enfadarte te echarás a reír y dirás que sí.

Por cierto, las canciones que tanto te gustan y de las que tanto me río cuando escuchas, al oírlas pensando en ti, son una pasada.

California no será para siempre. No dejes de quererme un solo día. No dejes de ser nunca, solo mía.

Siempre tuyo

Pablo

PD: Cuida el Walkman. Y abraza a Taz cuando me eches de menos. Yo aún no me he ido y ya te añoro.

8

Osadías y despedidas

«¿Por qué no morí electrocutada? Esto tiene que ser un chiste o el puto karma. ¿De qué está hablando? ¿California? ¿Solo mía? ¿Por qué Sara no me lo ha contado? ¿Enfadada yo? ¡Qué va! Yo lo que tengo es un cabreo épico, elevado a la enésima potencia y para ser sincera, no tengo ni remota intención de echarme a reír después de leer esto. ¿A qué se supone que diría que sí? No se puede ser más idiota de lo que soy. Después de besarnos, él intentó decirme algo. ¿Sería que me quería, que se iba, que le esperara...? Y yo en plan culebrón le pedí que se marchara... ¡Qué daño tan grande me ha hecho la televisión!... En mi lápida que escriban: Aquí descansa la grandísima idiota que en vida se creía protagonista de telenovela y terminó sus días como *Penélope, con su bolso de piel marrón, y sus zapatos de tacón...* ¡Pobre de mí!... Seré siempre una pobre infeliz... ¿Y ahora quién podrá ayudarme?». — Me atormentaban los pensamientos y hasta en el *Chapulín Colorado* con su *Chipote Chillón* cavilaba.

La torpeza de mis actos me dejó desvalida, fraguando un plan que

diese un final diferente a esta historia.

Muy de prisa iría hasta la cocina, cogería el teléfono y llamaría a su casa. Si se iba muy temprano, ya estarían despiertos. Marcaría una y otra vez hasta que él o Sara cogieran la llamada. Igual lo hacía casi todos los fines de semana (a veces esperando que Sara cogiera para hablar de lo que no tuvimos tiempo de conversar en las diez o doce horas que pasábamos juntas a diario, y la mayoría de las veces esperando que Pablo cogiera para escuchar su voz o para dedicarle alguna canción que sonaba en la radio). Era como un deporte para mí. Me entrenaba fervientemente en eso de llamar a las casas y colgar hasta que la llamada era cogida por el interlocutor esperado.

Como todo iba de mal en peor, me encontré con un teléfono sin tono. El apagón del garaje debió haber bajado todos los interruptores de electricidad. «¿Algo más puede pasar? Mi mala suerte va repuntando» —grité en mis adentros.

Todos dormían en casa y yo no tenía ni puñetera idea de donde se encontraba el cajetín eléctrico. Quería salir corriendo...

Fui hasta la habitación donde dormían mi prima y mi hermana. Esperaba hacer bastante ruido para despertarlas y una vez despiertas rogarles que me ayudaran.

No lo lograba. Ambas dormían como dos marmotas en efecto invernadero. Tiré mi pequeña maleta al suelo y cambié mi pijama por unos vaqueros y una sudadera. Hice todo el alboroto que se puede hacer en un baño con una jabonera de metal, dejándola caer sobre las baldosas del suelo una y otra vez hasta que por fin ocurrió; las dos princesas que yacían entre las sábanas despertaron de los brazos de Morfeo. M&M de mejor humor que Eva, quien entre quejidos preguntaba:

—¿Qué hora es? ¿Por qué haces tanto ruido jolín?

—Será ya mediodía —respondí con total credibilidad y a sabiendas de que decirle la hora verdadera sería el detonador para despertar a una fiera.

—Joder Ana, tú, de verdad que debes tener una tara, pero si no son ni las nueve de la mañana —dijo Eva, señalando el enorme reloj colgado en la pared que estaba a mis espaldas.

—Eva, necesito tu ayuda. No sé qué hacer —imploré entre sollozos, dejándome caer sobre la cama donde Mena dormía, prácticamente sepultada entre cojines.

Mi prima se incorporó de un salto al oír mi súplica y fue como ver un dulce volcán en erupción. Me abrazó y me empujó junto a ella de vuelta a la

cama, luego me preguntó qué pasaba.

Un gigante peso salió de mi cuerpo al contar con detalle todo lo ocurrido desde aquel maravilloso beso en el garaje hasta ese momento espantoso cuando descubrí que las probabilidades de que ese beso se repitiera en los próximos días eran prácticamente nulas. Finalmente asimilé que por primera vez estaba sufriendo los golpes bajos del amor. Las vueltas en la noria me habían dejado destrozada. El giro de esta historia me dejaba desolada. Pablo se iba a kilómetros de distancia y yo no podía hacer nada para evitarlo. No pude ni siquiera despedirme, no pude decirle que le amaba, no sabía cuándo lo volvería a ver y eso me torturaba el alma.

—¡Vamos que nos vamos! —exclamó Eva animándome, al tiempo que cogía un chándal de la maleta e intentaba ponérselo a toda mecha.

Mena ya estaba de pie en la puerta de la habitación cubriendo su pijama con un largo abrigo de piel y un neceser a juego en su mano. Eso explicaba el porqué siempre estaba como sacada de la portada de *Vogue*.

—¡Que nos vamos a por Pablo! —dijo M&M impaciente, mientras chasqueaba los dedos.

Mi hermana y mi prima no podían ser más monas...

Cogidas de las manos atravesamos sigilosamente el largo pasillo. Eva cogió las llaves del *jeep* del abuelo; Mena escribió apresurada una nota en la que ponía: «Nos hemos ido las tres a por bollos».

Jimmena y Eva, más que primas, parecían siamesas. Juntas eran como un *tsunami* de energía que arrasaba todo con su fuerza. Eran todo lo que yo algún día quería ser, alegres, extrovertidas. Casi tan pijas como divertidas, unas verdaderas divas.

Me hice espacio entre todos los botes de pintura en espray que reposaban en el asiento trasero del *jeep*. Daba la sensación de estar subida en el coche de un artista pandillero. El *jeep* del abuelo no sé si hacía tanto ruido por viejo o por la cantidad de trastos que se golpeaban cada vez que Eva hundía el pie en el freno. Debíamos gritar para escucharnos. M&M me pasaba toda clase de artilugios de maquillaje que iba sacando de su neceser Chanel. Daba igual que fuese en pijama; su cara parecía la de una *geisha* de porcelana. En poco segundos ya había embadurnado todo su rostro, matizando los restos de maquillaje de la noche anterior; se había hecho un moño alto de media luna y se había perfumado para salir al ruedo. La tía definitivamente era toda una artista.

Alcancé a ponerme un poco de pintalabios (era muy temprano para

máscara en las pestañas). Estaba muy nerviosa incluso para sujetar el rímel en mis manos sin masacrar mis pupilas dilatadas.

Treinta minutos después estábamos aparcando frente al portal de la casa de Pablo.

—¿No íbamos al aeropuerto? —preguntó la *geisha* sorprendida.

—¡No!... Íbamos a por bollos y aquí estamos, guapa. ¡Bajaros ya!, que tengo hambre. A ver si esta gente nos da desayuno —respondió Eva—. Y dejad ya de mirarme las dos con esos caretos, ¿no veis que no sabemos a qué hora se va el chaval? ¿Entonces qué?, ¿montamos una acampada en el aeropuerto hasta que lo veamos?... Va a ser que no... Ana se baja ahora, toca el timbre; él le abre la puerta, sale corriendo, la abraza, la morrea y fueron felices y comieron perdices... ¿Mola mi plan?

Sí que molaba el plan de mi hermana. Por ello, haciendo caso a sus predicciones, me encaminé temblorosa a la puerta. Encaré al telefonillo que me retaba a tocarle... «Es una locura, apenas son la nueve y treinta de la mañana de un domingo soleado. ¿Qué voy a decir cuando su padre o su madre respondan del otro lado o abran la puerta? En esta situación, no podré colgar e intentarlo de nuevo como suelo hacer en mis noches de acoso telefónico» — analizaba enajenada.

—¡Llama ya! —gritaban mis optimistas cómplices.

Pulsé el timbre un par de veces y nada pasó, no respondieron del otro lado, no se abrió una ventana desde la cual se pudiera escuchar una voz adormitada diciendo: ¿quién llama? Era un hecho, se habían ido al aeropuerto, estaba convencida.

—A ver, no demos nada por hecho —acotó Mena con voz tranquilizadora—. No sabemos a qué hora sale su vuelo, quizá están durmiendo. Desde aquí no se logra ver si los coches están en el garaje. Lo ideal sería confirmar que no se han ido todavía. Esperamos pacientemente y una vez que veamos movimiento de maletas ponemos en marcha el coche hasta el principio de la calle, lo aparcamos de forma que parezca que nos ha dejado tiradas y así el encuentro parecerá casual. Está mejor mi plan, ¿no os parece?

La verdad, este plan no molaba... Sin ningún tipo de apoyo de nuestra parte, una M&M abatida y decepcionada tomó las riendas del asunto.

Decir tomar las riendas es bastante para el espectáculo que sucedió a continuación. En cuestión de segundos se trepó con envidiable facilidad por las jardineras y llegó hasta lo más alto del muro lateral de la casa. Mis ojos no

podían creer lo que estaba viendo. Parecía escapada de un sanatorio, en pijama de *Hello Kitty* bajo un abrigo de piel, maquillada como si fuese a la entrega de los *Goya* e intentando hacer piruetas de acróbata.

El sonido de la pintura en spray sobre el asfalto me sacó de un golpe del espectáculo circense de Jimmena, alias la *geisha*, M&M, o Mena a secas. Eva, «La Artista», se mostró muy creativa también. Había cogido un par de pinturas del coche del abuelo y comenzaba a grafitear corazones de diferente tamaño sobre la acera, mientras me decía:

—Deja el mal rollo hermanita y no te pongas en modo mojigata. Yo soy artista y esto es arte puro... Así que ¡tú verás! Ayudas o no estorbas, bonita...

Me preguntaba en qué momento este par de pijas repijas se habían convertido en unas osadas chorizas que accedían a lo bruto en una propiedad privada y les gustaba el arte callejero. Estaba impactada, emocionada, sin palabras, con la mandíbula un tanto desencajada también. Al menos me reía en medio de mi tristeza. «¡Qué poco conocía a mi prima y a mi hermana!... Yo queriendo ser cuerda como ellas y lo cierto es que ellas estaban peor que yo. Sigmund Freud se hubiese dedicado a la pastelería, antes de tener que psicoanalizar a cualquier miembro de mi familia» —pensaba.

Caí sentada en la acera de enfrente para poder mantener dentro de mi campo visual a mis cómplices a las que tanto les gustaba improvisar. Pude ver a lo lejos de la calle el coche del padre de Pablo que se acercaba. Como de costumbre me pasaba cuando los nervios se apoderaban repentinamente de mí, mis cuerdas vocales se cerraron y no permitieron pasar el más mínimo sonido. Daba saltos y agitaba los brazos intentando llamar la atención de mis secuaces, pero fue todo en vano...

El Mercedes blanco del 94 frenó a mis pies. La mirada atónita de los padres de Pablo que regresaban del aeropuerto atravesó el parabrisas hasta llegar a mí. Sara dormía en la parte trasera del coche. Mis cuerdas vocales se abrieron de inmediato:

—¡Nos han pillado! —Y el eco de mi grito todavía sigue retumbando en esa calle sin salida.

M&M pretendió lanzarse con elegancia desde lo más alto del muro. A estas alturas —literal y metafóricamente hablando— ya estaba tan metida en su papel de acróbata que se creía capaz de caer, tras un salto perfecto, en el asiento del coche. Al intentar su proeza, una manga del abrigo de piel quedó enganchada con alguna protuberancia del muro. Para el disfrute de todos,

pudimos ver como su cuerpo se deslizaba en cámara lenta por la pared mientras se zafaba de la manga enganchada, cayendo estrepitosamente sobre la acera. Todos corrimos a verla y por suerte no fue más que un susto: cabezas de *Hello Kitty* desgarradas sobre lo poco que quedaba de su pijama, un abrigo desmembrado que ondeaba desde lo alto del muro como una bandera en el campo de batalla y mi valiente prima con una única lesión de combate: un esguince en su tobillo izquierdo.

El padre de Pablo la alzó en brazos y la llevó hasta el salón. Sara, su madre, Eva y yo entramos tras ellos.

—¡Estáis completamente locas! —sentenció Sara sin parar de reír.

—No seas majadera y busca hielo —le ordenó su madre, consternada por la situación y con los ojos hinchados de haber llorado tanto al despedir a mi Pablo.

«Si algún día tengo un hijo y es la mitad de guapo de lo que es Pablo, no le dejaré ir ni a la compra sin mí. Lo educaré en casa si es necesario para que nunca, nunca jamás, se aleje de mi lado» —sentenciaba en pensamientos.

—¿En qué estabais pensando? —sermoneó su padre—. Podías haberte matado Jimena. Os podían haber multado por estar pintando en las calles... Imaginad que un vecino cotilla os hubiese visto y llama a la policía. ¿Cómo ibais a explicar esto?

Mudas, embelesadas, como ovejas regañadas, así estábamos las tres. El padre de Pablo era incluso más guapo que él. Su reprimenda era música para nuestros oídos. Cuando un hombre guapo no es consciente de su naturaleza, enfadado resulta atractivo para todos mis sentidos.

—Chicas, ¿queréis desayunar? —preguntó al terminar el sermón y los primeros auxilios a la acróbata, cuyo pie ya se encontraba inmovilizado.

—Si tenéis bollos me apunto, por favor —soltó Eva, junto a una risita nerviosa.

—¡Y dale con los bollos, pesada! —pensé en voz alta.

La que habíamos liado y Eva seguía riéndose de los bollos. Bollos los que tenía encima mi pobre Mena después de semejante caída. En cuanto fuera consciente de que por unos días sería imposible meterse en alguno de sus pantalones pitillo de cuero, gracias a los raspones y moretones en sus piernas, se armaría una hecatombe.

El padre de Pablo, además de ser el prototipo de padre perfecto (divertido, jovial, desenfadado, entre otras muchas cualidades) era el médico más guapo de la Comunidad Valenciana y periferia. Periferia en la que incluyo

Castilla la Mancha, Murcia y Aragón, porque Cataluña es otra cosa —no porque quieran independizarse ni mucho menos, ese es otro tema, que en esta oportunidad prefiero no tocar—, lo digo por un grupo en particular de agraciados especialistas en bata blanca que forman parte de la plantilla de algún hospital de Tarragona.

Los conocimos una noche, varios años después, cuando coincidimos Mena, Eva y yo en nuestra Valencia y en nuestra habitual salida denominada: *Para una vez que salimos* y que realmente significaba *Salir y darlo todo cada vez podamos*. Terminamos la noche en el *pub* de siempre donde el promedio de edad de los asistentes vendría siendo los setenta u ochenta años, pero la buena música que ponían compensaba el hecho de que nos estuviesen chupando (solo con mirarnos, quepa la aclaratoria) todo el colágeno de nuestra joven, tersa y hermosa piel. Acabar las noches de fiesta allí, me hacía sentir en el *set* de grabación de la película *Cocoon*.

Para nuestra grata sorpresa, una noche de primavera nos topamos con un nutrido grupo de guapos forasteros que se encontraban en un congreso de electricistas en nuestra ciudad. Lo sorprendente no era el tipito que se gastaban todos y cada uno de ellos, era que estuviesen en manada, una manada hambrienta de electricistas deseosos de provocarnos cortocircuitos a las tres. Al día siguiente, cuando estaba intentado convencer a mi hermana de no abandonar su postgrado de arte contemporáneo en Lyon para apuntarse en un FP de electricidad e irse a recorrer Cataluña entera cambiando bombillas hasta reencontrarse con el guapote que había ligado, M&M apareció de sopetón en la habitación de Eva, con tres copas desbordadas de mimosa para desayunar.

—Brindemos porque juntas somos perfectas primitas...

—¡Joder Mena, que has mojado la alfombra! Ahora apestará a bar de carretera —refunfuñó mi hermana.

—¡Cómo apesta siempre que estás por aquí mi adorada *Eva Ebria!* — Le sacó la lengua y le empujó la copa aprovechando para salpicar también el edredón.

Apretujadas las tres en la cama de 1,30 metros, copa en mano, brindamos por lo bien que la pasamos siempre que estamos juntas.

—Os lo juro, os quiero con pasión y locura desenfrenada, pero no vuelvo a salir con vosotras si no ponemos un límite en la ingesta de alcohol y en la hora de fin de fiesta. Creo que voy a morir, me duelen hasta las pestañas jolín. Y sí que lo creía. Fue una de esas resacas brutales en las que cuarenta y

ocho horas después sentía como aún se destilaba el alcohol por los poros de mi piel.

—Conozco un médico muy interesado en hacerte una revisión y que se quedó anoche con muchas ganas de recetarte... —soltó M&M arqueando la ceja en plan incitadora.

Ahora sí lo tenía claro; no volvería a beber de esa manera nunca más...

—¿De qué estás hablando? Bebí mucho, lo sé. Soy culpable por ello, pero la lucidez no la perdí. Yo solo hablé con los electricistas guaperas... ¡Qué buenorros que estaban los catalanes!... Ahora esta —dije señalado a Eva sin aguantar la risa— y que quiere ser electricista también. ¿Te lo puedes creer?... Si es que a mí me sorprende un montón que hagan congresos de electricistas... ¿De qué se supone que hablarán?... Cables, enchufes, bombillas... ¡Qué aburrido! ¿No?... ¡Ah no! ¡Que sí! Que hablarán de energía y temas medioambientales quizá... Igual es raro... raro, raro. Es más, me atrevo a decir que esos tíos vestidos de pincelitos no son electricistas.

Mena, como resultado de un ataque de risas descontrolado, soltó por la nariz toda la mimosa que saboreaba.

—¡Anestesistas joder, que los buenorros eran anestésistas!... Estáis muy mal las dos... ¡Jolín Ana! A tu hermana se lo perdono por borracha y trastornada, ¿pero tú, primita?

Nos enzarzamos en manotazos, risas y rememoraciones de la noche.

Lo que más me gusta de las salidas en plan darlo todo es la mañana siguiente o por lo general la tarde siguiente, en la que reconstruyes la noche junto a tus compañeras de marcha, aportando cada una sus vagos recuerdos de lo sucedido para llenar los vacíos y terminar armando un puzle surrealista lo más parecido a una obra de Picasso, mientras te hinchas de hidratos de carbono para recuperar las fuerzas y combates la deshidratación (producto del consumo desmedido de alcohol) con litros y litros de zumo de piña, que dicho sea de paso, será una bendición para la retención de líquidos a la que has sometido tu cuerpo.

Nuestras salidas *Para una vez que salimos* eran siempre así y esa noche de los presuntos electricistas (que resultaron ser anestésistas) lo demuestra. El punto es que en un hospital de Tarragona (cuyo nombre no daré para evitar problemas) labora el personal médico-sanitario más feliz de España. Felicidad justificada por la suerte de compartir pasillos, quirófanos y consultorios con semejantes pibones. Por lo cual la guapura del padre de

Pablo quedó limitada a los territorios antes mencionados.

Volviendo al tema, aquella imagen de Mena y Eva hipnotizadas con los encantos del padre de Pablo solo volvió a repetirse —al menos ante mis ojos— con los anestesistas tarraconenses quienes, ¡ha quedado claro!, dejaron el listón del gremio médico español muy alto.

Mi adorada prima y mi amada hermana se dispusieron a narrar —muy a mi pesar— todo lo ocurrido entre Pablo y yo, sin escatimar en el más mínimo detalle. Las dos cotillas solían decir que si cuentas una historia la cuentas con pelos y señas. Si no, mejor ni nombrarla. Pues vale, aquella mañana hicieron uso de todas sus habilidades narrativas con el único fin de justificar sus actos vandálicos. De haberlo ensayado con guion en mano o haber premeditado un plan macabro para hacerme quedar en ridículo, humillándome a tal punto de fregar el suelo con mis penas, no les hubiese salido tan bien, estoy segura.

No habían pasado todavía las primeras veinticuatro horas de mis quince años y de nuevo ansiaba que la tierra me tragase, pero ahora que me escupiese en un avión rumbo a California. Lejos, lo más lejos posible de Eva y Jimmena, dos de las personas en el mundo que más quería e idolatraba, pero en aquel preciso momento podía haberlas matado a mordiscos por bocazas.

Los ojos se me entrecerraban por sueño y por vergüenza. No logré pronunciar ni una sola palabra, ni siquiera para callarlas. Si yo abría la boca, las insultaba; si movía una mano, las asesinaba. Barajé ambas opciones. Aparecer en los titulares de prensa como una adolescente histérica que liquida sin piedad a dos golfas chivatas, ante la mirada impávida de un guapo doctor, padre del presunto novio de la asesina —sería un titular muy largo y además amarillista—... Enzartzarme en una retahíla de insultos contra mi hermana y mi prima a estas alturas, no cambiaría nada.

Aquel día fue la primera de muchas escenas similares que se repetirían por el resto de nuestras vidas. Estábamos condenadas a fracasar en nuestras misiones secretas.

El fracaso más célebre ocurrió unos cuantos años después cuando irrumpimos en el chalé del primer exmarido de Jimmena, de quien se había separado en muy malos términos. Al abandonar ella el domicilio conyugal, se dejó gran parte de su colección Louis Vuitton en el vestidor y una noche de verano, a solo veinte días de la firma del divorcio, mientras el ex disfrutaba de unas paradisíacas vacaciones en las islas griegas, entramos sigilosamente a su vivienda con el fin de recuperar varias prendas.

Nos llevamos varias sorpresas. En primer lugar, que de las pertenencias de Mena, solo quedaba una maleta de mano, la cual decidimos llenar con relojes, gemelos y corbatas (las pertenencias más preciadas de Miguel, el ex en cuestión, alias *Tarzán de Bonsay*; un fortachón retaco, con más espalda que altura y una melena rubia bien cuidada que solía llevar sujeta en una coleta baja). En segundo lugar, nos topamos con un cajón revelador: contenía fotos bastante comprometedoras de *Tarzán de Bonsay* junto a un atractivo caballero, así como parte de los juguetes eróticos que salían en algunas de las explícitas imágenes. La sorpresa no era descubrir su sexualidad (esa estaba bajo sospecha antes de que dijera el «sí quiero» en el altar, frente a una Jimmena ciegamente enamorada que se gastó media herencia de sus padres en un modelito precioso de Carolina Herrera). La sorpresa era descubrir la identidad de ese hombre bien dotado que lo acompañaba en las fotos y los jueguitos *sado* que se montaban juntos.

Por mis problemas de equilibrio recurrentes, tropecé con un acuario ridículo y de muy mal gusto que decoraba la habitación principal. El desastre fue colosal... Durante la huida, Eva resbaló intentando salvar a los pobres pececitos que saltaban a nuestros pies y se rompió la muñeca derecha. Y ya para terminar, la sorpresa más grande fue que la casa gozaba en aquellos momentos de un sistema de seguridad por cámaras que captó todas nuestras fechorías. De esto último nos enteramos una semana después cuando nos llegó una orden de alejamiento y una citación a los juzgados. Lo único positivo de aquel penoso momento fue contar con los servicios legales gratuitos de Arón Suen a Amor.

Por suerte, la situación vivida en casa de Pablo no tuvo consecuencias mayores, como las que nos tocaría vivir a futuro en nuestras osadas aventuras.

—Es una pena que no hayáis podido despediros —dijo el doctor con un gesto compasivo, dirigiendo su dulce mirada a mi sonrojada cara, pero conteniendo sin éxito las ganas de reír ante semejante drama de críos—. El tiempo pasa muy rápido Ana, y verás que un año no es nada. Sois muy jóvenes los dos y los jóvenes actúan por arrebatos muchas veces. Además, con lo guapa que estás, seguro que te echas un novio de verdad antes de que Pablo aterrice en San Francisco.

«Queda claro que lo de presunto novio no saldrá en el hipotético titular del crimen ya que para su padre esto no es más que un arrebato de críos. Queda claro también que a partir de hoy dejo de verle como el padre más guay

sobre la faz de la tierra, pues el guapo doctor se la está currando para ser una de las víctimas de mi crimen imaginario... Antes de que Pablo aterrice al otro lado del planeta, seguro que primero muero de tristeza» —pensé...

*Atrapada en tus raíces
viví por un tiempo.
Tu tronco fue el sostén
que me mantuvo en pie.
Tus ramas me protegieron
de los duros inviernos.
Me diste el agua,
para no morir de sed.*

*Viví bajo tu sombra
y no me arrepiento.
Aprendí tanto de ti,
que más bien
te lo agradezco.
Si a veces
te visito en pensamientos
es porque te llevo
anclado a mis recuerdos.*

9

Cuestión de química

Noviembre 1996

Casi un año después de su partida yo aún estaba viva. La tierra, por más que lo pedí, no me tragó. Tampoco morí de pena y tristeza. Aunque vivía aletargada muchas veces en la soledad, era feliz. Sí que lo era, aunque me sintiera confundida e incompleta...

En medio de mi confianza, padecí o mejor dicho, conviví con la inseguridad con la que la mayoría convivimos. Nadie me regalaba flores en primavera ni me dedicaban canciones en las fiestas. Me miraba al espejo y no conseguía verme tan guapa como lo eran otras chicas.

Me sentía regordeta, cuando realmente era un tema de estructura ósea. Las gafas no eran de mucha ayuda, me hacían ver empollona y yo no lo era, las infernales clases de química y física lo refrendan. Lo importante es que la mayoría de las veces me daba igual como me vieran los demás.

¿Soñaba con un cuerpo perfecto? Pues sí, ¿quién no lo ha hecho? Sería muy hipócrita decir que alguna vez mis michelines me llenaron de felicidad. La verdad es que no; no tuvieron nunca esa facultad, aunque tampoco les di el poder de opacar mi tranquilidad. Soñaba con tener un cuerpo de modelo, pero eso nunca me quitó el sueño. En medio de mi dramatismo innato, procuraba constantemente ver el lado bueno de las cosas, darle la vuelta a la tortilla siempre que fuese necesario. Y sí, era una adolescente común de anchas caderas, más alta que la media, pero también tenía buenas piernas, una cara resultona y una melena Pantene hasta la cintura que era la envidia de muchas. Era feliz.

Tenía la mejor hermana y la mejor prima que alguien pudiese imaginar. Tenía una familia peculiar. Tenía mucho que agradecer a la vida, aunque no tuviera a quien besar a escondidas en los recreos, ni con quien fugarme de las

clases aburridas. Me divertía volando en mis pensamientos, creando en mi mente ese mundo perfecto en el que hasta Barbie y Ken quedarían boquiabiertos.

Escribía cartas de amor que nunca enviaba. Leía poemas de desamor en las mañanas. Era cursi como ninguna. Adoraba el drama de los romances y los desengaños. Pensaba a diario en Pablo y con eso me bastaba para saciar mis deseos de un amor adolescente.

Además, las tenía a ellas, mis buenas amigas. ¡No! Corrijo. Buenas no. Tenía las mejores amigas sobre la faz de la tierra. Eran todas divertidísimas, popularísimas. Todos los aumentativos cabían para describirlas. Juntas eran un revuelo de estrógeno y progesterona. Sus historias y sus conquistas las vivía todas como si fuesen mías. La historia que se escapó de mis manos estaba convencida de que muy pronto continuaría.

Casi nunca llovía en la ciudad, el sol siempre se coronaba hilarante en el azul perfecto de un cielo radiante. Me aburría tanto brillo y esplendor. ¡Era otoño por favor! El olor a hierba mojada no me gustaba; ¡me encantaba! El sonido de la lluvia sobre el asfalto era música para mis oídos; el jugueteo de las hojas amarillas y rojizas vistiendo las aceras me transportaba dentro de un mundo de fantasía que solo yo veía.

Amaba el otoño, pero el otoño de semblante triste, lluvioso. Ese otoño que invita a la nostalgia, a la melancolía, al suspiro largo y profundo, al anhelo, al recuerdo. Quería un otoño solo para mí. Ansiaba a Pablo de vuelta.

—En la fase gaseosa el dióxido de azufre se oxida por reacción con el radical hidroxilo por una reacción intermolecular. En presencia del agua atmosférica o sobre superficies húmedas, el trióxido de azufre (SO_3) se convierte rápidamente en ácido sulfúrico (H_2SO_4) —explicó el profesor.

—*What the Fuck?* —dije yo, y lo dije a todo pulmón—. «¿Qué me puede importar a mí la composición química de la lluvia ácida? Es más, no me interesa en lo absoluto saber algo de la lluvia ácida. Yo solo quiero ver cómo se deslizan las gotas de esa lluvia que añoro sobre los cristales de las cuatro ventanas que hay en este aburrido laboratorio de química» —me dije en pensamientos.

Allí estaba *Chiva Loca* —como llamábamos por cariño a nuestro nuevo catedrático en la materia—; un hípster gallego, malhumorado y ególatra.

Demasiado joven para ser profesor. No tendría más de veinticinco años, aunque pretendía aparentar ser un sabiondo cuarentón. Arrogante al hablar de composiciones, tablas periódicas y fórmulas (actitud nada efectiva para intentar captar la atención de sus jóvenes alumnos). Así que es fácil imaginar lo aburrido que resultaba estar sentada un viernes a las cinco menos cuarto de la tarde en ese laboratorio.

Como era de esperar, una vez más Chiva Loca se levantó de su taburete mientras acariciaba el pelambre de su barbilla. Dirigió su mirada hacia mí y pronunció las tan esperadas palabras para finalizar la jornada.

—Ana Santos, te los has ganado una vez más. Como siempre, lo has conseguido. Pones mucho empeño y esmero en entorpecer mi clase, valoro tu voluntad, lo prometo. Así que, organiza los tubos de ensayo, desecha el contenido del balón de destilación y desinfecta la pipeta volumétrica. Las buretas de Geissler llévalas al laboratorio de la planta 3 y las buretas de Mohr al laboratorio de la planta 2. Que quede todo brillante e impoluto —fanfarroneó con sarcasmo.

Y así, terminaba para mí una semana más de clases, mientras todos salían despavoridos del laboratorio, incluyendo a Chiva Loca; engalanado con su americana a cuadros setentosa y olorosa a la postguerra y su maletín de piel marrón que llevaba siempre como bandolera.

Comenzaba a sonar la campana de las cinco indicando que una semana más había llegado a su fin. ¡Esa hora maravillosa en que salimos huyendo del cole como si no hubiese un lunes después del fin de semana! Para mí, esa hora de los viernes era solo el aviso de que debía comenzar a descifrar una vez más qué era una bureta o qué era una pipeta. Odiaba al nuevo profesor de química que se había ensañado en mí contra desde el primer día.

Al principio de curso mis amigas fueron bastante solidarias. Intentaron ayudarme con la organización del laboratorio, en el que cabe destacar, nunca pasó nada interesante, hasta ese viernes de otoño. Chiva Loca, al enterarse de la valiosa ayuda de mis compañeras, ofreció gustosamente —con ese cinismo tan repelente que le caracterizaba— dejarlas a cargo de otro laboratorio si eso tanto gusto les daba... Como era de entender, la ayuda llegó a su fin y ahora todos los viernes me esperaban en la pastelería de siempre, atiborrándose de crepes con Nutella, tartaletas de fresas y milhojas rellenas de crema chantilly, mientras yo, hambrienta, como era de esperar, terminaba mi jornada-castigo.

Al sonar la campana, ellas corrían con apuro en busca de nuestra mesa. «*La mesa*», con su *Chester* de tres plazas y sus cuatro butacas

Barcelonetas. Aquella mesa, ubicada en la esquina más cálida de la pastelería, era nuestro refugio. Allí nos acoplábamos perfectamente para reinventar el mundo y meterle a nuestros cuerpecitos jóvenes y adolescentes unas cantidades de dulces que deberían estar penadas por ley. Fue una verdadera suerte que ninguna de nosotras muriera de un ataque hipoglucémico en aquellos tiempos.

Fue un 2 de noviembre, lo recuerdo perfectamente. Era el cumpleaños de Ruth, una de las integrantes de mi cuartel. Esa tarde tenía que recoger el laboratorio más rápido que nunca. Me tocaba hinchar los dieciséis globos de helio que decorarían el sarao. El plan era perfecto.

Los viernes, los alrededores del colegio quedaban desolados. A las cinco y cuarto todos huían de allí como si una bomba Molotov hubiese explotado. A esa hora solo quedaba el viejo portero del colegio que todas las tardes, sobre las cinco y veinte, cerraba las puertas del patio dejando solo abierto el acceso trasero para que pudiésemos salir los dos o tres rezagados que quedábamos allí, cumpliendo una de esas misiones que los profes más majos nos imponían... «¡Vaya pedagogía!».

A las seis, Sara llamaría desde la cafetería a la conserjería del cole para entretener al portero y así poder comenzar mi huida con los dieciséis globos repletos del helio que robaría del laboratorio. Nuestro plan era perfecto y a las cinco y diez, cuando toda la estampida de colegiales desenfrenados se había escabullido ya por los pasillos, comenzó mi cuenta atrás.

Una vez vació el laboratorio, hice un recuento mental sobre las indicaciones de mi profesor. Procuré procesar la información obtenida y solo logré recordar que unas buretas iban a la planta 3 y las otras al armario. La verdad, no tenía ni remota idea y lo peor es que justo ese día no apunté las indicaciones...

Los nervios me invadieron al pensar en el helio que iba a robar. Mis manos se volvieron torpes de inmediato, como si todo lo que estaba tocando contuviese gas metano o propano, y por supuesto, no sabía sus efectos, pero pensaba que, como mínimo, harían explotar todos los afectos y aversiones de Chiva Loca que había dentro de esas cuatro paredes, incluyéndome y presidiendo el grupo de las aversiones lógicamente. Tenía plena conciencia de que valoraba mucho más sus tubos de ensayo que mi presencia en sus clases.

Ha quedado claro que el profesor y yo no nos llevábamos bien. Podría decir con certeza que era la persona en el mundo que menos me agradaba. Se

había alzado como ganador supremo sobre mis doce primos impertinentes. Era de esas personas que de solo verlas te provocaba abofetearlas sin más, sin razón aparente. Así de bonitos eran los sentimientos que Chiva Loca me despertaba.

Por otra parte, he dejado pruebas también de que cuando los nervios se apoderan de mí, no tengo control sobre mis actos. Mis capacidades cognitivas sufren espasmos que se ven reflejados en unas cuerdas vocales comprimidas y suelo ser más torpe de lo que soy por naturaleza.

En un intento fallido para organizar mis ideas, decidí comenzar por el final. Así, de lo más natural y solo porque aquel día me apetecía improvisar.

Saqué los dieciséis globos de colores chillones de mi mochila y los alineé en estricta degradación sobre el mesón de trabajo como si esto me fuese a servir de algo. Cogí la llave que Sara había tomado prestada (sin consulta previa) del maletín del petulante profesor. Me envalentoné y fui hasta el armario rojo donde me esperaba el helio que también cogería sin autorización precedente por supuesto, y sin plan alguno para una pronta devolución.

Con la delicadeza que me caracteriza —nótese la ironía—, apresé la bombona de 0.143 m³ de helio. Sujeté el primer globo de color azul metalizado, abrí el grifo, y allí, ante mis ojos, se hizo la magia y comenzó a hincharse... Mi primer delito estaba *literalmente* cogiendo forma. Se alejaron de mí todos los temores y las dudas. A medida que cada globo se elevaba hasta el techo dejando caer esas hermosas cintas de colores con las que los iba atando, me sentía una heroína, una valiente, capaz de conseguir todo lo que quiere.

Valiente sí, dispersa más. Así era yo a los quince años. Bueno, realmente ya casi a los dieciséis, ¡qué más da! Nací torpe y dispersa por lo que moriré torpe y dispersa a menos que sufra algún accidente craneoencefálico y la cosa cambie —cosa que ruego a Dios nunca pase—. Sí, fatalista y dramática son otras de mis cualidades.

El sonido de la lluvia me distrajo.

Las gotas golpeaban en el asfalto del patio mientras otras dibujaban figuras en los cristales de las ventanas.

Me quedé absorta, con la mirada fija en esa lluvia de otoño que tanto anhelaba y dejé caer globos y bombona —como si estuviera siendo presa de una tormenta que me dejaba inmóvil—. La bombona, cuyo grifo estaba abierto, comenzó a girar a toda velocidad, cual juego de la botella. Fueron cayendo al suelo tantas buretas como taburetes y tubos de ensayo (repletos de un pegajoso

líquido color rosa) rodaron a lo ancho y largo.

El desastre estaba teniendo lugar ante mis ojos y yo permanecí paralizada, entre globos de colores, viendo la lluvia caer, recordando el día aquel en el que Pablo me besó por primera y única vez...

«Ahora sí sería definitivo. Me quedaría atrapada el resto del curso entre las cuatro paredes de laboratorio, recitando día y noche la tabla periódica bajo la mirada retorcida de Chiva Loca, mientras Pablo —que había acampado en mi cabeza— comía malvaviscos pasados por la hoguera». Nuevamente, mi pensamiento vagaba en ese mundo paralelo que a mi cerebro le dio por inventar. Era capaz de escuchar los acordes de su guitarra desafinada y ver como poco a poco su silueta se dibujaba sobre un mar de nubes que solo estaban en mi cabeza loca.

Pablo brillaba como brilla la luz del sol. Al mirarle fijamente, sentía como cada destello de sus ojos miel me quemaba las entrañas en lo más profundo de la piel. Dolía tanto mirarle a los ojos porque todo él era un volcán en erupción, de esos volcanes que no puedes dejar de ver aun y cuando sientes la lava comenzando a quemar la planta de tus pies. Sabes que no puedes enfrentarte a un volcán, aunque sueñes con poderlo aplacar. Es imposible para cualquier mortal luchar contra el calor que deja en su pasar.

Siempre llovía los días de Pablo. La lluvia me protegía, me secundaba incesante para apagarlo, pero su fuerza siempre fue mayor. Era fuego arrasador. Manejaba a su antojo las olas del mar... Con la misma facilidad que bailaba a su compás, bailaba conmigo y con muchas más.

Llevaba casi un año sin verle. Recordaba el sabor de sus labios gruesos y toscos. Esos labios que dejaron huella y una marca consciente de que nadie más podría hacerme sentir como él. Besar así, como Pablo besaba, creí que nadie más lo haría, aunque lo intentara.

Como en una triste canción de amor, me quedé esperando que su piel dorada se encontrase de nuevo con mi pálida tez para escribir esa historia en la que viviríamos solo los dos. Una historia que soñé para siempre.

Malcriada y ahora sí, altanera realmente. Me soñé como única dueña de sus labios bastos, aguardando en silencio un nuevo encuentro, esperando una foto, una carta que difícilmente llegaban. Pero yo le esperaba. Tenía la certeza de que era él el príncipe de mis sueños, mi complemento perfecto. Me rescataría un día de las clases de química y me llevaría con él a caminar descalza sobre la arena de su ancho mar. Dejaría por fin los otoños para siempre y viviría bajo su sol inclemente sin dejar cabida a la tristeza o a la

melancolía.

—¡Ana, joder! ¡Estás ida tía! ¡Que te estás cargando el laboratorio mujer! —gritó Pablo después de dar un fuerte portazo en el que creí ver todos los globos del techo caer.

Sí. Era él, visible y tangible. Había regresado y sí, aunque parecía humanamente imposible, era más guapo que hacía un año. «A los tíos como él deberían prohibirles tumbarse bajo el sol. Llevar ese bronceado debería considerarse un pecado capital» —pensaba.

Ese cuerpo lánguido y jorobado, con rollo surfero desenfadado, se apoyó sensualmente sobre la puerta. Movi6 su cabeza como un lobo llamando a una indefensa presa. La bombona par6 de girar al tropezar con su pie.

—Ven, que te toca besarme —reclam6 soltando esa maliciosa sonrisa que todas las noches veía en sueños.

No tenía la suficiente fuerza para caminar a su encuentro. Di un paso confuso sobre el líquido rosa esparcido en el suelo.

—No pises donde está mojado —me advirtió sin hacer el menor intento por acercarse—. La última vez que nos vimos no le escuché y esta vez no iba a ser diferente. Torpemente intenté atravesar el laboratorio caminando sobre el pegajoso líquido y claro que resbalé. No una, ni dos... tres veces me fui al suelo y tres veces me levanté dignamente como si nada pasara, hasta llegar a su encuentro. Sentí las típicas cosquillas en la tripa, las piernas temblorosas y ese escalofrío recorriendo cada rinc6n de mi cuerpo, pero la sensación de agujas perforando mis manos era toda una novedad.

Frente a frente de nuevo, nos saludamos con una sonrisa tímida, una mirada profunda y un mutismo absoluto... La lluvia le había pillado y las gotas corrían vagamente por sus cabellos mojados, mientras que el pegajoso líquido rosa se deslizaba por mis vaqueros. Como si no fuese suficiente, un hilo de sangre colgaba entre mis dedos y ensombrecía esta idílica imagen. Para levantarme de mis múltiples caídas (dignas de récord *Guinness* a la más acontecida) me había apoyado sobre los cristales que cubrían el suelo —una razón más para odiar las buretas y las pipetas que ahora no eran más que escombros de cristales esparcidos por el laboratorio o clavados en mis manos—. Estaba tan absorta en su cara, en el olor que emanaba, que el dolor parecía un complemento ideal en la trama. «El amor duele», escuché decir una vez, y lo creí fehacientemente desde entonces, por lo cual atribuía cualquier dolencia física a la somatización de un sentimiento.

—Deja que te vea la mano. Estás sangrando mucho —dijo al tiempo

que cogió mi mano entre las suyas para palidecer de inmediato.

Yo no dejaba de verle. No podía separar la mirada de su cara. En ese preciso momento podía morir desangrada y no hubiese sentido nada. Días atrás había leído *Doce cuentos peregrinos* de Gabriel García Márquez. El último de ellos era «El rastro de tu sangre en la nieve» y mi lado romántico-fatalista me obligó a leerlo tres o cuatro veces. Aquel día me sentí en la piel de Nena Daconte en el hospital de París, con la diferencia de que yo tenía a Pablo a mi lado. Él era mi cura, mi anestesia. Si mi último aliento me permitía besarlo de nuevo, ya me daba por satisfecha.

En la palma de mi mano se había clavado un grueso cristal y la sangre corría de forma escandalosa. El suelo se pintaba ahora de rojo granate y yo, ajena al dolor, no dejaba de contemplarle.

—¡No te muevas! —me ordenó vacilante—, que contigo nunca se sabe qué puede pasar.

Cogió un paño limpio de la estantería y de nuevo ante mí, sujetando mi mano, dijo para calmarme:

—No dejes de mirarme... Esto seguramente dolerá... Pero recuerda que te quiero... Te quiero ayudar.

Mi grito retumbó en todas las paredes. No grité por el dolor que sentí cuando intentó arrancar el cristal enterrado en mi mano —dejando la mitad incrustado hasta los huesos—, grité por ese *Te quiero ayudar*. Fue el golpe más fuerte recibido jamás. «¿Ayudarme a qué? Si no me ayudaste hace un par de segundos a levantarme, si durante un año ignoraste mis cartas, si te fuiste sin decirme nada, ahora vienes con tu cara muy lavada y de paso bronceada como si no pasara nada...» —pensé.

Pablo siempre me hizo dudar de mi estabilidad emocional. Gracias a él comencé a pensar que sufría el mismo trastorno de bipolaridad no diagnosticado de mi madre. Por tres psicólogos tuve que pasar para que me convencieran de que todo en mi cabeza marchaba de forma normal. El cableado interno que imaginaba coordinaba mi cerebro no estaba enmarañado ni obstruido, simplemente era Pablo haciendo rapel desde el lóbulo frontal al parietal. El mosquetón cedió y me desvanecí en sus brazos que hicieron de arnés.

El olor a Betadine me despertó. Al abrir los ojos estaba recostada sobre él en una cama de hospital. Mi cabeza adolorida apoyada sobre su hombro, su mano acariciando mi cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mientras acercaba un zumo a mi boca—. Has estado como ida desde que salimos del colegio. Te has desmayado un par de veces, los médicos dicen que puede ser una baja de azúcar. Obviamente ninguno te ha visto de faena en la pastelería —acompañó sus palabras de una sonrisa nerviosa mientras se sacudía el pelo.

—Es la sangre, tonto. Me mareo siempre que la veo y el dolor no ayuda. —Intenté incorporarme, pero me sentía totalmente desvalida. Efectivamente, aquel día no había hecho de las mías en la pastelería—. ¿Me has traído tú al hospital?

—Sí. Tu mano está bien, el cristal no tocó el hueso. Mi padre estaba aquí, te ha cogido unos cuantos puntos. Me dicen que podremos irnos en cuanto te sientas bien y cojas algo de fuerzas. Él ha ido a por los medicamentos que debes tomar. He llamado a tus padres, pero no coge nadie en tu casa. Igual será mejor así para no asustarles. Me puse muy nervioso al verte así, no fue así como imaginé el volverte a ver. He pensado mucho en ti durante estos meses, me pregunto qué habría pasado si en vez de irme a California me hubiese quedado aquí, a tu lado... ¡Todo ha cambiado tanto...! —Y un suspiro casi imperceptible se escapó de sus labios—. ¿Cómo te sientes? Dime por favor si necesitas algo.

—Nada, gracias —musité.

Estaba confundida. No recordaba con claridad qué tanto le dije y qué tanto fue lo que solo pensé. Pablo no paraba de hablar. Hasta hace un año solo se expresaba con monosílabos, pero ahora era como una radio prendida en un monólogo interminable e incoherente y para rematar, me había llevado a la clínica de su padre, quien seguramente debía de pensar que yo tenía algún trastorno de personalidad o que era la persona más estúpida que jamás había visto.

—Ana, lo siento, pero tenemos que hablar...

«¿Hablar?... Pero si apenas recuperé la conciencia hace un par de segundos y ya me has disparado un cañón de palabras amontonadas. Déjame al menos procesarlas» —apostillé en pensamiento, mientras en voz clara solté:

—¡Ahora no! Pablo. Estamos en un hospital. Además, me duele mucho la cabeza y lo que menos me apetece es hablar. Si te dije algo antes, mejor olvídalo, déjalo ya.

—Ahora sí, Ana. Siempre es igual contigo. Escuchas lo que quieres escuchar, ves lo que quieres ver, y así no hay quien pueda. No se puede ir por la vida creyendo que te las sabes todas. No sé cómo haces, pero cada vez que

intento ser sincero parece que lo intuyes y te alejas, y eso me cabrea. Siento que eres capaz de sacar lo peor y lo mejor de mí sin ni siquiera darte cuenta.

Me alcé de hombros, como un gesto de aprobación a sus palabras. En el fondo, Pablo tenía razón. Yo podía llegar a ser lo bastante tozuda como para sacar de sus cabales a cualquiera. Que despertaba lo mejor de él sí que era una sorpresa. Al final, mi autodiagnóstico de bipolar no estaba tan lejos de la realidad.

—Sabes, y lo sabes muy bien, que aquel día de tu cumpleaños significó mucho para mí. Había preparado cada detalle porque deseaba que fuese especial para ti, para nosotros. Cuando llegué a casa aquella noche, en vez de irme a la cama, me quedé junto al teléfono hasta el amanecer. Esperaba que me llamaras luego de leer la carta, luego de aquel beso. Sabía que eras tú la de las canciones en la madrugada los fines de semana, pero aquella noche no llamaste. No entendía qué pudo ser más importante... Sigo sin comprender por qué te pusiste así después de aquel beso... Yo te quería Ana... Te pensaba cada noche, cada mañana... Sabía que sería complicado, pero creí que podríamos intentarlo. Llevo un año esperando al menos una carta... Y nada... Ahora me vienes con todo esto de que yo me porté mal, que yo me fui sin más, que nunca aparecí...

Coloqué mi mano sobre su boca, mi mano sana por supuesto. La otra mano me dolía tanto como me dolía el alma en ese momento.

—Pablo, yo fui hasta tu casa, pero ya te habías marchado. Te escribí no una, sino mil cartas... Me sentí como una completa idiota al no recibir ninguna respuesta. Solo mandaste esa carta hace dos meses que parecía más bien un telegrama. No entiendo a dónde fueron a parar mis cartas. No entiendo por qué todo entre nosotros es siempre tan complicado...—balbuceé entre sollozos.

—¿Sabes qué? Ya me da igual si es sencillo o complicado. Con tenerte cerca me basta, sea mentira o sea verdad lo de las cartas... Yo tengo claro lo que quiero. Su mirada estaba clavada en mi boca y yo no sabía si eran los efectos de los analgésicos, pero escuchaba de fondo a un grupo de médicos tarareando: *Te quiero comer la boca, te quiero comer la boca, te quiero comer la boca sin dejar de respirar...*

—Pablo... Yo...

Sus labios callaron mis palabras. Sí que quería comerme la boca y no, no había médicos cantando. Nos fundimos en un beso que duró una eternidad, las palabras entre nosotros no era necesario decirlas ya. Bastaba con sentir las

en el juego de dos bocas robándose el aliento. Bastaba con tocarnos para que el resto del mundo se parara y ser solo nosotros los dueños del universo. Temía que, queriendo o sin querer, él volviera a hacerme daño. Pero estaba segura de que, queriendo o sin querer, yo volvería a perdonarlo. Pablo era mi verdugo y mi salvación. Era la pasión que bailaba con tacones sobre la razón, jugaba con ella a su antojo y sin compasión. Siempre golpeaba mi conciencia con golpes bajos de deseo y desenfreno.

10

No es mi héroe, es mi heroína

(C₂₁H₂₃NO₅)

En la adolescencia tenía la capacidad, por no decir el don, de enaltecerlo todo; lo malo y lo bueno. Daba igual. Siempre para mí, todo era más que para los demás. Un bonito día era el día más hermoso que hubiera habido jamás. Una discusión con mi hermana o con mi madre podía llegar a representar el fin de la humanidad.

Yo siempre he sido exagerada a la hora de sentir, por eso nunca logré concebir el querer solo un poco o el extrañar solo a ratos. Todas mis emociones eran a lo grande, volubles, asfixiantes. Como bien dijo Blaise Pascal «Cuando no se ama demasiado, no se ama suficiente». Y en mi caso en particular, aplica para todos los sentimientos.

La intensidad del primer amor no tiene explicación. En principio porque no hay lógica alguna que lo justifique. Solo hay deseo, pasión, la sangre recorriendo muy de prisa todas las venas y dejando una estela de sensaciones y embriaguez somatizada. El primer amor poco sabe de juicio y sensatez.

Pablo había regresado para quedarse, al menos por un tiempo incierto y yo era feliz como nunca lo fui. Comenzaba a vivir mi sueño adolescente por fin.

Pasamos semanas besándonos hasta quedar agotados. Cuando sus labios no me rozaban y entre las caras que me rodeaban no encontraba sus ojos bañados en alba, sentía el peso de un yugo sobre mi espalda. Era una adicta

declarada... Las adicciones siempre son malas... Fue una época intensa de dependencia; abandoné el teatro, mi diario. Todo lo que antes me gustaba, ante Pablo no representaba nada.

Dispusimos, sin pronunciar una palabra, querernos en silencio y en secreto, y para ello había que aprovechar a tope cada momento.

Creamos nuestro refugio en los Jardines del Turia. Cada tarde yo me tiraba sobre las hojas secas a esperarle con la única compañía de la música que sonaba a través del *Walkman* amarillo. Perdida en el baile que hacían las hojas al caer, con la única expectativa de volverle a ver, no podía pasar más de veinticuatro horas sin él. Sentía que mi sangre comenzaba a circular con dificultad, que el aire a mi alrededor no era suficiente para respirar, que mi aliento se apagaba, que una llama inmensa me quemaba, me ahogaba. Las horas sin él eran una tortura... Eran sal sobre la llaga que él abría y cerraba.

Durante ese tiempo, los minutos previos a verle de nuevo eran los únicos minutos de paz que había en mi vida. Cuando estaba a su lado, ansiaba tanto quererlo que mi pensamiento se nublaba. De inmediato era presa de una tormenta huracanada, sentía estar flotando sobre la lava de un volcán, corriendo entre guepardos salvajes o nadando con tiburones blancos en altamar. Era escalofriante, deliciosamente emocionante. Por eso, aquellos minutos previos a nuestros encuentros me resultaban relajantes. Mi mente y mi cuerpo se preparaban para subir a la noria y lo hacían en calma, en total serenidad. El periodo de abstinencia estaba por terminar. Yo recibiría el premio de sus besos por haber sobrevivido un par de horas sin su aliento.

Nuestra rutina era perfecta. Yo, tumbada en la hierba, le veía llegar. Él, de pie, aprisionaba mis piernas entre sus *Converse* desgastadas, justo por debajo de mis rodillas. Extendía sus manos invitando a las mías. Yo le cogía fuertemente mientras buscaba sus ojos escondidos tras sus cabellos dorados. El sol sobre su espalda por momentos me cegaba o eran sus ojos cuando los encontraba. De un tirón, me alzaba y corríamos hasta nuestro refugio —que estaba solo a un par de pasos—. Los muros de piedra del Puente del Real fueron testigo tantos días de nuestra osadía. Nos sentíamos protegidos dentro de sus arcos. Mi espalda se acoplaba a la perfección a las frías piedras que tanta agua vieron correr. Su pecho se fundía sobre el mío. Nuestros labios jugueteaban a sus anchas y eso me encantaba. Fuimos presa de la mirada crítica de algún caminante, aunque poco nos importaba lo que los demás pensaran.

Los días estaban pasando muy rápido o yo sentía que el tiempo junto a él no era suficiente, faltaban minutos en las horas que compartíamos.

Unas semanas después de su llegada yo celebraba un nuevo año de vida. Por suerte no era múltiplo de cinco, así que no habría el clásico despliegue del festín familiar. Además, mi madre había abandonado ya todo interés por la organización de fiestas. Ahora estaba más inclinada a ser una microempresaria en el tema de aceites y jabones naturales, por lo que el olor a jazmín y pachuli estaba impregnado en cada rincón de casa. Mi hermana estaba de Erasmus en Dublín. Mi padre seguía su sagrada rutina de trabajo, fútbol y *whisky* barato. Y yo seguía barajando la idea de mudarme a una tienda de acampada bajo el Puente del Real...

En esa época estaban de moda las acampadas callejeras. Algunos jóvenes de entonces, un poco mayores que yo, se sumaban a un movimiento social que, en un principio, nació para despertar el espíritu solidario, buscando que los ricos ayudasen a los más necesitados y la forma de pedirlo era ocupando parques y jardines de la ciudad. El fin era bueno —solidarizarte con el dolor ajeno y ser generoso sin rechistar siempre será un buen plan—, pero desafortunadamente, aquello resultó no ser más que una excusa para botellones con buen rollo y muchos porros. Ya en ese ambiente yo no encajaba tanto. Me gustaban los botellones, pero en la comodidad de casa. Lo de fumar porros no entraba en mis planes. Había escuchado que un par de caladas te abren el apetito y no estaba yo como para hacerle semejante atrocidad a mi cuerpecito —que el 90% del tiempo estaba en *Modo hambriento ON*—, pero igual, la idea de vivir bajo aquel puente con Pablo robándome el aliento no me dejaba indiferente.

Sin la presión familiar de una gran celebración pude organizar la fiesta de cumpleaños que deseaba dar un año atrás. Una vez más el chalé de los abuelos fue el lugar escogido. Pero esta vez solo serían pizzas, botellón en el garaje y la buena compañía de mis amigos —quienes se quedarían a dormir, bajo la custodia de los abuelos que seguramente se encerrarían en su habitación después de atiborrarnos de deliciosas pizzas caseras—. La abuela era, con diferencia, la mejor cocinera. Le seguía mi madre y luego Eva. A mí, de la cocina, se me da muy bien comer y recalentar.

Poco tuvo que ver esta celebración con lo ocurrido un año antes. No hubo flores ni globos ni candelabros. Solo mis amigos más queridos, mi eterno amor secreto y yo —que aún no podía creer la suerte que tenía de tenerlo a él—. Soñaba con gritarlo a los cuatro vientos. Estaba enamorada y el mundo

entero debía saberlo.

Yo estaba en la barra haciendo conteo de cervezas. Él, en el sofá, afinando la vieja guitarra de mi abuelo, metido en una acalorada discusión para escoger al mejor grupo entre Nirvana y Metálica. No podía dejar de verle, no podría dejar nunca de quererle.

—¿Pablo, me acompañas a la cocina a por hielo y cervezas? —le pedí con un tono de voz y una mirada que no daba opción a negativas.

—¿Ahora? —respondió.

—No, mañana, si te viene bien.... —solté con desenfado y me eché a reír, con esa risa nerviosa que no podía controlar.

Se levantó de un salto. Soltó la guitarra en el sofá y cogió un polvoriento cojín entre sus manos.

—Lo que ordene la cumpleañera, que luego se cabrea y no hay quien la aguante —espetó.

Acto seguido lanzó el cojín directo a mi cara.

—¡Serás bruto!...

Camino a la cocina rozaba sus nudillos contra los míos. Me daba empujones con los hombros queriendo hacerme tambalear para luego sujetarme con fuerza por la cintura mientras mordisqueaba mi oreja. Visiblemente hacía temblar mis piernas. Imperceptiblemente mi cuerpo entero se sacudía por dentro.

—¡Nos pueden ver! —logré vocalizar.

—Me da igual... Es tu cumpleaños y aún no te he dado un beso de felicitación...

—Ya habrá tiempo, Pablo... Y, por cierto, de eso te quiero hablar...

Ansiaba decirle que ya estaba un tanto agobiada de llevar lo nuestro en secreto. Ni siquiera sabía cuándo ni por qué decidimos vivir como dos amantes furtivos. Era emocionante, sí. Pero igual todos sospechaban lo que pasaba. Lo más probable es que les daba exactamente igual lo que había entre nosotros dos y no entendían el porqué de tanto misterio (si ni siquiera yo lo entendía). Seguramente en ese momento estaban riéndose a nuestras espaldas...

No tuve tiempo para pronunciar una palabra más. Al entrar en la cocina me alzó en brazos sobre la isla de granito. En un acto reflejo rodeé su huesuda cadera con mis piernas. Mis botas de cuero negras anclaron sobre él; me empujó con tanta fuerza contra su pecho que podría jurar sentí como se astillaban un par de costillas. Mis brazos reposaron sobre sus anchos

hombros, mis dedos se enredaban entre sus cabellos. Su lengua comenzó a dibujar círculos muy pequeños sobre mi cuello; sus manos se colaron entre mi espalda y mi jersey. El contacto de sus dedos fríos sobre mi cuerpo ardiendo dilataba cada poro de mi piel... Sentía que diluviaba tan fuerte que la lluvia comenzaba a empaparme. Oía truenos a lo lejos en cada estallido de sus labios contra los míos; las yemas de sus dedos recorrían el largo camino de mi columna, desde el cuello hasta el sacro —eliminando a su paso los obstáculos— y me cegaron los relámpagos. Estábamos en el ojo del huracán y no había forma de pararlo ya.

—Déjate llevar —soplaba en mi oído—. Quiero perderme contigo, quiero perderme en ti...

Se me escapó un «Te quiero» intentando recobrar el aliento. Su silencio respondió que esto era solo deseo.

No fue así como lo soñé. Quería entregarme con la plena seguridad de un amor sincero. Supe que aquel no era el momento. Ambos vibrábamos en la misma sintonía de la pasión, pero no en la misma sintonía del corazón. Y yo ansiaba eso.

—¡Para Pablo, para yaaaaa! —ordené iracunda, mientras luchaba por zafarme de sus brazos.

Fue una lucha absurda. Mi cuerpo me imploraba seguir siendo presa del deseo. Mi cabeza me gritaba que corriera y me alejara del desenfreno de aquel momento. Mis piernas aferradas a su cuerpo no entendían por qué mis manos hacían lo posible por separarlo de mi pecho.

Ganó la razón. Pablo se liberó de mis piernas, se llevó las manos a la cabeza, despejando su frente de los dorados cabellos para que yo no perdiera detalle de cómo sus ojos color miel eran capaces de aniquilarme con una mirada capaz de fracturar una a una las costillas astilladas. Cada hueso de mi cuerpo se calcinaba con el fuego de su rabia. Mi corazón quedó completamente expuesto y desprotegido dentro de un cuerpo que lo llamaba a gritos.

—Lo siento Pablo, no puedo hacer esto. No así. No ahora. No aquí. Dame tiempo... Tienes que entenderme... Todo esto es nuevo para mí...

Me interrumpió con un gesto de hastío.

—¡Por Dios Ana!... ¿Tiempo? ¿No te parece que ya llevamos en esto bastante? ¿No crees que ya estamos lo suficientemente grandecitos para hacer lo que nos plazca? —Su voz iba cogiendo fuerza en cada palabra pronunciada—. ¿Qué quieres?... Que te coja de la manita y les diga a todos «Escuchad:

Ana es mi chica; se viene conmigo a California en cuanto termine el instituto; seremos muy felices y comeremos perdices... ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso lo que necesitas?

Pues claro... Exactamente eso era lo que quería y de haber agregado un: «No puedo imaginar la vida sin ella porque es la luz que alumbra mis noches sin estrellas», hubiera sido perfecto. Pero daba igual, con un sincero «Te quiero» me hubiese bastado para entregarme en cuerpo y alma.

—¡Claro que no Pablo!... Es que no entiendes nada...

—Pues explícate, si es posible. A ver si me aclaro un poco —sentenció, acompañando sus palabras de una postura hierática que parecía ensayada para momentos como este.

Aclarar esto era más que sencillo. Bastaba con preguntarle ¿tú me quieres? Pero primero muerta antes que humillarme de semejante manera. En ningún culebrón que se respete se ha visto jamás a una enamorada protagonista mendigando una declaración de amor. Eso surgía de forma espontánea y natural.

—¿Qué más da Pablo...! Déjalo así. Ya hablaremos en otro momento —le dije conteniendo dignamente las ganas de llorar.

Javi interrumpió de golpe en la cocina:

—¿Vais a llevar las birras o vais a quedaros toda la noche aquí montando una fiesta paralela?

—Yo ya me iba —gesticuló Pablo apresurándose hacia la puerta y sacudiendo su entrepierna—. Ayuda a la cumpleañera con el hielo, a menos que necesite tiempo para pensar si os tomareis unos cubatas o no, que la noto un poco indecisa y dispersa esta noche —agregó, con una dosis extra de sarcasmo.

—Pero tío, ¿qué dices?, ¿cómo que te vas?... —preguntaba Javi sorprendido e interponiéndose en su camino.

—Déjalo ya Javi. Él lleva siempre muchas prisas y no se le da muy bien esperar...

—Tú sí que sabes guapa, no se te escapa una... ¡Que lo pases fenomenal A-ni-ta...!

—¡Pues vaya! No esperaba menos de ti... Muchas gracias por los buenos deseos Pa-bli-to.

—¿Qué co-ño os pa-sa? ¿Qué estáis fumando vosotros? Parecéis sacados de una peli en blanco y negro —añadió Javi, dando fin a la conversación.

Pablo se dio media vuelta e inicio su desfile de salida. A medio camino soltó un *See you later baby* —imitando la voz de Schwarzenegger en el audio original de *Terminator 2*, en un perfecto inglés y con acento anglo—. Javi le siguió hasta afuera (no sé si esperando que le explicara lo que pasaba o rogándole que le regalara un poco de esa supuesta hierba que nos puso en modo cinéfilo).

Me apresuré a la ventana para expiarles. No podía escuchar lo que hablaban, pero procuraba leer sus movimientos a fin de entenderlos. Se acercaron al coche y Pablo le entregó un paquete que no alcancé a ver bien.

Javi se dirigió rápidamente al garaje con paquete en mano, como un mandadero eficiente. «¿Sería posible que mi Pablo pasara de fumar porros de manera ocasional a ser un camello del narcotráfico?». Definitivamente, ver tanta televisión no me estaba haciendo ningún bien.

Seguí expiando tras las cortinas de la ventana. Pude verle subir en cámara lenta al coche. Se despeinaba con entusiasmo frente al retrovisor. Resultó que ese *look* desenfadado y descuidado estaba más que preparado. «¿Cuántas horas pasará ante el espejo intentando hacer que sus lisos cabellos se vean como un nido dorado recién atacado por un ventarrón? A veces, la presunta naturalidad resulta más compleja que la oscura hipocresía. ¿Para qué peinarse si va de partida? Corrijo, despeinarse es lo que hace. Seguro está esperando que yo salga corriendo, arrepentida y desesperada a su encuentro, y terminar en el coche lo que comenzó en la cocina...».

—*Take care easy baby* —pronuncié en mis adentros y proseguí con mi monólogo interno—. Si el muy cabrón está esperando que yo salga a su encuentro, le va a tocar esperar mucho tiempo... Ni Cristo me hará salir... ¿Qué se habrá creído este? Mucho inglés; mucho *United States*, pero sigue siendo el mismo capullo, ególatra e infantil. ¡Joderrrrr! ¿Por qué no puedo dejar de quererle?

Lidiar con sus defectos era mi único anhelo. Cuanto más me cabreaba, más le deseaba... Era una adicta bipolar y él mi heroína medicinal.

La luz del mechero con el que encendió un cigarro me sacó de mis vagos pensamientos. Tendría que asumir que el amor era así; curativo y tóxico a partes iguales.

Respiré hondo y decidí salir. Estaba claro que de fortaleza yo no iba a morir. En cuanto me alejé de la ventana escuché su coche poniéndose en marcha, las ruedas quemaron el asfalto... El muy cabrón sabía leerme incluso a través de la ventana. Sabía que le veía. Sabía lo que pensaba. Sabía que

volvería a su lado, aunque me hiciera daño.

—¡Que le den! No le daré el placer de amargarme el cumpleaños — decreté.

Cargué el carrito de la compra con bolsas de hielo y latas de cervezas. Con las pocas fuerzas que me quedaban empujé el carrito hasta el garaje donde me esperaban mis sedientos amigos.

El camino de vuelta se me hizo interminablemente largo. Unos minutos antes Pablo caminaba junto a mí, jugando incesantemente con mi oreja. Ahora, sola de vuelta, no paraba de repetirse en mi oído el sonido de sus gemidos. El muy capullo se había ido...

—No va a amargarme —me repetí una y otra vez...

Tres minutos después me incorporé a la fiesta, cargada de suministros y por supuesto amargada, procurando disimular mi rabia con una risa forzada. Pablo lo había conseguido, logró amargarme la fiesta, el día, la vida.

Antes de irme a la cama, Javi apareció frente a mí como lo había hecho exactamente un año antes, cuando abrazaba la mochila empapada. Esta vez llevaba en sus manos un paquete. Pude apreciar con facilidad que era el paquete que Pablo le había entregado hace horas y suspiré tranquila... Pablo no era un secuaz ibérico del difunto Pablo Escobar y Javi no era un adolescente drogadicto. Eran el amor de mi vida y mi mejor amigo respectivamente.

En la bolsa negra se leía *Saks Fifth Avenue*. «Si mi madre estuviera presente, hiperventilaría de emoción. En su honor, hiperventilo yo» —me decía a mí misma.

—Pablo me ha pedido que te lo entregue en el desayuno, pero como seguro que este año otra vez te inventas y te lo pierdes de nuevo, prefiero dártelo ahora. Además, conociéndote, no quiero pasar por una tragedia parecida a la que montaste por la mochila... No sé si te has dado cuenta, pero se te va un poco la olla con todo lo que tiene que ver con Pablo. —Le miré con cara de perro regañado—. No me mires con esa cara, que sabes que tengo razón. Te lo digo porque estás muy rara... Desde que Pablo llegó todo tu mundo gira en torno a él, y ¡jojo!, no te lo digo por celos, sabes que eres de las pocas mujeres en el mundo con las que no me interesa enrollarme. Yo no me lio contigo ni que me paguen.

Javi, el que no pisa una iglesia desde el día antes de nuestra primera comunión, cuando casi quema la capilla en la que ensayábamos (todo para mostrarle al mundo que él no estaba dispuesto a tomar el sacramento). Ese

mismo Javi, que nunca estrenó su traje de marinerito y que estuvo castigado un mes por pirómano y otro por agnóstico, se persignó como el más fiel devoto.

—Vaya, gracias. Tú sí sabes hacer que me venga arriba.

—Deja el drama. Sabes que eres mi mejor amigo con vagina y aunque no lo parezca, a veces me preocupo por ti.

—¡Eres un capullo! ¡No! —rectifiqué—. ¡Eres el mejor capullo que hay! Yo también te quiero y te prometo que te voy a enseñar a verbalizar los sentimientos como es debido —confesé mientras le abrazaba y arrancaba de sus manos pegajosas la bolsa negra.

Tener buenas amigas es una suerte, pero tener al menos un buen amigo es una bendición.

11

Golden Gate

*Quiero llegar hasta ti
y si el camino se atreve a impedirlo,
construiré con mis manos
todos los puentes que sean necesarios.
No habrá río que nos separe,
ni cañones, ni valles.
Mientras tenga mis piernas,
mientras tenga mis manos,
mientras tenga un corazón
que grita «Te amo»,
haré lo imposible para cruzarlo.*

Una bola de cristal, con caja de música incluida, dentro de la cual se podía apreciar un Golden Gate en miniatura sobre la Bahía de San Francisco. Ese era el contenido de la bolsa negra, su regalo, como estaba siendo costumbre, muy acertado.

Los puentes siempre me han gustado, además de su estética, por lo que representan. Logran unir lo que la naturaleza da por sentado que debe estar separado.

El lunes siguiente volví puntual a nuestra cita en el puente. Tenía la certeza de que él nunca llegaría. Siempre he preferido que si las relaciones han de acabar, sea porque así lo ha decidido la contraparte. Sé que es un pensamiento cobarde, pero me gusta viajar ligera de equipaje, que no recaiga la culpa sobre mí. Tener que cargar sobre mi conciencia por tiempo indefinido el peso de un ¿qué pudo ser?, ha sido muchas veces, incluso más fuerte que mi deseo de decir adiós. Así lo fue esta vez. Si esta historia llegaba a su fin, no pesaría sobre mí la última palabra. Yo volvería cada tarde a nuestro puente

hasta que olvidase el camino o hasta que la vida, sin darme cuenta, me empujase a otro destino.

Con los cascos puestos, ojeaba mi diario mientras caminaba. Por suerte quedaba poco tiempo ya para que el año acabara. Las páginas en blanco escaseaban, pero mi mente estaba repleta de pensamientos y sentimientos que solo allí podía expresar. Todas las hojas lo nombraban a él. Yo era una adicta y él mi heroína. El diario que siempre me acompañaba vendría siendo una especie de auto rehabilitación en aquella ecuación.

Entre pensamientos dispersos, sufrí el atropello de una manada de ciclistas combinados de forma uniforme, quienes por sus gestos llevarían varios metros gritando que me apartara. En cuestión de segundos me vi envuelta en un tornado de bicicletas e insultos que afortunadamente no escuché. Bastaba ver sus caras para saber que los peatones atolondrados que entorpecían su entrenamiento les molestaban mucho más de lo que a mí podría importarme.

Como nunca aprendí a montar en bici me resultaban insoportables los ciclistas, y mucho más aquellos que tenían ínfulas de Lance Armstrong en el *Tour* de Francia. ¿Y cómo terminó esa historia años después? Con declaraciones del ídolo deportivo a corazón abierto con Oprah, en las cuales admitía haberse dopado en cada una de estas competiciones en las que salía triunfante... No digo con esto que los ciclistas en general sean unos drogatas, o mucho menos que los méritos de todos deban causar suspicacia. Simplemente, menciono este caso en particular para expresar que me caen mal los ciclistas con presunciones de campeones olímpicos. En principio porque son capaces de hacer algo que para mí siempre ha sido imposible (y la envidia nunca genera buenos sentimientos). En segundo lugar, porque visten de forma espantosa cuando entrenan (no sé qué es peor, si un hombre en tangas o un hombre en mallas). Y para finalizar, hay unos cuantos que van de chulitos creyéndose los dueños de la calle sobre sus bicicletas, a cuenta de que son atletas. Estos últimos hacen que paguen justos por pecadores y no les tenga la más mínima paciencia. Es más, los ciclistas iban al mismo saco de mis estimados primos y mi apreciado Chiva Loca.

En lo que estaba, que me disperso. El ataque de las bicicletas me dejó un tanto mareada y caminando en otra dirección. Creí ver a lo lejos a Pablo con su guitarra, sentado sobre las hojas secas que se resistían a marcharse. Llevaba mis gafas en la mochila y no me molesté en sacarlas para corroborar que fuera él, igual llevaba todo el día viendo su cara en la cara de todo ser con

el que tropezaba. Hasta en el amargado Chiva Loca lo vi esa mañana, en la última clase que tomé con él, gracias al incidente en el laboratorio yo reprobé con honores aquel trimestre y Chiva Loca se quedó sin empleo... Nunca una clase de química fue tan divertida y bonita.

A medida que me acercaba, mi corazón se aceleraba. Latía tan fuerte que hasta los ciclistas que casi me matan tuvieron que frenar de repente porque los Jardines del Turia palpitaban a todo lo largo. Más de uno temía que el río embravecido estuviera tomando su cauce de nuevo...

Efectivamente, era Pablo afinando los acordes de su guitarra. Parecía una postal de esas que te apetece enmarcar y ver todas las mañanas al despertar. El crujir de las hojas secas que se quebraban bajo mis pasos permitió aplacar el sonido de mi palpitar. No emití una sola palabra pues con lo dicho por nuestras miradas bastaba. Estaba visto que lo mejor que se nos daba era hacernos compañía en completo silencio y besarnos hasta quedar sin aliento.

Me tiré sobre las hojas y apoyé mi cabeza sobre su regazo, nos perdimos allí por unas semanas. Yo con mi diario, él con su guitarra. No hablamos de lo ocurrido en mi cumpleaños, mucho menos de nuestros sentimientos o deseos. Nos limitamos a querernos en silencio, en secreto.

Fue sublime, fue perfecto.

Fue breve, pero intenso.

Un paseo en bicicleta sobre el puente. Él pedaleando sin apuro y yo subida a la cesta sin tapujos.

Como si alguien hubiese decidido destruir a martillazos los pilares del Golden Gate, podía ver dentro de la bola de cristal como algunas cuerdas rojas se habían desenganchado de su lugar. Es lo que tienen los puentes, una vez que caen, nunca se levantan igual.

Pablo llevaba una semana evitándome. No cogió nunca más el teléfono de su casa a las horas que yo le llamaba. Yo pensaba que el mundo se me venía encima gracias a su indiferencia.

Estábamos todos de vacaciones por las fiestas navideñas y justo ese año la mayoría de los miembros de nuestra tropa nos habíamos quedado en la ciudad. Teníamos planes a diario y él nunca aparecía. Nadie lo nombraba, era como si la tierra lo hubiese tragado y solo yo podía recordarlo. Cuando le preguntaba a Sara por su hermano, en plan desinteresado, me da igual, yo solo pregunto por preguntar:

—¿Qué es de la vida de tu hermano?

Ella siempre contestaba entre evasivas lo mismo:

—¡Yo qué sé!... Está insoportable y muy raro. Ya casi ni me habla el muy chalado... ¿Te ha hecho algo?

Por esta última interrogante dejé de preguntar por él. Es mejor no hacer preguntas si no estás preparada para responder.

Callé. Y así calladita esperé. Esperé que el tiempo me diera la oportunidad de verle de nuevo.

Aproveché la oportunidad para comerme todas las uñas de mi mano derecha.

En un arrebato de lucidez, quise hacer cambios drásticos en mi vida y terminé con un flequillo a lo *Punky Breuster*.

Cené grandes cantidades de galletas María, embadurnadas con Nocilla durante seis noches seguidas.

Me salió un grano en la frente de un tamaño indecente y en ese momento descubrí que todo tiene su lado bueno... Mi flequillo disimulaba mi tercer ojo a la perfección...

12

Happy New Year

Mis esperanzas estaban puestas en la fiesta de Nochevieja que darían sus padres. Habían invitado a todos los miembros de mi pandilla a celebrar junto a ellos la llegada del nuevo año. Convencer a mis padres para que me dejaran ir no fue nada fácil. A regañadientes y luego de mucho rogarles, accedieron. Se dieron cuenta de que eso era preferible a lidiar —lo que quedaba de año y seguramente durante todo el venidero 1996— con mi rabia y mal humor.

Por mi parte, sabía que esa era la única oportunidad cercana que tenía para verle. Preguntarle qué le pasaba, por qué durante la semana anterior no había vuelto a nuestro puente. Sabía que se había enfadado la noche de mi cumpleaños. Yo también me enfadé. Estaba claro. Pero todo ese mal rollo lo di por superado en nuestra rutina de efusivos besos y prolongados silencios que reanudamos el día que casi pierdo la vida con el ataque a mansalva de los enmallados ciclistas.

Si Pablo me quería realmente, debía entender que no estaba preparada. Tenía miedo y era normal. Todo lo que estaba viviendo en aquel momento era nuevo para mí y no podía, así, sin más, cambiar mi forma de pensar. Quería estar completamente segura cuando me entregase a alguien por primera vez y él lo debía entender.

Esa noche llegué a su casa hecha un mar de nervios. Sentía que caminaba sobre el Peñón de Ifach en la costa blanca alicantina. Había escalado hasta la cima del acantilado más alto del Mediterráneo, pero estaba convencida de que el descenso no sería tan sencillo, ni siquiera

sería en rapel. Sería una caída silenciosa, posiblemente sublime, producto de un descuido tal vez o de una gaviota acechante que me empujaría al azul centellante de ese inmenso mar dispuesto a acogerme malherida y delirante.

No eran nervios pasajeros. Estaba aterrada por completo y aquella noche caería. Llámalo sexto sentido, llámalo intuición.

Temblorosa y embutida dentro de un minivestido en terciopelo negro que había tomado prestado (sin previo consentimiento) del armario de mi delgadísima hermana, quien vestía dos tallas menos que yo y bajo ningún motivo me dejaba usar su ropa, hice mi entrada poco triunfal.

Mi madre había preparado una bandeja de dulces canarios para que no llegase con las manos vacías a la cena. Ella siempre insistía en que llegar solo con hambre era de muy mala educación. Y vaya que yo llegué aquella noche con las manos bien cargadas —una chica muy bien educada, cuyo vestido evidentemente no era de su talla y a quien las manos le sudaban y las piernas le flaqueaban—.

Además de la bandeja repleta de almendrados, polvorosas y rosquetes, llevaba una cesta llena de tantas esencias, jabones y aceites que podrían pensar que acababa de robar todo el *stock* de una tienda de aromaterapia. Era un detalle que mi madre enviaba a la anfitriona por haberme invitado a recibir el nuevo año con ellos. No bastaba con los dulces. Para mi madre siempre había que colmar con detalles hasta el punto de llegar a incomodar con presentes a quien tuviese el atrevimiento de robarle a su pequeña en una fecha especial.

Unido a esto, cargaba sobre mis hombros una enorme mochila con la mitad de mi vestidor dentro. Sara me había pedido un par de vestidos y yo estaba tan indecisa al escoger mi atuendo que metí también un par de minifaldas y media docena de *tops* y jerséis. Como si esto fuera poco, llevaba también un paquete especial que había preparado. En él, se encontraban perfectamente organizados todos los recuerdos de Pablo: su *Walkman*, nuestra foto, varios casetes, su sudadera negra de Nirvana, servilletas con rayajos, entradas de cine, la bola de nieve del Golden Gate (que casi me produce una hernia discal ya que pesaba una tonelada) y cuanta tontería había bajo mi cama y me recordaba a él. Lo único que dejé en casa fue el diario azul que me había regalado. Sus páginas contenían información de vital importancia, primero muerta antes de que esas líneas fueran leídas por alguien.

Durante esa larga semana que había pasado esperándolo entre las frías

paredes de nuestro puente —intentando entender por qué no llegaba, por qué no acudió a ninguno de los planes que tuvimos aquellas noches decembrinas con la cuadrilla— ideé un plan ridículo, cargado de drama, de esos que tanto me gustaban, en el cual, luego de sonar las doce campanadas y pedir con cada uva un deseo, le devolvería todo, en actitud dolida y decidida a poner punto final a este romance desgastante. En la visualización de mi plan, él me tomaría con fuerza por los brazos, me arrastraría hasta su pecho, me besaría en la frente, luego en los labios, me diría que esperaría por mí el tiempo que fuese necesario, que no podía imaginar la vida sin su Ana adorada, que había sido un tonto toda esta semana, que le perdonara, que me amaba... Un plan idiota lo sé, lo bueno fue que no tuve ni siquiera que ponerlo en pie.

En cuanto Sara abrió la puerta, allí estaba él, sentado en el segundo escalón de la gran escalera de mármol del salón, jugando tranquilamente con su guitarra. Llevaba unos desteñidos vaqueros rotos, una camisa a cuadros negros y rojos y una americana negra de pana.

Ni se inmutó al verme. Movié la cara en gesto de saludo o hastío (no lo distinguí bien) y volvió la mirada a las cuerdas de su guitarra, como si hubiese visto llegar al cartero pesado del pueblo y no tuviese el más mínimo interés en recibir siquiera una postal, ni mucho menos charlar con alguien con aspecto de tamal (un tamal era lo más parecido a mi aspecto dentro del minivestido). «Ojalá se derrumbase ahora la escalera y quedase tapiado por el mármol el muy imbécil» —pedía en lo más profundo de mi ego mutilado—. Contuve las ganas de llorar con entereza y dignidad.

La mayoría de las veces confundimos desamor con un ego malherido. El ego es por naturaleza vulnerable. Es una valoración excesiva de nosotros mismos y todos sabemos que los excesos son malos. Está bien quererse, quererse a uno mismo incluso debe ser prioridad, pero el pensar que todos te deben querer y adorar porque eres especial, está mal.

Todos te deben respetar. Si tú respetas eso es lo normal. Son las trampillas del ego. En el momento que alguien no nos aprecia como consideramos debido, nos sentimos destrozados y sucumbimos. Nadie tiene por obligación querernos. Eso es algo que desde pequeños deberían enseñarnos.

Me dirigí a la cocina junto a mi fiel amiga que me ayudada con la cesta de aceites y esencias. Mientras, yo hacía lo imposible porque mis temblorosas manos no tiraran al suelo la bandeja de dulces. De un golpe la solté en la enorme isla blanca.

—Mami, mira lo que te ha traído Ana... Dulces y pócimas que ha preparado su madre...

—Anita, querida, pero ¡qué guapa estás! —dijo la señora madre del gusano llamado Pablo, al tiempo que me cubría en un fuerte abrazo—. ¡No tenías que haber traído nada niña!... ¡Madre mía! Tú madre por qué te hará venir siempre tan cargada...

—«Por loca o ególatra» —respondí para mis adentros.

—Sabes cómo es ella... —contesté por educación.

—No sabes cuánto me alegra que hayas llegado Ana. Necesito un pinche en la cocina y en esta casa todos quieren comer, pero nadie quiere cocinar. Coge un delantal y ayúdame un poco con la ensalada, que al paso de Sara la cena estará lista para Reyes.

Nos echamos las tres a reír. Contando con las habilidades culinarias de Sara, junto a las mías, había siempre dos opciones: bocadillo de queso y jamón o morir por intoxicación alimentaria. Seguí las instrucciones al pie de la letra y me puse de inmediato a lidiar con variedad de lechugas, espárragos, salmón, nueces y queso de cabra. Preparé un aderezo de mostaza y miel con el que Pablo flipaba. El muy idiota no me saludó y yo seguía pensando en él mientras cocinaba... —«Ojalá se intoxique con las nueces o muera atragantado con un espárrago» —pensé.

—¡Pablo! —le llamaba su madre desde la cocina—. Deja ya la guitarra y ayuda a tu padre y a los chicos con la mesa. Llama a Penny para que baje ya.

«¿Penny? ¿Qué clase de nombre es Penny? ¿A qué se refiere con Penny?» —me pregunté en silencio, notablemente extrañada.

«Es un nombre de mascota» —me respondí convencida.

—Ya conocerás a Penny —soltó su madre, leyendo mis pensamientos—. Sabes cómo es Pablo, le encantan las sorpresas... ¡Y yo que las odio! Me ves muy sonriente, pero no te creas, no me hace mucha gracia tener a Penny correteando por la casa.

«Pablo me había comprado una mascota. Estoy segura. Su madre no lo aprueba porque no es muy de animales... La mía tampoco... La verdad es que yo dejé de serlo cuando cocinaron a la leña a mi cerdito Pinky. ¿Para qué me compró una mascota?... Vale, vale, no seré tan bruja, perdono su actitud de estos días por el detalle. Aunque Penny... Ummm... Venga va, es un nombre cuqui... Mi Pablo es un encanto, rarito, pero adorable». La de cosas que pasan por una mente enamorada o cuando llevas un vestido tan ajustado que no

permite que el riego sanguíneo llegue al cerebro.

—¡Mamá!, dice papá que faltan cubiertos... —interrumpió Pablo en la cocina y sin quitarme la vista de encima se dirigió a mí. —¿Dónde andabas metida Ana? Tenía ya varios días sin verte. —Sacudió su mano mojada sobre mi cabeza, como saludando a una mascota traviesa. A mi cabello recién secado y planchado se le antojó estrangularlo, pero inmediatamente pensé que este saludo simbólico tendría algo que ver con Penny, nuestra mascota. Era humanamente imposible que yo fuese más gilipollas.

—¿Yo?... Este... Eh... Bien... Aquí... Igual.

Sara interrumpió al ver mi cara de idiota y escuchar la verborrea de la que estaba siendo presa.

—No seas pesado Pablo, deja ya de molestar a Ana.

Pablo separó su mano de mi cabeza y puso los ojos en blanco.

—No estoy hablando contigo hermanita, estoy saludando a tu amiga —dijo sin quitarme la vista de encima.

Tragué hondo y respondí tratando de soltar una frase coherente.

—Ya... He estado muy liada estas fiestas, he pensado...

—Vale, vale —atropelló Pablo sobre mis palabras. Cogió la caja de cubiertos que le extendió su madre mientras le hacía gestos inentendibles con la cara. Él le respondió con una mueca absurda y se marchó.

Esta familia se había vuelto completamente loca. No me dejaban acabar una frase, se comunicaban con señas incomprensibles y se clavaban miradas como fusiles. La última noche del año estaba resultando tan confusa como absurda. La presencia de Penny, mi nueva mascota, tenía a todos tocados.

Reunidos todos en el gran comedor, dispuestos a ocupar nuestros respectivos asientos, Penny hizo una verdadera entrada triunfal, casi exacta a la que yo pretendía hacer al llegar. No era una mascota —estaba claro—. Penny era el vivo retrato de un ángel caído del cielo.

Ella no caminaba, su cuerpo flotaba como si apenas pesara. Era la gaviota que habría de empujarme en la cima del acantilado. Sus movimientos eran tan armónicos que daban la sensación de ser unos pies que no tocan el suelo para desplazarse, que caminan sobre el aire y por eso sus pisadas son tan suaves.

Aquella noche hizo su debut ibérico levitando sutilmente sobre cada uno de los anchos peldaños de mármol de la escalera. Estoy convencida de que los últimos minutos de 1995 se congelaron a nivel mundial para que los

allí presentes pudiéramos deleitarnos con su andar.

Fue algo nunca visto. Ni en el mejor desfile de la Pasarela de Cibeles había ocurrido algo igual. No era una gaviota; era una gacela descendiendo por las escaleras: largas piernas bronceadas que podían recorrer en un par de zancadas el Golden Gate, cintura de avispa y unos pechos que dejarían boquiabierto al elenco entero de *Baywatch*. Todo esto cubierto en un minivestido de terciopelo negro, idéntico al mío, ¡vaya casualidad!... una putada, la verdad.

Penny era tan escandalosamente bella que podía haber vestido el manto de un monje tibetano y verse igual de *sexy*. Las ondas de su rubia melena simulaban las olas del mar, un mar rebelde y salvaje cubriendo un rostro dulce y perfilado; ojos rasgados de un tono azul turquesa que no se encuentra en ninguna paleta de colores y una sonrisa tan excesivamente grande que podría servir de lienzo para un paisaje californiano.

Ella era todo lo que yo no era. Mientras yo participaba en obras de teatro bohemio en la academia, a ella la perseguían en San Francisco para que asistiera a audiciones. Ella vestía de Gucci y Chanel y yo podía matar por un viejo vestido de mercadillo que tuviese alguna historia que contar —salvo esta noche nefasta en que decidí coger el vestido de mi hermana y lucir como un tamal—. Penny era perfecta, actitud arrolladora, físico de triunfadora, una mujer hecha y derecha. Yo era regordeta y novelera, junto a ella no era más que una niñata tonta de las que lloran y se enamoran con tanta facilidad que no parece normal.

Las doce campanadas fueron doce puñaladas que se clavaron entre mi pecho y espalda. Mis doce deseos no fueron más que morirme de seis formas distintas para los deseos correspondientes a las campanadas impares y desaparecer de las formas más inverosímiles para las pares.

Entre mis deseos estaba morir asfixiada por una uva atascada en mi laringe. Desaparecer como desaparecía toda la magia de Cenicienta después de la decimosegunda campanada. Morir ahogada en el váter. Tomarme una sobredosis de pastillas de Chiquitolina de las que toma el Chapulín Colorado y hacerme tan diminuta como me sentía en aquel momento para que nadie se fijase en mi cara de entierro. Otro deseo era que la lámpara del techo, de un golpe seco, se convirtiera en mi sombrero letal. En fin, me daba igual. Lo que ocurriera primero estaría bien. Mi existencia había perdido todo sentido.

Todos mis sueños e ilusiones se hicieron añicos en un par de segundos.

Se derrumbaron mis esperanzas dejando en ruinas mi fe en el amor y en la humanidad. Pablo y Penny se besaban como si no hubiese un mañana, de una forma tan apasionada que parecía hasta ensayada, comiéndose la boca de manera asquerosa, con todos los ojos puestos sobre ellos. No les importaba en lo más mínimo ser el centro de todas las miradas, creo que lo disfrutaban. Más que disfrutarse ellos, disfrutaban pensando que todos, al verlos tan guapos y perfectos, envidiaban ser la pareja ideal que ellos representaban. Eran tal para cual... Un par de creídos que no paraba de hacerse mimos, ante mis ojos adoloridos.

No recuerdo bien cuánto tiempo pude haber pasado aquella noche en el cuarto de baño. Las ganas de llorar las podía controlar. No tengo la menor idea de cómo lo hacía, pero me contenía. Lo que no podía soportar era las náuseas; apenas había probado bocado en la cena... Eran tantas las lágrimas contenidas que me estaban causando la peor indigestión de toda mi vida.

—¡Ana, Ana!... ¿Te encuentras bien? —preguntaba Sara del otro lado de la puerta.

—Me molesta un poco la tripa, no te preocupes. Igual ya he llamado a mi padre para que venga a recogerme.

—¿Qué dices? No te puedes ir ahora, si apenas comienza la fiesta... Si es por el idiota de mi hermano, tú ni caso...

—¡Calla ya Sara! —grité derrotada—. No me encuentro bien, eso es todo. Me quiero ir a casa. Además, ya sonaron las campanadas y mi padre debe estar por llegar.

Abrí la puerta despacio, para no dejarme ver. Sara me esperaba recostada sobre la pared contigua como un soldado al pie del cañón, apoyando hasta el último momento a su camarada víctima de un bombardeo. Sus ojos verdes me miraron compasivamente y ya no pude contenerme. Las lágrimas comenzaron a correr libremente...

—Lo siento mucho Ana. Yo no sabía lo de Penny. Llegó esta tarde... Pablo no dice nada... Tú no me dices nada... No entiendo por qué no confías en mí... Tengo que adivinar siempre lo que pasa entre vosotros... Mi hermano no es mala persona, pero a veces se comporta como un descerebrado. Siempre te lo he dicho, tienes muy mal ojo para los chicos... Él no merece que estés así.

—No hay nada entre nosotros. Lo que había qué más da. Eran tonterías más, solo más. Sí, me enamoré sola como una misma idiota, pero ya se me

pasará, esto va a pasar, todo pasa tarde o temprano... ¿No? —afirmé hipeando, con la clara convicción de que mi primer amor me había destrozado el corazón—. No quiero hablar de esto Sara... No quiero volver a hablar ni contigo ni con nadie de Pablo...

Aquella fue la primera vez que hablamos abiertamente de él, y aunque parezca mentira, fue la última también.

Sara era mi mejor amiga y no permitiría que nada en el mundo entorpeciera nuestra amistad, por ello, nunca le hablé de Pablo ni de mis sentimientos. Ella me conocía lo bastante bien para saber lo que yo sentía y padecía. Intentaba siempre con mucha sutileza hacerme poner los pies sobre la tierra contándome de las andanzas de su hermano. Yo la oía, más no la escuchaba... Estaba tan enamorada que nada de lo que ella o alguien dijera podría cambiarlo.

Es lo que tiene el amor. Es autónomo por definición; gobierna en el corazón con las leyes que el mismo establece; trabaja por cuenta propia sin tomar en cuenta ninguna opinión y es independiente incluso de la razón... Con lo bien que le vendría un poco de dependencia de la conciencia y el sentido común...

Aquella noche caminé persiguiendo el amanecer. No había llamado a mi padre para que me buscara. Me despedí de Sara y le rogué que no me acompañara hasta la puerta. No quería que nadie me viera marchar y viniera el típico interrogatorio de ¿por qué te vas?, ¿te encuentras bien?, ¿quién te ha venido a buscar? Le pedí a mi amiga que inventase lo que quisiera: que me fui a la cama borracha, que estaba afuera hablando con un novio recién llegado de Tailandia, que finalmente la tierra escuchó mis súplicas y me tragó ante sus ojos, que estaba posesa en una habitación bajo llave esperando un exorcismo... En fin, lo que dijera me daba igual. Sara siempre tuvo el don de la palabra, por lo que improvisar se le daba con muchísima naturalidad.

Antes de abandonar la casa cambié mis botines de fino tacón por unas zapatillas deportivas y me abrigué como si fuese a escalar al Himalaya. El frío que deja el desamor me había calado muy dentro y los pocos kilómetros que me separaban de casa parecían aquella noche toda esa cordillera morada de nieve.

Jamás me había atrevido a andar sola por la calle en plena madrugada. Además de mis múltiples cualidades, también soy un tanto paranoica, por no

decir miedosa. Jamás me había sentido vejada y era una sensación escabrosa, de esas que acalambran el alma. Jamás había sentido la necesidad de estar completamente sola, de poner en orden mis ideas, o mejor aún, de desordenar mi vida entera, sin importarme lo que los demás piensan. Jamás había sentido la necesidad de llorar y gritar sin que nadie me dijese: «Para ya».

Aquella noche fue una revelación total. A pesar de todo el dolor que me agobiaba, en cada paso que daba me sentía capaz de superarlo. Se repetía en mi cabeza la letra de la canción de la abuela: «Maravilloso corazón, maravilloso, yo te agradezco tu amistad, tu compañía por ser mi amigo en el dolor, mi confidente en el amor, quiero decirte que sin ti no sé qué haría». Hombres sabios Roberto Livi y Alejandro Vezzani. Esa noche finalmente descubrí la razón por la cual a la abuela le gustaba tanto esta canción. Yo no necesitaba de nada ni de nadie más que de mí para ser feliz.

Comenzaba un nuevo año y decreté que nunca más perdería tiempo sufriendo y llorando. No era cuestión de tragarme los sentimientos y de que estos me matasen por dentro. Era cuestión de darles un tiempo, de darme un tiempo limitado para sobrellevarlos, ponerle un límite a la tristeza y a la decepción. No saturar a mi maravilloso corazón con agonías, darle mejor más risas, de esas que iluminan.

Una leve llovizna fue guiando mis pasos. Era la lluvia de Pablo decretando que lo nuestro había terminado. Pero mi vida apenas estaba comenzando así que decidí evocar todos sus besos hasta el amanecer y ser la persona más desdichada del mundo solo hasta que el sol de la primera mañana del año me calentara.

Llegué a casa empapada, no sé si por la lluvia o por las lágrimas. Lo cierto es que caminar sola bajo el agua, dejando a mi llanto fluir a sus anchas; mezclándose con las gotas de llovizna y haciendo de las calles que atravesaba un acaudalado río que arrastraba toda mi tristeza, me hizo bien, y a mi maravilloso corazón, también.

Calada hasta los huesos y sobre todo cansada, agotada de haber llorado tanto, extenuada de haber querido tanto, atravesé el portal.

En casa no había nadie, todos estaban de fiesta. Y fue un alivio no tener que dar explicación alguna a mi llegada.

Me di un baño de reina con un menjunje oloroso a naranja y canela que mi madre me había regalado para la buena suerte. Nunca fui muy de creer en esas cosas, pero visto lo visto, si aquella noche me hubiesen dicho que debía bañarme en zumo de tomates podridos para que mi suerte cambiara, hubiese

chapoteado en una bañera rebosante de gazpacho pasado.

Cambié mis ropas mojadas por un pijama peludo y un colorido albornoz. Me preparé una licuadora entera de Cola Cao. Llené una bolsa con una docena de rosquetes, cogí mi diario, mi manta y subí al tejado a esperar el amanecer.

Saliendo por la ventana de mi habitación y haciendo un recorrido de poco más de diez pasos, había una vista perfecta cada mañana. El sol se levantaba sobre una diminuta loma, encuadrado con exactitud en una hilera de espigadas palmeras, que estoy convencida alguien sembró allí para crear un marco idílico que diese la bienvenida a los nuevos días que vendrían. Las mañanas que lograba salir pronto de la cama —que fueron muchas menos de las que me hubiese gustado— adoraba subir allí y perderme en esa vista. Resultaba un recordatorio constante de que siempre habrá luz después de la oscuridad, siempre habrá un mañana para volver a empezar, para volver a soñar e intentar contra vientos y mareas, hacer esos sueños realidad.

13

En un sueño te lo diré

Anoche me soñé en plena fuga de Alcatraz.

Llovía fuerte sobre el Pacífico.

Las olas rompían con brusquedad sobre las rocas y la espuma burbujeante se apoderaba del lugar.

Era el momento de escapar. Temía que las aguas subieran al punto de hacer desaparecer la isla entera; podría morir ahogada por el olor a sal.

En un descuido de los guardias me eché al mar.

Con la misma destreza de un mago temerario, me zafé de las esposas mientras caía. En una perfecta inmersión, mis manos golpeadas rompieron las frías aguas y abrieron el camino para que mi frágil cuerpo pasara.

Me mantuve en lo profundo, dejando que la fuerza del mar me arrastrase. Cuando alzaba la mirada desde el fondo de las aguas podía ver la inclemente tormenta que no cesaba.

Yo, estaba protegida en la profundidad. Tenía branquias para respirar, así que solo debía hacer un mínimo esfuerzo por nadar a contracorriente.

Recordé la primera vez que buceé. Fue a tu lado, aquel verano del 94, en Calpe. Pasábamos el día junto a tus padres en la Cala El Racó, a los pies del Peñón de Ifach —ese del que me hiciste caer aquella Nochevieja—. Me transporté a sus aguas tranquilas y logré llegar a la bahía.

El rojo hilarante del Golden Gate no se puede apreciar desde lo

profundo del mar, pero si pude ver tu rostro reflejado en las aguas.

Estabas parado en un bordillo del puente, preguntándote ¿qué sería de mí? Mis branquias comenzaron a fallar y tuve que salir a la superficie para poder respirar. El aire de San Francisco olía a libertad. El viento que me azotaba la cara olía a pescado y a sal. Era libre por fin, para volver a amar...

Cuando atraqué en Marshal Beach, tú me esperabas sentado junto al *Walkman* amarillo, sobre una roca solitaria anclada en la playa. En tus ojos leí la pregunta. Esboqué una sonrisa y mis labios contestaron...

¿Quieres que te hable de mí?...

Pues vale...

*Comenzaré por decirte que me encuentro bien,
aún sigo en pie.*

*Pensaba que ya nunca podría levantarme,
pero ya ves,*

no era tan frágil como imaginaste.

*Ahora soy una versión mejorada de mí,
ya no pienso mucho antes de actuar,
simplemente actúo sin pensar.*

Sigo mis instintos y me dejo llevar.

Ya no me hago preguntas

cuya respuesta me dolerá saber.

Intento vivir, solo un día a la vez.

Segunda parte

14

Nuevo siglo

Madrid, 14 de diciembre de 2000

—¡Ana, despierta! ¡Venga va, arriba! —gritaba Sara desde el salón.

Sus alaridos golpeaban sobre todas las paredes hasta llegar a mis oídos con la fuerza de un cañón. Llevaba dos horas dando tumbos por todo el ático y el jaleo que montó para terminar la maleta no me despertó solo a mí.

Gian Piero, nuestro vecino raro del piso contiguo, también fue víctima del escándalo, o eso dijo para justificar su presencia tan temprano en nuestra mitad del rellano. Evidentemente, él carecía de dignidad y por más intentos fallidos de echarlo continuamente a su mitad del rellano, él volvía nuevamente a nuestra puerta.

Sara se disculpó como mejor sabía hacer, con su gracia y su sonrisa, unidas a unas tostadas con tomate —triturado en la licuadora a la máxima y más ruidosa potencia—, así como a un café recién molido en su diminuto y también estridente molino; generando ruido con tanta facilidad como quien genera suspiros.

Como era de esperar, aquel escándalo matutino me sacó de los brazos de Morfeo antes de lo que hubiese querido. De solo imaginar las nueve horas de viaje que venían a continuación, acompañada de Sara —a quien por mis cálculos le corría más cafeína que sangre por las venas aquella mañana— y de Iker, mi adorado tormento —que llevaba casi dos meses volviéndome loca con

cada detalle de los preparativos del viaje—, me apetecía fingir demencia y aferrarme a mi acolchado edredón amarillo con mucha fuerza. Comenzaba a arrepentirme de haber dicho que sí a la aventura caribeña.

—Iker ha llamado, en una hora viene a por nosotras... Venga Ana. Levántate ya, marmota. Saca ese culo gordo de las sábanas, mujer... ¡Que nos vamos al Caribe!

Además del don de la palabra y la habilidad de hacer ruido incluso dormida, Sara tenía un entusiasmo que en ocasiones más que animarme, me extenuaba. Solo de verla dar saltitos por casa cada vez que algo le emocionaba, yo quedaba agotada. Igual así, hiperactiva e impulsiva como era, la adoraba.

—Le has hecho tostadas con tomate y café recién molido al vecino y a mí me despiertas a gritos. La verdad es que eres de la peor calaña... — refunfuñé entre risas desde la cama.

—Pues mira que el vecino es agradecido... Hasta se ofreció a regar las plantas de la azotea mientras no estemos...

—Ni de...

—Ni de coña, lo sé. No necesitamos al vecino rarito, pero es que me da una penita el pobre... Desde que no tiene trabajo y la mujer lo dejó, va como alma en pena. Debe ser muy jodido a su edad... Tú que eres una bruja y no te compadeces del dolor ajeno.

—Estaré puesta yo por el gobierno para hacer de psicoterapeuta de ese personaje... Además, bastante tengo imaginando a Javi husmeando en mis cajones mientras no estoy en casa. Como para imaginar también al vecino merodeando por mi habitación con su albornoz de lunares...

Logré salir de la cama, no por el entusiasmo de terminar la maleta, mas sí con la intención de esconder bajo llave un par de cosas que no deseaba que cayesen en manos de nadie (con nadie me refiero única y exclusivamente a Javi, que era el amo y señor de los entrometidos. En una oportunidad, para pasar el rato de estreñimiento en el baño, se leyó mi diario de la A hasta la Z. Desde aquel día hasta hoy, se burla de mí el muy cabrón).

—Sí, lo sé. Para algo tenemos a Javi. Que justifique su estancia en casa y al menos haga las labores de chacha mientras no estamos...

Un viaje largo nos esperaba. Sara y yo viajaríamos junto a Iker a su tierra, Venezuela. Le diríamos adiós por unas semanas al invierno madrileño ¡y a disfrutar de las navidades caribeñas como Dios manda!

Ya tenía más de un año saliendo con mi chico. Iker se presentaba como un venezolano de raíces vascas, o un vasco nacido en Venezuela, según fuera el caso. A mí se me pudo haber presentado como un Dios griego caído de los cielos y le hubiese creído sin dudarlo, y no porque fuera exageradamente guapo, ¿a quién quiero engañar? Siendo objetiva, medianamente guapo ya sería decir bastante. Pero Iker siempre tuvo un no sé qué, que resultaba irresistible, además de una lengua que a la hora de emitir palabras o ponerse en movimiento destacaba.

Cuando nos conocimos, yo estaba cursando el segundo año de periodismo y a él solo le quedaba un año para graduarse de arquitecto. Era el capitán del equipo de rugby de la universidad y el más ligón de su facultad. Para ese entonces yo estaba enganchada con el periodismo deportivo y no porque me gustara mucho hacer ejercicios —nada más lejos de la realidad— o por lo que la mayoría de la clase creía; unas supuestas intenciones ocultas de ligar con deportistas.

Después del mal sabor que me dejó Pablo y un par de intentos fallidos por tener una relación de pareja medianamente estable, lo menos que me apetecía era ligar con guaperas o cachas. Simplemente estaba entusiasmada con esa rama del periodismo en la que siempre fueron muy excluidas las mujeres. Y sí, en ese entonces atravesaba por una etapa muy de llevar la contraria. El hecho es que, junto a Javi y Sara, ideé una revista deportiva para un proyecto de clases. Para nuestra grata sorpresa, la revista triunfó no solo en nuestra facultad sino en todo el campus. Molaba ser parte del trío de moda. Además, compartir el día a día con mis mejores amigos era sensacional.

Me costaba muchísimo imaginar mi vida sin ellos. Al salir de la ESO los tres nos fuimos a Madrid a estudiar periodismo. Sara y yo vivíamos en un ático espectacular en pleno barrio Salamanca, en la calle Claudio Coelho para ser más exacta. Era propiedad de sus padres. Lo usaban solo en sus cada vez más esporádicos viajes a la capital, así que lo dejaron a la disposición de su hija cuando ella se fue de casa. Yo, siendo su mejor amiga, y no teniendo techo donde alojarme en La Villa y Corte, sin dudarlo me mudé con ella. Solo debía pagar un alquiler absurdo (un chollo sinceramente) y los gastos compartidos.

Lo llamábamos Liliput. Era sorprendentemente pequeño pero ideal, perfecto. De esos lugares en los que puedes perderte sin ni siquiera moverte. Tenía magia nuestro agujero. Tenía esa carga de energía que tienen los lugares donde se vive con ansias la vida. Daba la sensación de que llovían siempre purpurinas entre esas cuatro paredes. Paredes que se convirtieron rápidamente

en nuestro hogar.

Antes de mudarnos, Liliput era un espacio totalmente diáfano, pero en sus escasos metros cuadrados, lograron ubicar dos mini habitaciones que se comunicaban entre sí por un baño y un vestidor de buen tamaño. El resto consistía en un área común de cocina americana y salón, techos a doble altura, vigas de hierro desnudas, paredes de ladrillo descubierto, suelos de parqué, un enorme sofá blanco estilo *lounge* (atiborrado de cojines coloridos), muebles de estilo ecléctico, un par de lámparas de pies en acero con vistosas pantallas de fibra de cristal de un color rojo intenso, y una escalera flotante de madera envejecida que engalanaba el lugar y llevaba hasta una azotea privada —bastante amplia y perfectamente delimitada por altas jardineras a los lados— donde podíamos disfrutar de unas vistas embriagantes de la ciudad.

Javi por su parte, vivía en casa de una tía solterona, fanática de los gatos, de los programas de corazón y de la preparación de mermeladas. Compadeciéndonos de su situación, le permitimos apoderarse del sofá blanco de nuestro salón. La mayor parte del tiempo era un gusto tenerlo en casa, salvo cuando se nos ocurría terminar alguna cita con una acogedora velada en nuestra flamante terraza y nos encontrábamos con su culo gigante aplastado en el sofá, vistiendo solo un bóxer de Mario Bross y comiendo palomitas azucaradas.

Este panorama fue en varias ocasiones difícil de explicar. Le hacíamos pasar por hermano sobreprotector, primo tontito, compañero de piso gay y hasta le hicimos pasar por un exnovio violento —obsesionado con no abandonar su lecho de amor— ante un tío presumido que Sara quería espantar. Funcionó a la perfección.

Por suerte, Javi e Iker se llevaron lo suficientemente bien como para tener una convivencia armónica en Liliput los días que compartían techo. Si bien nunca crearon grandes lazos de amistad, ambos tenían claro que yo no iba a escoger entre ninguno de ellos. A los dos los adoraba y no iba a sacrificar ni el amor ni la amistad porque ellos no cuajasen. Así que lo puse bien claro desde el principio:

—A ver como os apañáis, que no voy a dejar a mi chico porque no le caiga bien a mi mejor amigo, ni viceversa —informé a los dos. El hombre que quisiera mantener una relación idílica con esta que suscribe, debía de tener claro que estar conmigo era como pedirse un combo en McDonald's. Yo era la hamburguesa que podía saborear; Javi y Sara, las patatas fritas y la bebida que, por supuesto, no podía comer ni beber, pero que debía aceptar

(complacido además) el hecho de que viniesen en el combo.

Iker era de esos hombres capaces de desvestirte con una sola mirada. Extrovertido, divertido, campechano. Era el alma de la fiesta y la fiesta, su bandera. Mi madre lo adoraba, decía que parecía un guanche canario. Tenía una espalda tan ancha como la Muralla China. Sabía cómo mover los hilos para que todos se desvivieran con él. Venga, que era un manipulador por naturaleza, pero lo hacía con tanta gracia, que lo confundían con un chaval tan dulce como grandulón. Vivía la vida como si no le temiera a nada. Su energía sí que era contagiosa y su sonrisa hipnotizante. Tenía una fama bien ganada de hedonista e inestable.

La primera vez que le vi fue en un entrenamiento de su equipo. Yo estaba preparando un reportaje especial para la revista. El equipo de rugby de nuestra Alma Mater había sido por años consecutivos el campeón nacional. Mi misión era entrevistar a Iker, el cotizado capitán. Sara, quien tiempo atrás había hecho migas con el atleta, me había dado las pautas para que todo fluyera de forma natural.

Aquella tarde asistí al entrenamiento elegantemente trajeada. Venía de una audición para un programa piloto en una televisora regional y vestía para tal ocasión: una falda tubo marrón, con americana del mismo color y escote de vértigo. Debajo no llevaba más que una fina camiseta de seda y encajes en color crema —muy sugerente, por cierto—. Para completar el *look*, calzaba unas sandalias de tacón aguja que torturaban a cada paso los dedos de mis pies.

En la prueba no me destacué como esperaba. Fue un chasco elevado a la enésima potencia (por no llamarlo humillación en toda regla). La falda, al ser tan ajustada, no me permitía controlar mi respiración y mis pasos parecían los de un pato recién salido del charco. Los tacones de aguja (no mi torpeza al andar) me hicieron rodar a todo lo largo de las escaleras del estudio antes de escuchar el uno y acción. Un heroico cámara intentaba sujetar mi mano buscando detener el alud en que se convirtió mi cuerpo cogiendo velocidad peldaño tras peldaño... No lo logró, y en el intento, se cargó el equipo de grabación que sostenía.

Finalmente, frené a los pies de un conocido animador encopetado que me observaba impávido sin levantar la vista de mis bragas. Bragas que afortunadamente iban a juego con la camiseta *sexy* de encaje, ya que tras la caída habían quedado totalmente expuestas para el disfrute de todos los

presentes. Ese fue mi debut ante las cámaras... glorioso y digno de recordar.

Como era de esperar, no me ficharon, por lo que llegué derrotada y con las rodillas golpeadas a la entrevista del capitán. No tuve tiempo ni de cambiarme. Un par de tiritas en las heridas de las rodillas, retocar pintalabios y asunto zanjado. Me costaba mucho mantener las piernas erguidas por el dolor de los cortes en las articulaciones, por lo que caminaba de esa elegante y glamurosa forma en la que se camina cuando llevas botas de esquí. Con maletín sobre el hombro y en actitud de alta ejecutiva malherida hice acto de presencia segundos antes de que acabase el entrenamiento. Mi llegada dio por finalizada la jornada.

Esa tarde había llovido a raudales y los fornidos deportistas estaban embarrados hasta las orejas. En cuanto llegué a las gradas todas las miradas se volcaron hacia mí y no era para menos. Mi aspecto podía dar mucho en que pensar.

—Tú debes ser Ana —afirmó Iker, mientras se acercaba y me tendía su mano embadurnada.

—Sí, soy yo... He venido por la entrevista —sonreí e hice un esfuerzo por erguirme—. ¿Te parece bien si te espero en la cafetería mientras te cambias? Me da la impresión de que volverá a llover y aquí será imposible estar.

—Mejor acompáñame a los vestuarios que no tengo mucho tiempo y en el camino me puedes ir preguntando lo que quieras, ¿vale?

Los vestuarios estaban al otro lado del encharcado terreno de juego. Me preguntaba cómo se suponía que podía llegar hasta allí dando pasitos de diez centímetros sobre aquellos tacones infernales, mientras intentaba a la vez dar una respuesta convincente para evitar hacer ese recorrido y no sonar estúpida.

—Realmente prefiero esperarte en la cafetería. No veo apropiado que una chica te acompañe a los vestuarios. Además, no creo que sea el lugar idóneo para una entrevista. —En mi cabeza la excusa sonaba sacada de 1920.

—¿Tú qué tienes, doce años mi amor?, que no te estoy invitando a que te duches conmigo... En los vestuarios tenemos despacho, ¿sabes?, estos que tienen sillas y escritorios... —Movía las manos para explicarse, como si yo tuviese una discapacidad severa y no pudiera entenderle—. Te ofrecí ubicarnos allí para que tomaras notas cómodamente, pero veo que te imaginaste haciendo tus apuntes sobre mi espalda mientras mis compañeros en pelotas nos observan... Te lo digo porque me parece más cómodo sentarnos

allí que en la cafetería, donde medio mundo nos va a interrumpir. Pero nada... lo que usted decida señorita... —concluyó ufano.

—«Quisieras tú que me duche contigo y te enjabone la Muralla China que tienes por espalda bellaco» —dije en mis adentros.

—¡Promete la entrevista!... —exclamé en tono sarcástico y levanté la ceja—. Te recomiendo que no saques conjeturas de lo que pienso. Tú mejor concéntrate en las respuestas.

—Perdona... Creo que comenzamos con mal pie, no quise ser grosero contigo. —Sonaba sincero, aunque para no quererlo, se le daba bastante bien ser un imbécil. Sin embargo, tuve que reconocer que equivocarse es de humanos y rectificar es de sabios.

—Nada, no pasa nada... Disculpas aceptadas. Hagamos marcha a los vestuarios... Y, por cierto, no tengo doce años. Tengo diecinueve... —solté con un tono jovial e intentando sonar desenfadada, cuando la verdad es que estaba cabreada por el día de pena que había tenido y terminarlo con aquella entrevista no daba la impresión de que fuese a mejor—. Aunque días como hoy me apetecería volver a los doce —murmuré.

—¡Ya!... Te entiendo. Me pasa a menudo. Te propongo que te descalces —asentó él, al tiempo que se sentaba en la grada a sacudir sus botas de ocho tacos y se colgaba los calcetines sucios sobre el hombro—. La sensación del barro en los pies puede parecerle asquerosa, pero te juro que es terapéutica. Es relajante y visto como llevas las piernas, creo que te vendría bien... Parece que has tenido un día malo, ¿no?

—Malo no, lo siguiente... Yo que pensaba que este iba a ser un día exitoso y ¡vaya mierda! —refunfuñé derrotada, mientras cogí entre las manos las sandalias de tacón.

—¡Ole, ole, ole! Pero si hasta dice palabrotas la periodista —me sacó una sonrisa—. Vamos a intentar mejorar tu día y que esta entrevista salga todo lo bien que se pueda... Aprovechando que no tienes doce años y que ya has cumplido la edad legal para beber, se me ocurre que después te puedo invitar a unas birras... Ya verás cómo tu día cambia para mejor. —Tendió su mano de nuevo, apretó con fuerza la mía y, aunque no lo dijimos, cerramos una especie de pacto con los pies pringados de barro.

Resultó que mi día mejoró. Caminar sobre el barro fue un alivio para mis pies cansados. Iker no perdió oportunidad de hacer chistes sobre mi aspecto (hubiese sido un tonto de no hacerlo, lo tenía en bandeja). Yo pretendía inspirar seriedad y profesionalidad y lo único que logré fue sacarle

unas cuantas risas. Me hizo sentir desinhibida desde aquel día.

Él tenía fama de ser el típico chico popular y carismático. La fama bien merecida estaba. Aunque a primera vista me pareció bastante egocentrista, a medida que hablaba con él iba descubriendo más cualidades que defectos. Me recordaba mucho a Luis Alfredo, el protagonista de *Cristal*, y no por el físico. Iker era bastante tosco para ser el galán de un culebrón, pero era tan caballeroso al hablar, tan cortés, tan cariñoso, que resultaba irresistible. Adornaba su discurso llamándome siempre «Mi reina», «Princesa», «Mi amor», con un acento embriagante. Los venezolanos, además de no pronunciar ni la c ni la z como es debido y ser los reyes del baile al estilo Patrick Swayze en *Dirty Dancing* —pero con bachata y merengue de fondo—, hablan como si estuvieran continuamente cortejando a una mujer. Resultaba fácil sucumbir al encanto de sus palabras o al movimiento de sus caderas.

Yo, que soy facilona para eso de enamorarse, sucumbí. Más tarde de lo que esperaba, pero logré olvidar a Pablo. Iker me hizo sentir chévere, literalmente.

Su Muralla China se convirtió en mi lugar favorito para dormir. Junto a él, todos los días eran soleados. El otoño dejé de añorarlo. Iker era el sol de un cálido verano durante todos los días del año. Nunca volvería a sentir frío si estaba a su lado.

Los padres de Iker eran oriundos de San Sebastián y emigraron a Sudamérica en los años sesenta. Él y sus hermanos nacieron y se criaron en Caracas, pero al terminar el bachillerato, le enviaron de vuelta a España cual emigrante retornado. Su familia volvía todos los años en verano a reunirse con todas las querencias que dejaron en Donostia. El Mar Caribe no fue suficiente para olvidar el Cantábrico.

—Cuando eres emigrante el mundo deja de parecer tan grande porque te sientes dueño y ajeno en todas partes. Quieres tanto a la tierra de dónde vienes como a la tierra a dónde vas, que terminas por convertir a las dos en tu hogar. —Fueron las primeras palabras que recuerdo haber escuchado de la boca de su padre el verano que lo conocí.

—Es así, *aita*. Emigrar te convierte en ciudadano del mundo —contestó Iker.

—No sabes lo feliz que me hace que estés aquí, hijo. Es la mejor decisión que hemos tomado y no veo el día en que tus hermanos terminen el

colegio y se vengan... —afirmaba su *aita* aquel verano en el txoko familiar, luego de comer un marmitako capaz de levantar un muerto—. ¡Se van a cargar el país! Que te lo digo yo Iker. Los cambios no siempre son buenos. Esa panda de ignorantes nos van a joder...

—Igual no, *aita*. Que sean golpistas y militares, vale. Es un mal precedente, pero alguna buena idea tendrá, ¿no?... Al menos nosotros tenemos la conciencia limpia de no haberles votado...

—Que da igual, Iker ¿De qué sirven las buenas ideas si no tiene fundamento y si no se trabaja? Esta gente no quiere trabajar. Quieren ser ricos de gratis. Robarse todo lo que no se han robado los que han estado antes, que ya bastante robaron los desgraciados. Si los de antes eran malos, los de ahora son peores, que te lo digo yo —sentenció dando un sorbo largo de pacharán.

—Pues si no sirven, los sacamos, ya verás... No se van a quedar anclados en el poder si no hacen nada bueno... El pueblo no es tonto —dijo Iker al tiempo que alzaba su vaso para brindar.

Corría el año 2000 y ese maravilloso país que décadas antes había sido el paraíso soñado y la puerta abierta de oportunidades para cualquier emigrante que padeció las secuelas de una posguerra devastadora en Europa, había caído en las manos de un gobierno que se definía como un movimiento de izquierda, socialista y revolucionario. Y lo cierto es que, más pronto que tarde, sería evidente a todas luces que no eran más que una manada de comunistas borregos de los Castro, y que se dedicarían poco a poco en desangrar la nación hasta instaurar una narco-dictadura disfrazada de la más vil democracia. Para ese entonces resultaba inimaginable el panorama que años después azotaría al país. Hoy me resulta inconcebible —por no decir indignante— que en pleno siglo XXI, ante gobiernos de semejante calaña —capaces de matar a un pueblo de hambre, entre otras muchísimas barbaridades—, el resto del mundo no pueda hacer nada.

Los padres de Iker, que habían vivido en carne propia en sus países de origen hasta donde podía llegar la maldad del hombre con ansias de poder, intentaron ser precavidos y aprovechando sus posibilidades económicas, dieron la oportunidad a sus hijos de continuar su camino en otras tierras que fueran lo que un día fue para ellos Venezuela. A los Goitia, como a tantos otros emigrantes, les ha quedado claro que familia no significa estar cerca; familia significa permanecer unidos a pesar de la distancia.

Gure Etxea

Pequeña Venecia

—¡No me lo creo! ¡Estamos por llegar! —gritaba Sara, y no había forma humana de hacerla callar—. Estoy convencida de que en su inconsciente sabía que su futuro estaba en aquellas tierras. Era la única forma lógica de explicar por qué, durante las nueve horas de aquel tedioso vuelo, solo paró de hablar los treinta minutos de turbulencias. Y lo hizo para rezar en voz alta y entrecortada todas las oraciones de su repertorio. Yo debía estar ya acostumbrada a que todos los capítulos de mi vida comenzasen con un grito de Sara y terminasen con una de sus bendiciones o plegarias al Señor.

—A ver... Pónganse pilas muchachas. Esto no es Madrid, así que agarren bien sus *vainas* y por favor, no se separen de mí —repetía Iker, antes de aterrizar.

—¡Qué fuerte!... Es impresionante como ya hablas diferente tío... Pero si no hemos aterrizado y ya no somos chicas, sino *muchachas*; ahora dice *agarrar*, en lugar de *coger* ¡Es una caja de sorpresas el chaval!... —soltó Sara risueña.

—Y tú medio *pajua*... —respondió él, haciéndole una mueca—. Ojalá esté yo presente la primera vez que sueltes un: *¿me coges?*, aquí en mi tierra.

—¿Medio qué? —preguntó Sara.

—Medio tonta Sara... Y aquí coger suena a follar... Y sois unos pesados los dos. ¡Callaos ya por favor! No me habéis dejado pegar un ojo durante todo el vuelo... Hasta echo de menos volar con mi padre y mi madre... Eso es decir bastante, que lo sepáis...

Fue poner los pies en el aeropuerto de Maiquetía y darme cuenta de que yo no era reina de un solo rey. Perdí la cuenta de cuántas veces me llamaron princesa, mi vida, mi amor, mamita, mi corazón. Llevaba tiempo pensando que Iker rayaba en lo empalagoso de vez en cuando, pero este derroche de piropos me hizo ver que mi chico se quedaba corto ante sus compatriotas.

Su familia, amigos y hasta vecinos supongo, nos esperaban con carteles, flores y una neverita llena de cervezas. ¡Hala! Como si fuésemos héroes de guerra o los mismísimos colonizadores. Lo más impactante de la escena es que no eran los únicos con semejante despliegue...

Por cada viajero que aterrizaba en tierras venezolanas, había un promedio de seis o siete personas a su espera con coloridos carteles dando la bienvenida. Asistían hasta tres generaciones de familiares (con mascotas incluidas) para recibir a los viajeros. Era totalmente surrealista. Saltaron sobre mí una veintena de personas que apenas conocía de fotos y que nunca había tenido el placer de escuchar sus dos o tres nombres de pila (o quizá sí que los escuché en algún momento, pero mi mente no pudo procesarlos). Me sentí como la estrella de un *reality show* en los brazos de una fanática desbordante de alegría gracias a mi presencia.

—Iker, no encuentro mi bolso ni mi maleta. —Entre el jaleo de apurruños y abrazos me habían despojado de todas mis pertenencias.

—Te dije que estuvieras pendiente Ana. Tu cartera la tiene mi prima Jessica del Valle y la maleta la lleva Jhon Ángel Arturo. Yo me voy en el carro con Mikel Ramón, Celinor (nombre compuesto de Celestina y Norberto) y el *aitatxi*. Sara y tú os vais con la negra Maydrín Alejandra y Aitor. Ándate pilas ¿OK? —Lo único que entendí entre ángeles que bajan por los valles cantando como Celine Dion fue *aitatxi* y Aitor, el resto juraría que eran nombres que Iker acababa de inventarse. Además, el *aitatxi* era fácil de reconocer por la silla de ruedas y la bombona de oxígeno colgando de ella.

Pintorescos a más no poder. Al primo Aitor le había conocido el verano pasado en Donostia y, ni queriendo, podría haberlo olvidado. Iker llevaba meses hablando de él, haciendo referencia a sus atributos y cualidades e insistía en que sería la pareja perfecta para Sara. En el fondo, creo que

estaba aburrido de mis amigos y hacía lo imposible por buscarles pareja si ellos no se dejaban emparejar entre sí.

En el coche camino a Caracas, La Negra Maydrín Alejandra le tomó el testigo a mi querida Sara y no paró de hablarme... Mejor dicho, de agobiarme.

—¡Chama!, a mí me llamas *Negra* a secas ¿OK? No le hagas caso a este carajo y a su primo —dijo señalando a Aitor, quien tomaba una cerveza, al tiempo que daba indicaciones por el móvil, coqueteaba con la rubia sentada a su lado y conducía tranquilamente a unos responsables ciento cuarenta kilómetros por hora en los tramos sin atasco—. Iker y Aitor se las dan de cómicos llamándome por mi primer nombre porque saben que lo odio. Me *arrecho full* cuando lo hacen, pero estos carajos no respetan. A mí me haces el favor y me llamas Negra. —Y así, escupía y escupía tantas palabras como palabrotas imposibles de entender. Era el momento justo en el que yo necesitaba un traductor simultáneo.

—Ya... Pero es bonito tu nombre —mentí—. ¿Qué clase de nombre era Maydrín, por Dios? Si sonaba a descongestivo nasal.

—¿Bonito?... No me jodas... ¿A ti te gustaría llamarte «Mi Sueño»? Y además mal escrito.

—Ah... Ya... No lo había pillado, ya entiendo. Es «My Dream». ¡Jo! ... Pues es original al menos —solté conteniendo la risa. Risa que duraría poco—. ¿Tú eres familia de Iker, no? Tu nombre igual me suena... —pregunté, aunque el nombre no me sonaba absolutamente de nada. Esa clase de nombres es imposible olvidarlos y sospechaba que la respuesta sería negativa y que además difícilmente la entendería. De nuevo, Cervantes se retorció en su tumba con semejante atrocidad.

—¡No, niña! ¿No estás viendo mi colorcito? Si los musius estos son todos catiritos. Yo soy muy pana de sus viejos. Bueno, de toda la familia... Aunque pensándolo bien, la verdad es que sí, puede decirse que soy la negrita de los Goitia. Iker y yo fuimos novios. A ese chamo lo quiero que jode y sus padres, más que amigos, son como unos padres para mí. Tienes mucha suerte de estar con Iker. Ahora tocará ver si tú terminas siendo parte de la familia... —soltó ella con insolencia.

La situación iba mejorando. Había logrado entender algo parecido a esto: «¡No tía! ¿Qué dices? Yo soy mulata y ellos son rubios. Soy muy amiga de sus padres. Prácticamente soy de la familia. Iker fue mi gran amor, no logro olvidarlo por más que lo intento y haré lo que sea necesario para que vuelva a mi lado. Así que prepárate musiuá que comienza la guerra...». Bueno, vale,

que la penúltima oración «Tienes mucha suerte de estar con Iker» podía haberla interpretado de forma textual, pero las palabras que soltó seguidamente escondían mucho discurso entre líneas.

De cualquier forma, si me equivocaba con los presuntos planes de la mulata pues mejor. Pero su espigada presencia en el aeropuerto y su conversar fluido durante el trayecto me causó mucha suspicacia. Procuraría, en la medida de lo posible, no darme mala vida por ello, pero sin dejar de estar «pilas» como Iker decía.

Por su parte, Sara y Aitor estaban inmersos en una corriente magnética digna de investigación. A lo largo de la vida hay quienes con suerte se enamoran locamente una vez y hay quienes se enamoran muchas veces de una misma persona. Están también los que son capaces de enamorarse con intensidad de diferentes personas según la forma de entender el amor en determinados momentos de su vida.

El libre albedrío nos permite vivir el amor como mejor nos apetezca, como nos parezca ideal, como nos convenga, pero sobre todo como nos convenza. Nos permite también ir cambiando ideales y prioridades con los años. Por lo cual, considero un golpe de suerte que dos personas se encuentren en el mismo tiempo y lugar, anhelando un sentimiento igual, con deseos idénticos y siendo, además, uno imán y el otro metal. Esto no puede significar más que una maravillosa oportunidad. Cuando Sara y Aitor se conocieron, el magnetismo dejó de ser un enigma para mí.

Lo de ellos fue atracción a primera vista y yo vi el fenómeno desde primera fila. Estaban atrapados en una burbuja de cristal de la cual no esperaban salir ni a corto ni a largo plazo. Estaban dispuestos a enamorarse y sin miedo a equivocarse.

Curiosa, veía por el cristal oscuro de la ventanilla del coche.

Caracas se mostraba como un brillante Belén, un valle hermoso cuyas montañas centellantes nos daban la bienvenida. En un intento fortuito, justo cuando el coche se detuvo en un atasco, quise bajar el cristal para disfrutar del olor a Caribe que, en los momentos previos a subirme al todoterreno, se me había metido en la piel al respirar ese cálido aire de montaña y mar en La Guaira.

—Chama, ¿qué haces? Sube esa *vaina*, que nos van a robar —me increpó La Negra mientras se lanzaba sobre mí—. Tienes que andar pilas, que esto no es Disney mi amor.

A estas alturas yo no quería bajar la ventanilla para disfrutar del paisaje ni del olor, quería única y exclusivamente bajarla para lanzarla a ella por la ventana y que una de las motos con cuatro pasajeros sin cascos que pasaba a nuestro lado la atropellara.

«¡Qué tía tan pesada!» —me dije una y otra vez—. «¿Cómo Iker en algún momento de su vida pudo salir con alguien así? Su libre albedrío no funciona del todo bien».

Mi chico estaba demostrando ser como *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, sin el toque atroz y malvado, obviamente. Lo cierto era que el Iker de España no era el mismo Iker de Venezuela. Lo pude notar al apenas aterrizar y no estaba segura de que la versión tropical me fuese a gustar del todo.

Finalmente, la caravana gitana arribó en la casona de la familia vasco-venezolana. Tras el altísimo paredón que daba la bienvenida a *Gure Etxea* —*Nuestro Hogar* en castellano. Así se llamaba la casona— y luego de atravesar una garita custodiada por dos porteros risueños y barrigones que degustaban una bolsa enorme de cacahuets a nuestra llegada, se abrió ante mis ojos la versión de los Goitia de su selva Amazonas privada.

Decenas de árboles de diferentes especies se erguían en una disposición armónica. La naturaleza salvaje y silvestre estaba domesticada en aquella alameda caribeña. No pude distinguir más que robles y laureles. El resto eran chaguaramos, sarrapias y camorucos; nombres que aprendí después, gracias a la elocuente Negra.

A medida que los coches avanzaban, la altura de los árboles iba descendiendo. A lo lejos se vislumbraba, entre ramas coloridas, el majestuoso hogar rodeado de una adaptación del Retiro o del Central Park... Quizá exagero, pero aquel jardín escandalosamente bello y extenso, podía haber sido patrimonio de la humanidad. Olía a verde en todos los tonos habidos y por haber, a hierba mojada, a flores silvestres, a jazmín, a lavanda. Niños de diferentes edades correteaban tras los coches de la caravana.

—¡Madre de Dios! ¿Pero esto qué es? ¿Esto en una casa de familia o un parque nacional? —soltó Sara, incrédula con las vistas.

—Es Gure Etxea. Parece grande pero luego te acostumbras —respondió Aitor mientras tocaba el claxon a ritmo de banda de pueblo en fiestas patronales junto con los demás coches de la caravana y aprovechaba el momento para regalar sonrisas a mi mejor amiga.

—¡Jo! Pues claro que me acostumbraría. Si es alucinante este lugar... Me siento como la Dúrcal con toda esta fanaticada de críos corriendo tras el

coche. ¿Cómo hay tanta gente aquí?, ¿quiénes son todos estos niños?

—Ha venido mucha gente a recibirlos —afirmó la mulata—. Esta noche haremos una parrillada. Los niños son sobrinos de los muchachos. Otros son hijos de los amigos, en fin, que media Caracas extrañaba a Iker y la otra mitad tenía ganas de conocer a su novia —dijo ella, mientras me lanzaba una mirada escrutadora, de esas que te hacen sentir como si estuvieses en pelotas.

«¿Iker quién era? El heredero de la corona caraqueña. ¿Acaso hay monarquía en Venezuela? ¿Seré yo la próxima reina del país?» —me dije a mi misma y agregué por no dejar: «La mulatita no será más que una cortesana, por majadera y pesada».

Asentí, sin modular palabra. Estaba embelesada con el panorama e inmersa en mis sueños de realeza caribeña.

Justo detrás de un frondoso araguaney vestido de amarillo, cual sol naciente, se levantaba la morada de esta familia que años atrás llegó a aquellas tierras con tan solo una maleta cargada de sueños.

Aitor frenó el todoterreno entre una multitud apiñada que me impedía abrir la puerta del coche. Al intentar bajar por el lado de la mulata, esta lanzó la puerta contra mí, con una fuerza tal, que todavía en los días de frío siento un cosquilleo en mi hombro derecho.

—¡Mijaaaaaa, estate pilas!... Te pude haber partido un brazo. Avisa que vas saliendo mi amor. —Esa fue su disculpa. La muy cabrona lo hizo con intención. Si algo lamentaba la mulata era no haberme partido el brazo en pedacitos.

En ese momento, se despertó el lado violento de mi cerebro. Me apetecía mucho golpear a La Negra; por pesada, por malvada, incluso por flaca quise darle una hostia. Y a Iker también, por no haberme hablado nunca de ella y peor aún, por haberme mandado en un coche con su huesuda presencia. Y a Sara, de paso, por haberme convencido de hacer ese viaje absurdo donde todos los mosquitos se habían puesto de acuerdo para enfilarse y atacarme en cuanto aterrizase.

—¡Bienvenidas chicas! Es una alegría que estéis aquí. No sabéis lo feliz que estoy de que hayáis venido a pasar estas fechas con nosotros —nos recibió la madre de Iker con un efusivo abrazo.

—Gracias a vosotros por recibirnos Begoña... Yo estoy encantada de estar aquí —continuó Sara, y pude pillarla cuando lanzaba un guiño de ojo al primo Aitor mientras pasaba a nuestro lado cargando las maletas.

Resultaba imposible continuar una conversación coherente con alguno

de los presentes. Había muchas voces amontonadas luchando por ser escuchadas, tropezando entre niños que correteaban y adultos que saltaban llenos de júbilo. La casa de los Goitia era como una enorme masía en la que convivían demasiadas historias hiladas y no paraban de adherirse una tras otra.

—Es una casa colonial... Para mí la más bonita —dijo Paco, el padre de Iker, que se encontraba justo detrás de mí, en medio del alboroto producido por nuestra llegada, o más bien por la llegada del sucesor al trono. Notó mi desconcierto por el jaleo y mi sorpresa ante semejante obra maestra. «A la casa, me refiero, no a la muchedumbre escandalosa».

Paco era un arquitecto bastante reconocido en Venezuela y en gran parte de Sudamérica, Gure Etxea era su niña consentida.

—Es preciosa Paco... ¡Estoy flipando!... —No quería parpadear para no perder detalle del lugar.

—Cuando compramos este terreno la casa estaba prácticamente en ruinas, pero luego de mucho trabajo, he conseguido levantar el hogar que soñaba desde que salí de San Sebastián, un hogar para mis hijos, para los nietos que espero tener pronto. —Tragué hondo—. Este país me ha dado tanto... y ahora sé que algún día lo tengo que dejar. —Sus ojos brillaban de satisfacción, pero con estelas de tristeza y preocupación.

—¡Qué alegría veros de nuevo Paco! No te he saludado aún. Se me ha ido el santo al cielo, entre el viaje y lo alucinada que me tiene esta casa, voy medio atontada... —Nos dimos un fuerte abrazo campechano. Paco se notaba realmente emocionado con la llegada a casa de su hijo mayor—. Si decides irte de nuevo a España, yo encantada te cuido esta casa, ¿vale?

La imagen resultaba sobrecogedora, de una belleza y fastuosidad tan excesiva que me producía taquicardia. La fachada de la enorme casa era un reflejo sublime de la arquitectura colonial del siglo XVI, cuando Venezuela era colonia española y por sus condiciones socioeconómicas, las construcciones tenían un carácter práctico y utilitario, dejando a un lado lo artístico y estético.

En una región aparentemente carente de riquezas, se renunció a la ostentación del barroco, a los elementos decorativos y al uso de materiales costosos, por lo que predominó la discreción y la sencillez.

Venezuela no ofrecía un panorama próspero a los colonizadores. Ninguno de ellos se hizo una idea en aquel entonces de las grandes riquezas resguardadas por la naturaleza para tiempos posteriores. De haberlo sabido

antes, estoy convencida de que el mismísimo Felipe II (el Prudente), por allí en 1563, hubiese acompañado hasta Sevilla, a los pies del Guadalquivir, al arquitecto Juan Bautista de Toledo. Seguro le habría dispuesto el galeón más moderno con todas las comodidades necesarias para emprender el largo viaje y le habría ordenado sin titubear:

—¡Qué Escorial ni que hostias! Mire usted Don Juan, yo he estado dándole vueltas a eso en mi cabeza y la idea nuestra de construir allí en la Sierra, va a ser que no... que eso es mucho frío en invierno, que Isabel se me constipa, quizá hasta la animo y nos vamos una temporada a las Indias a disfrutar del sol con unos mojitos bien fríos. Aquí en el galeón, le he dispuesto de pluma y papel para que así aproveche usted, ya que el viaje hasta allí será bastante largo. Se me pone creativo, le agradezco, y empiece a hacer planos y dibujitos para que cuando llegue a esa provincia que el estimado Don Alonso Ojeda llamó *La pequeña Venecia*, me construya pues, palacios, monasterios, basílicas, nada de casitas modestas... Me lo construye todo a lo grande, como un monumento. —Probablemente, así hubiesen sonado las palabras de su Majestad Don Felipe II, de haber sabido entonces de todas las riquezas que emanaban de esas tierras. Salvo la parte de los mojitos, en el siglo XVI, eso no hubiese tenido ningún sentido. Pero como no fue así, reinó la sencillez entre Samán y Arguaney.

Gure Etxea era un espacio enorme constituido por varias casas que se comunicaban por corredores internos. Me recordaba mucho el chalé de mis abuelos, pero este a lo grande, a lo bestia. Era redundante tanta magia, tanta belleza. El ruido atravesaba las altas paredes blancas que parecían cristales de yeso en una cantera de exposición. La música corría sin freno por los corredores adornados con altos botijos de barro en las esquinas. De vez en cuando, una nota se quedaba atrapada entre las flores frescas que se desbordaban de ellos. Abundaban las columnas de tipo toscano sobre los suelos de terracota alrededor de toda la casona. Estos, sostenían con distinción los aleros de tejas, de los cuales colgaban helechos con amapolas blancas y cayenas rojas. Los profundos nichos para puertas y ventanas, todas ellas enmarcadas con molduras de madera maciza y ataviadas de coloridas macetas, daban la sensación de un inmenso patio andaluz a media luz.

Todavía no había pasado al zaguán y ya tenía claro que quería pasar el resto de mis días en esa casa. «Si he de morir que sea aquí, durante una puesta de sol, mientras me mezo en una hamaca imitando el vuelo suave de una guacamaya...» —pensaba, teniendo en cuenta que he sido siempre dramática

de pensamiento, palabra, obra, mas no omisión.

—Os acompaño a vuestra habitación, chicas. Procurad descansar un poco, si el alboroto que tienen montado aquí os lo permite, que después de la barbacoa prevista para la cena, os aseguro que no podréis dormir con el sarao que están preparando. —Paco nos abrazó cariñosamente e hizo un gesto para cambiar de rumbo ya que la puerta principal estaba colapsada de abrazos y saltos. Iker había quedado allí atrapado.

—Paco, deja que yo las llevo hasta la habitación de invitados. Tú quédate aquí con los chamos, que si no pones carácter esta gente no termina de entrar nunca —soltó La Negra por mi espalda. La espigada mulata era omnipresente en cada rincón de la casa.

—¡Gracias Negra! Por eso te quiero tanto... —Golpe bajo para mi ego y un bofetón para mis celos—. Chicas, os dejo en buenas manos. La Negra os hace el recorrido de bienvenida para que no os perdáis por los pasillos. Yo voy a intentar poner orden aquí, que al paso que vamos cenaremos en Nochebuena.

Sara y yo sonreímos al anfitrión. Traté de cruzar una mirada con Iker, pero resultaba imposible. La multitud atiborrada en el porche, como esperando el chupinazo de San Fermín, me lo impedía y la Muralla China que tanto amaba se me perdió entre muchos brazos y espaldas. Emprendimos el camino por un corredor lateral siguiendo a la mulata que daba largas zancadas con sus zapatos rojos de tacón. El vaquero ajustado le marcaba todos los huesos y un culo a lo J.Lo que dejaría sin aliento a cualquiera. «Con el tipito que se gasta la mulata esta, fijo que rompería corazones en España» —pensé—... Otro golpe bajo para mi ego.

—Es todo un detalle de tu parte acompañarnos, Maydrín. ¡Eres un encanto! —apostillé sarcástica.

—¡Mamita! Te dije en el carro que me llamaras Negra... Y no es nada. Para mí es un placer... ¡Por Dios! Es lo mínimo que puedo hacer por la novia de Iker. Haré hasta lo imposible por hacer que este viaje sea inolvidable para ti. Bueno, para ustedes, mejor dicho. Hubiese acercado una daga a mi cuello y hubiese sido menos amenazante que el tono de sus palabras.

—Pues muchas gracias Negra... ¡Eres un encanto! —lanzó Sara, procurando destensar el momento—. ¿Tú vives por aquí cerca? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—¿Cerca dices?... No niña. Yo vivo aquí.

—¿Aquí?, ¿en esta casa? —inquirió Sara exaltada, porque yo fui

incapaz de modular palabra.

—Bueno... Justo en esta casa no. Vivo aquí en Gure Etxea, pero mi casa está junto a la piscina. Si se van derechito por aquel camino —explicó señalando un sendero de tablones de madera entre palmeras diminutas— llegan a la zona de la piscina, que tienen que probarla, es la mejor piscina de toda Caracas... La casita de flores que hay junto al caney es mi humilde morada. Allí vivo con mi chico... Ya lo conocerán... ¡Es un bombón!

Solté el aire aliviada. Al menos La Negra tenía pareja y no era una amenaza latente en mi historia de amor, pero yo igual seguía cabreada por tanta falta de información.

La mulata hablaba como si Gure Etxea fuese una gran ciudad donde vivía y convivía toda la familia Goitia, Maydrín Alejandra, su bombón y demás personajes que más tarde habría de enterarme.

—Yaaaaa... Pues seguramente iremos a visitarte... ¿Qué te parece, Ana? —increpó Sara mientras hacía toda clase de movimientos con la boca y dejaba ver sus verdes ojos tan abiertos que parecían dos aceitunas de gordal a punto de explotar.

—Sí, sí claro. Ya iremos a darnos un chapuzón —respiré hondo e hice el típico gesto de apuñalarla por la espalda mientras caminábamos tras la mulata, quien sin darnos cuenta ya nos había adentrado por un acceso lateral en el gran salón de la casona principal y nos hacía un recorrido exhaustivo por la colección de arte de los Goitia, cual visita guiada una tarde de verano en el Prado—. Sara por su parte, se llevaba las manos al cuello simulando un ahorcamiento. Mi amiga era intuitiva y solidaria. Si la mulatita me despertaba instintos asesinos y suicidas a la vez, pues a mi amiga también.

—Nadie pinta los caballos mejor que Alirio Palacios... ¿Qué les puedo decir de Feliciano Carvallo? Sus visiones ingenuas invocan fabulas afroamericanas, imágenes tan nítidas que parece que hablan. Es un maestro en el arte popular. Esta obra precisamente se la regaló a Paco hace unos años —acotó mientras señalaba un colorido lienzo de fondo negro atiborrado de plantas e imágenes que parecían óleos mágicos danzantes—. Su pionero fue el maestro Armando Reverón. Su periodo azul sin lugar a duda fue el mejor. ¡Qué luz! ¡Qué trazos! —Ahora señalaba una pequeña obra sobre el sofá, obra en la cual podías sumergirte en la profundidad de ese mar.

Aquel salón parecía un verdadero museo privado (un mural de Oswaldo Vigas sobre la pared principal lo certifica). La mulata nos dio además una cátedra del arte cinético de Jesús Soto y el Op-Art de Cruz Diez,

que tenían su espacio también en el deslumbrante salón.

—¡Jo tía! ¿De Cruz Diez, no es la Cromo... cómo se llame... del aeropuerto? —preguntó Sara a fin de interactuar en el monólogo de la mulata, que ahora hablaba de forma pausada, sin pronunciar una mala palabra.

—Efectivamente: *Cromointerferencia de color aditivo* para ser más precisa. La clase gratuita de arte venezolano no ha terminado... Les cuento: mi amor por la pintura nació entre estas paredes junto a Iker. Su padre nos enseñó a ver más allá de los trazos y las pinceladas. Comencé a pintar gracias a ellos. Parece mentira, pero ellos fueron los primeros en apreciar mi talento y es algo que siempre habré de agradecerles...

—¡Qué sorpresa! ¿Pintas?... ¡Qué guay! —dijo Sara en medio de una sonrisa confusa.

—Pinto, talo, esculpo... Mis manos son incansables...

«Y toda tú insoportable» —pensé, al tiempo que intentaba entender de qué iba esta mujer—. Poco me importaba su percepción artística o lo que hiciera con sus manos, pero si volvía a nombrar a Iker, correría sangre en aquel salón. ¡Anda! Que yo ya estaba metida a cuerpo presente en un culebrón.

Sara me miró atónita. Iniciamos ese juego que hacíamos desde niñas, nos comunicábamos en silencio con gestos y miradas. Solo los rostros serenos y cómplices de las acuarelas de Trómpiz podían escucharnos:

—¿Esta tía de qué va? No hay forma de hacerla callar.

—Yo qué sé Sara... ¡Flipo con todo esto!

—Joder Ana. Yo también. Iker nunca nos dijo que su familia era la versión vasco-venezolana de *Falcón Crest*. Tu chico es un magnate *My friend*... Fijo que hasta bodegas de vino tienen aquí. Y la negrita esta, además de pintora, termina siendo enóloga también. La tía tiene cara de polifacética.

—Y cuerpecito de anoréxica... ¡Qué magnate ni que hostias va a ser Iker! Lo que es, es un idiota. ¿Por qué nunca me habló de la mulata escuálida? ¿Qué hace su ex viviendo aquí con su nuevo chico? Aquí hay gato encerrado. Que te lo digo yo.

—¿Su ex? ¿Ché, qué dices? Deja la paranoia...

—¡Ché!... Si no hubieses venido todo el camino desde el aeropuerto ligando con el primo cachas entenderías mi cabreo. ¡La pesada esta, que se cree la versión caribeña de Frida Kahlo era novia de Iker!... ¿Puedes creerlo? Por lo menos es un alivio escuchar que ahora tiene novio nuevo la negrita.

—¿Qué dices?, ¿esta tía con Iker? No me lo creo... Y tampoco me creo lo de su chico, a menos que el chaval sea muy mal polvo, porque esta

tiene cara de que no se come un rosco desde hace tiempo. ¿Hace cuánto dices que salió con Iker?

—Yo que sé... No la interrogué para saber detalles. Hice como si supiese todos los pormenores de su relación, como si entre Iker y yo no hubiese ningún secreto, pero no funcionó. La muy listilla pilló mi cara de sorpresa. Se dio cuenta de que yo no tenía ni puñetera idea de quien es ella ¡Llevo un cabreo que no veas! ¿Tú, a quién matarías primero, a Iker o a esta?

—Matar, no lo sé... Yo ahora pienso más en comer y me pido al primo Aitor de entrante, primero, postre y café... ¡Madre del amor hermoso! Es que está como un tren... ¿Has visto que brazos tiene? Y ese pelo y esa cara...

—¡Hala! Tú a lo tuyo, que estás cachonda...

Reímos entre dientes junto a las damiselas de Trómpiz que también sonreían al escuchar nuestra atropellada conversación muda. En ese preciso momento hubiese sido capaz de coger a la mulata por sus cuatro pelos crespos, alisados a la fuerza, y estamparla sobre la *Esfera Theospacio* de Soto que reposaba junto a la escalera. La imagen la visualicé a lo culebrón venezolano: ella, la víctima, una nativa indefensa y maltratada; yo, la villana española, frívola y calculadora, dispuesta a acabar con ella a toda costa. Me contuve. En principio porque ella era la mala y yo la buena. Los argumentos de la novela ochentera que me estaba montando eran todavía muy vagos.

Para darle más vidilla al espectáculo, entra en escena un chavalín de unos seis años que corría desaforado a los brazos de la mulata:

—¡Mami por fin llegastesss! —gritaba el pequeñajo a todo pulmón, quedándose pegado en esa última *s* que no tenía sentido ni lugar en la conjugación verbal de la segunda persona del pretérito perfecto indicativo del verbo llegar.

—Llegaste mi amor. Se dice lle-gas-te, bombón —corrigió su madre—. Saluda mi rey, no seas maleducado.

El niño, con una mano en la boca mordisqueándose las uñas y la otra aferrada a la pierna de su madre, no se inmutó. Ella hizo la presentación de rigor:

—Mi vida, ella es Ana, la novia de Iker, dale un besito. —El niño hizo caso omiso. Estaba muy concentrado lamiendo ahora su pulgar. La madre prosiguió:

—Él es Asier, mi chico guapo.

Morí y volví a nacer. El chico guapo, el bombón, no medía más de ciento treinta centímetros. Se chupeteaba los dedos, era sangre de su sangre y

no quería ni pensar sangre de qué padre, porque esos ojos gritaban Goitia desde allí hasta la China. Inspiré hondo, tan hondo que el olor a pacholí del crío —que iba hecho un pincel— se me quedó atascado en la tráquea por varias semanas... ¡Un hurra a mi autocontrol!

—¡Es muy mono el *xiquet*! —dije sin titubear.

—Más mona serás tú y chimpancé también —soltó el mocosito maleducado, remedando mi voz y acompañando sus palabras de una patada con sus zapatos de charol negro justo en mi espinilla, luego emprendió una carrera de huida escalera arriba.

—Lo siento Ana —pronunció La Negra más complacida que avergonzada—. El niño no habrá entendido que le decías. Aquí, que te llamen mono es más un insulto que un piropo, y *xiquet*, la verdad que no sé qué significa, pero suena a chimpancé.

—Niño. Significa niño en valenciano —aclaré—. «Aunque a este salvaje ciertamente le venía mejor calificarlo de chimpancé que de *xiquet*» —pensé.

—Una monada el crío —apuntó Sara sin contener la risa—. Y no lo digo porque parezca un mono ¿eh? Lo digo por guapo y gracioso.

—El pobre Asier es muy sensible. Extraña mucho a su *aita* y se me pone malcriado a cada rato. Qué pena contigo Ana.

«¿Se me pone malcriado? Ni que fuera una gallina poniendo huevos. ¿Quién diablos es el *aita* del chimpancé?... ¡¡Iker Goitia!! Estás a dos telediarios de morir estrangulado».

—No te preocupes. No pasa nada —mentí, con la tibia adolorida y mi culebrón mental cogiendo forma a una velocidad desmedida.

Eché un vistazo al zaguán. La multitud que minutos antes obstruía la puerta principal, ya se oía entrar. Presidiendo la tropa, Iker caminaba con paso apresurado hasta nosotras.

—¿Dónde te habías metido mi vida? Te he perdido de vista desde que salimos del aeropuerto. Ha sido una locura este recibimiento. Nunca me imaginé que vendría tanta gente —dijo él de lo más presumido.

—Tu amiga Maydrín me estaba haciendo el *tour* de bienvenida por la casa. También acabo de conocer al pequeño Asier.

—Cómo me alegra que os llevéis bien. La Negra es como mi hermana... —dijo con una voz tan dulce que empalagaba, mientras se fundía en un abrazo a su esquelética figura.

«Y yo soy tu chica cabrón. Y no sabía que ella existía y siento que

estoy haciendo el ridículo en tu mansión colonial y me quiero regresar a Madrid, porque no era esto lo que esperaba cuando dijiste que el viaje sería una pasada. Y te odio, porque me has prometido no una, sino mil veces que siempre serías sincero. Y, además, me va a salir un moretón del tamaño de Australia en la pierna por la patada que me ha estampado el chimpancé... Que como sea tu hijo, es que te mato, Iker Goitia» —grité para mis adentros, pero él no podía escuchar mis silencios, ni leerme el pensamiento como Sara sabía hacerlo.

—¿Dónde se ha metido el *chamito*? Quiero verle. Estará enorme — agregó él dirigiéndose a La Negra.

—Me parece que tu novia lo asustó. Fue verla y salir corriendo. Como si hubiese visto una mismísima bruja —dijo con tono gracioso y moviendo la cabeza de forma compulsiva. Luego, apoyó su mano sobre mis hombros en plan consolador—. Pero no pasa nada, por eso tú ni te preocupes, hay mujeres que no tienen imán para los niños y otras que somos todo lo contrario, ¿verdad Iker?

—Perdonad que os interrumpa, pero quisiera darme una ducha y descansar un poco antes de la cena —indiqué, al tiempo que contenía mis instintos asesinos y las ganas de llorar.

Recordé aquella Nochevieja en casa de Pablo y pensé que la vida me estaba cobrando una especie de karma por no compartir estas fechas con mi familia o por no cumplir una que otra promesa. Pero ahora no sería tan fácil recorrer más de siete mil kilómetros de vuelta casa...

—Tus deseos son órdenes. El deber llama —dijo Iker sin verme la cara—. Soltó el cuerpo huesudo de la mulata, le tiró dos besos (uno por mejilla, como diría Sabina), cogió mi mano y me empujó escaleras arriba. Venga, que te acompañe hasta la habitación. ¿Sara, tú vienes ya?

—Id vosotros, en un rato Asier me acompaña ¿vale? Sara ya tenía distracción en el salón y una copa de vino en la mano.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Iker apenas nos alejamos de la multitud.

—No, nada —mentí—. «¿Qué podría pasarme?».

—¡Si tú lo dices!... Que conste en acta que he preguntado ¿OK? ¿Qué quieres ver primero, mi habitación o la habitación de invitados? —Que dicho sea de paso compartiría con Sara, pues a pesar de llevar más de un año con Iker y pernoctar juntos en las noches madrileñas desde hace varios meses, las noches venideras en Caracas no compartiríamos cama—. «¡Menuda

sorpresa!»).

—Me da igual... Lo que quiero es ducharme... —contesté, con ese tono de voz desagradable que denota hastío y que ni yo misma soportaba—. Aunque en pensamientos agregué: ¿De querer? De querer quiero irme a casa, quiero ser invisible, quiero desaparecer, quiero viajar en el tiempo y evitar conocerte, quiero dejar de ser una gilipollas que se cree todo cuanto le dicen, quiero no quererte tanto...

—Venga Ana ¿Te estás quedando conmigo? Es que no entiendo qué carajo te pasa. —De un empujón me metió en la primera habitación del pasillo. Por suerte era la suya.

—No seas bruto Iker. Me has hecho daño en el brazo, jolín.

—¡Ya! Lo siento. Lo siento churri, fue sin querer. Pero es que no entiendo tu mal rollo y ese careto que llevas. Está claro que te pasa algo. Solo quiero que me digas qué te pasa o que por lo menos hagas un esfuerzo y cambies esa cara...

—¿Cuándo pensabas contarme lo de tu amiga? Perdona, ¿lo de tu hermana Maydrín?

—¡No me jodas!... ¿Estás de coña, no? ¿Tu mal rollo es por La Negra? Pero... ¿Qué se supone que debo contarte? —preguntó entre risas, realmente sorprendido y se lanzó a la cama como un clavadista olímpico—. Lo que tiene mi churri es un ataque de celos... ¡Qué fuerte!

—Pues sí Iker, no estoy de coña, y sí, estoy cabreada, no celosa. La tía es una pesada y no ha hecho más que tratarme como si yo fuera una idiota. Además, no tardó ni un segundo en contarme de lo vuestro y como si esto fuera poco, también me entero de que vive en esta casa, con un crío igual de bruto que tú, que pasa los días extrañando a su *aita*... —Alcé los dedos para enmarcar con comillas imaginarias la palabra *aita*, que dicho sea de paso me retorció las tripas de solo pronunciarla—. Tú me dirás, ¿tengo o no tengo motivos para cabrearme?

—Te estás rayando Ana... Y te has montado un culebrón que vaya tela. Se te está yendo la olla con el melodrama —dijo con voz pausada desde la cama—. Ven aquí tonta, que te cuento lo que quieras si te echas a mi lado un rato.

—¿Melodrama?... ¿Tú te estás escuchando?... Iker, va en serio. Estoy cabreada a niveles estratosféricos, así que empieza a hablar, te agradezco.

Me contó con pocos detalles la vida de la mulata. Maydrín tenía veinticinco años. Se conocían desde críos. Sus padres eran socios en algunos

negocios y muy buenos amigos. Quedó huérfana a los quince años. Los Goitia la acogieron como a una hija más ya que no tenía familia cercana que se hiciera cargo de ella. Dos años después tuvo un romance con un holandés que le doblaba la edad y que desapareció sin dejar rastro en cuanto vio el positivo en la prueba de embarazo cuando ella estaba próxima a cumplir los dieciocho años. Desde entonces vivía en la casa de la piscina. Al niño lo habían engañado siempre contándole una falsa historia de su origen; en esta historia se le atribuía la paternidad a un miembro de la familia Goitia que nunca ha existido y, con todas las ventajas que ofrece crear un personaje imaginario, su presunto padre era un hombre increíble, lleno de virtudes, que vivió una vida maravillosa y falleció días antes de su nacimiento, dejándolo a él como único rastro de su existencia.

—Pero a ver, ¿a quién se le puede ocurrir semejante historia? Cuando ese crío deje de perder el tiempo dando patadas a desconocidas le dará por investigar acerca de su padre.

Iker levantó los hombros como si aquello no le importara.

—No es asunto mío, Ana. Ya La Negra verá qué le dice.

O Iker era el hombre más cínico que había tenido ante mis ojos o ciertamente nada tenía que ver con la paternidad de la criatura. Valorando la situación, me decanté por la segunda opción. Pero no di por terminado el capítulo estelar del culebrón.

—Ella me contó que estuvisteis juntos... ¿Fue antes o después del holandés?

—¿Eso importa, Ana? Lo importante es que no ha sido mientras he estado contigo. Me parece que se te está yendo la olla con este tema.

—Pues a mí sí me importa. No soporto que me vean cara de idiota.

—Después del holandés y mucho antes de ti obviamente. ¿Satisfecha?

—No... No estoy satisfecha. Te he pedido mil veces que seas sincero conmigo y tu historia con Maydrín bien guardadita la tenías.

—¡A ver! Esto se está poniendo rocambolesco. ¿Qué coño tiene que ver mi pasado contigo? —preguntó luego de frotarse los ojos (su expresión reflejaba incredulidad ante mi pataleta)—. He sido sincero contigo desde que te conocí, no te he mentado, no te he engañado, pero no por eso tengo que estar contándote con detalle todo lo que he vivido antes de ti. ¿Quieres que te haga una lista de las mujeres con las que he estado? ¿Saber eso te hará feliz? Si tú preguntas, no tengo problema en responder. Pero no pretendas que a cada tía con la que salgo le pase un reporte de mi vida sentimental. Lo pasado, pasado

está.

—¿Perdona? ¿A cada tía con la que sales?... ¿Eso soy yo para ti? Una tía con la que sales...

—¡Joder Ana! No quise decir eso y lo sabes... No puedes tergiversar todo lo que digo para que suene como que soy una mierda de persona. (Sonaba realmente sincero). Sabes que te quiero... y hasta donde a mí me parece te lo he demostrado, pero coño, entiéndeme... No me gusta vivir enganchado en el pasado. Tú eres mi presente y eso es lo que importa, ¿no?

—Vale... Si tú lo dices... Me indicas por favor en que habitación voy a dormir... No me encuentro bien y quiero descansar.

Ya, a esas alturas, prefería pasar directo a los anuncios o que se cayera la señal televisiva. El culebrón se me había ido de las manos.

—Mi vida, déjalo ya por favor. Paremos el drama, ¿sí? Te conozco tanto que sé que en estos momentos esa cabecita tuya está maquinando cómo hacer para salir del berenjenal que montaste. Además, ¿tú crees que te dejaré dormir en otra cama que no sea la mía? —dijo con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios y levantando las cejas en plan sugerente.

—Pues en este momento lo prefiero, la verdad...

—Ana... —Y esas tres letras me sonaron a una súplica inminente para ponerle punto final a aquella discusión—. ¿Te has dado cuenta de que esta es nuestra primera pelea?

Sí que me di cuenta, en cuanto comenzamos a subir la voz, pero más importante fue darme cuenta de que Iker tenía razón. A veces nos empeñamos en saberlo todo de nuestras parejas. ¿Con cuántas personas ha estado? ¿Cuántas veces se ha enamorado? ¿Quién le ha hecho daño? Nos hacemos un montón de preguntas innecesarias y lo único que conseguimos con todo eso es crear fantasmas donde no los hay. El que busca, encuentra. Y muchas veces, cuando no encuentra, su cabeza se lo inventa. Un berenjenal en toda regla.

—Pues sí que somos excéntricos, cariño —le dije de corazón con una media sonrisa—. Venir a cruzar el Atlántico para montar un follón.

—Y... ¿Si cambiamos lo de montar un follón por follar un montón?... ¿Te apuntas?

Como no soy rencorosa —bastante con ser melodramática a niveles estratosféricos— volví a la Muralla China que tanto amaba.

Tierra de gracia

Aún adormecida, mi mano buscaba el cuerpo de Iker entre las sábanas grises de algodón. Me costó una eternidad abrir los ojos, ellos se encontraban sepultados entre el rímel de la noche anterior y las lagañas.

Encendí la lámpara de la mesilla de noche. Allí reposaba una sorpresa para mí. Yo adoraba las sorpresas casi tanto como a Iker. Él lo sabía y me derretía siempre con detalles sencillos e inesperados. Cogí un papel doblado a la mitad, en el que leí mi nombre. Me estrujé con fuerza los ojos para aclarar la vista, cogí las gafas y leí en voz baja.

Caracas, 25 de diciembre de 2000

Churri, ¿recuerdas cuando comenzamos a salir? Decías que no podías vivir ni conmigo ni sin mí, que era insoportable aguantarme, pero no podías alejarte. Nunca acepté un no por respuesta. Estaba seguro de que lo nuestro sería especial, nada entre nosotros podría salir mal. Además, me encantaba —rectifico—, me encanta cabrearte. Sacar ese lado visceral tan tuyo, tan nuestro, se ha convertido en una adicción. Nunca te lo he contado, pero me enamoré de ti a los tres o cuatro minutos de conocerte. Me trastocaste cuando desgarraste como una loca la costura de la falda para hacerla más cómoda, embadurnaste tus pies en el barro y empezaste a dar saltos frenéticos hasta los vestuarios.

Con la ayuda de tu pie izquierdo, colocabas sobre el empeine del derecho unas porciones exageradas de barro y chutabas con todas tus fuerzas. Gritabas gol a todo pulmón y luego de hacerlo un par de veces, te encaraste de un salto frente a mí, frenándome en seco con tus manos apoyadas sobre mi pecho.

—¿En rugby también se dice gol? —preguntaste realmente curiosa, arqueando una ceja, sobre la cual se te habían pintado un montón de lunares de barro.

Chasqueé la lengua, sorprendido con tu desparpajo, mientras limpiaba el barro de tu frente y respondí:

—Si vas a comenzar tu entrevista con esa pregunta tan profunda no creo que mucha gente se interese en leerla... La anotación más valiosa se llama Try.

—¿Try? ¿Try es intentar?

—Eso creo...

—No me gusta esa palabra... Intentar, digo. Da por sentado que quieres hacer algo, pero no lo harás, y es como una especie de disculpa anticipada, para ti mismo o para los demás. —Estabas realmente metida en ese pensamiento profundo y juro que me hubiese metido contigo porque ya estaba coladito por ti.

Comenzaba a llover de nuevo. Tú te quedaste absorta viendo la lluvia caer. Te di un empujón que casi se convierte en un placaje.

—Vaya chalada me ha tocado para impulsar mi imagen en los medios impresos —solté intentando... corrijo; queriendo sonar gracioso y pretencioso. Sonreíste y nos echamos a correr hasta los vestuarios. Hoy siento que sigo corriendo a tu lado.

A tu lado entendí que el amor es cosa de dos, que no tengo nada que ganar pues ya contigo gané. Y tengo muy claro que no puedo perderte. No creo que sobreviva... Yo a estas alturas no sé vivir sin tu sonrisa.

Vuelve a tirarte a la cama, mi cielo. Dale al Play y apaga la luz antes de que empiece a sonar nuestra canción.

Feliz Navidad.

Pd: Estoy en la piscina. Si la resaca te lo permite, métete en un bikini que allí te espero.

Te quiero.

Iker

Las cartas escritas a puño y letra tienen algo que es imposible encontrar en ninguna otra forma de comunicación. Se me han antojado siempre como mi forma favorita de expresar lo que me cuesta verbalizar. Cuando te sumerges un poco en los trazos de las líneas que forman las letras, puedes leer mucho más allá de lo que tus ojos ven a primera vista. Es como un súper poder que te otorga lo escrito a lápiz sobre papel. El poder de meterte en la piel de

quien escribe hasta saber por qué el palito que corta la T del «Te quiero» es más largo que nunca y va in crescendo.

Chorradas mías quizá, pero amo con locura las cartas, las notas, cualquier mensaje en papel es un tesoro para mí. He de admitir que en los últimos años he aprendido mucho acerca del desprendimiento gracias a esta patológica fijación.

Cuando me mudé con Sara a Madrid, no pasó ni un año para que ella y Javi me hicieran una intervención con el fin de evitar mi muerte por asfixia entre papeles. Yo almacenaba en unas cajas muy monas, decoradas con estampados de damascos blancos y negros, cualquier papel al que diera importancia. Esto incluía cartas, notas, *post-it* escritos por mí o para mí, listas de la compra o *tickets* de caja donde hacía anotaciones. Dejo claro que nunca leí nada entre las líneas de las facturas (tampoco estaba tan chalada). Pero guardaba como una reliquia todo papel que conseguía a mi paso, siempre y cuando alguien hubiese plasmado con su puño y letra una frase o una palabra. Mis buenos amigos, temerosos de convivir con el síndrome de Diógenes bajo el mismo techo, hicieron lo que debían hacer...

Un viernes al atardecer me esperaron en el salón de Liliput con tres botellas de vino Rueda (insuficientes para sobrellevar la faena), una enorme pizza grasienta de vegetales (porque lo nuestro era comer comida basura repleta de hortalizas para evitar remordimientos) y dos bolsas gigantes para desechos. Unido a esto, estaban mis doce cajas de damasco apiladas junto al sofá, un par de maletas llenas de papeles que escondía bajo mi cama y el contenido de varios cajones esparcido sobre la alfombra del salón.

—Ana, cariño... Tenemos que hablar... —dijo Javi frunciendo el ceño, en muestra de abatimiento, al tiempo que me tendió una copa de vino.

—Ana, te quiero. No dudes nunca de mis sentimientos, pero no podemos seguir viviendo así —continuó Sara compungida, llevándose las manos a la cara y moviendo su rubia cabecita.

—¿Se os ha ido la olla a vosotros dos? —Cualquiera diría (y sí que lo decían) que lo nuestro era un triángulo amoroso y durante mi ausencia los dos habían decidido iniciar una vida nueva sin mí. Este parecía el momento de la confrontación, el fin de una era, el clásico «no eres tú soy yo», pero en este caso sería un «no eres tú, somos nosotros»; no queríamos que pasara, pero pasó, nos enamoramos y estás en tu derecho de sopesar nuestra decisión, pero que sepas que no hay vuelta atrás. Lo sentimos de corazón... pero nos hemos cansado de tu torpeza, de tu desorden, de tu mal humor en las mañanas, de tus

burlitas malvadas, de tu risa desequilibrada, de tu poca paciencia jugando a las cartas, de tu melodrama, en fin, es imposible convivir con esa bipolaridad no diagnosticada.

No pude parar de reír imaginando la escena y al ver el cartel pintado con purpurinas que colgaba de las escaleras y en el que se leía *Intervention*, no pude contener las lágrimas de risa. En ese cartel pude leer entre los trazos de las brillantes líneas. La *I* me decía que ellos eran increíbles, incomparables, insustituibles. La *N* era de *nosotros* y me hacía recordar que, entre todos los pronombres personales, *nosotros* ha sido siempre mi favorito. Leí en cada letra que mis amigos me querían tanto que eran incapaces de decirme (como cualquier otro lo hubiera hecho) que era una trastornada y que, de seguir por ese camino de acumulación desmedida, iba a convertirme en una vieja solitaria que un día moriría aplastada por un alud de papeles empolvados. Aquella tarde me entregué a la causa, aferrándome a la pizza como quien se aferra al último soplo de vida.

Sara ojeaba incrédula los *tickets* de compra y las entradas de cine y teatro donde yo había apuntado un número de teléfono, el nombre de alguna canción, o cualquier gilipollez. Uno a uno los iba echando a la basura.

Con todo el dolor que me producen siempre las despedidas, me deshice —gracias al apoyo incondicional de Sara y Javi— del 98% de papeles que invadían mi vida... Solo conservé una modesta caja repleta de cartas.

Antes de seguir las indicaciones que Iker había dejado en su carta, bebí de un sorbo el zumo de parchita que dejó en la mesilla. Junto a la carta y el zumo había también un trozo de torta de cambur (lo que en España viene siendo una tarta de plátano, pero es que lo de llamar a las cosas por el nombre que le den en el sitio donde estés, me suena exótico, además de respetuoso con el entorno), un mando y un manojo de orquídeas preciosas dentro de un tarro de cristal.

Me tiré de nuevo en la cama. Me regodeé ante las sábanas por saberme amada. Dejé la nota reposando sobre mi pecho, muy cerca del corazón, para que él pudiese leer también las palabras del hombre que tanto amaba: «el día que repartieron la cursilería, yo di codazos para ser la primera en la fila». El olor de las salvajes y elegantes flores color lila fue mi Espidifren para la resaca. Apagué la lámpara de noche, suspiré enamorada y pulsé *Play*... Adoro pulsar el *Play*.

*See the stone set in your eyes
See the thorn twist in your side
I wait for you
Sleight of hand and twist of fate
On a bed of nails she makes me wait
And I wait, without you
With or without you
With or without you...*

Bono cantaba para mí, solo para mí, en aquella habitación que se había convertido en uno de mis lugares favoritos del mundo.

El techo se iluminó con una proyección de fotos que resumía nuestra historia: la primera, el día que nos conocimos, los dos embadurnados de barro en el pequeño despacho junto a los vestuarios... Luego, un beso apasionado bañados de *kalimotxo* esperando el encierro en San Fermín... Tumbados al sol del verano en Formentera... De fiesta en un casal fallero en el que nos colamos en fallas... La primera vez que escuchamos a Estopa en un bareto barcelonés... Atiborrados de paella en La Albufera... La puesta de sol en playa Papagayo de Lanzarote... Las noches de copas en la terraza del ático... La escapada a Andorra... La mezquita de Córdoba... Todos nuestros lugares, todos nuestros momentos pasaban ante mis ojos mientras Bono cantaba nuestra canción. La última imagen, un cartel en el que se leía: «Nuestros mejores momentos no han sido fotografiados, esos los llevo grabados en mi mente y en mi piel... ¿Te he dicho ya que no puedo vivir sin tu sonrisa?».

Si alguien podía estar completamente feliz, esa era yo. Si alguien podía ser la definición exacta de «perdidamente enamorada», era yo también. Y si alguna mujer sobre la faz de la tierra se había considerado la más afortunada es porque no tenía idea de lo que yo estaba viviendo.

Tenía el hombre perfecto a mi lado. Que los había más guapos y más detallistas —está claro—, pero ninguno capaz de hacerme sentir como él. Sus pupilas se dilataban cuando me miraba. Era muy fácil notarlos porque el negro impetuoso se fundía con el turquesa de sus ojos e iba degradando a un azul petróleo. Esto producía en su iris una guerra de colores exacta al color de las aguas de Cayo Sombrero, visto desde mar adentro. Me embriagaba esa mirada. Sus ojos podían haber ganado un premio cuando fijaban la vista en los míos, pero la belleza que hay en unos ojos enamorados solo la pueden ver los

ojos en los que se refleja la mirada.

Iker me hacía reír a carcajadas y era algo de él que adoraba. Hacía chistes de todo lo que nos rodeaba, evadía la tristeza y la nostalgia. Las palabras precisas vivían en su lengua, hacía uso de ellas a diestra y siniestra. Él odiaba los hoyuelos que se hacían en sus mejillas cada vez que sonreía. Decía que le hacían ver infantil y por eso se dejaba una barba perfectamente cortada para disimularlos, daba el efecto de llevar siempre tres días sin afeitarse. La combinación entre barbilla y mejillas era de alto voltaje. Sus labios eran muy delgados para esa boca presuntuosa a la hora de besar. Yo podía pasar el día contemplando los ángulos de su mandíbula cuadrada, esos pómulos pronunciados, esa frente curtida por el sol.

Apagué el aire acondicionado que mantenía el ambiente a unos agradables 20 °C.

Abrí de par en par las gruesas cortinas de color gris plomo que impedían el paso de luz en la habitación. Dejé entrar unos cuantos rayos de sol (desafortunadamente los mosquitos entraron sin invitación).

Deseaba que el sol caribeño me abofeteara la cara y me sacara de la somnolencia, pero que no me despertara nunca de ese sueño que estaba viviendo.

La versión tropical de mi chico superó a la versión ibérica. Si en España lo quería, en Venezuela lo amaba sin medida. Quizá fue el efecto del consumo desmedido de agua de coco o de la alimentación a base de arepitas dulces, tamarindos y guayabas, pero me sentía en la cúspide del Roraima. Feliz, de la única forma que se debe estar cuando estás enamorada. Si no eres feliz, mejor pasar página.

Me decanté por un minibikini blanco del cual colgaban guindarejos en forma de caracoles en los laterales de la tanga. Luego de tres días tomando el sol como un lagarto en las paradisíacas playas de Morrocoy, mi piel tenía ese bronceado que estaba en el límite de lo perfecto, a solo un paso de la insolación. Era un hecho que en menos de lo que canta un gallo, mi piel pasaría a tener ese efecto bicolor de mapa terráqueo que deja el abuso del gran astro luminoso. Vestí un pareo blanco atado al cuello y sandalias de esparto enlazadas hasta la pantorrilla, que no era el calzado más cómodo para la piscina, pero le daba el toque perfecto a mi *look*.

Bajé a toda mecha por las escaleras. No encontré a nadie a mi paso, lo cual era extraño. Esta casa era un ir y venir de gente constantemente. Hice escala en la cocina, también despejada. Me serví una taza enorme de café con

leche, cogí lápiz y papel e improvisé un regalo para Iker.

Churri:

Quisiera escribirte una canción, un poema o una rima. Algo que no suene a cliché ni a palabras ya escritas. Que suene a que te quiero, porque tú eres mi poesía.

Solo tu sonrisa me devuelve la alegría y es que por tu amor yo daría la vida. Con un beso tuyo agonizan mis desdichas y si acaso me acaricias, no hay dolor que sobreviva.

Tú no lo sabes, ni siquiera lo imaginas; eres mi suero y mi vitamina. Me pierdo y me encuentro entre tu abrazo fuerte y tu beso intenso.

La cama se me hace grande cuando no estás. Mi cuerpo te llama a gritos cuando te vas. Es que sin ti, cariño mío, yo ya no puedo respirar...

I ♥ you

Ana

Acompañé mi carta improvisada de dos vales regalo. Uno, canjeable por un masaje con final feliz y otro, por entradas para el concierto que daría U2 en Barcelona en agosto del año siguiente. «Ya idearé un plan para conseguirlas, aunque tenga que vender un riñón para pagarlas» —pensé, mientras dibujaba corazones en los vales.

Me encaminé a la piscina, rumbo al encuentro con el hombre de *My Dreams* —literalmente—, piscina que, lamentablemente, se encontraba junto a la casita con flores de Maydrín.

Cuando la mulata dijo que aquella piscina era la mejor de toda Caracas, se quedó corta. Era una piscina de borde infinito, con una vista panorámica de la ciudad. Vista por la cual los Goitia deberían cobrar.

Soda Stereo sonaba de fondo. Escuchaba a Cerati a los lejos cantando *La ciudad de la furia*. Me preguntaba cómo era posible que esta banda argentina no pegara en España. Me preguntaba también cómo era posible que yo tuviese tanta suerte. Y para rematar, me preguntaba cuánto podrían darme por un riñón (de la forma en la que comía y bebía, mis pobres riñones llevaban años trabajando a toda máquina para purificar mi sangre. Es que ni cien pesetas me darían por uno de ellos). Volví de nuevo al presente y a los

pensamientos coherentes (siempre que estoy resacosa pienso muchas gilipolleces).

Iker, sentado en el bordillo de la piscina, hacía los coros de la canción mientras se balanceaba de un lado a otro siguiendo el ritmo excitante de la melodía. Llevaba unas gafas de sol enormes, pero sabía que sus ojos estaban cerrados. Él era de ese tipo de personas que entran en una especie de trance al escuchar su música favorita. A pesar de cantar terriblemente mal, cantaba sin un ápice de vergüenza. Él era así, desinhibido, seguro de sí mismo, eso lo hacía irresistible para todos mis sentidos.

Dejé mi carta sobre una mesa. Me descalcé procurando no hacer ruido, dejé el pareo sobre una silla y me zambullí en la piscina con un clavado perfecto. Como nadie fue testigo de mi caída en plancha, estoy en todo mi derecho de describir la zambullida como me venga en gana. Nadé en lo profundo hasta llegar al otro extremo de la piscina donde se encontraba él, ya inmerso, con el agua hasta el pecho.

—¡Feliz Navidad, mi vida!... Estamos solos en casa, aunque no lo creas... —dijo antes de morderse el labio inferior de esa forma lasciva y sugerente que nadie mejor que él sabía hacer.

—¡Feliz Navidad, amor!... Me ha encantado tu regalo... solo que ahora no sé cómo superarlo —solté con una vocecita de niña antes de hacer morritos.

Vaya que sí sabía cómo podría superarlo... El lenguaje corporal de Iker me lo conocía como si hubiese estudiado un doctorado en la materia. Cada movimiento de su cuerpo, cada roce de sus manos, cada sonrisa tenía un significado. Morderse el labio inferior no era un acto involuntario, era por demás premeditado.

Rodeé su cintura con mis piernas, dejé caer mis brazos sobre sus hombros tostados y deslicé mis dedos por sus cabellos desde la frente hasta la nuca. Él jugueteaba con los guindarejos que colgaban de mi tanga, mientras besaba mi clavícula de punta a punta, dejando a su paso una piel herida por su barba. Venía de nuevo y con sus labios no me besaba, me acariciaba. Cuando no pude contener el deseo de verlo perdido en mi interior, me aferré al lóbulo de su oreja, le juré al oído que lo dejaría dormir cada amanecer entre mis piernas, cada tarde, cada noche, cada mañana. Podía convertirme en su esclava solo si él prometía no dejar nunca de besar cada rincón de mi piel.

Luego de verlo caer como una flecha salvaje; luego de caer yo, entre vuelos fugaces, nos vimos los dos tan susceptibles en nuestra ciudad de la

furia que decidimos querernos una vez más hasta quedar sin aliento. «Gracias Cerati, por haberle puesto banda sonora a estos momentos de gloria».

—Gracias por la carta y por las fotos... ¡Ha sido un regalo perfecto! —le susurré al oído, al tiempo que acariciaba todas las pecas de su espalda, mientras nos mecíamos en la hamaca doble del jardín.

—¿Y el desayuno y las flores qué? —preguntó en tono gracioso, rozando su nariz sobre mi pecho.

Él, yacía de espaldas sobre mi brazo, su mano cobijaba mi cintura.

—Por eso también, tonto... No te haces una idea de cuánto te quiero... —confesé una vez más.

—Ya... Si lo dijeras más a menudo pudiera hacerme una idea mejor, ¿no?

—¿Va? ¿Te lo digo en ruso o en mandarín?, o ¿me lo tatuó en la frente mejor?

—¡En el culo mejor!... Con lo bonita que te verías paseando por Formentera con este bikini blanco y un «Iker, Te quiero» plasmado en tu nalga derecha.

—Si quieres también me tatuo tu cara en los pechos y me voy de toples por Los Roques....

—¡Joder, no!... Las tetas no, por favor...

Y así pasamos el día de navidad más excitante que pueda recordar. Queriéndonos. Riéndonos. Disfrutando de un día solo para los dos, en la tranquilidad de su hogar.

Mi cuerpo y mi mente lo agradecieron enormemente. Llevaba ya diez días en su país y no había tenido un solo minuto para tumbarme a leer en la hamaca de la cual me enamoré el día que llegué. Para ser sincera, me enamoré de cada rincón de esa casa. Lo de Gure Etxea y yo fue amor a primera vista. Todo lo que tuviera que ver con Iker me recordaba siempre que yo era una loca enamoradiza. Moría de ganas por mecirme en la hamaca blanca. Las cosas sencillas llenan el alma de vida.

La intensidad con la que se vivían estas fechas en Venezuela —donde se escuchaban gaitas a todas horas y en todas partes, y se montaban fiestas día tras día teniendo como excusa la preparación de las hallacas—, nos dejó poco tiempo para estar solos.

Además, el itinerario de viaje incluyó paseos para comprar flores en Galipán; comer fresas con crema en la Colonia Tovar; hacer una visita exprés

a Valencia para conocer su Plaza Monumental (una imponente plaza de toros que se erige en la ciudad y en la que Paco, junto a su equipo de arquitectos e ingenieros, había trabajado tres años antes para restaurarla y convertirla en un icono de la urbe); y un par de fotos en el Campo de Carabobo, donde se libró la batalla que selló la independencia de Venezuela por allí en 1821. Disfrutamos de un par de noches de marcha recorriendo Caracas, esa capital que latía dentro de un valle montañoso en el cual no importaba a donde mirases, el Cerro Ávila siempre estaba de fachada. Y lo mejor, un recorrido exhaustivo por los cayos de Morrocoy, que vale decir, si la historia de Adán y Eva es veraz, ellos debieron vivir allí, o quizá bailaron tambores en Choroní.

Estoy convencida de que, de existir el paraíso en la tierra, estaría en Venezuela. Y no lo digo solo yo, que de conocer el mundo conozco poco, la verdad. Cito para ello un fragmento de una carta enviada por el ilustrísimo Cristóbal Colón a sus majestades los Reyes Católicos:

«Torno a mi propósito referente a la Tierra de Gracia, al río y lago que allí hallé, tan grande que más se le puede llamar mar que lago, porque lago es lugar de agua, y en siendo grande se llama mar, por lo que se les llama de esta manera al de Galilea y al Muerto. Y digo que, si este río no procede del Paraíso Terrenal, viene y procede de tierra infinita, del Continente Austral, del cual hasta ahora no se ha tenido noticia; más yo muy asentado tengo en mi ánimo que allí donde dije, en Tierra de Gracia, se halla el Paraíso Terrenal».

Pues bien, para Colón esta Tierra de Gracia escondía el paraíso terrenal. Para mí, Venezuela representaba el paraíso donde nació mi Adán.

Durante los pasados días había descubierto porqué me enamoré de él y fueron las mismas razones por las que amé su país en cuanto lo conocí.

Venezuela es playa, llanura, desierto, nieve y sabana. Es el canto del turpial que se posa en la ventana, las alas coloridas de una guacamaya, una tierra fértil donde crece la cosecha mientras parpadeas, una sonrisa amiga que te da los buenos días cada mañana. Venezuela es generosa como pocas y confiada hasta las entrañas. Es capaz de reírse de sus problemas y hacer chistes con sus penas. No hay tragedia que apague la sonrisa de su gente. Aunque estén oprimidos con las más duras cadenas, los venezolanos no dejan de luchar nunca por sus sueños.

La pequeña Venecia tiene corazón de realismo mágico y un cuerpo surrealista e impresionista.

Iker era la copia en cuerpo y alma de su tierra. La misma gracia, la misma magia, la misma belleza, tosca y salvaje, pero perfecta. Por eso le amaba. Él era mi mar en calma, mi eterna primavera. En sus ojos, todos los azules del caribe se pintaban. Sobre su espalda se dibujaba la Gran Sabana. En su boca, el calor del Llano hacía arder mis labios.

Él era Orinoco y yo Caroní. Dos ríos que confluyen en Venezuela y que por su composición química sus aguas no pueden mezclarse, son como el agua y el aceite. Cuenta una leyenda aborígen que estos dos ríos simbolizan dos amantes condenados a estar juntos, pero nunca a fusionarse. La fábula dice que Orinoco y Caroní se enamoraron intensamente. El destino fue el único culpable de que hayan sido tan diferentes, pero sus corazones latían con fuerza cuando a través del viento se acariciaban. Todos los dioses se opusieron a su unión. Ellos, desafiando los obstáculos, acordaron encontrarse lejos de la montaña y juntos ir al inmenso mar azul. Ese era el sueño de aquellos amantes. Esa, la verdadera grandeza de la naturaleza, que tarde o temprano une lo que tiene que unir. Los cientos de admiradores vestidos de afluentes que caían rendidos a los pies de Caroní, no lograron quebrantar sus deseos. Ella no cedió ni un instante en su anhelo de encontrarse con su amado, y el día que lo hicieron, se dieron un beso suave entre burbujas de agua dulce. Cogidos de la mano recorrieron el mundo a través de las corrientes oceánicas.

Eso esperaba yo. Eso soñaba y eso anhelaba. Vivir mi historia con Iker como la leyenda de Orinoco y Caroní. Fundirnos en el mismo mar y que la corriente nos llevase donde nos tenía que llevar. Le rogaba a Dios y al universo que en ese mar idílico nunca se formara una ola que a Pablo le diera por querer surfear.

Las vacas locas

Madrid, 14 de febrero de 2001

El día de San Valentín, Sara cumplía veintidós años y aquel año, para variar, también quería celebrar que estaba irremediabilmente enamorada. Aunque su amado se encontrase a kilómetros de distancia, ella era inmensamente feliz.

El destino, la casualidad o la causalidad (de los tres, me inclino siempre por la causa-efecto) había puesto ante ella un hombre que era la horma exacta de su zapato. Sara y Aitor eran agua del mismo río, con cauce sinuoso y ligero, que va dejando meandros por toda la llanura.

Habían vivido un amor intenso las pasadas navidades en Venezuela. Se prometieron sobrellevar la distancia a través de largas conversaciones por Messenger, así como, con llamadas internacionales que debieron haber puesto a bailar la conga a los encargados de las telefónicas que emitían las respectivas facturas. Todo ello con la esperanza latente de reencontrarse en los próximos meses para continuar tejiendo una historia en vivo y directo. Su historia de amor en la distancia, la cual nunca fueron capaces de poner en pausa.

Era de admirar su entrega y convicción en aquella ciber relación. Yo, conociendo a la perfección de que pata cojeaba en aquel entonces, no hubiese sido capaz de pasar una semana lejos de Iker. En principio porque le quería de una forma que resultó dañina y en la que creé una especie de dependencia de forma inconsciente y terminé por suponer que yo era feliz, simplemente porque el aportaba risas a mi vida. Eso en principio, pero había más; había pequeños detalles que cuando empecé a sumarlos, crearon en mi cabeza una bola de vacilaciones.

En pleno uso de mis facultades, y de forma consciente, siempre hubo algo en él que me hacía desconfiar. No tenía dudas de sus sentimientos hacia mí, pero si las tenía sobre su forma de amar. Sabía que él sería incapaz de hacerme daño de forma premeditada. Pero de forma espontánea, movido por el instinto o el deseo, él sería un Adán muy facilón —a la primera Eva que le diera una manzana para probar, él se la comería de un bocado, como El Lazarillo de Tormes, hambriento en cada una de sus páginas—. Sucumbiría a la tentación sin siquiera pestañear.

—«Yo nunca he sido celosa» —me repetía siempre a mí misma—. Hasta que llegó el irremediable día en que comencé a serlo, procurando recuperar con creces todos los años en que fui confiada.

Entre todo lo bueno que Iker despertaba en mí, estaba también algo malo que me hacía daño, una sensación de dependencia que comencé a desarrollar con el tiempo y que odié con todas mis fuerzas en cuanto tuve conciencia de ella, así como unos celos enfermizos que me costaba controlar —nada propio de mí, pues mis patologías no diagnosticadas nada tenían que ver con el temor de perder a la persona amada—. El hecho es que, en un abrir y cerrar de ojos, me convertí en una mujer celosa y paranoica. Conté para ello con la valiosa colaboración de Maydrín Alejandra quien, aun viviendo a kilómetros de distancia, logró dejar la espinita de la duda bien clavada. Me había transformado en una tonta, absurda y casi desquiciada, celosa crónica, pues pensaba que mientras Iker y yo estuviésemos cerca sería imposible un engaño. Por eso, quizá admiraba tanto el compromiso y estabilidad que Sara y Aitor habían conseguido en su relación.

Pues bien, Sara cumplía veintidós años, celebraba la vida y estar enamorada. Celebraba también que todos quienes la rodeábamos estábamos en la misma sintonía. Cupido había llenado de flechas su arco y arremetió contra todos nosotros.

Durante las pasadas fiestas decembrinas, Javi también se echó novia nueva. Se llamaba Alena; una fotógrafa nacida en Bratislava una década antes que él. Tenía un aire gótico y en su menuda estampa, la tez pálida casi traslúcida, cabello negro intenso —casi azulado y obviamente tintado—, nariz afilada y unos ojos grises que escondían misterio. Parecía callada y observadora. No dominaba nuestro idioma y por ello se limitaba a asentir y sonreír con aires de superioridad. Según Javi decía, era una tía muy maja, con mucha chispa. Puede que él se refiriera exclusivamente al ámbito sexual, pues según los detalles que contaba, sin que nadie se lo pidiera, era una dominatriz

en toda regla. En los terrenos que compartí por aquel tiempo junto a la eslovaca de metro y medio, *maja* no sería un calificativo para otorgarle, *rancia* sí que le venía como anillo al dedo.

En conclusión, mi amigo estaba contento con su nueva novia llavero; y yo, para variar, también tenía cierto recelo hacia ella. No porque albergara en mi volátil corazoncito algún tipo de sentimiento romántico hacia mi mejor amigo (Javi me resultaba tan atractivo como un hombre neandertal con hidrocefalia, castrado y con rabo). Simplemente era que me sentía tan insegura en aquel entonces que temía que él se alejará de mí por culpa de la eslovaca, vieja y enana.

Por su parte, el vecino raro había anunciado su salida del armario en nuestra ausencia. Según contaron los testigos —Javi y el cartero en este caso— aquello fue como la trama de una película de Almodóvar, llena de tangos y boleros. No salió del armario por voluntad propia. Lo hizo gracias a un fuerte empujón de Lachlan, un australiano indecentemente guapo y encantador que regentaba la galería más *in* del barrio. Cuando digo el barrio, me refiero a Madrid en líneas generales. Lo que Lachlan exponía allí era otro nivel de arte al que estábamos acostumbrados.

Cuando regresamos de Venezuela, Liliput pasó a ser una especie de casa franca de las Naciones Unidas.

Javi, fallero hasta la médula, de la mano de una gótica eslovaca pasaba días enteros tumbado junto a ella en nuestro sofá.

Gian Piero (el vecino raro), cuyo nombre tuve que aprenderme una vez emparejado con el adorable Lachlan, ya no desfilaba por el edificio metido en su espantoso albornoz de lunares. Ahora vestía con un aire cosmopolita muy típico de un modelo cuarentón que resurgía como el ave fénix. Luego de verse en el declive de su carrera, gracias a un golpe de suerte —y a los muchos contactos de su nueva pareja— repuntó y consiguió ser la imagen de un dentífrico cuyas vallas publicitarias se apoderaron de la ciudad. El amor, el nuevo trabajo y el admitir su sexualidad sin tapujos ni prejuicios, le sentaban de maravilla en su imagen y en su ánimo. Dejó de parecerme el tío raro del otro lado del pasillo. Me acostumbré a su cara, supongo que de ver su sonrisa reluciente en cuanto cartel me topaba. Comencé a cogerle cariño hasta que se convirtió en mi romano favorito.

Iker, como representante de la colonia latinoamericana, seguía durmiendo entre mis piernas hasta el amanecer, una noche sí y otra tal vez.

Como no éramos suficientes en esta nueva cuadrilla multicultural,

también contábamos con la participación de la pareja andaluza californiana.

¡Sí!... Cuando digo que todos estábamos inmersos en la magia del amor incluyo a Pablo y a Penny, quienes muy a mi pesar, estaban pasando una temporada en la península ibérica, grabando una película de bajo presupuesto que él coproducía y ella protagonizaba. El tema *Pablo* lo había dado por superado, pero he de admitir que verlo de nuevo, luego de cinco años, siendo un hombre centrado, responsable, más guapo de lo que era antes —cosa que nunca creí posible pudiera ocurrir—, no fue nada fácil para mí.

Para colmo de males, se habían alquilado piso en nuestra misma calle, para estar más cerca de Sara. ¡Qué pasada!, ¿no?! Verme obligada a compartir prácticamente a diario con ellos y a hacerles de guía turística cuando Sara no podía, era como un sueño hecho realidad. Dejando a un lado el sarcasmo y volviendo a la pesadilla en la que se había convertido mi vida, era una completa putada verles las caras prácticamente a diario. No hacía más que recordar lo mal que me sentí aquella Nochevieja. Bien dice el dicho «ojos que no ven, corazón que no siente».

Para mí, había sido fácil olvidar a Pablo, o al menos eso creía. Él, había regresado a San Francisco días después de romperme el corazón en mil pedacitos. Allí realizó sus estudios de cinematografía, consiguió un buen trabajo en Los Ángeles en una productora emergente y se trasladó a esta ciudad junto a su Barbie californiana con quien mantenía una relación intermitente, pero la fuerte convicción de que sus nombres algún día ocuparían una estrella en el Hollywood Boulevard los mantenía unidos. En sus planes no estaba volver a España ni por accidente, hasta que se les presentó esta maravillosa oportunidad... Penoso giro del destino para mí.

Nada mejor que el tiempo y la distancia para olvidarlo. Nadie mejor que Iker a mi lado para no añorarlo. Pensé que había pasado página, pero fue verlo dos semanas antes, echado en el sofá blanco del salón, tomando una siesta y moviendo sus labios mientras dormitaba, y darme cuenta inmediatamente... Aún me quedaban un par de páginas por escribir en aquel diario azul que él me había regalado.

Sara era muy de celebrar los cumpleaños el día exacto. Según ella, daba mala suerte no hacerlo. Daba igual si caía en lunes o miércoles, como fue el caso aquel año. Así que, ese frío miércoles 14 de febrero, además de leerse en todos los titulares el desastre en las ventas de carne generado por las vacas locas, Sara nos invitó a todos —en realidad nos obligó, bajo amenaza— a

celebrar su vigésimo segundo cumpleaños, así como el día del amor y la amistad. La celebración la simplificó con una romántica cena vegana, en nuestro mini salón comedor.

Al llegar aquella noche al que era mi hogar, un aire tenso me abofeteó en la entrada. Los invitados de sexo masculino y orientación heterosexual (Javi, Pablo e Iker, tres de los hombres que más he querido) discutían acaloradamente alrededor de la mesa en un perfecto castellano. El resto de los invitados, cuya lengua materna no era la mía (Penny, Alena, Gian Piero y Lachlan), yacían en el sofá viendo videos de Robbie Williams en la tele, sonaba *Better Man*. La anfitriona brillaba por su ausencia.

—*Hello everybody!* —saludé desde la puerta con una terrible pronunciación, mientras cruzaba rápidas miradas con Javi para que me pusiera al tanto, en una de nuestras conversaciones veloces y mudas, de qué diablos estaba pasando.

—¡Por fin has llegado!... Esto parece el preámbulo entre griegos y troyanos.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué se debe el careto de estos?

—Tu Pablo, que sigue siendo un cabrón y tu Iker, que es un capullo... ¡Vaya dos!...

—Pero... ¿Se han peleado por algo?

—Que son unos gilipollas los dos... Tú tienes un gusto de puta pena, te lo he dicho siempre. Y aquí hay gato encerrado o algo que no me has contado pequeñaja.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

Gian Piero fue el primero en pronunciar palabras tras mi llegada:

—*Benvenuto principessa!* Te echábamos de menos...

—Siento haber tardado tanto, sabéis que mi jefe es un coñazo... —

Llevaba un mes realizando prácticas en un periódico regional y me habían encomendado un divertido reportaje de las benditas vacas locas, de las que todo el mundo hablaba y por las cuales Sara nos estaba obligando a suplir el consumo de carne.

Fui la última en llegar a la celebración, pero no por ello la menos importante. Era la encargada de llevar la bebida y para reivindicarme con mi amiga por no haberle ayudado en nada, compré alcohol como para emborrachar a un batallón. Además, luego de pasar un día entero entre carniceros y cocineros, toda mi ropa olía a solomillo y a costillas. Mi aroma era el de una barbacoa andante. Nunca mi presencia despertó tanta felicidad en

ningún lugar. Había dos razones aparentes; mi olor a carne de primera y ser la portadora de los suministros étlicos para la fiesta.

Penny y Alena me sonreían desde el sofá.

—*Hello... Finally something to drink! Had I known that this party would be so boring I would have stayed at home* —dijo Penny.

—*Dobrý de ň ! Som ve l' mi hladný!* —agregó Alena.

Como no dominaba el inglés a la perfección, mucho menos el eslovaco básico, y ninguna de las dos me caía lo suficientemente bien para esforzarme en entenderlas, sonreí yo también y agregué:

—Yo muy bien guapas. ¡Gracias por preguntar!...

Gian Piero y Lachlan dieron un salto para ayudarme con las bolsas mientras husmeaban con desesperación dentro de ellas.

—*¡Non capisco niente!* ¡No sabes lo que ha preparado tu amiga para cenar! Yo, por no ser mal educado, pero te prometo que estoy a punto de ir a casa a por una lasaña que tengo en la nevera y está hecha con *la ricetta de la nonna*... Esta mujer pensará que somos conejos con ese menú que nos ha preparado... —soltó Gian Piero apoyando su mano en la frente, con gesto de negación.

Por su parte, Pablo e Iker, inmóviles en sus sillas, me desvestían con la mirada. Miradas que no podía entender hasta que Lachlan sutilmente me señaló los botones abiertos de mi camisa blanca.

Iker soltó, con esa voz ronca que me volvía loca, un «Mi amorrrrr» que retumbó en las paredes de ladrillo desnudo.

—Dime por favor que has traído algo para completar la cena... —agregó.

—¡Nada! —dije mientras me abotonaba la camisa y daba un escaneo veloz a los platillos dispuestos para la cena—. De entrante, zanahorias con humus. De primero, crema de zanahoria y garbanzos. De segundo, cuscús con vegetales (predominando la zanahoria por supuesto). Estaba claro que mucho empeño no había puesto la anfitriona. La comitiva multicultural que aquella noche cenaba en casa no podía ser más carnívora, por eso se deleitaban todos con mi olor. De haber traído arriando una vaca loca hasta mi humilde morada se la hubiesen devorado entera antes de cruzar la puerta—. Pero mantened la calma que para beber he traído para todos los gustos... ¿Dónde está la cumpleañosera? —pregunté.

—¿Tu amiga? Encerrada en la habitación, pegada al teléfono como de costumbre, hablando con el noviecito ese que tiene en Venezuela —respondió

Pablo, en un tono despectivo y aprovechando el momento para echar una mirada también despectiva a mi noviecito venezolano—. ¿Tú sabrás a qué hora cenamos?, que no pienso quedarme aquí hasta las tantas.

—Mejor pregúntale a tu hermana, que es la anfitriona de la noche... — contesté desenfadada y acto seguido le planté dos besos cariñosos a cada uno de los presentes, finalizando con un morreo épico a mi Iker.

Ese momento lo había soñado durante años, ver la cara de Pablo mientras otros labios se comían a besos esos labios que él había estrenado. En mi sueño, él estaba solo y marchito, hundido en la tristeza por haber perdido mi amor y no felizmente arrejado con Miss Piggy (el culo de la californiana había crecido en los últimos años de una forma exorbitante y su cara se parecía bastante a la de mi Muppets predilecta). Pero, por lo vivido entre Pablo y yo la noche anterior, por ver cómo se le iluminaba la cara cuando me miraba y por el roce de caracteres tan evidente entre Iker y él, era obvio que al menos un poco podía cabrearlo. «Total, lo que es igual no es trampa, ¿o sí lo es?... De ser esto un juego con puntos por anotaciones y poder tener un marcador sobre el televisor, la puntuación iría Ana 1, Pablo 0». —Pensaba la parte golfa de mi cerebro mientras la lengua de Iker chocaba contra la mía.

—¡Iros a una habitación por favor! —gritó Javi.

—Mira quién habla, chaval —saltó Lachlan en mi defensa—. Si es un gusto ver a otra pareja morrearse en esta casa que no seas tú y la eslovaca en plan nueve semanas y media.

Todos soltamos una carcajada. Todos menos Alena que no entendía bien nuestro idioma y Pablo que estaba visiblemente alterado.

—Me doy una ducha y vuelvo enseguida, ¿vale? Estáis en vuestra casa. Id bebiendo lo que queráis... —Dando saltitos me retiré a mis aposentos.

El agua tibia se deslizaba por mi espalda. «¿Qué diablos estoy haciendo?... Hace solo un mes tenía más que claros mis sentimientos. Quiero a Iker como jamás he querido a nadie. Él me ha devuelto la alegría y la ilusión, aunque ha despertado también una parte de mí que detesto, llena de celos y dependencia. A pesar de eso es el hombre perfecto. ¿Cómo es posible que con solo una mirada de Pablo todo mi mundo se tambalee?... ¡Bueno!... Que no fue solo una mirada, lo sé... Fue esa conversación que tuvimos anoche... ¡Vale!... Conversación como tal no creo que se pueda llamar... El encuentro... Mejor dicho, *El momento*... El momento que tuvimos es la mejor forma de apelar a la

causa de este terremoto interior que estoy viviendo... ¡Por Dios si ya no tengo quince años!... No puedo seguir así... Voy a demandar a mi psicólogo por no haberme medicado... ¡Mierda, para rematar me va a salir un grano en la frente!» —reflexionaba en la ducha y me daba cabezazos contra las baldosas; por Pablo, por Iker; por el puto grano y por todos los psicólogos que no querían admitir mi bipolaridad.

—¡Ana, date prisa! Deja el bañito de reina para otro día *please*. La cena ya está servida y quiero cenar pronto que Aitor me volverá a llamar en un rato —interrumpió Sara mis pensamientos y por primera vez en la vida le agradecí hacerlo. Podía haberme pasado horas bajo la ducha recordando los labios de Pablo o evocando el sabor de Iker sobre mi piel...

—Dame cinco minutos y estoy allí como un clavel.

Cinco minutos después, salí de mi habitación literalmente como un clavel. Metida en un vestido rojo de encajes, con mangas ajustadas hasta los codos, cuello redondo, escote posterior, falda godet y cinturón negro con micro tachuelas a juego con mis bonitas sandalias de tacón —que la cena a degustar era una mierda, pero todos se habían vestido como si fuésemos a cenar las exquisiteces de un chef con estrella Michelin—. Además, los años se habían portado mejor conmigo que con Penny. Aunque ella fuera actriz de películas de bajo presupuesto y yo un prospecto de periodista haciendo prácticas en un periódico de pacotilla, gozaba de más atributos físicos que ella. Vamos, que estaba más buena. Y de merecerse alguien una estrella en el Hollywood Boulevard, esa era yo, por sonreír dulcemente cuando quería matarla cada vez que la escuchaba decir: «*Come on honey... It's late*».

«Ana 2, Pablo 0, segundo golpe bajo para el muy bellaco... ¿Querías jugar Pablo? ¡Venga, juguemos!... La noche apenas comienza...». —Esa voz que hablaba en mi mente tenía un tono maléfico, muy hollywoodense.

La cena como tal no duró más de cuarenta minutos. Los quinientos gramos de zanahoria consumidos por comensal nos sentaron bastante bien con relación al medio litro de alcohol consumido por cada uno de nosotros.

—Todos vosotros tenéis que ser vistos por especialistas. No es normal que bebáis como cosacos —nos repitió Lachlan unas catorce veces durante la velada.

Suerte teníamos de contar con un abstemio en este circo multicultural que se había convertido nuestra vida social.

La velada transcurrió entre chistes que Alena y Penny no entendían —

Dios las hace y ellas se juntan—. Entre ellas se comunicaban en perfecto inglés y con la mínima intención de ser parte de nuestra conversación —mejor, mucho mejor así—.

Sara e Iker contaban anécdotas de Venezuela con una pasión desbordante en sus ojos. Gian Piero nos hacía reír con sus anécdotas siendo ahora *il nonno* del mundo del modelaje. Lachlan ponía los ojos en blanco cada vez que se descorchaba una nueva botella. Javi recordaba nuestra época en el colegio y confesó finalmente que, durante varios años de nuestra escolaridad, estuvo perdidamente enamorado de Sara. Pablo bebía sorbos largos y no apartaba la vista de su vaso.

Yo, diligentemente, hacía la labor de camarera. Quería que mi amiga disfrutase de la noche y se sintiera como una reina, aunque siendo egoísta y totalmente sincera, lo hacía porque no me sentía nada cómoda en la mesa. Iker, sentando a mi lado, no dejaba de acariciar mi pierna y yo solo pensaba en la primera vez que alguien acarició ese tramo de mi piel. Fue Pablo cuando cumplí quince años. Fue siempre Pablo, aunque otras manos me acariciaran...

Terminada la ingesta desmedida (básicamente de zanahorias en diversas cocciones), Sara sopló las velas. Como no podía ser de otra manera, la tarta era una esponjosa *carrot cake* hecha por Lachlan —bajo pedido explícito de la coneja cumpleañera—. Acto seguido y de forma casi mecánica, abrió los regalos, se tomó foto con los invitados y minutos después volvió a las llamadas de larga distancia.

Fue la fiesta más corta de la historia. Gian Piero y Lachlan fueron los primeros en marcharse. Era obvio que todos habíamos quedado con hambre, pero solo ellos dos tenían la suerte de contar con una lasaña en la nevera.

Iker los secundó. Actuaba de forma extraña desde que recibió una supuesta llamada de un compañero de trabajo. Se excusó diciendo que debía entregar unos planos la mañana siguiente a primera hora y debía volver a su casa para dar los últimos retoques —con lo que había bebido hasta los momentos, dudaba que fuese capaz de realizar un solo trazo—. Era evidente que no se encontraba a gusto. Estaba nervioso. La presencia de Pablo no me incomodaba solo a mí. Mi chico, que no tenía un pelo de tonto, podía percibir la tensión en el ambiente. Cada vez que Pablo y yo cruzábamos una palabra, el aire se tornaba irrespirable para todos. Entendí perfectamente que Iker hubiera querido marcharse en cuanto vio una oportunidad.

Minutos después, Javi se disculpó diciendo que acompañaría a Alena hasta su casa y que luego volvía. Penny se unió a ellos y se marchó también.

Pablo permanecía sentado junto a la mesa, con la mirada perdida, haciendo bailar los hielos que flotaban en su vaso. Sara, en su habitación, soldada al teléfono, atendía la cuarta llamada del día hecha por Aitor. Intenté recoger con prisa las botellas y vasos que reposaban en la barra de la cocina.

—¿Me acercas la botella de vodka por favor? —pidió él, justo cuando empezaba a sonar *Wonderwall* de Oasis.

Me acerqué a la mesa.

Solté la botella casi vacía junto a su vaso y le clavé una mirada cargada de reproches que él evitó. Sujetó mi mano en cuanto le di la espalda.

—Suéltame Pablo.

—Esos mensajes que te envíe anoche... Quería hablar contigo, quería aclarar las cosas... Pero no sé qué coño me pasa... Penny me ha dicho...

—¡Suéltame Pablo! —repetí, subiendo la voz.

—Ana, lo siento. ¡Joder! No quiero que las cosas acaben así. Siempre has sido esa chica que está detrás de mi *Wonderwall*... Penny y yo...

—¿Sabes qué Pablo? —Le interrumpí y me giré para continuar mi retahíla de insultos viéndole a la cara— ¡Que te den!, a ti y a Penny también. ¡Que os den a los dos! Estoy cansada de que quieras joderme la vida y me hagas sentir como una loca desquiciada. No veo el día en que te largues otra vez...

Acto seguido soltó mi mano y hui. Hui como una vaca loca perdida en la pradera. Di cuatro zancadas hasta llegar a mi habitación.

Mi huida terminó tumbada en la cama, llorando en silencio y escribiendo en mi diario todo lo que estaba sintiendo. Escribir es el mejor desahogo que he encontrado. Pongo mi vida en perspectiva entre línea y línea. Los «Te quiero» que nunca he dicho forman parte de algún soneto que seguramente he escrito. Los recuerdos que más aprecio se amontonan con detalle en una pila de hojas bajo mi cama. Todo lo que sueño despierta se transforma en palabras borrosas que quizá nadie entienda, pero yo tengo fe en que escribiendo me acerco más a ellos; a esos sueños y anhelos que a veces tengo. Escribir me da la fuerza que a veces pierdo. Escribir es mi verbo favorito después de amar y soñar —y justo antes de comer y beber—. Aunque no se me dé bien, escribir me hace siempre sentir mejor.

Lluvia de noviembre

*Cuando me hablen de ti,
giraré la mirada, suspiraré en silencio
y fingiré que sonrío.*

*Pensarán que ya no te pienso
y que de tanto no pensarte,
borré tu recuerdo.*

*Creerán que nunca te eché de menos,
que nunca te tomé en serio,
que para mí no fuiste más que un juego.*

*Cuando me hablen de ti,
preferiré no oír lo que estén diciendo...
Quizá así nadie sepa,
de la pena que llevo dentro.*

18

Nunca se sabe

Recapitulando para entender mejor la situación. La noche anterior al cumpleaños de Sara, Pablo y yo tuvimos aquel momento que nos debíamos desde hacía cinco años, un mes y trece días. No es que llevara la cuenta. Dejé de llevarla pasados tres años, pero ahora que rememoro la historia, hago cálculos solo para ser más exacta.

Dicho momento me había trastocado, aunque hice todo lo posible por evitarlo. Cuando llegué a casa aquella noche, agobiada por el día de pena que

había tenido y empapada por la lluvia torrencial que azotaba la ciudad, Pablo se encontraba echado en el sofá viendo *Pulp Fiction*, probablemente por décima vez.

—¡Hala! Viendo un estreno... Seguro que esta peli será un éxito en taquilla... —dije con un tono sarcástico, mientras soltaba mi abrigo marrón que goteaba sobre un taburete de la cocina, y me descalzaba de mis katiuskas color camel.

—¡Ya te digo!... No me canso de verla... ¡Tarantino es un *crack!* —dijo sonriente y haciendo un escaneo de mis ropas mojadas. Se giró de nuevo a la pantalla y sin verme a la cara preguntó en plan amigable:

—¿Has tenido un mal día?

—Los he tenido mejores... —respondí mientras buscaba en la nevera algo para cenar.

—Te he comprado boquerones. Sara me pidió que le hiciera la compra de todo lo que necesita para la cena de mañana y me ha dejado un juego de llaves para poder traerla... (la compra me refiero). Los boquerones no estaban en la lista de la compra. Los he cogido porque, si tus gustos no han cambiado mucho, pensé que te seguirán gustando como antes... —Se podía percibir a todas luces el doble sentido de su comentario—. No sé qué coño piensa cocinar Sara, pero en la lista me ha puesto cinco kilos de zanahorias. ¿Eso es normal?

Me eché a reír.

—Sabes que ahora Sara quiere ser vegana... —la justifiqué entretanto descubría, entre los kilos de zanahorias, la enorme bandeja de boquerones junto a una botella de vino blanco. Cogí ambas aprovechando el impulso—. ¡Gracias por los boquerones! Efectivamente todavía me encantan. Es todo un detalle que lo recuerdes... —agregué en tono irónico mientras trasteaba por la cocina.

Cogí una barra de pan. La rellené de boquerones y tomate en rodajas y me senté en un taburete junto a la barra. Tenía en mi plano visual la espalda de Pablo apoyada sobre el sofá blanco del salón y de fondo a Uma Thurman y John Travolta bailando *You Never can Tell* de Chuck Berry en la pantalla.

—No sabía que te gustaran tanto los boquerones, me lo comentó Arón. Esta mañana quedé con él y entre una cosa y otra hablamos de ti. Me contó que de niña comías boquerones como una auténtica loca —aclaró.

—¿Qué Arón? ¿Arón Suen a Amor?

Pablo soltó una carcajada...

—A mí me suena más a Arón el que cobra un pastón en honorarios... Arón, el abogado, amigo de tu prima y de tu hermana. Trabaja en un bufete aquí en Madrid. Mi padre me recomendó que hablase con él. Está llevando todos los trámites legales de la productora.

—Ya... Hace años que no le veo, no tenía idea de que estuviera viviendo aquí... Pues nada, cuando le vuelvas a ver agradécele de mi parte por recordar los boquerones y gracias a ti por comprarlos —solté con la vista puesta en la nevera—. ¿La botella de verdejo es tuya o puedo abrirla?

—Es mía, puedes abrirla e incluso te la puedes beber si al menos me pones una copa... Y si compartes los boquerones tampoco me enfado, ¿eh? —acotó, girando su rostro hacia mí para guiñarme un ojo.

Los días lluviosos suelen abrirme la nostalgia y el apetito por igual, así que corté mi bocadillo de escasos cuarenta centímetros por la mitad pues los ciento cincuenta gramos de boquerones habían logrado apiñarse en una sola barra de pan. Llené dos vasos a tope de vino y coloqué su plato junto al mío, en la barra de la cocina.

—¡Está lista la cena! —anuncié cuarenta segundos después.

Pablo se acercó a la barra, se quitó el chándal gris que llevaba sobre una camiseta a rayas y lo soltó sobre mi hombro.

—Si no piensas cambiarte esa ropa mojada al menos abrígate que te vas a enfermar.

—Gracias... ¡Estás hecho todo un caballero! —dije en tono burlón y tapándome la boca para que no se escapara un boquerón entre mis dientes.

—Y tú, un derroche de buenos modales por lo que veo... ¡Si te viera tu madre, hablando con la boca llena y sirviendo vino en vasos de nocilla!

Me encogí de hombros, pero seguí su consejo. Efectivamente mi jersey cuello alto de cashmere estaba húmedo. Al intentar zafarme de él, la camiseta interior que llevaba subió hasta mi ombligo.

—Deja que te ayude... —dijo Pablo, al tiempo que sujetaba la camiseta con ambas manos, empujando suavemente hacia abajo, mientras yo tiraba hacia arriba el jersey.

Sentí el roce de sus nudillos sobre el costado de mi torso, mi piel respondió de inmediato. Sus manos, que no son tontas, pudieron notarlo. Hubiese sido un buen momento para morir asfixiada a causa del cuello alto aplastando mi cara.

—Gracias... —dije entre dientes mientras me cubría a toda prisa con su chándal.

—Deja que te suba la cremallera, tiene truquillo...

Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que imaginé a Pablo desnudándome. Ninguna de las imágenes que había recreado en mi mente fue tan perfecta como aquella noche en la que él hacía lo posible por mantenerme cubierta, vestida, protegiendo mi piel del frío y de su cercanía.

Volvimos a los taburetes en silencio, seguí concentrada en la pantalla, el bocata y el vino. Pablo imitó mis movimientos.

Era agradable volver a conversar con Pablo. Me sentí como una adolescente de nuevo. Con él me pasaba algo que con muy poca gente me había pasado y era el sentir que el tiempo no había hecho mella entre nosotros. Como si todo lo que hubiésemos dejado en *standby* por las razones que fuera, podía retomarse en cualquier momento, como si la distancia no afectara, como si nosotros apenas hubiésemos cambiado y nuestras piezas encajaran siempre a la perfección.

—¡Nunca se sabe! ¡Nunca se sabe! —exclamó él, sin apartar la vista de la pantalla. Casi terminaba el baile.

—¿Nunca se sabe qué? —pregunté.

—Así se llama la canción... *You Never can Tell*, por si estabas pensando en las vueltas que da la vida... Pues nada... Eso... ¡Nunca se sabe! ... —su voz sonó triste y desgarradora.

—Pensaba más bien en lo agradable que es volver a hablar contigo... —dije para animarlo y en un arrebató de sinceridad que no pude controlar.

Estaba cansada de esa postura indiferente que llevaba días escenificando. Pablo había llegado a Madrid unas semanas atrás y no habíamos cruzado más que un par de «Hola, ¿qué tal?».

—Te he echado de menos... —murmuró él—. Siento haber sido un gilipollas contigo. Lamento haberte hecho daño. Merecías una explicación... Tú... Tú siempre fuiste...

—No pasa nada. Eran cosas de críos —le interrumpí y di un golpecito de codo a codo para quitarle peso a esa disculpa que había esperado por años, dando por sentado que estaba olvidado. Y sí que lo estaba. Al menos la parte triste de la historia la había superado. Ahora bien, a Pablo como tal, no encontraba una forma humanamente posible de convertirlo en pasado.

—Se te ve feliz —dijo él, y sus palabras estaban cargadas de añoranza.

Su mirada reposaba ahora sobre mí, como aquel 26 de noviembre de 1994 cuando cumplí quince años.

Yo no quitaba la mirada de la pantalla. En el rostro de John Travolta veía su cara.

La lluvia que azotaba la ciudad parecía inundar la estancia. Temblaba.

La lluvia, aunque no me mojara, siempre me había hecho tiritar. Saber a Pablo cerca, aunque no me tocara, siempre me había hecho temblar.

—Iker es genial —solté sin saber por qué. Que era genial, nada más cierto que eso. Quería a Iker por encima de todas las cosas, pero en aquel momento hubiera dado todo por viajar en el tiempo y volver a nuestro Puente del Real.

Terminamos de cenar sin pronunciar una palabra. Él recargó un par de veces los vasos de nocilla con el vino verdejo. Solo se levantó del taburete para ir a por otra botella.

Bebimos con sorbos lentos, saboreando la nostalgia y los recuerdos.

Yo, cruzaba los dedos para que sonase el teléfono y romper el momento; que Javi o Gian Piero aparecieran sin avisar como hacían casi todas las noches; que Sara volviera a casa de inmediato; que un rayo partiera el televisor; que el agua que azotaba la ciudad comenzara a inundar el ático desde la terraza, pero que pasara algo antes de que la película acabara.

Por voluntad propia ninguno de los dos iba a levantarse y despedirse. Había solo dos caminos para acabar con la tentación que en silencio se apoderó de nosotros. Que uno de los dos fuese lo suficientemente cobarde o lo necesariamente valiente para alejase sin dar vuelta atrás. O que uno de los dos fuese valiente de una forma arrogante, o cobarde e infiel —según el ángulo desde donde se mire— y diera el paso para perdernos en aquel deseo oloroso a verdejo. Solo hay dos formas de combatir la tentación, huir o sucumbir.

—«El camino del hombre recto está por todos lados rodeado por las injusticias de los egoístas y la tiranía de los hombres malos. Bendito sea aquel pastor que en nombre de la caridad y de la buena voluntad saque a los débiles del valle de la oscuridad. Porque él es el verdadero guardián de su hermano y el descubridor de los niños perdidos. ¡Y os aseguro que vendré a castigar con gran venganza y furiosa cólera a aquellos que pretendan envenenar y destruir a mis hermanos! ¡Y tú sabrás que mi nombre es Yahvé, cuando caiga mi venganza sobre ti!» —decía Jules a Ringo en la última escena de *Pulp Fiction*.

Pablo y yo reímos sin mirarnos la cara, nuestras vistas seguían fijas en la pantalla. Segundos después, Vincent y Jules salieron de la cafetería; comenzaban los créditos de la película. Comenzaba ese incómodo momento en que ansías que el mundo se paralice para poder salir corriendo sin dar ninguna

explicación. Ese momento confuso en que el deseo y la razón batallan sin compasión. Ese momento que has esperado durante tanto tiempo que hasta olvidaste las letras del guion.

Temblábamos... y no de frío, ni de miedo tampoco. Temblábamos porque temblar es a veces una forma cobarde de decir te quiero. Cuando las palabras se te amontonan en la mente y no puedes pronunciarlas ni dar con ellas; cuando los besos que no has dado quieren ser encontrados y rescatados; cuando después de tantas añoranzas y suspiros tus hombros, que antes eran erguidos, han quedado caídos, desvalidos, el cuerpo responde temblando, con movimientos casi imperceptibles, involuntarios, que gritan desesperadamente: «Te quiero tanto y te necesito tanto que no encuentro la forma de seguir andando mientras mi cuerpo siga temblando».

Él cogió mi mano con fuerza. Yo la solté bruscamente. Me puse en pie de un respingo. Él hizo lo mismo.

Empujó un taburete con el pie. Este cayó estrepitosamente y rodó un par de centímetros sobre el parque. Sujetó mi cintura, que se dejó llevar y me alzó de golpe dejándome sentada sobre la barra.

Mis manos temblorosas lo empujaron por los hombros. Dio un paso atrás. Arrepentido, bajó la vista unos segundos. Con la cabeza gacha sus ojos comenzaban de nuevo a buscarme. Me volví a encontrar reflejada en sus pupilas tras los cabellos dorados. Tiré de sus brazos como quien tira de los cabos de una barca perdida una noche oscura de lluvia a la deriva. Le abracé tan fuerte que sentí su esternón arañando mi piel.

Logré viajar en el tiempo.

Sin rozar nuestros labios, dimos un nuevo sentido a los besos. Su boca vagaba por mi frente, acariciando mi sien, se posaba sobre mis párpados, empapando mis pestañas con su aliento. Su nariz hacía el recorrido que mil veces hicieron las lágrimas que derramé por él. Mis labios exploraban su cuello, saboreaba el gusto del recuerdo, mordisqueaba su oreja y jadeaba sobre ella. Volvía de nuevo a respirar el aire salado que se escondía en las hebras de su pelo. Él era el sol de la mañana después de una noche larga. Yo era el mar en calma donde descansaba su barca. Nos besamos como se besan el agua y la arena las noches de luna llena, con la misma serenidad que emite la luz de las velas entre las tinieblas. Nos quisimos con todos los sentidos... porque entre nosotros siempre habían faltado los momentos y sobrado los motivos.

El sonido del timbre nos hizo volver de ese viaje celestial que juntos recorrimos.

—Lo siento —musitó él, con su frente sobre la mía, mientras expiraba el aire cargado de deseo que yo inspiraría por el resto de mis días.

—Te quiero —susurré, ya casi sin aliento y un segundo después me arrepentí de haber pronunciado esas dos palabras.

Nos separamos. El timbre seguía sonando. Con ambas manos cogió mi cara y me estampó un beso seco. De esos besos que te inmovilizan, pretendiendo sellar tus labios para otras bocas. De esos besos que suenan a «Te quiero, pero lo siento. No es ahora nuestro momento. No lo será nunca quizá, pero no por ello te dejaré de amar. Aunque no seas mía, serás siempre para mí. Aunque no sea tuyo, pensaré cada día en ti. Duele mucho extrañar lo que pudimos ser».

—¡Abro yo! —dijo él, y soltó mi cara, como un jinete cobarde soltando las riendas de su potra salvaje.

Como una potra mal herida corrí a mi habitación y me dejé caer tras la puerta. Perdí la fuerza de mis piernas y recobré de nuevo la tristeza que Pablo siempre dejaba a su paso. Pude escuchar a Penny del otro lado recriminándole algo. En aquel momento agradecí la última D que obtuve en el pasado *Listen* del curso de inglés que estaba tomando. No quería saber qué se decían, ni porqué. Era obvio que estaban discutiendo. Eso explicaba porqué él estaba allí sin ella. Desde que llegaron a Madrid, la llevaba encima como una garrapata, en todo momento y a toda hora. «Algo había pasado entre ellos o quizá algo pasaría ahora, cuando ella se enterase de esto... Esto que no es nada... No ha pasado nada Ana, no puedes seguir siendo tan tonta» —me dijo una vocecita sollozante en mi interior.

Mi móvil repicaba sobre la barra.

—*And that phone? Sara is here?* —preguntó Penny. Aquello sí lo entendí, merecía una B en el próximo *Listen*.

Pablo guardó silencio, el *ringtone* de mi móvil dominaba la situación.

—*I'm talking to you, Pablo...* —gritó la bruja californiana.

—*It's Ana's phone. We're leaving now* —respondió el cineasta con voz cortante.

Escuché sus pasos acercarse hasta mi puerta mientras Miss Piggy gritaba mi nombre como una neurótica. Él dio dos golpes secos sobre la madera.

—Ana, te dejo el móvil aquí. Te está llamando tu chico. Ya

hablaremos...

Mi mundo se derrumbó. Una vez más sentí como me desarmaba, pero esta vez, las piezas que iban inundando el suelo de mi habitación, eran aún más pequeñas. Eran trozos de mí, cargados de remordimiento y culpa por sentir lo que estaba sintiendo. Eso que tanto temía que Iker pudiera hacerme, yo lo estaba haciendo, y de una forma peor.

La infidelidad duele. Duele siempre y nos duele a todos. Hay a quienes les duele porque están completamente enamorados y no son capaces de compartir el amor de la persona a quien aman. Hay a quienes les duele porque simplemente no soportan el engaño. A otros les duele porque tienen el ego machacado o porque sencillamente les duele sentirse burlados. A mí, por doler, me duele por la suma de todas las anteriores. Pero no me refiero a lo que hasta ese momento entendía yo por infidelidad. Un encuentro casual con otra persona, un engaño pasajero, un flirteo, coqueteo o hasta un rollete paralelo.

Más que una infidelidad, lo que descubrí realmente doloroso fue compartir un sentimiento que en teoría debe ser solo de dos. Es parecido a lo que ahora llaman poliamor; esa relación íntima y duradera que una persona mantiene de manera simultánea con otras, con el pleno consentimiento y conocimiento de todos los amores involucrados —obviamente aquí no hay engaño, sino una mente abierta y un corazón dispuesto a compartir—. ¡Ole por todos los poliamorosos! Yo no he sido nunca emocionalmente capaz de tales relaciones, y en aquel momento, sentir que mi corazón se dividía en dos, fue un mazazo a mis emociones, a la seguridad que tenía en mis ideales de pareja. Me sentí confundida, aturdida. De haber sido sincera conmigo misma hubiese actuado de otra forma muy diferente a la que actué. Pero si hay algo que los humanos hacemos con facilidad es intentar engañarnos a nosotros mismos para evitar caer en el abismo. Sin darnos cuenta de que con esto, lo único que conseguimos es hacer más larga la caída.

Estaba irremediamente enamorada de Pablo, pero el saber que seguía siendo capaz de derrumbar mi mundo, me hacía odiarlo. No me creí capaz de dejar a Iker por él, porque sabía que terminaría dándome la espalda en cualquier momento y me aterraba estar sola. Yo había logrado volver a ilusionarme y Pablo tenía el descaro de volver a mi vida a estropearme, a lastimarme, a hacerme dudar de mis sentimientos y jugar a su antojo con ellos. De allí en adelante yo tomaría las riendas. Sería valiente o cobarde según como se vea. Iker me había devuelto la alegría y yo no iba a pagarle con otra

moneda que no fuese el respeto a sus sentimientos.

Una vez metida en la cama, luego de golpear repetidas veces mi cara contra la almohada, decidí devolver la llamada a Iker. Él cogió al segundo repique. Habló por largo tiempo, contándome con detalles el complicado día que había tenido. Le escuché durante el tiempo prudencial antes de inventar una excusa para colgar. Necesitaba dormir, necesitaba olvidar. Necesitaba de nuevo volver a empezar.

En cuanto colgué la llamada, la pantalla de mi Nokia 3310 se iluminó:

9 Messages received

SMS de Pablo. 21.16

Hola, soy yo. Perdona que te escriba, pero no sé qué hacer con todo esto. No quiero lastimarte, pero creo que las cosas no pueden seguir así. Llámame.

SMS de Pablo. 21.35

Vale, lo entiendo. Tú tienes tu vida y eres feliz. Yo tengo la mía y está muy lejos de aquí. Lo siento, Ana. Siento no ser lo suficientemente bueno para ti.

SMS de Sara. 21.42

Llego tarde. Estoy cenando con Javi y su llavero. Besos mi Anaconda. Sara había desarrollado un humor venezolano y gracias a mi comportamiento celópata de los anteriores meses, le dio por llamarme igual que a esta serpiente sudamericana, capaz de tragarse un humano adulto.

SMS de Eva. 22.30

Sister, llámame. Tienes días sin reportarte. Quiero las novedades de Spielberg y Miss Piggy. Mamá dice que ahora sí se divorcia. Por tu salud mental no la llares.

SMS de Eva. 22.31

Otra cosa mariposa. Siento que estoy cerca de encontrar al anestesista. Si no me llamas antes de 24 horas olvídate de ser mi dama de honor.

SMS de Eva. 22.32

Te quiero mocosa. Besos a Iker. Y no hagas estupideces.

SMS de Pablo. 23.15

¿Sabes qué? Hagamos de cuenta que nunca ha pasado nada entre nosotros. Es lo mejor para los dos. Volvamos a ese juego que tanto te gusta jugar, en el que casi —benditos ciento sesenta caracteres de los SMS.

SMS de Pablo. 23.16

...No hablamos y estaremos mejor. Pensaba que habías pasado página, que habías madurado. Pero sigues siendo la misma cría que no se quita el pañuelo de los ojos.

SMS de Pablo. 23.25

Nada te costaba responderme. Por cierto, Penny también es genial. Es una mujer de verdad. Suerte en tu vida.

No había terminado de procesar la información cuando apareció un nuevo aviso en la pantalla.

SMS de Iker. 23.59

Churri, te siento extraña. Sabes que puedes confiar en mí. Te quiero mi amor. Feliz día de San Valentín.

Este último mensaje fue el único que me molesté en responder, con todas las palabras de amor que Iker merecía. Sara y Eva entendían perfectamente que lo de responder mensajes no era lo mío, así que no se ofenderían por no recibir un SMS de vuelta. Y Pablo, que no tenía ni puñetera idea de lo que yo aborrecía esa nueva tecnología de los mensajes por el móvil, que pensara lo que le viniera en gana. Total, él había pagado y dado el cambio. Por sus mensajes estaba claro que respetarme, poco, quererme cero y hacerme sentir como una cucaracha es lo mejor que se le daba.

Yo ya había tomado una decisión y después de ver sus absurdos mensajes me aplaudí por ella. Me aplaudí entre muchas lágrimas para ser honesta, pero me aplaudí por intentar poner punto y final en aquella historia desgastante de Pablo y Ana: «Te quiero, no te quiero, te amo y te detesto».

*Hay momentos que te quedan grabados en la piel.
Hay canciones que repites en tu mente una y otra vez.
Hay amores que parecen de papel.
Hay personas que nunca más vuelves a ver.*

Hay tanto de ti en mí,

*que me pregunto a cada instante:
¿cómo puedes seguir viviendo si no estás aquí?*

*Quedaste tatuado en cada poro de mi tez,
cantándome al oído cuando nadie nos ve.*

*Tu mente vaga muy lejos, lo sé.
Pero tu esencia...
Tu esencia sigue siendo
parte de mi ser.*

19

Tiempo de mojitos

Julio 2001

Habían pasado cinco meses desde San Valentín. Habían pasado cinco meses huyendo de Pablo y de mis sentimientos. Tuve la suerte de que días después del cumpleaños de Sara, él y Penny se mudaron a Málaga por un cambio drástico en las locaciones escogidas para su escueta producción. Supe también que la actriz californiana, alias Miss Piggy, se lió con uno de los cámaras y abandonó a Pablo. Su relación aparentemente había terminado y ambos regresaron a California (cada uno por su lado). Él lo llevaba bastante bien, aunque fue por un tiempo la comidilla de todo el elenco, productora y equipo técnico de su película. Lo que no llevaba bien era el mal presagio que

cobijaba el *film*. A mitad de grabación, la productora redujo presupuesto y aquello lo tenía desecho.

Todo ello lo escuché de boca de Sara. No porque me lo contase a mí. Cuando acordamos años atrás no volver a hablar de Pablo ni para bien ni para mal, lo cumplimos a rajatabla. Lo escuché de boca de Sara durante sus largas conversaciones al teléfono con su madre y Aitor (la relación de Sara con el teléfono pudo haber sido la tesis doctoral de algún especialista en dependencias patológicas). Ella cotilleaba de forma supuestamente discreta, pero subía la voz de forma tal que hasta Gian Piero y Lachlan, mientras cenaban divinamente a la luz de las velas al otro lado del pasillo que separaba nuestros pisos, se enteraron de la noticia con todo lujo de detalles. He de reconocer que yo no era tan malvada como para regodearme en el dolor ajeno, pero sí lo suficientemente humana para sentir al menos un fresquito ligero recorriendo mi cuerpo al saber que Pablo lo pasaba mal, que la mujer por la que me dejó una vez, se burló de él y que su ego de joven cineasta estaba siendo vulnerado como mi ego de mujer enamorada tantas veces él había machacado.

Por otra parte, yo había conseguido contra todo pronóstico llevar una vida tranquila. No era la vida de adulta que esperaba, pero confiaba en que un golpe de suerte iba a tumbar mi puerta de un momento a otro y todos esos vacíos que daban cabida al estancamiento y al aburrimiento iban a llenarse de oportunidades, de nuevos proyectos, de ilusiones renovadas.

Estaba a solo un año de terminar la carrera, con un trabajo a media jornada en el mismo periódico de pacotilla donde comencé las prácticas y en donde me explotaban de una forma descarada por ser la joven novata, pero pagaban medianamente bien y eso me permitiría ahorrar para irme una temporada al extranjero a estudiar un posgrado, conocer mundo, o simplemente pulir mi caótico inglés (bueno, aprender inglés como es debido y dejar de dar la impresión de estar muriendo atragantada por culpa de una aceituna atascada en la garganta cada vez que decía *Hello*).

La mitad del tiempo en mi trabajo hacía lo que más me gustaba hacer: escribir. Aunque mi escritura cotidiana se basaba en reportajes de poca monta o amarillistas, yo lograba darles un toque interesante con mi redacción fluida y pintoresca. Al menos eso creía yo, pues me lo hacían saber mis fieles lectores en la ciudad capital. Entre ellos Iker, Sara, Javi, Gian Piero, Lachlan, Alena (quien ya dominaba un poco mejor nuestro idioma y en un par de meses daría a la luz el fruto de una apasionada noche de lujuria el pasado San Valentín), el

conserje del edificio donde vivía, el tío de los recados en la oficina y la camarera de la cafetería donde desayunaba algunas mañanas. La otra mitad de mi jornada laboral debía dedicarla a trabajo de campo (trabajo que me resultaba un completo espanto): buscar noticias en la calle que pudieran ser interesantes, constatar las fuentes y escudriñar en los rumores eran algunas de mis funciones. Poniendo en una balanza las ventajas y desventajas propias de mi profesión, este trabajo resultaba llevadero y soportable.

Iker y yo seguíamos juntos, aunque nuestra relación atravesaba una fase peliaguda. Su éxito como arquitecto iba en ascenso y pasaba la mayor parte del tiempo viajando por el norte de España metido de lleno en sus proyectos. Tuvimos altibajos durante los últimos meses. Corroboré que mis celos y mis paranoias tenían fundamentos. Le descubrí tantos engaños que un día me desperté pensando que ya no me afectaban sus mentiras descaradas para justificar la ausencia. Lo había dejado de querer de esa forma especial y bonita que aprendí a querer con él. La culpa por haber ocultado durante tanto tiempo mis sentimientos por Pablo se cargó todo lo que habíamos construido. Al menos, eso pasó de este lado de la relación. Del lado de Iker no tengo ni la menor idea qué pudo ocurrir, pero era evidente que su amor por mí había menguado. Nuestra relación había llegado a un punto en el que ni queriendo podíamos hacernos daño.

Creamos en la costumbre un estado de confort. Parecíamos esas parejas patéticas que permanecen juntas por temor a estar solos. Vivíamos en un esfuerzo constante y está claro que en una relación cuando las cosas se tildan de esfuerzos y sacrificios extenuantes es porque las cosas no pintan bien. Era cuestión de dejarlo o reconquistarnos y ni lo uno ni lo otro nos apetecía. Vivíamos en la desidia. Se nos hizo demasiado fácil renunciar a querernos. Dejamos de alimentar lo bueno de una relación y nos enfocamos en alimentar los celos. Cavamos una brecha tan grande entre los dos que no había un puente lo suficientemente largo para acercarnos. Con todo esto, igual permanecíamos juntos, porque dentro de lo malo, aprendimos a ser amigos que se hacían compañía.

Hay una teoría que asegura que las parejas perfectas deben ser primero buenos amigos y conocerse bien para quererse mejor. Nosotros sin duda lo hicimos al revés. Comenzamos a querernos sin casi conocernos. A medida que lo hacíamos, una parte de nosotros fue valorando las virtudes que veía en el otro, pero nuestros defectos comenzaron a chocar y no supimos como evolucionar juntos. En alguna parte del camino dejamos de anhelar lo

mismo y éramos plenamente conscientes de ello. Pero eso no era razón suficiente para dejar de intentarlo. Los dos éramos demasiado cabezotas para aceptar abiertamente que ya no había sueños conjuntos por los que luchar.

Una tarde calurosa de julio yo me encontraba la mar de bien tomando mojitos en la azotea con Javi (el futuro padre de mellizos. ¡Sí! La eslovaca, además de gótica y fértil, traía niños al mundo de dos en dos. A dos telediarios de morir alcoholizado estaba Javi desde que supo la noticia). Aquel día, mi trabajo de campo consistía en averiguar a qué hora de la tarde el sol cubre perfectamente la azotea para lograr un bronceado perfecto y averiguar también, junto al futuro padre de familia alérgico al látex de los condones, cuántos mojitos serían necesarios para no morir deshidratados expuestos al caluroso verano de Madrid.

Escuchábamos a todo volumen los *hits* del verano (*No rompas más, Prohibida, Dile que la quiero, Lo haré por ti, Yo quiero bailar* y hasta la espantosa *Mayonesa* la cantábamos eufóricos luego de un par de mojitos). En aquel preciso momento, Sara entró a la azotea luciendo pamea y un minivestido azul rey, con una pizza cuatro quesos en una mano y un sobre en la otra.

—¡Qué penita me dais los dos!... Con tanta música que hay para escuchar y vosotros escuchando esa cochinateda.

—¡Ven a bailar Sarampión! Te encanta esta canción y lo sabes... — dije mientras batía el chocolate con mis caderas.

Sarampión era el nuevo apodo de mi adorada Sara. Desde que decidió llamarme Anaconda, yo también le asigné un apodo cariñoso.

—¡Ay Anaconda! Te perdono el mal gusto musical porque tiene su mérito montarse esta fiesta veraniega en horario laboral. Le he traído pizza al futuro papá y para ti una sorpresa que vas a flipar...

—¡Eres la mejor! —agregó Javi mientras olfateaba la pizza cual perro hambriento y yo le miraba fijamente simulando indignación—. ¡Sois las mejores!... La mejor repartidora de pizzas y la mejor *bartender* de Madrid. Solo le pido a Dios que los mellizos sean tan eficientes como vosotras. —No lo insultamos como era costumbre. Los tres sabíamos que una vez que las criaturas llegaran al mundo, momentos como este sería mucho más difícil vivirlos. El fin de una era. Nuestra era estaba por acabar.

Desde niños fuimos un trío inseparable. Ni Sara ni yo contamos nunca con que Javi sería el primero de nosotros en abandonar el nido. Javi mucho

menos se lo creía. Sara y yo nos imaginábamos llegando a la vejez (después de una vida soñada) cargando con el viejo Javier.

Una noche, en aquella misma terraza, nos dio por escribir entre los tres nuestros propios epitafios, etopeyas y mini biografías. Lo primero y lo segundo dieron como resultado lo que podría considerarse un golpe siniestro para la literatura. Lo tercero (las mini biografías que leeríamos en nuestro quincuagésimo cumpleaños), fueron menos espeluznantes, pero también mucho más ambiciosas:

«Sarampión es una periodista que ha marcado un hito en la comunicación. Su cara, conocida a nivel nacional e internacional, representa la cara de todas las mujeres emprendedoras y talentosas. Comparte su vida con un prestigioso empresario extranjero, dueño, entre otras cosas, de grandes cadenas hoteleras. Es madre de una preciosa mujer que se ha coronado en los pasados meses como Miss España. Ha fijado su residencia en Londres, pero su ajetreada agenda la mantiene viajando alrededor del mundo. Una vez al mes comparte, con su mejor amiga y su mejor amigo, un fin de semana en uno de los lujosos hoteles de su marido».

«Anaconda es una escritora consagrada, vive en un ostentoso chalé a orillas del Mediterráneo. Sus obras han sido *Best Sellers* durante décadas. Su primera novela *Él es aquel*, ha sido traducida a doscientos sesenta y dos idiomas, superando levemente a *Pinocho* —el hijo mentiroso de un carpintero—. Y siendo únicamente superada en número de traducciones y ventas a nivel mundial por la historia de otro hijo de carpintero nacido en Belén. Convive con un guapo marido adicto a ella y a hacer las ediciones de sus novelas. Tiene dos hijos preciosos, amantes del arte como sus padres. Mantiene un vínculo sagrado con sus amigos de la infancia, a quienes considera más que amigos, hermanos».

«Jabillo comparte nombre con un árbol originario de América (siendo en la isla de Cuba uno de los lugares donde este árbol se encuentra propagado, como seguramente deba estar propagada la fama en la cama de este magnate español, quien amasó una fortuna desde muy joven gracias a sus astutas habilidades para invertir en la bolsa). Actualmente, sigue encabezando la lista de los solteros más cotizados del país. Es un filántropo por naturaleza que comparte su vida de lujo con acciones altruistas, siempre de la mano de las dos mujeres de su vida Anaconda y Sarampión con quienes ha fundado una ONG».

Estaba claro que a la hora de soñar no escatimábamos en esfuerzos. La

futura paternidad de Javi había cambiado nuestros planes de vida, tal vez para peor, tal vez para mejor. Todo depende del ojo con que se mire.

—¡Hala, sorpresa! Dime por favor que me has conseguido el trabajo de guionista en el canal —dije, uniendo las manos en posición de oración, mientras seguía moviendo las caderas al ritmo de *Mayonesa*.

—No te haces una idea de lo terrible que te ves suplicando mientras bailas ese horror de canción... ¡Y no! Te he dicho treinta veces que no hay vacantes de guionistas. Además, con lo que te gusta cogerte horas para asuntos propios como este; yo, siendo tú, ni loca pensaría en dejar ese trabajo que tienes, aunque sea una mierda de periódico —Javi asintió— ¡Venga va! Te cambio un mojito por el contenido del sobre —añadió con un gesto picarón al tiempo que agitaba el sobre en su mano.

—Sus deseos son órdenes Sarampión —apostillé haciendo una reverencia.

Me apresuré a llenar un vaso enorme de mojito, perfectamente decorado con hojas de menta. Razón tenía Javi. De no haber estudiado periodismo podría haberme dedicado a ser una *bartender* de categoría. Deja el preámbulo y suéltalo ya. ¿Cuál es la sorpresa?

—Vale, vale. Deja los nervios. Que no panda el cúnico. Todo a su debido tiempo —dio un sorbo largo de mojito—. ¡Joder, qué bueno está!...

—Hostia Sara, di la sorpresa antes de que nazcan lo mellizos y tenga que cambiar los mojitos por biberones y a vosotras dos por dos críos malcriados, que, pensándolo bien, viene siendo casi lo mismo —increpó Javi expectante.

—¡Buah! Habló el maduro del grupo —se burló Sara—. ¡Tú eres idiota, y lo sabes! —Yo la aplaudí y seguidamente proseguí de forma desafortada.

—Lo tengo: ¿te casas? ¡Nooooo! Ya lo sé... ¿Te vas a Venezuela? ¡No, no, no! ¿Aitor está en Madrid?... ¡No, qué va! ¿Dejas la carrera? ¡Flipo!... ¿Te han dado la beca en Lyon?... ¿Has comprado el coche?

—¡Joooo!... Si me dejas hablar te lo digo. ¿Qué parte no has entendido de que es una sorpresa para ti? Además, Anaconda, no estás viendo el tamaño del sobre... ¿Se supone que pueda tener aquí metido un coche o a Aitor? —Nos echamos a reír los tres.

—Obvio que no, tonta... Pero es que me tienes en ascuas. Haz algo por la patria, bonita y termina de hablar de una buena vez —respondí.

—¡Mierda!... Si te callas dos minutos seguidos podría hablar. Os juro

por Dios que si me volvéis a interrumpir no digo nada y veré qué hago con el contenido del sobre....

—OK, OK... Mantengamos la calma. Sin amenazas por favor —añadí para calmarla.

—¡Que nos vamos a Barcelona! —gritó eufórica—. He conseguido entradas para el concierto de U2. Una vez más, amiga mía, te he sacado las patas del barro. Ya no tendrás que vender un riñón para comprar el regalo que le prometiste a Iker en navidades.

Mi relación con Iker se había enfriado tanto que hasta aquella promesa había olvidado. «Ahora bien, el hecho de escuchar a U2 en vivo y directo, podía revivir hasta la llama en Alaska» —pensé.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás de coña no? ¿De dónde vas a sacar tú entradas para U2?

—No, mi pequeño saltamontes. No estoy de coña. He conseguido entradas para los cuatro. Así que, los aquí presentes, más tu adorado tormento, nos vamos a Cataluña a ver a Bono, ¿qué tal?

—Sarampión, eres un fenómeno amiga. Recibe mis respetos... —pronunció Javi, con un brillo especial en sus ojos, no sé si de la emoción o de la cantidad de mojitos que llevaba encima. Probablemente de ambas.

Yo no cabía en mi asombro. Sara siempre había sido de esas personas capaces de conseguir todo lo que querían. Tenía un don innato para relacionarse con la gente y hacer que todas las piezas del ajedrez se movieran a su favor.

—¿Recordáis a Arón? —preguntó ella.

—Sí, claro, ¿cómo olvidarlo? Arón Suena a Amor. Arón está cañón. Arón cobra un pastón. Pero ¿qué tiene que ver Arón en todo esto? —pregunté.

—¿Arón el de Jimmena? —preguntó Javi extrañado.

—Síííí. Ese Arón. Cuando Pablo estuvo aquí me puso en contacto con él para que resolviera unos temas de mis padres. Lo he estado viendo durante varios meses. —Javi y yo abrimos la boca sin pronunciar palabra—. Por asuntos netamente legales, que sois muy mal pensados los dos. El tío es majísimo y para que no quede duda, tiene una novia encantadora que trabaja con él en un bufete que es la leche.

—Seguro que la novia es fea de cojones, siempre que vosotras dos decís que una tía es un encanto, se traduce a infollable —comentó Javi.

—¡Javi, focus! —chillé—. Como si Arón se está tirando a un burro, da igual. El punto es ¿qué tiene que ver él con U2? Ya si me dices que además de

todas sus cualidades es el abogado de Bono, os lo juro; le doy un hijo al tío.

—¿Me dejáis terminar de hablar pesados? —Sara comenzaba a enfadarse. Javi y yo asentimos asustados.

—¡Habla! —rogué.

—Pues nada. Hace unos días quedé a comer con Arón y entre una cosa y otra salió el tema de la gira de U2. Le dije que tú te estabas planteando negociar un órgano de tu cuerpo para conseguir entradas revendidas — explicaba Sara de lo más elocuente, hasta que Javi le interrumpió.

—¿Un órgano de su cuerpo? Esta hasta su cuerpo vende por ir a ver a U2. —Puse los ojos en blanco. En aquel momento, el alcohol y la paternidad hacían de Javi un amigo insoportable.

—¡OK! Voy a ignorar tu ofensivo comentario, solo por no malograr al padre de dos inocentes criaturas que vienen en camino... —repliqué. Javi y yo nos enzarzamos en una tanda de manotazos y risas.

—¡Hola! Estoy aquí. ¿Puedo seguir hablando? —suplicó una Sara visiblemente molesta por nuestras múltiples interrupciones.

—Prosigue por favor —le pedimos el futuro padre y yo al unísono.

—Pues nada, cuando le dije que te estabas planteando vender un riñón al primer traficante de órganos que encontrases, se echó a reír y me pidió que no te lo permitiera, que él haría lo posible por solucionar el problema.

Javi interrumpió de nuevo:

—Esas entradas nos van a salir caras... Ya veréis...

—¡Javier! Por lo que más quieras. ¡Cállate ya! Estás monotemático, tío —le reñí.

—Es un hecho Javi, de aquí en adelante voy a hacer como que no existes —anunció Sara, cogió aire y continuó su discurso—. Desafortunadamente, Arón no es el abogado ni de Bono ni de ningún otro miembro de la banda. Pero es el asesor legal de la disquera que representa a la banda. Sus compañeros de trabajo son increíblemente aburridos según él y sospecha que ninguno de ellos querrá disfrutar de unos pases especiales que han enviado al bufete. Así que el chico, muy bien mandado como es, me ha dejado cuatro pases y nos vamos de concierto el mes que viene, con Arón Suena a Amor y su chica... ¿Qué os parece sabandijas?

—¡Yo flipo contigo!... —exclamé prácticamente en estado de *shock*—. ¡Eres un *crack* mi Sarampión!

—Yo creo que alguna de las dos deberá tirárselo como forma de agradecimiento —sugirió un Javier pensativo.

—¡Jabillo! —gritamos las dos presuntamente ofendidas—. Aunque si alguna de las dos debía tirárselo por obligación, yo sería la primera en alzar la mano. Al fin y al cabo, Arón fue mi primer amor. Y por mis experiencias previas en relaciones de pareja era poco probable que algo peor pudiera pasarme.

With or Without You

El jueves 9 de agosto de 2001 interrumpimos nuestras respectivas vacaciones para encontrarnos a primera hora de la mañana frente al portal de los padres de Arón en Valencia. Como no fue suficiente descaro aceptarle las cuatro entradas, aceptamos también que nos llevara a Iker, a Sara y a esta que suscribe, en la comodidad de su *Land Rover Freelander* hasta Barcelona. Con Javi nos encontraríamos en territorio catalán. La encantadora e infollable novia de Arón no pudo venir con nosotros, así que su lugar fue ocupado por Mar, la hermana menor de Arón, que acababa de cumplir dieciocho años. Pero dieciocho años que le habían cundido para desarrollar una personalidad extrovertida, desenvuelta y ligeramente agobiante para ser más exacta.

Mar era la típica chica cuyos ojos gritaban: «Estoy buena y lo sé. Sujétate fuerte que esta moto va sin frenos». De esas mujeres que intimidan a todas sus compañeras de género a menos que seas muy segura de ti misma, tengas el cuerpo de Adriana Lima (con quien Mar compartía estatura y rasgos físicos), o el poder de Angela Merkel (con quien claramente no compartía intelecto). Cualquier fémina que no gozase de alguna de esas características, se sentiría insignificante ante semejante morenaza.

Ella cubría sus esculpidas piernas con solo quince centímetros de una minifalda vaquera. Lucía ombligo descubierto con piercing horrendo y un sujetador fucsia talla 90F visiblemente expuesto bajo un top rosa fluorescente. Vamos, que Mar le había dado la vuelta de una forma brutal y grotesca a ese viejo concepto de la elegancia que apostilla: «Menos es más a la hora de

vestir». Unido a esto, era una chica maja y conversadora, quizá hablaba más de lo debido y luego de una hora en carretera provocaba ahorcarla con los tirantes de su escandaloso sujetador. Durante las cinco horas de viaje solo se calló durante los cuatro minutos que tardó en pintarse las uñas. De resto, fue escuchar sus opiniones absurdas y su voz desafinada, cantando absolutamente todas las canciones que sonaban en la radio.

Las paradas para almorzar, picotear o tomar café, representaban una paz celestial. Mientras la pequeña Mar fumaba uno tras otro los cigarrillos que su hermano no le dejaba encender dentro del coche, el resto nos alejábamos de ella con la excusa de estirar las piernas. La única verdad era la necesidad imperante de desconectar al menos por unos minutos de su voz chillona, antes de volver al coche de las torturas.

En un área de descanso a mitad de camino, Mar fumaba cual fulana de carretera, mientras Iker devolvía presuntas llamadas de trabajo que no pudo coger en el coche (¡sí!, aunque parezca mentira, su móvil era el único que no tenía cobertura en la carretera y en plenas vacaciones de agosto mi chico no paraba de trabajar. Esta era una de esas tantas actitudes absurdas que Iker tenía y yo, cómodamente, me hacía la vista gorda). Sara, Arón y yo nos alejamos de la fulana y del mentiroso y fuimos a comprar helados para combatir el calor.

—Arón, una vez más gracias por todo. Es una pasada que en unas horas estaremos escuchando a U2. ¡Y todo gracias a ti! Es que aún no me lo creo —dije por enésima vez.

—Ya deja de agradecer tanto, Ana. Con la pesadilla que se ha vuelto viajar con mi hermanita, más bien debería pedirlos perdón. Soy yo el que está agradecido de que me acompañen en este suplicio. Es un coñazo tener una hermana tan choni...

Sara y yo soltamos una carcajada.

—¡Joder!... El frío del helado se me subió a la cabeza —dije mientras presionaba mi sien, como si esto fuera a remediar la sensación.

—¿Me dejas probar algo que leí hace poco?... —preguntó Arón.

Asentí.

Acto seguido acunó mi cara con sus manos y me miró a los ojos de una forma imposible de explicar con palabras. De esas miradas breves, pero a la vez profundas y largas, como si con una mirada pudieran desnudarte el alma. Besó mi frente rápidamente y con su dedo índice acarició la punta de mi nariz, mientras preguntó:

—¿Mejor?

—Eso, eso, eso creo... Gracias —dije con mi bendita voz temblorosa (que cuando estoy nerviosa o no sale o sale tartamudeando).

Seguimos disfrutando en silencio de nuestros helados. Sara tenía los ojos puestos como platos luego de aquel extraño momento —que fue una tontería obviamente—, pero el ambiente se había tornado diferente.

Aprovechando el silencio, Sara movió su cabecita rubia para llamar mi atención e iniciar una silente conversación.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Cómo que qué? ¿Qué fue eso que acaba de pasar?

—Fue raro, ¿cierto?

—Raro no... lo siguiente... El tío está ligando contigo y tú parece que has olvidado que vas en su coche con Iker...

—¿Qué dices?... Cómo se nota que estás a dos velas amiga mía. Ahora según tú, todos los movimientos de la gente tienen como única finalidad ligar.

—Del resto de gente no sé yo, guapa. Pero de Arón Suen a Amor, a mí me suena más bien a Arón en modo ligón.

—Calla tonta....

Llegamos a la ciudad de Gaudí justo a la hora de la comida.

Nos alojamos en un hotel clásico, muy bien ubicado, cerca del cruce de la avenida Diagonal y el Paseo de Gracia. Solo encontramos dos habitaciones disponibles. En una dormiríamos Sara, Iker y yo, y en la contigua Arón y su hermana. Javi se estaba hospedando en casa de unos amigos y quedamos en encontrarnos con él para comer y concretar los detalles del fin de semana.

La tarde del jueves la dedicaríamos única y exclusivamente a Montjuic y a hacernos un par de fotos —antes de disfrutar de Bono y su séquito— en el Palau Sant Jordi.

El viernes haríamos un recorrido por las obras de Gaudí y estaba prevista una sesión de churros en una granja en el Carrer de Petritxol en pleno barrio Gótico.

El sábado, playa, fiesta, chiringuitos y un paseo por la Rambla por supuesto... La maravillosa Rambla, que nadie la ha definido mejor a como lo hizo Federico García Lorca: «La calle más alegre del mundo, la calle donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año, la única calle de la tierra que yo desearía que no se acabara nunca, rica en sonidos, abundante de brisas,

hermosa de encuentros, antigua de sangre: Rambla de Barcelona».

Elevation abrió el concierto con un retraso de treinta y cinco minutos; retraso que nos permitió beber una cantidad de cerveza tal, que la choni Mar ya empezaba a tambalearse (tenía muy mala bebida la chica). Bono, vestido de negro y con gafas de cristales violetas, se paseaba junto a *The Edge* por la pasarela del escenario con forma de corazón y en cuyo interior disfrutaban a centímetros de sus ídolos, unos pocos afortunados. Por más que lo intenté no pude ser una de las afortunadas. Tuve que conformarme con ver a los irlandeses de lejos.

El sonido de su música era limpio y potente. El concierto era perfecto y la compañía que tenía también. Salvo la choni que se tambaleaba, todo lo demás iba viento en popa. Cantamos a todo pulmón *Sunday Bloody Sunday*. Cuando comenzó a sonar *Stuck in a Moment You can't get out Of*, Sara y yo abrazamos a Javi y se la cantamos de una forma tan efusiva que prácticamente le dejamos sordo. Luego vino el turno para *In a Little While*. Iker se ubicó detrás de mí y me abrazó por la cintura cantándome los coros al oído. Sentí que aquello tan bonito que habíamos creado entre los dos tenía solución.

A pesar de todos los altibajos por los que había pasado nuestra relación, aún seguíamos juntos, porque lo nuestro era único y especial. Yo era su niña con ojos españoles, capaz de suavizar su corazón latiente. Arón nos veía y se dibujaba en sus labios una sonrisa, quizá porque sabía lo que yo soñaba desde niña, quizá me recordaba viendo *Candy Candy* y podía ver cómo había crecido y cambiado durante todos estos años.

Luego vino un *Happy Birthday* a todo pulmón en honor al cuarenta cumpleaños de *The Edge*. El calor era sofocante. Iker se ofreció para ir a comprar más cervezas y Mar le acompañó para airear su borrachera. Un par de canciones después comenzó a sonar *Pride*. Fue el mejor momento de la noche; ver el corazón totalmente iluminado, mientras un público enardecido coreaba *In the Name of Love*. Algo que adoraba a los veintiún años y que creo seguiré adorando siempre, es la magia que generan los conciertos. La adrenalina corre como el viento y el aire que se respira lleva todos los acordes de la melodía. Hay complicidad en las miradas del público. Yo soy de las que siente que todas las canciones las están cantando para mí y soy de las que grita y salta con frenesí. Esta última la canté con una voz casi desgarrada, como si estuviera jugándome el último puesto en un concurso de talentos. Arón se reía de mí.

Cuando una espectadora —que esté donde esté, confieso que odiaré y envidiaré por siempre— subió al escenario para que Bono le cantara la que era mi canción, *With or Without You*, Iker no apareció.

—¡Oye! Ahora vuelvo —le dije a Arón que se encontraba oportunamente a mi lado.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? ¿Y perderte *With or Without You*?...

—Necesito ir al servicio... —mentí—. Necesitaba a Iker a mi lado, abrazado a mi cintura, diciéndome al odio cuánto me quería, cuánto lucharía por nuestro amor. Que las cosas volverían a ser lo que fueron ayer. Que no podía vivir sin mi sonrisa, sin mi olor, sin mi mal humor. Que todo su ser me necesitaba, como necesita el sol salir cada mañana. Que además de presente, nosotros seríamos para siempre. Necesitaba su voz posada en mi odio diciendo bajito *I can't live without you*.

—¡Va! Te acompaño. —No tuve tiempo a replicar—. Cogió mi mano y se abrió paso apresurado entre la multitud. Arón tenía una personalidad contrastante. Por un lado, se mostraba atento y sereno. Hablaba de forma pausada, daba la entonación perfecta a sus palabras. Educado, caballero, como sacado de un cuento. Pero a la vez, tenía un toque intimidante, de esos hombres que cuando van vestidos de traje parecen inalcanzables y cuando llevan vaqueros anchos y camiseta negra dejan en tu cabeza un montón de quimeras. Arón era dulce y brusco a partes iguales. Solo que su rudeza era bien disimulada en una actitud comedida. Era de esas personas que parecen estar a gusto llevando siempre la batuta, aunque eso suponga llevar un gran peso sobre sus hombros. «Los tribunales deben temblar cuando este hombre empieza a litigar» —pensaba yo.

Me apretó tan fuerte la mano mientras esquivábamos a la fanaticada delirante que cantaba mi canción, que un anillo de piedras que mi madre me había regalado y que yo lucía orgullosa en mi dedo anular, se me clavó en el meñique, con tanto dolor como se me clavó en la vista la imagen que vería a continuación.

Mar, la choni, borracha, arrabalera... Mar, hermana de Arón, el abogado cañón, ligón, que cobra un pastón..., se encontraba recostada sobre un muro junto a la venta de cervezas. Iker, mi Iker, el mismo que me había llamado durante dos años reina y princesa, apoyaba todo el peso de su fanfarrón cuerpo sobre esas tetas 90F. Devorándose ambos en un beso asqueroso y grotesco, como si hubiesen estado presos del deseo durante décadas, cuando en realidad se habían conocido la mañana de ese mismo día.

Por una parte, pensé: «¡Mierda!... Si esto hace Iker con una perfecta desconocida; que además se viste de fulana; que tiene poco en la cabeza y que es una pesadilla cuando habla, ¿qué no hará con cualquier otra?». Cuando yo me refería a los altibajos en nuestra relación, al hecho de que pensara que él no era del todo sincero, que tenía tendencia a la infidelidad, nunca paso por mi mente que Iker fuera un promiscuo o un perfecto patán. Me lo imaginaba ligando y coqueteando, dejando puertas abiertas por donde quiera, pero nunca imaginé su lengua embustera recorriendo otra piel que no fuera mi piel. Por otra parte, pensé en paralelo tres formas maravillosas de vengarme por semejante humillación.

—¿Estás bien? —me preguntó Arón, con un tono etéreo mientras veía como las manos de su hermanita paseaban por la que un día convertí en mi Muralla China y que intentaban a toda costa apoderarse del espacio entre la piel y el vaquero de Iker.

—Me duele mucho la mano —respondí sin poder separar la vista de ese espectáculo soez que Iker y Mar estaban dando—. A este punto, Arón y yo permanecíamos cogidos de la mano como dos enamorados (con la diferencia que no había un corazón imaginario enmarcando nuestras siluetas). Habíamos apretado con tanta fuerza nuestras manos que sentí como nuestros dedos se fundieron, con la única intención de estampar un golpe seco sobre aquel mentón que Mar mordisqueaba.

—¿Se lo das tú o se lo doy yo? —se podía escuchar en la conversación silente entre Arón y yo—. Solo había logrado esta clase de comunicación, con muy pocas personas. Pero a partir de aquel día, comencé a comunicarme con fluidez y en perfecto silencio con Arón —resoplé.

—¡Se lo doy yo! —sentenció Arón con una voz clara y fuerte, al tiempo que soltaba mi mano y sacudía la suya, intentando hacer que la sangre volviera a circular por sus dedos y que sus nudillos se encontrasen acoplados perfectamente para estampar un puñetazo a lo Mike Tyson.

Caminó hacia ellos con paso seguro. Sin mediar palabra, sujetó el hombro de Iker y de un empujón separó ese cuerpo a cuerpo pasional que no podía pasar inadvertido.

Mar se llevó las manos a la boca en un gesto chocarrero de sorpresa —cual doncella descubierta en sus andanzas—. Sus ojos, exageradamente maquillados, no dejaban de mirar la expresión colérica de su hermano.

Iker se sacudió rápidamente la camiseta y la entrepierna con una mano, mientras con la otra procuraba borrar las huellas de pintalabios que Mar había

dejado sobre su boca, sobre su cuello, sobre su oreja.

«¡Alguien por favor que ayude al chaval con un cubo de agua y lejía, para que pueda lavarse la cara cómodamente porque al pobre lo han morreado con un pintalabios de larga duración!» —grité en pensamientos.

Cinco segundos después tuve que contener las ganas de dar saltitos de alegría por lo que acababa de hacer Arón. Deseaba aplaudir como una foca, admirando su valentía. Valentía demostrada al estampar un puñetazo conciso a un hombre que —era evidente— por el ancho y grande de sus brazos le ganaría en fuerzas en un mano a mano, a pesar de los casi diez centímetros de estatura que Arón le sacaba. Me sentí como una damisela de cuento a quien dos apuestos caballeros se debatían en duelo. «Arón está defendiendo mi honor... O quizá el honor de su hermana... No. ¡Qué va!... La susodicha es la fulana de la historia; Iker el forastero sinvergüenza; Arón el héroe con espada...» Un culebrón de época, con música en vivo para rematar. Dejé de vagar en mis pensamientos y volví a la realidad para no perderme detalle de aquel momento crucial.

—¿Qué coño te pasa *huevón*? —increpó Iker, acompañando sus palabras de un tremendo bufido y una mirada iracunda que llegó a inspirarme terror.

Arón no le respondió. Sin embargo, a un metro de distancia, le sostuvo la mirada de una forma retadora; de esas que le mojaría las bragas a cualquier fémica que fuera testigo de la escena.

—*Bona nit* —se despedía Bono al micrófono—. Arón cogió a la golfa de su hermana por el brazo e hizo marcha con ella hacia la salida.

—¡Nos vamos!... —soltó Arón al pasar por mi lado, y más que un aviso, sonó a una orden ineludible—. Sonaba *One* para cerrar el concierto y para dar por finalizada mi historia con Iker. Te espero afuera, ¿vale?

Asentí. Aunque el resto de mi cuerpo permanecía inmóvil, era la segunda vez en la vida que tenía esa sensación espantosa de incredulidad y decepción. Cuando sientes que el mundo se derrumba a tus pies y que ya nunca más podrás moverte porque el peso de los escombros es mayor que tus fuerzas. La traición duele y duele mucho más cuando eres testigo de ella, cuando no queda espacio para la duda porque nada puede borrar esa imagen que tus ojos han visto. Duele igual si la esperas o no. Duele igual si está viva la llama del amor o si el sentimiento apenas sobrevive entre las cenizas. Duélale a quien le duela, la traición siempre duele. A veces el dolor es pasajero, otras veces, parece eterno. De cualquier forma, la traición es

devastadora, aunque no letal, eso es lo que importa.

Iker dio un par de pasos hasta situarse frente a mí. La expresión de su cara era indescifrable. Yo que me creía una experta en su lenguaje corporal, no lograba entender si el ceño fruncido, la mirada evasiva, los dientes fuertemente apretados y el movimiento repetitivo de sus manos recorriendo la cabeza desde la frente hasta la nuca era una señal de disculpa o de arrepentimiento.

—¿Piensas irte con ese cabrón? —preguntó finalmente para romper el silencio. Su voz sonaba tan arrogante que se me antojaba abofetearle al compás de la música mientras tataba: *one love, one blod, one life...*

Me contuve las ganas de ser yo quien le estampase el segundo puñetazo de la noche.

—¿Perdona?... —repliqué incrédula—. ¿Después de lo que ha pasado eso es lo único que se te ocurre decir? ¿No te pasa nada más por la cabeza, joder?

—¿Y qué se supone que debo decir? ¿Pedirte perdón? ¿Disculparme contigo porque la hermanita del que te da besitos en la frente y no deja de mirarte por el retrovisor se me lanzó encima? ¡Dímelo tú que eres tan lista! —El muy imbécil intentaba justificar sus actos culpándome a mí, no sé de qué—. ¡Escucha! ¡Escucha! Esta estrofa es para ti: «*Did I disappoint you? Or leave a bad taste in your mouth?*».

—¿Eres imbécil o te haces? Me podía esperar cualquier cosa de ti Iker, pero nunca que fueses esta clase de gilipollas.

—No me jodas Ana, no te hagas la dolida. Está claro que tú y Arón, el cabrón, se traen algo y sabrá Dios desde cuándo. OK... ¡La cagué! No tenía que haberme liado con Mar. ¿Contenta?... Pero reconoce que tú también tienes culpa en que lo nuestro esté hecho mierda. Esta relación no me la cargué yo solo.

Y en aquello sí que estaba de acuerdo con Iker. Soy de las que cree que cuando una relación de pareja se va a pique, participan ambas partes. Con esto me refiero solo a aquellas relaciones que yo llamo potencialmente exitosas —como creía que era la nuestra— o simplemente relaciones sanas, cuyos cimientos son el amor y el respeto.

Se necesitan dos personas como mínimo para hacer el amor y dos personas como mínimo para desencadenar una guerra. En ambos casos da igual que uno sea activo y el otro pasivo, o que los dos compartan intensidad o dejadez. Lo cierto es que, para mí, si una relación es de dos, sucumbe gracias

a dos. No es cuestión de señalar una víctima y un victimario. Es cuestión de asumir que, si una pareja se derrumba, puede ser por millones de razones de las cuales ambas partes son responsables a mayor o menor escala, sin necesidad de medir quién lo ha hecho mejor o peor. Los dos que conforman el equipo tienen su cuota de participación en el fracaso o en la posible solución. Es un razonamiento básico. Para que una relación funcione debe haber, en teoría, un sentimiento bilateral pues para que fracase, basta con que uno de esos lados cambie de sentido, de prioridades o simplemente se transforme y el otro no logre acoplarse.

Entendía perfectamente a lo que él se refería, pero el hecho de que habíamos cambiado; nos habíamos alejado sin notarlo y no habíamos hecho nada para recuperarnos el uno al otro, no justificaba su cinismo aquella noche.

—Haré tiempo antes de llegar al hotel. Saca tus cosas de la habitación antes de que yo llegue, por favor. Supongo que habrá más hoteles disponibles para que pases la noche. —Mi voz parecía serena, aunque me palpitaba el ojo derecho.

Pensaba que de un momento a otro iba a ser víctima de un ictus. Me concentré en pensamientos positivos. Visualicé a mi madre y a Deepak Chopra como a Heidi y su abuelito cantando por los Alpes. Fue efectivo.

—¿Me estás maleteando? —protestó.

—Te estoy pidiendo que pases la noche en otra parte, como entenderás, no me apetece compartir cama contigo.

—Pues duerme con Sara y yo duermo en la otra cama. Me parece que estás teniendo un ataque de malcriadez. ¿Dónde coño se supone que voy a encontrar una habitación a esta hora?, ¿eh?

—¡Eres increíble...! —reproché. Suspiré decepcionada un segundo después. Iker se estaba comportando como una persona a la cual yo desconocía y conocer su lado insolente me daba escalofríos—. No pienso discutir contigo. Llévate tus putas maletas antes de que yo llegue al hotel y haz con tu vida lo que te venga en gana. —Giré sobre mis talones y me encaminé a la Plaça d'Europa, el punto de encuentro que acordamos por si alguno se perdía en el tumulto del concierto y la salida amontonada.

Debí haber caminado muy lento, incluso creo que llegué a un punto en el que no caminaba, flotaba y me dejaba llevar por la multitud. Daba vueltas sobre mi propio eje y no encontraba una cara conocida entre todas las caras que veía pasar. Una mano tibia me sujetó con fuerza por el brazo. Era Arón.

—¡Ana! ¿Estás bien? Llevamos rato esperándote —su voz sonaba

protectora, compasiva.

—Sí, sí... Estaba medio atontada, eso es todo. ¿Has visto a Javi y a Sara?

—Le pedí a Javi que se llevara a mi hermana. Sara está en la Plaça, llamándote como loca y esperándote allí.

—Me he dejado el móvil en el hotel... —Bajé la vista hasta su mano que apretujaba mi brazo derecho.

—Lo siento —asentó él y soltó mi brazo de inmediato.

—No pasa nada... Es que sujetas muy fuerte. —Le regalé una sonrisa de agradecimiento por su actitud protectora y por ese puñetazo bien dado—. Vamos a por Sara —sentencié—. Supongo que le has contado lo que pasó, ¿no?

—En cuanto nos encontramos con tus amigos Mar les contó lo que ocurrió. No sé qué diablos pasa por la cabeza de mi hermana. Lo siento. Siento mucho lo que hizo. Se comporta como una cría rebelde... ¡Es un coñazo!... Siento lo de tu novio. Perdona que lo golpeara. Sé que tenías muchas ganas de venir a este concierto y mira cómo ha terminado la noche...

—¿Qué dices?... Deja ya de disculparte. El concierto ha sido una pasada... ¿Con un final inesperado? Pues sí, para qué mentirnos... Hoy descubrí que no todos los hombres son iguales. Algunos son imbéciles y otros cumplen lo que prometen —dije, apuntando con ambas manos hacia él. Con ese gesto típico que hacen los magos cuando señalan el conejo que han hecho aparecer en la chistera—. La has petado con esa hostia que le diste... —Levantó los hombros y ladeó la cabeza.

—Es lo que hay. A veces intento cumplir las promesas... Y tú, ¿sigues viendo *Candy Candy*?

Nos echamos a reír.

—De vez en cuando... Es un secreto sumarial, pero tengo cintas de VHS con muchos capítulos grabados —presumí orgullosa.

Él sonreía apretando los labios y negando con la cabeza.

—¡No has cambiado nada! —dijo como si aquello fuese una maravilla.

—Lo tomaré como un halago.

Mis mejillas se sonrojaron, no por algo en especial, simplemente por recordar.

—Ana, yo también puedo ser un imbécil —afirmó, y aquello sonó a no te acerques al fuego que te puedes quemar. No te vistas que no vas... Yo y

mi maldita costumbre de leer entre líneas.

Los sentimientos mezclados por lo que estaba pasando aquella noche fueron muy fáciles de canalizar con la compañía de mi mejor amiga, mi mejor amigo —que se unió a nosotros en un bar cerca del hotel— y Arón quien, entre otras cosas, se había convertido en un santiamén en la persona con más calificativos en rima que había conocido: Arón Suen a Amor, según su madre; Arón está cañón, según mi prima; Arón cobra un pastón, según Pablo; Arón es un bombón, según Sara; Arón es un ligón, según Javi; Arón es un cabrón, según Iker. Para mí, en definitiva, Arón molaba un montón.

Dicen que las alegrías se viven con más intensidad cuando son compartidas. Las tristezas por su parte son más leves si encuentras en quien apoyarte. Lo certifico, aunque no menosprecio el valor de la soledad para pensar y poner en perspectiva emociones y sentimientos. La buena compañía hace el dolor más llevadero y la felicidad más perdurable.

Para lo bueno y para lo malo, tener cerca un amigo incondicional es una fortuna, pero si además corres con la suerte de que ese amigo sea empático, ya son palabras mayores. La empatía es un tesoro invaluable. Y allí estaba yo, divina de la muerte, pasando el mal sabor junto a una botella de Black Label, con tres de las personas más ducharas en el tema de ponerse en los zapatos de otros.

Implicarse a conciencia en el sentir ajeno, intentar comprender los sentimientos de los demás, respetar sus emociones, aun y cuando no sepamos que las hizo detonar, es un don que pocos tienen. Cuando se despierta el deseo de ayudar porque sientes el desconuelo o la angustia que alguien está padeciendo y decides ponerte a ello, ser apoyo o salvavidas, ser cobijo o compañía, es sencillamente perfecto. Es, sin dudar, de las cosas más bonitas que se pueden hacer en la vida.

Un clavo saca otro clavo

*Olvidé decirte que te quiero,
que te he echado de menos,
que sin ti los días son eternos
y en las noches solo encuentro miedos y desvelo.*

*Olvidé las risas y los sueños,
di por hecho que lo nuestro ya no tenía remedio
y miré serena como tu amor iba sucumbiendo.*

*Te dije adiós como quien dice:
«nos seguiremos viendo»,
pero sabía, sí que lo sabía,
que aquel adiós, no era un hasta luego.*

*Se me olvidó quererte tantas veces,
que preferí perderte para siempre.*

El segundo semestre del año 2002 no pudo ser más movido. Javi, Sara y yo nos graduamos.

Javi llevaba con dificultad su faceta de padre, pero era feliz junto a Alena y los pequeños. La eslovaca resultó ser siempre una caja de sorpresas. Era una madre ideal y lo que tenía de antipática socialmente lo tenía de abnegada y amorosa con sus niños.

Sara y Aitor organizaban bodorrio —y cuando digo bodorrio es porque aquello era de tirar la casa por la ventana—. En resumen, el enlace consistiría en tres semanas de celebración continua. Una primera fiesta —en plan despedida de solteros conjunta— en Tarifa. Una semana después, el magno evento en una preciosa Masía en El Puig (muy cerca de Valencia capital) y para concluir, un viaje a 7258 kilómetros de distancia para disfrutar de una fiesta en los jardines de Gure Etxea.

Mi hermana estaba completamente feliz. Estaba esperando su primer hijo. Se reencontró con el anestesista tarraconense y ya nunca más se separaron —bueno, si por reencontrar se entiende el resultado de un acoso premeditado y estudiado hasta el último detalle, llevado a cabo por ella y sus brillantes secuaces, entre las cuales me incluyo—.

Jimena, por el contrario, se acababa de divorciar de Miguel, su primer marido. Fue a principios de aquel verano del 2002 cuando irrumpimos en su casa y por ende mancillamos nuestros expedientes judiciales.

Iker y yo procuramos con gran esfuerzo pasar página. Cuando volvimos a Madrid hablamos como personas sensatas. Reconocimos errores, pedimos disculpas, aceptamos disculpas y evolucionamos. Alcanzamos un nivel de inteligencia emocional que el Dalai Lama fliparía. Duró poco, por supuesto. En un abrir y cerrar de ojos, el gran maestro ya estaría dándose golpes de pecho por nuestras torpezas y la escasa fortaleza demostrada. Entre disculpas y reproches, volvimos a jugar entre las sábanas más de una vez. De cualquier manera, fue un paso determinante en nuestro crecimiento personal, al menos para saber los errores que no debíamos cometer en relaciones futuras, pues era poco probable que nuestra relación tuviera futuro alguno.

Intenté ponerle punto final a esa dinámica dañina que habíamos creado Iker y yo, basándome en aquel viejo refrán de que «un clavo saca otro clavo».

Error garrafal. Un clavo solo sale con tus propias manos o con la ayuda de un martillo. Al menos, la aventura de quince días con el nuevo clavo fue divertida. Ocurrió en Valencia en las navidades del 2001. El clavo fue Chiva Loca, el antipático profesor de química. Sé que pareceré patética, pero todo tiene una explicación...

Una tarde estaba de reencuentro con mis amigas del colegio disfrutando del *Chester* y de las tartas de la pastelería que solíamos visitar todas las tardes al salir de clases, cuando vimos a un Chiva Loca repotenciado caminando hacia el mostrador de la bollería francesa. Llevaba una barba tipo perilla —atrás había quedado esa barba espesa asquerosa que se jactaba de

lucir en su época de catedrático—. Observaba con detenimiento a su alrededor a través de unas gafas con montura de pasta que le daban un *look* intelectual irresistible. Caminaba más erguido; se veía seguro de sí mismo. Vestía un sobretodo azul marino que en cualquier otra persona —con los agradables 20 °C que había aquella tarde— se hubiera visto ridículo, pero a él le quedaba de película.

El profesor de química era el hombre más *sexy* que había pisado esa pastelería. Lo sabían las camareras, la pastelera y todas y cada una de las clientas. Mis amigas y yo quedamos boquiabiertas. El silencio se apoderó del lugar en cuanto los dientes enormes de Chiva Loca acabaron con un *croissant* de cereales. Antes de que reaccionáramos, Sara lanzó un grito insolente para llamar su atención.

Él se giró hacia nosotras, se sacudió sutilmente los restos de hojaldre que habían caído sobre la solapa, nos regaló una sonrisa reluciente y caminó decidido hasta la mesa donde nos encontrábamos sus antiguas alumnas. Saludó a todas cariñosamente, salvo a mí, que únicamente me lanzó una mirada cortante. Apparentemente el hombre era muy rencoroso. No había sido capaz de superar que por mi culpa le hubiesen echado de su trabajo en el colegio, después del desastroso incidente en el laboratorio.

—Ha sido un gusto veros chicas y me alegra mucho saber que estáis tan bien —dijo para despedir la frívola conversación que había surgido—. Aunque no puedo decir lo mismo de verte a ti Santos... En fin... Que paséis felices fiestas. —Me miró de arriba abajo despectivamente mientras un profiterol gigante inflaba mi mejilla y se dio media vuelta entre las risas tontas de mis amigas.

—¡Qué fuerte, Anaconda! El célebre profesor de química todavía te odia —apuntó Sara—. ¡Eres un fenómeno *My friend!* Dejas huella imborrable en los hombres... A qué no te atreves a montarle un follón por grosero y antipático.

—Observa y aprende, Sarampión.

Acepté el reto con toda la elegancia y la seguridad que podía demostrar metida en un chándal decolorado, que además de feo, me quedaba grande. Me acerqué al mostrador donde él se había dejado el maletín y coqueteaba abiertamente con una de las dependientas. Llamé su atención dando esos toquecitos en el hombro que me resultan desquiciantes.

—¿Querías algo? —preguntó cortésmente—. De querer, hubiese querido que me alzara en el mostrador y me besara apasionadamente. Desde la

ruptura con Iker tenía fantasías con cuanto hombre veía.

—Quería hablar contigo. No te había visto desde hace años y nunca tuve oportunidad de disculparme por lo que pasó en el laboratorio. Me pareció exagerado que te echaran del cole por algo que fue mi culpa. Pero sé que ahora estás mucho mejor.

Y sí que lo estaba. Además de lo que era obvio a la vista en su físico y estampa, Chiva Loca era el vicepresidente de una prestigiosa farmacéutica en la que empezó a trabajar al terminar su faceta docente.

—Pues entonces tendré que agradecerte aquel desastre... —replicó con una voz presuntuosa, al tiempo que me mantenía la mirada sin pestañear y buscaba en el bolsillo de ojal de su sobretodo del que sacó una tarjeta de presentación—. Llámame cuando quieras y seguiremos charlando, que ahora llevo prisa.

Con toda la destreza de un carterista que hace de las suyas entre los incautos viajeros del metro, insertó la tarjeta en el bolsillo del pantalón de mi chándal decolorado.

—Vale, así lo haré.

Quería por sobre todas las cosas sonar segura y llena de *sex-appeal*, pero metida en un chándal, con una coleta alta, ojerosa y desaliñada como estaba, era misión imposible.

Dos días después le llamé. Me invitó a cenar a *La Marcelina*, un restaurante que representaba un auténtico clásico en la ciudad. Con la playa de las Arenas de fondo, disfrutamos de una paella valenciana que estaba para chuparse los dedos, un vino afrutado y unos cuantos chupitos de orujo de hierbas en la sobremesa. Todos los astros se alinearon para que nuestra conversación fuera fluida, incluso divertida y con altas señas de coquetería. Así pues, en medio del paseo Neptuno, un beso suave, bastante breve para mi gusto, selló la velada.

Desde aquella noche de luna menguante, yo rogaba a los cielos para que aquel beso se repitiera. Que la próxima vez fuera más intenso, no estaría mal. De tanto imaginarlo me comencé a obsesionar. Además de bipolar, mi sintomatología parecía la de una obsesiva compulsiva. Tenía pensamientos recurrentes en los que esos labios que antes odiaba recorrían cada centímetro de mi piel. Me generaba una ansiedad descontrolada que él solo pensara en hablar y comer cuando estaba conmigo, mientras yo pensaba en diferentes formas de arrancarle la ropa. Vagar junto al él en un mundo de fórmulas químicas o compuestos farmacéuticos era todo lo que yo deseaba. Estaba a un

paso de volverme loca, sin embargo, mi psicólogo de turno insistía en mi estabilidad mental y emocional. Decía que era natural y completamente sana la intensidad y la frecuencia de mis emociones.

—No hay mejor ejercicio para la inteligencia emocional que aceptar, expresar y controlar nuestras emociones negativas como el miedo, la tristeza, el llanto o la rabia en la frecuencia de algunas veces. Así como aceptar, expresar y controlar también, la risa, la alegría, la confianza, la paz, las emociones positivas en líneas generales, en una frecuencia de muchas veces. Era parte de su discurso en cada consulta.

La última vez que conversé con aquel psicólogo, me recomendó hacer un ejercicio de conceptualización. Me explicó que, basándome en mis propias vivencias, así como en mis sueños y anhelos, yo podría identificar claramente lo que quería y mejor aún, podría saber cómo alcanzarlo. Sonaba interesante y obviamente realicé el ejercicio en mi ámbito favorito, el amor.

Haciendo un recuento de mi vida sentimental hasta esos momentos, yo había vivido a mi propio juicio tres tipos de amor:

Un amor platónico hacia Arón. Desde que era una niña lo idealicé como la pareja perfecta. Por una razón que desconocía, él era recurrente en mi vida, recordándome constantemente que el amor ideal era la suma de tres principios irrefutables: compromiso, pasión e intimidad. Con Arón no había surgido ninguno de los tres, pero yo estaba convencida de que si surgía uno, los otros dos vendrían por añadidura. Él me enseñó el valor de una promesa por más tonta que parezca y me demostró que hay hombres que son capaces de mantener la distancia cuando no pueden darte lo que esperas.

Un amor intermitente era la mejor forma para describir mi relación con Pablo. Un anhelo constante de lo que pudo ser y no fue. Un montón de reproches; un montón de porqués dando vueltas en mi cabeza. No era capaz de desechar el sentimiento que nacía de sus pupilas tropezando con las mías; no era capaz de evitar los recuerdos. Se me olvidó olvidar que lo nuestro no era algo para recordar. Todo entre nosotros era efímero o tormentoso. Era dañino o benigno según el momento.

Iker fue un amor romántico. Lleno de pasión e intimidad, pero sin una intención sincera de compromiso. Había vivido tantas primeras veces con él, que por momentos imaginaba una vida eterna a su lado. Él era el único que conocía de mi propia palabra, mis miedos más secretos; de mi boca, recovecos y de mi cuerpo, cada sombra. Quizá por ello me costaba tanto pasar página.

Había descubierto ya que el amor es moldeable y puede cambiar, transformarse o adaptarse. Algunas veces evoluciona y otras tantas se evapora.

A medida que nuestras necesidades y prioridades van cambiando, cambiarán también nuestras expectativas en una relación. Me parece súper complicado e incluso poco probable, coincidir en tiempo y espacio con alguien con quien sintonices. Hablo de esa sintonía que hace vibrar cada parte de tu ser. Con solo verle, descubres que están vibrando en la misma frecuencia, que llevan el mismo tono y acorde en la melodía de sus vidas... Cuando se acoplan dos latidos de una forma tan perfecta, no sabes bien diferenciar la noche del día.

Mi madre llevaba meses repitiéndome lo siguiente:

—Si tienes la suerte de encontrar en tu camino a alguien con quien sintonizas, vibra en esa sintonía el tiempo que te haga feliz, el tiempo que se hagan felices, el tiempo que crezcan, el tiempo que solo los dos quieran. Aunque sea poco probable, con suerte te pasará más de una vez. Encontrarás a alguien con quien vibrar, con quien reír y llorar, alguien que te haga soñar e intente hacer tus sueños realidad. Enamórate de ese alguien, que no hay nada más emocionante que enamorarse.

Pues nada, yo que he sido siempre bien mandada y una romántica empedernida, hice caso a mi madre, a mi psicólogo de turno y a las mariposas en mi barriga (que probablemente fueron producto de cenar dos platos desbordantes de paella aquella noche). Pensé, durante aquel tímido y suave beso, que Chiva Loca y yo latíamos al mismo son. Lo pensé durante dos semanas enteras con sus noches y sus días.

Estaba tan ensimismada en las palabras de mi madre y en mis anhelos propios que pasó desapercibido el hecho de que aquel hombre —que pudo haber hecho conmigo lo que hubiese querido— no tenía la más mínima intención de meterse en una cama conmigo. Me trataba como a una princesa, pero no me deseaba. Al final de cuentas no latíamos al mismo son.

Tuve un enamoramiento pasajero de un hombre que años atrás detestaba y con quien descubrí tener tantas afinidades que perdí la cuenta. A los dos nos gustaba bailar descalzos en la arena, ver las películas en versión original devorando palomitas mezcladas con Conguitos, inventarnos la vida de personas que veíamos por la calle y descubrirles parecidos físicos con artistas famosos, animales u objetos en general. Pero, sin duda alguna, nuestra afinidad más resaltante era el hecho de sentirnos atraídos de una forma desmedida por los hombres altos con piernas arqueadas y que al sentarse las cruzaran.

Chiva Loca se descubrió gay hasta las entrañas luego de reencontrarse conmigo. Javi tenía razón: yo gozaba de un ojo izquierdo terrible para los hombres y de un ojo derecho inmejorable para los amigos.

Esa fue mi breve y caótica experiencia al intentar sacar un clavo con otro clavo. No conseguí al hombre ideal que me hiciera volver a empezar. Pero tuve mejor suerte, gané un nuevo amigo, que con sus acertados consejos y su forma peculiar de ver la vida, hizo las veces de martillo para ayudarme a sacar definitivamente el clavo Iker Goitia de mi vida.

Finalmente puse atención a mi sabio profesor:

—Los átomos no suelen subsistir en la naturaleza de forma aislada, sino que tienden a fusionarse entre sí, formando estructuras más complejas. Se unen porque aislados no son estables y unirse a otros átomos les permite pasar a una situación de menor energía, lo que supone mayor estabilidad. Llevando la química al terreno de las relaciones humanas, es fácil entender qué nos lleva a perseguir ese sueño de compartir la vida en pareja. La clave está en descubrir tu complemento perfecto, ¿un elemento catalizador o uno inhibidor?

Se me olvidó que te olvidé

En el punto más sur de Europa continental, justo en la zona más angosta del estrecho de Gibraltar, se encuentra un edén entre dos aguas. En la provincia gaditana, frente a la costa africana, Tarifa se asoma revenida al mar mientras contempla la belleza del Mediterráneo con su azul profundo que, más salado y cálido que el Atlántico, se engalana con un largo océano de aguas turquesa que contrastan con las dunas de arena blanca.

Tarifa, con su viento levantino, había sido el lugar escogido para la despedida de solteros, pero en vista de que seríamos muchos los asistentes, los futuros novios que se encargaban del alojamiento y la logística del viaje en general, hicieron un ligero cambio de planes y alquilaron una enorme villa en Zahara de los Atunes para que todos pudiéramos compartir, a sol y a sombra, durante las más de noventa y seis horas que duraría la escapada.

La elección no pudo ser mejor. La villa era preciosa; de espacios abiertos, con un mobiliario rústico austero, predominando el blanco en todas las estancias. La piscina prácticamente estaba integrada al salón principal y la playa fácilmente podría considerarse parte del jardín. Lo mejor de la casa eran las vistas hacia el mar. Las puestas de sol, inmejorables. De una forma majestuosa, el día dejaba paso a la noche en aquel lugar.

Llegamos un jueves por la tarde. Dos días antes de emprender el viaje al sur, la mitad de los invitados a la esperada despedida de solteros cancelaron su asistencia. Por suerte, Iker fue uno de ellos.

Ya la página estaba más que pasada en nuestra historia. Hasta novia nueva se había echado, pero compartir cinco días y cuatro noches bajo el mismo techo con él, podía resultarme desquiciante. Javi y Alena no

consiguieron a quién endosarle el cuidado de los mellizos y las viejas amigas de la novia inventaron unas excusas absurdas para no ir. Así que el nutrido grupo se redujo de forma drástica.

Viajé desde Madrid con Sara, Aitor y dos amigos de él que acababan de llegar de Venezuela —que valga decir, debían ser los seres más sosos y callados nacidos en Latinoamérica—. Previendo que el viaje en carretera fuese tan aburrido como fue, desempolvé el *Walkman* amarillo y las cintas de casetes que reposaban en una caja bajo mi cama, para entretenerme durante el trayecto escuchando música de otros tiempos.

Al llegar a la villa, nos esperaban las sonrientes y dicharacheras primas de Sara con sendos cócteles a base de tequila y zumo de fresas, decorados con sombrillas de colorines.

Las alegres primas eran tres andaluzas majísimas que vivían en Sevilla y tenían todo el encanto de Andalucía en su haber. Yo las había conocido años atrás en casa de los padres de Sara cuando en plenas fallas vistieron orgullosas sus trajes de lunares cargados de flecos y volantes, decoraron sus cabellos con peinetas rojas y claveles y, al ritmo de las castañuelas, se fueron de fiesta flamenca por las tierras de Joaquín Sorolla. Las tres mujeres gozaban de una gracia y una chispa tal, que hasta hicieron hablar con entusiasmo e incluso bailar fandangos a los dos sosos latinoamericanos.

Gracias a las bajas antes del viaje, pude disfrutar de una habitación con vistas al mar para mi sola. Minutos después de nuestra llegada, Sara nos reunió a todos junto a la piscina para ponernos al tanto del itinerario perfectamente programado por ella y su amado... ¡Qué va! Por ella solita. A ese pobre hombre no le dejó opinar sobre absolutamente nada que tuviese que ver con la boda. De una cosa estaba yo segura, Aitor era el complemento perfecto para mi controladora amiga, quien, a pesar de ser tan crítica con las canciones de verano y la música en general, las últimas semanas no había escuchado otra canción que no fuera *Asereje* y ya me veía yo que entre los planes de la despedida se iba a incluir una coreografía conjunta de ese baile ridículo que tanto odiaba. Por suerte, las primas tampoco eran muy de Las Ketchup, así que, siendo mayoría, prohibimos escuchar en aquella hermosa villa las aventuras de Diego rumbeando.

Aitor y sus amigos se ocupaban de la cena de bienvenida para lo que en teoría iba a ser un fin de semana inolvidable, mientras que las chicas y yo disfrutábamos en la playa de los últimos rayos de sol de aquel día.

Sara y sus primas chapoteaban en el agua como unas crías. Yo las veía desde la comodidad de una toalla sobre la arena dorada. Llevaba los cascos amarillos puestos. Escuchaba un viejo casete de Jarabe de Palo y sonaba *Grita*; una canción que Sara y yo habíamos hecho nuestra desde 1996 cuando empezó a sonar, y cuando comenzamos las dos a complicarnos la vida con algunos amores y muchos desamores que nos partieron el corazón.

En ese momento pensaba en cuanto la iba a echar de menos haciendo ruido en la cocina con su diminuto molino de café, pintándome las uñas de un color diferente cada semana, haciendo pruebas de maquillaje en mi cara, obligándome bajo amenaza a hacer ejercicios. Pero, sobre todo, la extrañaría diciéndome cada mañana: «¡Si me necesitas, grita!» Y nunca fue necesario gritar... Sara siempre estaba para mí cuando la necesitaba. A veces no decía nada para animarme cuando estaba desconsolada, simplemente se sentaba detrás de mí, peinaba mi cabello y me hacía las trenzas de espiga más elaboradas y bonitas que alguien pudiera hacer... Eso me calmaba más que cualquier conversación.

Mi mejor amiga estaba por marcharse al otro lado del Atlántico y era una realidad que todavía no había afrontado. Los últimos meses estaban siendo muy intensos. Desde la noticia de la boda, Aitor se mudó temporalmente con nosotras a Liliput. Estar en Madrid representaba convivir con los tórtolos que escuchaban a todas horas *Asereje*. Eso, unido a mi trabajo en el mismo periódico de pacotilla, me estaba quemando las pocas neuronas sanas que me quedaban.

Huía a Valencia casi todos los fines de semana en busca de tranquilidad, pero allí me topaba con una Jimmena perturbada por el tema de su divorcio y una Eva frenética con su futura maternidad. Todos evolucionaban menos yo. Mi hermana, mi prima, mi mejor amiga, mi mejor amigo. En la vida de todos ellos había emoción, se casaban, divorciaban, tenían hijos, se mudaban y la mía parecía estancada, esperando eternamente la magia.

Acababa de asumir que mi mejor amiga se iba muy lejos de mí... «Se convertiría en la soberana más guapa de Gure Etxea y si se le ocurría cambiarme por La Negra pretenciosa y culona, yo misma iría a Venezuela y la traería por los pelos de vuelta a España» —pensaba en todas esas incoherencias cuando el casete se atascó.

—¡Puto *Walkman*! —murmuré mientras intentaba desatascar la cinta del aparato.

—¡Ya te has cargado mi *Walkman* favorito! —espetó su voz a mi

espalda.

El mar retrocedió de la orilla. El sol no se lo podía creer. La arena estaba confundida.

—Pa... ¿Pablo?... Pe... Pero... Tú... ¿Tú qué haces aquí?

—¿Estás rapeando o tartamudeando?...

—«En este momento hiperventilando» —pensé.

—Nada, saludándote supongo —repliqué. Y rogué al universo que una ola gigante se formara y lo arrastrara mar adentro.

—He venido a la despedida de mi hermana, igual que tú. Solo que yo he llegado de sorpresa... —Levantó la ceja en plan arrogante—. Deja la cinta que te la arreglo luego de saludar a la futura novia. —Se quitó la camiseta *Quicksilver* y la dejó caer junto a mis piernas temblorosas. Corrió al agua para sorprender a su hermana.

Entré en un estado de incredulidad total. Entre todos los panoramas buenos o malos que me había planteado de lo que podía ser aquel paseo, Pablo no entraba en ninguno de ellos. Las últimas novedades habían confirmado que iba a llegar a España el día antes de la boda. Mi última visita al terapeuta concluyó que yo estaba perfectamente lista para una nueva relación. Iker y Pablo eran asunto olvidado... O yo estaba muy loca o mi psicólogo era muy, pero que muy malo. Era una verdad absoluta y rotunda: Pablo cerca nunca sería congruente con pasado...

Abracadabra

La inesperada llegada de Pablo causó un gran impacto en la mayoría de las presentes aquella tarde en la Playa de la Virgen del Carmen. Su aparición representó quizá lo mejor del verano gaditano del 2002.

No todos los días puedes deleitarte con las vistas de un Adonis andaluz con aires californianos que, si bien había ganado un par de kilos en los últimos meses, había sabido repartirlos de forma perfecta entre sus fornidos brazos y tonificadas piernas, que incluso y cuando lo intentaban, no quitaban protagonismo a un abdomen que parecía esculpido por los dioses. Vamos, que en cuanto Pablo se quitó la camiseta ante mis ojos para correr a la orilla, suscitó un evidente acto reflejo en cada una de las personas que se encontraban aquella tarde a lo largo de esos cinco kilómetros de playa.

En aquel momento, un nutrido grupo de bañistas deseó encontrarse frente a frente con un espécimen similar y poder recorrer con sus dedos el delgado hilo de vellos dorados que nacía en su ombligo hasta perderse en su bañador. Los demás bañistas se echaron una toalla sobre la tripa y se prometieron a sí mismos dejar la cerveza, las frituras y hacer largas rutinas de abdominales hasta lograr ese torso perfecto.

Atrás había quedado ese Pablo escuálido y desgarbado con su cabello dorado y siempre despeinado. Llevaba el pelo corto al ras. Se podían evaluar mejor sus facciones y para mi desgracia, con el pelo corto, cada uno de los ángulos de su cara me resultaban adorables. Su sonrisa pasó de ser rompedora a ser matadora. Su mirada ya no era seductora, era inquietante más bien, era un suicido en toda regla verse reflejada en esos ojos color miel. En un escaneo fugaz conté un par de tatuajes en su brazo derecho. Parecía un tío gamberro de esos que siempre intenté evitar y que nunca paré de criticar. Solía juzgar a las personas por su aspecto y tenía conceptos preestablecidos de lo que

consideraba imponente o atractivo... Hasta aquella tarde.

Pablo siempre rompió mis esquemas y aquella vez no fue diferente. Podía haber pesado ciento veinte kilos; estar calvo y barrigón, y yo siempre le hubiese visto, de los guapos, el más bello. Es algo muy difícil de explicar, pero el aspecto de las personas y la apreciación que tenemos de ellas varía según veamos o miremos.

Cuando nos limitamos a ver, solemos hacer juicios rápidos basados en estereotipos absurdos. Cuando nos detenemos a mirar, la magia se hace presente. Pablo era magia pura y dura... ¡Abracadabra!... Yo seguía enamorada.

Sara y sus primas daban saltitos de alegría en la orilla. Junto a ellas, un Pablo diferente sonreía. Algo en él había cambiado. Más allá del físico, parecía más cómodo consigo mismo... Alegre y nostálgico a partes iguales.

Los veía inmensamente felices de estar juntos. Sin embargo, la felicidad no me resultaba contagiosa. Me daba saltitos el corazón dentro del pecho, pero más por angustia que por otra cosa.

Pablo siempre encontraba la forma de hacerme volar hacia un mundo perfecto para luego ensañarse con mis alas en cuanto iniciaba el vuelo. Tenía miedo de tenerlo cerca. Tenía miedo de ser una vez más su marioneta.

Minutos después, los miembros de la comparsa andaluza (Sara, Pablo y las primas dicharacheras) volvieron a la villa, goteando agua salada y algarabía. Yo me quedé sola en la arena con la excusa de hacer algunas llamadas.

El cielo estaba tan despejado que a lo lejos se distinguía la costa africana y yo me preguntaba cómo podría hacer en aquel momento para llegar hasta Marruecos. Quería por sobre todas las cosas estar lejos; mantenerme a salvo, lejos de Pablo, lejos de su insoportable sonrisa, de su piel dorada, de sus piernas arqueadas, de esa mirada que hablaba y siempre me desarmaba.

«Si tuviera branquias como en aquel sueño en el que nadaba bajo las aguas de la bahía de San Francisco, huyendo de Alcatraz, podría sumergirme en el Atlántico como una sirena. Con suerte la marea me oriente hasta Tánger. Allí podré iniciar una nueva vida, sin rastros de Pablo, sin verme obligada a comer el menú vegano que Sara y Aitor tienen preparado para este fin de semana, pero también sin un Johnnie Walker para acompañarme... ¡Mejor me quedo en territorio español! Aquí al menos está permitido el consumo de alcohol. Comeré zanahorias, tofu y lechugas durante cinco días y sobreviviré a Pablo cueste lo que cueste» —especulaba mientras esperaba la puesta de sol.

Llamé a Eva para hacer tiempo y para evitar pensar tantas estupideces.

—¡Hasta que apareces mocosa!... Cuéntame... ¿Ya te has enamorado de algún andaluz?

—Hola Eva. Yo también me alegro de escucharte... ¿Cómo va la tripa? ¿Qué tal el esguince?

—¡Jolín!... Respondes con preguntas. Algo malo ha pasado, ¿estoy en lo cierto?

—No *sister*. Todo está bien. Solo quería hablar contigo un rato...

—¡Ummm!... Vale... La tripa bien, aunque estoy pensando en comprarme pañales para la incontinencia. Es un coñazo la meadera y con la mano escayolada no sabes lo que sufro cada vez que tengo que bajarme el pantalón.

—Pues lleva falda —sugerí con tono obstinado.

—Anita, ¿qué pasa? ¿Me lo vas a contar ya o tengo que rogarte?... Mira que la embarazada y convaleciente soy yo, ¿eh? —Podía imaginarme su cara al otro lado del teléfono, mordisqueándose las cutículas, ansiosa por saber el verdadero motivo de la llamada, deseosa de ayudarme en lo que fuera, de evitarme cualquier pena. Eva siempre tuvo el instinto materno latente y esto le hacía sobreproteger a todo el que ocupaba un lugar en su corazón.

—Es Pablo... —respondí.

—¿Le ha pasado algo a Spielberg?

—¡No, mujer! ¿Qué coño le va a pasar?... Que está aquí. Ha venido a la despedida.

—¡No me jodas!... Y tú sin depilarte, seguro... —Se echó a reír.

—De verdad que eres idiota. No sé para qué te llamo.

—Venga, no te pongas susceptible hermanita... Es que pensé que era algo grave... No entiendo cómo después de tanto tiempo sigues enganchada en ese tema y cómo permites que te afecte tanto un romance de críos. Un tío que ni siquiera te has tirado. Además, ya sabías que lo ibas a ver el día de la boda. ¿Qué más da verlo unos días antes? Hermana, si pasaste página con Iker, ¿no puedes pasar página con este? ¿Cuántas veces te he recitado mi célebre «Pasa página»?

—Unas mil veces...

—Pues te lo digo una vez más: *Pasa página, que la vida es un ratito para estar leyendo siempre lo mismo... Pasa página, porque lo escrito, escrito está. Por más que intentes borrarlo o transformarlo, una vez leído, no podrás cambiarlo... Pasa página. No te quedes enganchada en una línea*

pues te perderás de las palabras que vienen después... Quédate con lo bueno, desecha lo malo y por favor ¡Pasa página!

—¿Sabes que eres un coñazo verdad?

—Y que soy la mejor hermana del mundo y la más guapa, también lo sé —respondió irónica—. Te lo repito porque a veces creo que no me escuchas...

—Suenan tan fáciles cuando tú lo dices. Siempre creo que he pasado página hasta que hace su aparición triunfal el muy... ¡Joder!... Si me vieras ahora. Llevo no sé cuánto tiempo aquí sola, sentada en la arena como una imbécil sin poder moverme... No quiero volver a esa casa si él está allí... ¿Por qué tuvo que venir si sabe que yo estoy aquí? —pregunté con la voz entrecortada—. ¡Vale! —respondí de inmediato—. Es su hermana la que se casa pero que alguien me hubiese avisado que venía y yo me inventaba una enfermedad contagiosa para no asistir... Estoy hasta los huevos de Pablo. Odio su puta sonrisa...

—Lo siento —leí en los labios de Pablo.

Él se había situado frente a mí con todos los rayos de un sol poniente golpeándole la espalda. Había escuchado gran parte de mi desahogo telefónico. En aquel momento fue absoluto mi deseo de que la tierra me tragase, pero ya a estas alturas de mi vida, que ni siquiera se molestase en escupirme en otra parte, que me tragase y nada más, ya me buscaría yo la vida en ese entorno asombroso que Julio Verne describe en el centro de la tierra.

—Hermana, *sorry*, tengo que colgar. Te llamo más tarde, ¿vale? —dije para despedirme.

—Ana, escúchame...

—Luego hablamos... —le interrumpí bruscamente y colgué.

Acto seguido apagué el móvil. Mi hermana nunca ha sido de las que se quedan resignadas y serenas si no dicen la última palabra.

Pablo llevaba en su brazo un capazo con diseños étnicos, bastante colorido y femenino.

—Te lucen los bolsos grandes —dije por decir algo, pues mi mente atolondrada no encontraba las palabras. Quería hacer de cuentas que él no había escuchado nada.

—Ana, lamento incomodarte. De haber sabido que te iba a molestar tanto verme aquí te prometo que no hubiese venido...

Sonaba sincero, alterado, pero sincero.

—¡Es que joder!... Nunca sé qué hacer si estás tú de por medio.

Hundía su pie descalzo en la arena y yo pensaba en qué pasaría si la tierra en vez de tragarme a mí, lo tragaba a él, sin haberme dicho nunca con palabras lo que sus ojos dijeron tantas veces con miradas fijas y ojeadas esquivas.

—Parece que todo lo que hago termina siendo un coñazo para ti... Y es lo que menos deseo, créeme...

—Pablo, déjalo ya, no caigamos en esto. Yo... —le interrumpí, prácticamente tartamudeando.

—Ana, no digas nada... —replicó él.

Nadie se puede hacer una idea de lo que agradecí en aquel momento esa réplica. Ya mi mente se encontraba en un penoso estado, en el cual se le hacía imposible dar con las palabras para formar una oración medianamente coherente.

—Te propongo algo: lamentablemente no podemos cambiar el hecho de que estamos los dos aquí. Nos vienen días intensos con la boda y una novia neurótica... Se me ocurre que por un tiempo podemos olvidar el pasado. Comencemos de cero. Tú eres la simpática amiga de mi hermana y yo soy el hermano pesado de tu amiga. Nos acabamos de conocer y nos caímos bien; no hay química alguna entre nosotros, aunque es extraño, porque somos bastante guapos. —Arqueó la ceja de una forma graciosa y me concedió una sonrisa cómplice—. Podemos ser totalmente transparentes porque no tenemos la presión de estar ligando, ni la carga del pasado. Te he invitado a ver la mejor puesta de sol del planeta y además he traído cervezas y patatas en este bolso ridículo que me ha dejado mi prima... —dijo con un gesto infantil dibujado en la cara—. Ahora tú me dices como continúa la historia...

Callé durante un par de segundos en los que quise llorar, gritar, salir corriendo, abrazarlo y comerlo a besos... Pero... Me ceñí al plan.

—Yo acepto la invitación. ¡Hala! Y siéntate ya que me tapas las vistas, tío pesado —exclamé en plan desenfadado, repitiendo en mis pensamientos mi último deseo, comerlo a besos...

*Besos suaves y tiernos,
apasionados, perversos.
Besos que te roban el aliento,
que te empujan de la orilla
hasta mar abierto.*

*Besos que quizá
nunca tendrán forma
entre su boca y la mía.*

*Besos ausentes que darán de que hablar
en una triste poesía.*

*Besos que se pierden por cobardía,
por esa torpe manía
de no vivir el momento,
de ocultar los sentimientos,
de no sucumbir al deseo.*

¡Abracadabra!... Dos cuerpos con unas ganas locas de devorarse jugaban a ser dos conocidos que disfrutaban de un lugar paradisíaco en calma y sosiego.

Nos tomamos la primera cerveza sin cruzar palabra, con la mirada puesta en el horizonte y en el cachito de África que se podía ver en los días despejados como aquel.

No creo que exista un mejor lugar para ver el atardecer que frente al mar. Las playas de Zahara de los Atunes en particular se convirtieron en mi lugar favorito para despedir el día; con su fina arena dorada conjugándose con el suave movimiento de las olas claras que emiten una banda sonora plácida y serena para dar la bienvenida a la luna y las estrellas. El agua cristalina sirve de espejo al sol cuando se esconde, bañando la imagen de rosa y violeta. La estampa de colores pasteles dura solo unos minutos, pero queda grabada en la mente para siempre.

—¿Recuerdas cuando te hablé de esta costa? —preguntó Pablo embelesado, sin apartar la vista del mar.

—Lo recordé apenas llegué. Te quedaste corto... Decías que era genial, pero es mucho más que eso.

—¡Ya!... Siempre he tenido problemas para llamar a las cosas por su nombre... Es el mismo problema que tengo para expresar lo que siento... Suelo quedarme corto cuando hablo, ¿no?... —Su voz estaba cargada de añoranza, sin perder esa picardía tan suya, tan mía, tan de los dos cuando respirábamos el mismo aire.

—Eras de poco hablar, no te lo discuto... Pero hoy estás que te sales...

Si hasta pareces un maestro de ceremonia —sonreí. ¡Oye!... Que nos hemos salido del guion muy pronto... Nos acabamos de conocer, recuerda.

—¡Cierto, cierto!... Me ha dicho mi hermana que Ana es diminutivo de Anaconda. ¡Qué interesante!

Nos reímos haciendo mucho ruido. Aunque fruncí el entrecejo para mostrarme enfadada y ofendida.

—¡Imbécil!... —Le di un manotazo en su brazo tatuado—. Me vuelves a decir Anaconda y te hundo junto al barco ese.

—Hablas *patochás*... ¿Cómo que el barco ese? ¡El Gibralfaro, mujer!... El Gibralfaro fue un barco a vapor que se hundió en 1902, sus restos...

—¡Calla, calla! Que apenas nos estamos conociendo para que me vengas a dar una clase magistral de historia —solté tan risueña que hasta yo me desconocía.

El cielo se vistió de estrellas junto a una casi imperceptible luna nueva. Una fase lunar comenzaba y daba la sensación de que Pablo y yo —ciñéndonos al guion e ignorando la química existente en pasado y presente— hubiésemos podido volver a ser amigos.

El tiempo que tardamos bebiendo un par de cervezas le bastaron para reparar el casete atascado en el *Walkman* y burlarse de mí a sus anchas por ser tan anticuada y no tener en mi poder al menos un *Discman*.

Bastaron sesenta minutos para reírnos a carcajadas y compadecernos el uno del otro. Yo le narraba con pelos y señales mi última caída por la escalera del metro y le mostraba las cicatrices en las rodillas. Le hablaba de mis frustraciones en aquel trabajo que poco me aportaba; de mi sensación de estancamiento en aquel momento. Él me contaba que vivir en Los Ángeles ya le pesaba. Se sentía pequeño en una metrópolis tan diversa. La superpoblación y las altas cantidades de *smog*, le resultaban insoportables. No haber alcanzado sus sueños cinematográficos, sentir muchos meses que las deudas se lo comían y recientemente confundir a un travesti con una potencial amiga con derecho a roce, eran algunas de las tantas cosas que le causaban frustración.

Conversamos como dos perfectos desconocidos, con unas ganas locas de descubrirse. Entre cervezas y patatas, tuvimos sesenta minutos para conocer el uno del otro más de lo que jamás habíamos conocido. Sencillamente porque aún y siendo vulnerables, hablamos sin miedo a ser juzgados y esa, definitivamente, es la única forma de mostrarse transparente.

Había pasado mucho tiempo desde aquellas tardes junto al puente.

Hablar nunca fue lo que mejor se nos daba. Nuestro terreno ideal era el de los besos y los silencios, si acaso un suspiro furtivo, un deseo latente, un sueño recurrente o un anhelo sobre papel... Con eso me bastaba para saber que estaba enamorada.

Bajo aquel cielo gaditano, iluminado por la luz de las estrellas, descubrí a un Pablo sereno y elocuente que en el fondo seguía siendo un soñador apasionado, pero disimulaba su rebeldía con una conversación fluida. Seguía teniendo la costumbre de llevarse las manos a la cabeza constantemente y hacer esos ruiditos insoportables al sonarse los dedos.

Estaba nervioso, musculoso, tatuado, conversador, transparente, pero nervioso. Porque le conocía, quizá más que a mí misma, aunque todo el mundo se empeñara en decir que lo nuestro había sido un amago de romance adolescente. Yo sabía por qué su voz se tornaba a veces imperceptible, por qué se apretujaba los dedos hasta hacerlos sonar, por qué jugueteaba con su pelo largo o corto al ras, por qué ladeaba la cabeza cuando sonreía. Sabía más de él de lo que él mismo sabía.

El Pablo de veinticinco años era tan fácil de leer como el Pablo chavalín. Había cambiado, ¡claro está! Todos cambiamos con los años; es parte de la evolución; es parte de madurar. Pero esa esencia que nos hace especiales y diferentes debería estar siempre a la vista, ser atrevida y nunca esconderse. La esencia de Pablo estaba intacta, incluso reflejada con tinta sobre su piel.

—Vale. Hablemos de frivolidades ¿Sigues odiando los tatuajes? — preguntó él.

Vanidosa, levanté mi pierna izquierda para mostrar un tatuaje sobre el tobillo que no medía más de tres centímetros y contaba con unas pocas líneas formando un dibujo abstracto que casi nadie entendía. Era un puente de dos pilares.

—¡Sucumbí a la tentación!... ¿Qué te puedo decir?...

Sujetó mi pierna para observarlo con detenimiento mientras negaba con la cabeza y le resultaba imposible ocultar la sonrisa.

—¡Ya! Supongo que comparado con los tuyos el mío es una tontería, pero no te rías, ¿eh? Que tengo mi mérito por haberme atrevido —asentí orgullosa—. Además, seguro que ni lo entiendes.

—Y tanto que lo entiendo... Es un puente... Feo de cojones, pero un puente, al fin y al cabo.

Puse los ojos en blanco.

—¡Habló el experto en tatuajes! —repliqué un poco descolocada por esa sonrisita que no se le quitaba de los labios.

No dijo nada. Su cara poco a poco se iluminaba como la más brillante de las estrellas.

Se quitó el chándal. Se levantó la manga de la camiseta sobre el hombro y señaló entre todos los dibujos de su brazo un puente un poco más grande y menos abstracto que el mío. ¡Vamos! Que se entendía a primera vista y no hacía falta una lupa para observarlo.

—Fue mi primer tatuaje, me lo hice cuando cumplí 20 años.

¡Abracadabra!... Se hizo el silencio. Recorrí con la yema de mi dedo índice cada una de las líneas del puente dibujado en su brazo. Él hacía lo mismo sobre el puente plasmado en mi tobillo. Eso ya lo habíamos vivido, bajo nuestro puente, en el palpitar de un beso silente, cuando nuestra piel no tenía marca alguna de haber querido, de haber sufrido. Nos prometimos, en el silencio de las palabras no pronunciadas, que mientras existiéramos existiría siempre la esperanza. Aquella noche estrellada sellamos nuevamente la promesa. No con un beso ni con un apretón de manos. Bastó con una larga y lenta caricia sobre las huellas de lo que fuimos, tatuadas en tinta sobre la piel. Bastó con eso para saber que los puentes están hechos para cruzarse y que nosotros estábamos hechos para perdernos y encontrarnos todas las veces que fuera necesario.

Aitor, vestido de un blanco impoluto, se acercó hasta nosotros.

—¡Hasta que por fin los encuentro!... Sara lleva rato llamándolos, que no le agarran el celular, que si no piensan ir a cenar. Estamos todos esperando por ustedes dos —soltó el novio, en un tono de voz poco común en él.

Aitor solía ser simpático y amigable, pero él y su futuro cuñado no se llevaban bien. Habían compartido unas vacaciones en Venezuela y un par de días en California y por la apreciación de Sara, la afinidad entre ellos era prácticamente nula. Aitor criticaba la forma de vida de Pablo, lo tildaba de bohemio e inestable.

Pablo por su parte, tenía reservas con Aitor. Le resultaba un hombre cuadrulado, controlador y dominante, no digno de su hermana. Las desavenencias entre ellos fueron en aumento desde que los futuros cónyuges anunciaron que después de la boda fijarían su residencia en Venezuela.

Para ser sincera, yo también le cogí manía desde que le propuso a mi mejor amiga, recién graduada y con un futuro prometedor en España,

trasladarse a un país que si bien era maravilloso no atravesaba por su mejor momento. Le cogí manía porque sentía que me estaba arrebatando una parte esencial de mi vida y le estaba arrebatando a ella la oportunidad de hacer sus sueños realidad.

En aquel momento no valoré que su sueño principal era formar una familia con él, fuera en Venezuela, en Groenlandia, o en medio de la jungla africana. Cuando estamos en esa fase de enamoramiento intenso, nos cuesta mucho evaluar las circunstancias y todos tendemos a priorizar el sentimiento y la opinión de la persona amada. Sin ir muy lejos, si Pablo me hubiese pedido en cualquier momento irme junto a él a vivir en una tienda de campaña en el Tíbet o debajo de un puente en una ciudad inhóspita y desolada, yo hubiese salido corriendo a preparar las maletas. «Cuando estamos enamorados no somos objetivos» —escuché decir una vez.

—¡Joder, la cena! La había olvidado por completo... Lo siento Aitor... Sara debe estar que echa humo —me disculpé mientras me incorporaba rápidamente y le hacía un gesto a Pablo para que hiciera lo mismo.

—Más o menos... Me llamó Iker hace rato —agregó Aitor—. Quizá venga mañana.

—¿Y a qué viene eso? —preguntó Pablo, visiblemente alterado.

—¿Cómo que a qué viene eso? Estoy haciendo un comentario. ¿Algún problema? —refutó Aitor, levantando los hombros y alzando el mentón.

Pablo se levantó airoso. Se sacudió la arena con toda la parsimonia que fue capaz de demostrar. Aitor lo observaba con recelo.

—¡A ver tío!... No sé qué coño te pasa y la verdad me importa poco. Pero a mí no me vengas en plan machito latino... Que mi hermana se aguante tus gilipolleces es una cosa, pero...

—¡Ey! —interrumpí con un grito al macho ibérico y al macho latino, en su demostración ridícula de macho alfa—. ¡Calmaos ya!... Parecéis tontos los dos. Hacedos a la idea de que dentro de nada seréis familia, así que intentad llevaros bien.

¡Abracadabra!... Esta hembra que suscribe controló la situación.

—¡Te espero en casa! —asentó Pablo cortante, colgó sobre su hombro el colorido capazo y adelantó la marcha.

Aitor y yo le vimos alejarse.

—Ana, perdona si fui imprudente...

—No pasa nada, ayúdame a sacudir la toalla, ¿vale?

Asintió.

—Sara está preocupada —confesó Aitor mientras caminábamos juntos hacia la villa.

—¿Preocupada por qué? ¿Habéis peleado por algo? ¿Por eso estás tan raro?

—Está preocupada por ti, Ana —respondió con voz compasiva, como si yo estuviese caminando hacia el paredón de fusilamiento—. Sabía por dónde iban los tiros, pero no podía creerlo. La fantasía de Sara de que algo empañara su boda idílica había llegado al punto tal de imaginar una escenita novelesca entre su hermano y su mejor amiga en medio del enlace.

—Estás de coña, ¿no?

—No... Mira. Sé que yo no soy quién para decirte nada, pero igual te lo voy a decir, aunque Sara probablemente me mata si sabe que te estoy contando esto... Ella y Pablo discutieron antes de que él volviera a la playa a buscarte. Discutieron por ti... Luego traté de calmarla y terminó *arrecha* conmigo. A veces me da la impresión de que tú y su hermano le importan más de lo que le importo yo.

—¿Qué dices hombre?... Creo que con todo el tema de la boda estáis de los nervios.

—No sé... Será... —suspiró—. Pero a lo que iba. Te lo digo de corazón Ana, con lo poco que te conozco me pareces una mujer muy *de pinga*. De verdad lamento que las cosas entre Iker y tú no hayan funcionado. Ustedes tendrán sus razones, pero creo que tú te mereces alguien mejor que mi futuro cuñado. No digo que él sea mala persona, pero está claro que no te valoró en su momento y creo que ustedes ya tuvieron una oportunidad. Si las cosas no se dieron fue por algo. Sara está preocupada porque te quiere, porque sabe que su hermano siempre termina haciéndote daño. No quiere verte sufrir. Eso es todo.

Me detuve en seco.

—Aitor, no quiero sonar grosera, pero... —dije en voz baja—, efectivamente no eres quien para decirme esto. No me conoces; no conoces a Pablo y no logro entender porqué Sara te ha hecho partícipe de una historia en la que incluso ella ha estado al margen. Agradezco vuestra preocupación, pero yo ya estoy bien grandecita para tomar mis propias decisiones. —Hice una pausa larga para volver al tono pausado con el que había comenzado mi acotación—. Hace muchos años le pedí a Sara que vetáramos el tema Pablo en nuestras conversaciones por el bien de nuestra relación. Ahora te lo pido a ti... No vuelvas a nombrarme a Pablo por favor, ni a Iker a ser posible. —

Acompañé mis palabras de una media sonrisa—. Tu futura mujer es muy cabezota. Adora a su hermano, aunque diga muchas veces que no lo soporta. A mí, supongo que me quiere tanto como yo la quiero a ella y por eso busca protegerme. Pero lo que siente por ti va más allá de cualquier cosa... Tú eres su prioridad desde hace tiempo y lo sabes... Así como te digo una cosa, te digo la otra, si piensas que podría matarte por estar contándome esto, créeme, sí que lo haría. Por tu bien, hagamos de cuenta que no me has dicho nada. ¿Trato hecho?

En ese momento hubiese dado un riñón por leer la transcripción exacta de esa discusión entre Sara y Pablo, motivada por mí. Con todos sus puntos, con todas sus comas, con todos los cuestionamientos, con todas las palabrotas, quería saber cada una de las palabras que dijeron, pero me mordí la lengua y ofrecí mi mano para cerrar el trato.

—¿Trato hecho! —respondió él—. Aunque me pediste que no te nombrara ni a Iker ni a Pablo, solo te diré dos cosas: lo de Iker es mentira. Sí hablé con él, pero no vendrá mañana. Eso me lo inventé no sé por qué. Creo que hacían una buena pareja y como ustedes dicen «me molaba la idea de que estuviesen juntos».

—Vale... ¿Y la otra cosa?... Has dicho que me dirías dos cosas —dije justo antes de abrir el portal que daba al jardín de la villa.

—*Carpe Diem*.

—¿Perdona?

—Aprovecha el momento. Vive el día sin pensar en el mañana. Tú me has dado un consejo y yo te lo devuelvo. Lo que te dije antes de que Pablo y tú ya tuvieron su momento, son palabras de Sara, no mías. Yo sí creo que mereces alguien mejor, pero también soy de los que cree que nos hacemos mejores personas cuando caminamos junto a alguien especial. Pablo me cae como una patada en el culo, eso está claro, pero yo en tu lugar le daría una oportunidad, igual mañana es demasiado tarde, igual tú eres lo que le falta para ser un tipo *depinga*...

Sonreí dubitativa por sus palabras, pero con la clara convicción de que Aitor era el tío perfecto para mi amiga. Todo lo que tenía de cuadrulado, lo tenía de dulce y sincero.

—No sé cómo eras antes, pero hoy te digo que eres un tipo muy *depinga*... —confesé de corazón—. Aunque escuches *Asereje* a todas horas y a veces me apetece matarte, no tienes idea lo feliz que me hace que Sara y tú estéis juntos. —Sonreímos—. Gracias por tus palabras Aitor.

—Nada... ¡Que la fuerza te acompañe Anakin!
—Gracias maestro Jedi.

24

Llueve sobre mojado

—¿Te quieres escapar de la cena vegana? —me preguntó Pablo, después de escarbar en su plato repleto de brotes de soja, con la esperanza de toparse con un bogavante.

—Demasiado tarde para huir... Debemos resignarnos... La comida es asquerosa y hay que sonreír —le susurré entre dientes—. ¿Tu hermana nos odia?

—A ti lo dudo, pero a mí estoy convencido de que sí. ¿De qué te quejas? Te han dejado una habitación con vistas al mar y a mí me han mandado a compartir litera con los panchitos.

—¡Joder Pablo! No les llames panchitos...

—Si es que les falta la ruana y la flauta.

—¡Te pasas!

—¿Raritos si los puedo llamar? ¡Vaya dos!... Es que hasta el Aitor se ve guapo junto a ese par... ¡Ah! Lo siento... Olvidaba que tú eres muy pro-sudacas.

—¡Jo!... Habló el californiano.

—¿Qué tanto cuchichean? —preguntó Rocío, la más conversadora de

las primas, la más cotilla con diferencia y la única que en aquel momento se encontraba como una veleta en la romántica cena bajo la luz de las velas—. Los panchitos habían hecho migas con las otras dos primas y por lo visto Aitor y Sara estaban inmersos de nuevo en su burbuja de cristal.

—Pablo comentándome que le encantan los brotes y las acelgas —respondí de inmediato—. Quiere repetir, pero le da vergüenza acabar con todos y no dejar para vosotros.

—¡Haberlo dicho antes!... Pensé que no te gustaba la cena. Déjame tu plato que te pongo más —intervino Sara emocionada, regalándonos esa sonrisa tan bonita que durante los últimos años me había dado cada día los buenos días.

Era oficial. Yo no podía imaginarme la vida sin mi Sarampión. Durante años fue mi mejor amiga, compañera de clases, de piso, de sueños, compañera de travesuras y locuras, compañera de persecuciones absurdas y huidas escandalosas. Fuimos hombro para llorar y ojos que se desbordaban según fuera el caso. Sara era una hermana que adoraba y yo tendría que aprender a llevar una relación a distancia con una de las personas más importantes de mi vida.

—Si no fuera porque estás a punto de llorar, te prometo que me vengaría de la forma más cruel y te haría comer dos platos más de brotes. —Pablo acompañó estas palabras dichas a mi oído con una suave caricia sobre mi pierna.

—La voy a echar mucho de menos... —susurré, conteniendo las lágrimas.

La noria en la que solían vivir mis emociones, aquel día iba a unos ciento veinte kilómetros por hora y sin freno.

—Lo sé, la distancia es una mierda...

Rocío, que no tenía con quien cuchichear, golpeó repetidamente una copa con el tenedor para llamar la atención de todos.

—¡Escuchadme por favor! Quería agradecer a los novios por esta cena tan... digamos verde y especial... Y quería saber también a qué hora nos piramos... Las acelgas me han llenado de muchísima energía que no quiero desaprovechar.

—¡Rocío! —chilló Sara desde la punta de la mesa, lanzándole un trozo de zanahoria mordisqueada—. Quedamos en que hoy nos iríamos pronto a la cama, mañana saldremos de paseo muy temprano. Deja los nervios... Nos quedan muchas noches por delante.

—Primita, yo te quiero mucho y lo sabes, pero esta velada vegana a la luz de las velas ya dio lo que iba a dar.

Se levantó de un salto y acompañada de las palmas comenzó a cantar. «¡Si el cuerpo te pide marcha! ¡Marcha le tienes que dar! ¡Marcha, marcha! ¡Queremos marcha, marcha!». ¿Quién se apunta?

Pablo fue el primero en levantar la mano.

—¡Pablo! —gritó Sara, y otra zanahoria voladora cayó sobre la mesa.

—Hermanita, me uno al discurso de nuestra sabia prima, más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—¿Pero tú qué dices, *carajote*? ¿Me has llamado vieja? Si yo soy tu prima *forever young* —increpó Rocío entre carcajadas y haciendo volar más zanahorias.

La cara de los panchitos era un poema —y los llamo panchitos no en plan ofensivo ni mucho menos. Es que nunca pude aprenderme sus nombres compuestos. Me sonaban a Maydrín en versión masculina, y lo de los motes, ¿qué le vamos a hacer? Siempre me ha flipado—. El hecho es que, si alguien hubiese entrado en la cabeza de esos dos seres, bajitos y rechonchos, se habría encontrado en aquel momento con muchas interrogantes. Por una parte, era más que obvio que ninguno de los dos —con sus escasos atributos físicos y sus prácticamente nulas habilidades sociales— podía creerse que estuvieran ligando con semejantes pibones. Por otra, seguramente se preguntaban por qué en España, un país internacionalmente conocido por su gastronomía, la gente cenaba brotes, acelgas y zanahorias a la luz de las velas. Y peor aún, por qué se lanzaban los restos de comida para pedir la palabra.

—Vieja y muy lista prima —afirmó Pablo al tiempo que le guiñaba un ojo y seguía acariciando mi pierna—. Pues claro que me voy de marcha contigo guapa, y Ana se apunta también, ¿sí? —preguntó golpeando mi frente con una de las tantas zanahorias voladoras que pudo atajar, al tiempo que emitía un chistido irresistible para mis oídos.

—Pues sí. Por mí, bien... ¿Podemos salir todos a dar una vuelta? ¿No?

—¡No ni ná! —exclamó Rocío—. Que en mi tierra quiere decir «¡Anda que no!». Yo esta noche me cojo una *tajá* como que me llamo María del Rocío. Nosotros apalancaos aquí, ¡con la marchita que hay en nuestro pueblo, habrase visto!

—¿Os pensáis ir a esta hora a Tarifa? —refunfuñó Sara.

—Son treinta minutos, no más —sentenció Pablo—. ¿Os apuntáis o no?

—Mañana madrugamos —respondió Aitor en contra de su voluntad—. Era evidente que el cuerpo le pedía marcha, pero de haber secundado la idea, su prometida fiesta no le daría para muchísimos días. El plan era que saliéramos de paseo temprano.

—Pues tú tranquilo, que somos gente responsable y estaremos de vuelta para el paseo —agregó cortante la prima.

Rocío no permitió que su primo condujera e insistió unas veinte veces en llevar su coche, aun y cuando el monovolumen que Pablo había alquilado era más cómodo, olía mejor y tenía un aire acondicionado que funcionaba a la perfección. Pero, visto lo visto, intentar negociar con la reina del sarao era como nadar a contracorriente.

—Pues nada, si tú eres la conductora oficial de la noche, te toca noche de marcha con Coca-Cola y limón —bromeaba Pablo en el camino—. Ana y yo nos pillamos el buen pedal que nos debemos desde hace tiempo y tú a cargar con nosotros, guapa.

—Tú tranquilo, primito. Lo tengo to' controla'o.

El viento me golpeaba la cara —nunca mejor dicho—. Llevábamos todos los cristales abajo para soportar el olor a humedad que desprendía la tapicería y en mi mente se repetían las palabras de Pablo: *Pillar un pedal que nos debemos desde hace tiempo...* Hubiese sido el momento ideal para aclararle que yo en lo particular llevaba auestas unas cuentas borracheras en su nombre. Es más, haciendo un breve recuento de todos los momentos en que el alcohol había hecho estragos en mi cuerpo hasta ese momento, su nombre siempre salía a flote al menos en mi pensamiento.

Cuarenta minutos después atravesamos andando la Puerta de Jerez para adentrarnos en el casco histórico de Tarifa. Sus estrechas calles empedradas, adornadas con claveles de colores, me invitaban a perderme sin rumbo. Me sentía abrigada y protegida dentro de la muralla.

—Los edificios, aparentemente sencillos, esconden preciosos patios de flores y plantas —me contaba Rocío mientras paseábamos.

—¿Y tú qué? ¿Ahora eres guía turística? —se burló Pablo—. Rocío no respondió, en su defecto dejó ver todo el largo de su dedo corazón.

—Ven que te muestro este por dentro —dijo ella, dándome un empujón.

—Pero ¿qué dices? El portal está cerrado —le advertí.

—¡Y yo tengo la llave que lo abre!...

—¡Hala! ¿Tienes las llaves del piso? —interrumpió Pablo impresionado, al tiempo que le arrancaba el manojito de llaves de la mano—. Me dijiste que estaba alquilado.

—Estaba, pero ya no está... Si le confesaba a tu hermana que el piso de los abuelos está vacío y que tengo las llaves, ¿tú crees que nos hubiese dejado salir del casoplón que se alquilaron?... Ni muertos nos hubiese dejado venir a Tarifa.

—¡Joder Rocío! Tú no cambias... ¡Habla! ¿Qué te traes entre manos? —preguntó Pablo, haciéndose el enfadado.

Yo los veía, procurando seguir el hilo de su conversación. Rocío siempre ha tenido una forma de hablar atropellada, y a mi cerebro, con Pablo cerca, le solía costar procesar cualquier tipo de información. En resumidas: los veía con cara de idiota.

—He quedado con mis amigos en la Calle San Francisco. Ahora subimos, os explico un par de cosas del piso, os dejo unas llaves y nos vamos de marcha. El que se canse primero se viene a dormir. Ya mañana volvemos a la villa maravilla.

—Pero si yo no he traído ropa de cambio, ni pijama, ni cepillo de dientes... —intervine sin poder salir de mi sorpresa. María del Rocío era, además de dicharachera, tela marinera—. Además, Sara es capaz de mandar a la Guardia Civil a buscarnos si no regresamos esta noche.

—¡Buah!... ¡Qué exagerada! Deja la paranoia... A ti, bonita, lo que te hace falta es una buena fiesta gaditana y regalarle una alegría a ese cuerpecito no te vendría nada mal —sugirió con desparpajo, como si yo llevase un cartel en la frente en el que se podía leer: No me como un rosco desde hace meses.

—Ana tiene razón, Rocío. Tenías que habernos contado tu plan y nosotros decidir si nos apetecía o no. Que no somos unos críos para que nos obligues a pasar la noche aquí...

—¡Joder!... Que sois pesados los dos... Que solo se vive una vez. ¡Animaos un poquitín! —Unió sus manos para suplicar.

—Va a ser que no, primita.

—Pues na'. No beberé entonces. Nos vamos al bar y en una hora me decís si os queréis regresar esta noche o si podemos dormir la mona aquí, en ese momento comenzaré a beber ¡Lo prometo!

Una hora después yo quería mudarme al punto más sur de la península ibérica.

No quería volver a la preciosa villa en Zahara de los Atunes ni a mi adorado Liliput, que pronto se iba a convertir en un hogar aburrido y oscuro sin la presencia de Sara. Quería pasar esa noche y todas las noches por el resto de mi vida en Tarifa (que me alquilaran a mí el piso de 55 m² —por un módico precio por supuesto—). Pasarme días enteros en el Castillo de Guzmán el Bueno, contemplar la costa africana desde el mirador del estrecho, dar largo paseos por las playas mientras la brisa me golpea la cara y terminar el día con una caña en aquel bar bohemio.

—A ver, hora de confesar, ¿qué te ha parecido hasta ahora mi pueblo? —preguntó Pablo acompañando sus palabras de una suave sonrisa, de esas sonrisas que se te dibujan en la boca cuando haces una pregunta cuya respuesta conoces.

—¡Perfecto!... Si por mí fuera, me mudaría mañana mismo.

—Podrías regentar una pescadería... Te verías muy mona con delantal y te ahorrarías una pasta en boquerones —añadió, al tiempo que me acercaba a la boca un tenedor del cual colgaba el último boquerón de la tercera docena que habíamos pedido—. Entre todos los gestos que detestaba de un hombre, que me alimentara como si fuera una bebé podía fácilmente encabezar la lista... Hasta aquel día... Como siempre había pasado, todo lo que odiaba pasaba a adorarlo si venía de Pablo. Es una pena que nos alojemos en Zahara. Si te ha gustado Tarifa de noche no te haces una idea de lo increíble que es despertar en este pueblo.

—Por mí nos quedamos —confesé en cuanto terminé de tragar el avinagrado boquerón—. Levanté los hombros y le miré con ojitos de cordero degollado. ¿Qué dices?

Dubitativo, movió los labios y se llevó la mano al cuello, pero estaba claro cuál sería la respuesta.

—Digo que es una idea genial... Probablemente Sara se cabrea... Pero que lo pague con Rocío. Total, yo soy el único hermano que tiene, y tú, su mejor amiga. Con nosotros el cabreo no durará mucho.

Sujetó mi cuello con una mano y estampó un beso seco en mi mejilla.

—Ya le doy la buena noticia a Rocío.

Se levantó de un salto y fue hasta la barra a hablar con su prima que tonteaba alegremente con el más feo de su nutrido grupo de amigos. Rocío gritó «Gracias» desde la barra y le dio rienda suelta a su marcha.

Dos horas, muchos garitos y demasiadas copas después, Pablo y yo, sentados

en una diminuta mesa de una colorida terraza, hablábamos de trivialidades varias. Él, recostado de la silla, con la cabeza apoyada en su mano y la pierna cruzada, escuchaba con atención la historia del día en que me hice pasar por inspectora de hacienda para amedrentar a un ligue terrible que se había echado mi prima Jimmena:

—Lo que tenía de cafre con las mujeres, lo tenía de tonto en el manejo de su negocio, así que, aprovechándonos de eso y del hecho de que Mena conocía todas las tramoyas del tipejo para evadir impuestos, me monté un guion digno de un *Oscar* y le saqué 30.000 pesetas para comprar mi supuesto silencio y que el caso no llegara a mayores. Podría considerarse un robo en toda regla, fueron casi 200 euros, con los que nos pegamos una fiesta que no veas... Pero aquel tío se merecía que lo desfalcara y le quemara el local, además.

—¡Estás como una cabra! Y, ¿tenías guion preparado si te pillaba?

—*¡Of course!*... Estás hablando con una profesional: fingiría demencia y acto seguido entrarían en escena tu hermana y la mía vestidas de enfermeras. Se presentarían como las responsables de una peligrosa paciente del psiquiátrico que se había fugado unas horas atrás y justamente se encontraba en esos momentos frente a él. *¡Voilà!*

Pablo negaba con la cabeza, mientras soltaba una risita deliciosa.

—Las cuatro estáis muy mal...

—Ya... No eres el primero que lo piensa... Al menos tu hermana se salvó de la orden de alejamiento...

—¿Orden de alejamiento? —preguntó incrédulo.

No tuve tiempo a responder. Los gritos de la prima dicharachera se escuchaban cerca y cuando Rocío hablaba el mundo entero la escuchaba.

Ella apareció en la terraza cogida de la mano de un irlandés pelirrojo, poco agraciado y con cara de asesino en serie, pero nos aseguró que era su rollete de verano año tras año y que era completamente inofensivo.

—Lo feo lo compensa con un buen paquete y un excelente desenvolvimiento en la cama... —aseveró Rocío.

—¡María del Rocío! ¡Calla!... No nos interesan los detalles... —la interrumpió Pablo.

—¡Bah!... ¡Qué delicado, primito!... Resumo entonces: me piro con el irlandés. Su piso está del otro lado del pueblo. Os recojo mañana sobre las diez de la mañana. Acordaos de abrir la llave de paso y subir el automático... ¡Portaos mal, por favor!... Que parecéis unos viejos aburridos y estreñidos.

Sacó la lengua y se marchó calle abajo con el irlandés aferrado a su cintura. En silencio, la vimos alejarse... Segundos después nuestras miradas se encontraron. Sonreímos.

Lo que la noche prometía no lo sabíamos a ciencia cierta, pero lo intuía cada poro de nuestra piel.

—¿Otra copa?... Quiero los detalles de esa orden de alejamiento.

—Vale, pero que sea la última por favor...

Nos echaron de ese último bar que quedaba abierto, luego de haber reído tanto que hasta perdimos la noción del tiempo.

Las calles que forman el casco histórico de Tarifa asemejaban un laberinto sin salida. Mi vida en aquel momento era un laberinto de emociones comprimidas. Pablo me guió por ambos laberintos. Él era mi guía y su vez era el premio que encuentras en la salida.

A pocos pasos de llegar al portal, comenzaron a chispear gotas dispersas. Nos detuvimos en seco. Daba la sensación de que el mundo se había parado.

Nadie caminaba a nuestro alrededor. El zumbido del viento era imperceptible; lo único que se escuchaba era el crepitar de la lluvia sobre las calles empedradas, convirtiendo en una melodía la respiración de Pablo frente a la mía.

Recordé aquel día de noviembre en que corrimos juntos hasta el garaje de mi abuelo; aquel primero de enero que caminé desolada desde su casa a la mía. Recordé su mejilla contra la mía. Recordé cuánto le quería y lo bonito que se sentía quererlo...

Con Pablo, llovía sobre mojado. Nunca tuvimos el tiempo suficiente para secarnos. A veces eran lloviznas que me acariciaban la piel, otras tantas fueron tormentas que me torturaban el alma.

No pararía nunca de llover. Mientras estuviésemos juntos, el mundo debía prepararse para un diluvio universal. Quien quisiera sobrevivir debía resguardarse, porque un beso nuestro podía generar un *tsunami*.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —Sus ojos gritaban todo lo que sus labios callaban.

—Si estar segura significa que siempre tengo un montón de preguntas cuando se trata de ti, entonces estoy más segura que nunca.

Me besó con los ojos cerrados, con la lluvia acariciando nuestros labios.

—Tengo miedo de que las cosas no salgan como queremos, pero si no lo intentamos no podremos saberlo —me dijo al oído.

—Prometámonos algo.

—¿Qué será? —preguntó él.

—Pase lo que pase, será la última vez que lo intentamos y dure lo que dure no habrá nunca reproches del pasado.

—Y si te digo que del pasado solo recuerdo cuánto te quise, cuando te veo solo pienso en cuánto te quiero y cuando te pienso, solo te quiero querer.

Me dejé llevar.

Se dejó llevar.

Y la lluvia entendió cuál era su lugar... Evitar que el fuego de nuestros cuerpos se propagase.

Llovió durante doscientos veintidós días... Mientras afuera el sol de Tarifa nos calentaba el alma, en aquel piso de 55 m² la lluvia azotaba cada noche las ventanas, crujía la cama, las sábanas se empapaban, la vida nos sonreía y nosotros le devolvíamos la jugada...

Sellamos una a una las goteras y pudimos amarnos con la puerta abierta.

Tercera parte

25

La última lluvia

Enero 2003

Pablo

Ocurrió justo en el momento en el que el sol comenzaba su rutina de cada día. Se asomaba en el horizonte avistando la última estrella que habría de apagarse.

Había llovido toda la noche, una lluvia suave, constante, pero muy alejada una gota de la otra. Esas últimas gotas distantes se deslizan por mi frente y humedecen mi boca.

El asfalto está mojado.

Todo ha valido la pena porque esa última noche la pasé con ella. Y las noches a su lado siempre parecen la primera. Conocí a Ana a principios de los noventa. Ella se convirtió en la amiga inseparable de mi hermana en cuanto llegamos a Valencia.

Yo estaba tan cabreado con mi familia por habernos

mudado a otra ciudad, que no me molestaba ni siquiera en hacer un amigo entre mis compañeros de clases o entre los vecinos. Al salir del colegio llegaba a casa y me encerraba en mi habitación. Jugaba en la videoconsola o tocaba guitarra... Más bien hacía ruido con la guitarra; un ruido ensordecedor para recordarles a mis padres que habernos ido de Tarifa fue la putada más grande que pudieron hacerme... A los catorce años me creía el ombligo del mundo... Era un insolente adolescente, enfadado con el mundo.

Pasado un mes de esa nueva vida, en esa nueva casa con enormes escaleras de mármol, fui hasta la cocina a por una Fanta. Allí estaba Ana, preparando un mazacote con galletas María, chocolate y leche condensada, mientras mi hermana hablaba por teléfono... Sara siempre habla por teléfono, coge un mechón de su pelo amarillo como el sol y lo enrolla sobre su dedo índice. Sara siempre habla, aunque esté callada.

—Venga Pablo, no seas pasota... —me sermoneaba desde niña.

—No soy pasota, Sara, es que tus tonterías poco me importan... —le respondía, cuando en realidad quería decirle que toda ella me importaba, pero me gustaba más parecer un hermano mayor de esos que no tienen apegos y que son un coñazo para cualquier hermana...

Si pudiera decírtelo ahora, Sara. Te diría que te quiero tanto, que hasta sería capaz de repetir todas

nuestras travesuras y asumir yo solo la culpa. Solo por verte una vez más correr hacia mí y subirte de un salto en mi espalda para poder llevarte de caballito, asumiría la culpa de todos los delitos de la humanidad y pagaría por ellos sin remordimientos. Así, de esa forma tan grande te quiero.

—¿Qué coño haces? —le pregunté a Ana, que llevaba las manos embadurnadas y una camiseta naranja.

—Trufas... ¿Quieres probarlas?

—¡Ni de coña!... Tienen una pinta asquerosa.

Ella levantó los hombros como si no le importaran mis palabras, pero pude ver a través del grueso cristal de sus gafas como los ojos se le empañaban. Tiene unos ojos enormes, es imposible no perderse en ellos. Me pierdo en su boca, me pierdo en sus piernas y ella hace realidad cualquier quimera. Adoro su torpeza cuando pone la mesa, y el color de su piel salpicada de arena. Su forma irreverente de quererme complementar.

Aquel día de las trufas me sentí tan mal al ver su mirada nublada por culpa de mis palabras, que me comí cinco mazacotes de una sentada. Ella sonrió satisfecha cuando le dije que eran las mejores trufas que había probado... Cuando Ana sonríe, mi corazón se acelera. Su risa tiene algo que nunca he podido describir con palabras. Lo mismo me pasa con su mirada... Sus ojos almendrados y brillantes son mi perdición... ¡Qué no daría yo por mirarlos una vez más!

Ana era diferente a todas las demás. Era especial. Es especial. Era la única amiga de mi hermana que me hablaba y, por ende, la única persona ajena a mi familia con quien crucé palabras por aquel tiempo. Siendo sincero, durante mi primer mes en Valencia, odiaba a mi familia y poco les hablaba, así que Ana se convirtió en mi talismán, aunque ella no lo sabía... Le decía constantemente que era una pesada y ella me decía que yo era un chaval muy raro.

Me seguía con la mirada a todas partes y cuando la pillaba, giraba la cabeza y se daba media vuelta. Me espiaba siempre mientras yo jugaba Pacman. Era una especie de niña acosadora con gafas. Una niña que yo adoraba y ahora una mujer por la que yo vendería el alma.

Cuando pasé esa etapa de solitario adolescente, comencé a hacer amigos y al pasar de los años Ana y yo formábamos parte de la misma cuadrilla.

El verano del 94 pasamos junto a mi familia unos días en Calpe. Allí la enseñé a bucear y ella, sin saberlo, me enseñó que yo podía perder la cabeza imaginándome entre sus caderas. Era hermosa. Era perfecta y lo mejor es que no tenía la menor idea de lo que yo sentía por ella.

Meses después, mis padres decidieron enviarme un año a California. La verdad es que yo lo pedí pensando que dirían que no. Quería surfear sobre ese mar y vivir con una prima lejana me parecía un buen plan. Cuando ya no hubo tiempo de echarme para atrás, me vi volando hacia San Francisco con el olor de Ana sobre mi ropa.

El día de su decimoquinto cumpleaños la besé por primera vez... Ha llovido mucho sobre nosotros desde aquel día, pero el sabor de sus labios temblorosos lo conservo en mi boca... Anoche, ella llevaba un pintalabios con olor a coco. Me mordisqueó el cuello y la oreja antes de quedarme dormido. Hoy salí de casa sin ducharme y sin darle los buenos días. Solo le di un beso en la frente y acaricié su mejilla. Olvidé coger el casco que reposaba sobre esa mesa vieja que ella se empeñó en comprar en un mercadillo...

El asfalto está mojado. Cuando la brisa me golpea la cara, el olor a coco me calma.

Cometí muchos errores, lo reconozco. Penny, quizá fue el más grande de ellos. La conocí en cuanto llegué a San Francisco. Era la compañera de piso de mi prima. Vivir en California compartiendo techo con una llamativa mujer de veintiún años y con una prima mayor a la que poco le importa lo que haces, puede ser el sueño de cualquier chavalín de diecisiete años... Eso fue Penny para mí; un sueño americano que parecía emocionante, pero un sueño del cual quise despertar antes de que se convirtiera en pesadilla.

Cuando regresé a Valencia un año después, fui directo al colegio donde estudiaba mi hermana y Ana, por supuesto. Sara caminaba alegre junto a sus amigas y todas quedaron sorprendidas al verme. Mi hermana daba saltos

como una loca y sus ojos verdes se humedecieron de felicidad... ¡Ojalá las lágrimas fuesen siempre de felicidad!... No quiero que nadie lllore por lo que inevitablemente va a pasar. Fue mi error, de nadie más. Ojalá pudiera retroceder el tiempo y hacer las cosas mejor...

Las chicas me contaron que Ana se había quedado castigada en el laboratorio, pero que en unos minutos toda la pandilla se reuniría en la cafetería de siempre... ¡Mi madre adora los pasteles que preparan allí!... Inventé una excusa y fui corriendo a por ella. A por Ana —que a mi madre ya la había visto y me había besuqueado y abrazado tantas veces que me sentí asfixiado—... Ahora me cuesta respirar y no tengo los besos de mamá.

Ana se había cargado el laboratorio y terminamos en el hospital... Luego vinieron las tardes en el Puente del Real y así comenzó un sueño del cual no quise nunca despertar... Hasta que recibí una llamada de Penny anunciando su llegada, pensé que lo nuestro había quedado atrás, pero no fue así. Dar por zanjada una relación con ella nunca fue un trabajo fácil. Estaba embarazada y yo era el padre de la criatura. Un crío de dieciocho años que quería comerse al mundo, pero quería saborearlo solo con Ana. Mi padre fue el único en saberlo —es uno de nuestros tantos secretos— y me obligó a volver a San Francisco con Penny. Días después, ella tuvo un aborto. Yo me llené de miedo y remordimientos.

Penny me confesó, en medio de una discusión, que todas las cartas de Ana que llegaron a casa durante un año ella las destrozaba después de que una amiga latina se las traducía. Se volvió a quedar embarazada y volvió a tener un aborto, esa vez voluntario. Nuestra relación fue un círculo vicioso. Y cuando digo vicioso, incluyo drogas, alcohol, abortos, peleas y mentiras. No todo a la vez, pero sí, de todo esto lo justo para convencerme de que mi vida junto a ella era una mierda.

Cuando tuve a Ana entre mis brazos aquel 13 de febrero y sentí de nuevo el roce de su piel, supe que ella era todo lo que yo necesitaba. Pero pensé que yo no era ni de cerca alguien capaz de hacerle bien. La quería de todas las formas posibles que un hombre puede querer a una mujer, pero me faltaba la más importante, quererla bien. Sacarla a empujones de una relación en la que parecía feliz, era egoísta de mi parte... o tal vez cobarde.

Ya ha salido el sol. Ha parado de llover.

El asfalto sigue mojado y se ha tintado de un rojo muy oscuro.

Hay mucha gente rodeándome, pero ella no está... No veo sus largas e infinitas piernas caminar hacia mí, pero escucho su sonrisa en un zumbido...

—«Pero es que no da lo mismo.

Dicen que el querer se acaba
y el amar es infinito;

amar es hasta la muerte,
y querer hasta el olvido».

¿Te parece bonito? —me preguntó anoche luego de leer en voz alta una estrofa de un poema que le encanta.

—Bonita eres tú —le contesté—. Se mordió los labios y me besó desde los hombros hasta la oreja.

—¡No cierres los ojos! —me pide un hombre canoso que se parece a mi padre... Tiene su misma expresión afable y serena. Me hace sentir en casa.

Si papá estuviera aquí, él sabría qué hacer. Recuerdo la primera vez que me caí de la bicicleta, él me levantó y me puso una tirita en la rodilla. Lo mismo hizo cuando me caí del monopatín, del patinete, de la tabla de surf...

—Te caerás mil veces hijo, pero siempre tendrás la opción de levantarte —me decía—. Lo importante es aprender de los errores para no volver a cometerlos y no olvidar el casco...

¡Lo siento papá!... Iba con prisas. Olvidé que una sola decisión puede cambiarlo todo. Sentía que nada malo podía pasarme. Olvidé que siempre has tenido razón mi viejo... Que siempre has sido, de los buenos ejemplos, el mejor.

Una mujer me coge la mano. Su piel es tan suave como la de mi madre. Tiene el mismo flequillo tropezando con las cejas... Sus lágrimas me salpican la nariz.

—No cierres los ojos cariño —me pide en un susurro

—. Háblame por favor... —Pero yo no puedo hablar. Las palabras quieren salir, pero no puedo pronunciarlas. No puedo moverme y pienso en ti mamá. Llorabas en el baño cuando nos fuimos a vivir a Valencia porque yo te gritaba día y noche que era tu puta culpa que mi vida fuese una mierda... Llorabas como una chiquilla cada vez que nos despedíamos en el aeropuerto. Lloraste cuando me expulsaron del colegio por pegarle a un compañero que fastidiaba a Sara; cuando el profesor de guitarra te dijo que no tenía mucho talento; cuando viste mi nombre en los créditos de una película; cuando te dije que me iba a vivir con Ana... Has llorado tanto por mí, que perdí la cuenta. Hubiese querido despedirme esta vez; decirte que todo lo que soy es gracias a ti; decirte que si volviera a nacer te escogería mil veces con los ojos cerrados. Pedirte perdón por sacarte tantas canas; por no haberte dicho que te quiero cada vez que tu voz apagaba mi miedo.

Ha llegado la ambulancia... Pero lo que ha pasado nada ni nadie podrá cambiarlo. Fue mi puta culpa subirme a la moto sin ponerme el casco. Mi culpa y la de un conductor borracho que no vi venir. Di un último vistazo a mi alrededor y me perdí en una ola gigante que se estaba formando en la playa. Ana está tirada en la arena escribiendo un poema.

Si pudiera besarte ahora te taparía los ojos y lo haría como la primera vez, escuchando *November Rain*...

Soy feliz de haber vivido lo que viví y si pudiera

cambiar algo, solo cambiaría haberme puesto el casco... Al menos para tener más tiempo de decir os cuánto os quiero.

Este último suspiro va por ti... porque deseo que al final del cuento, seas feliz.

El asfalto está mojado... Lo que más duele de morir es saber que sin querer os hago daño...

Tulipanes tristes

Había llovido durante doscientos veintidós días... Doscientos veintidós días que viví como quien vive las últimas páginas de un bonito cuento.

La celebración de la boda de Sara y Aitor fue el inicio de una temporada llena de buenas nuevas. Gracias a aquella boda de doble ceremonia, tuve la oportunidad de limar asperezas con Iker, hacer pública mi relación con Pablo y conocer el lugar más increíble del mundo: Roraima. Un par de días después de regresar a España, vino la algarabía generada por la llegada de mi primer sobrino: un gordito retozón, calvo y cabezón.

La vida no podía ser más bonita.

Tuve que despedirme veinticinco veces de mis amigos en Madrid y dar más explicaciones a mi familia de las que hubiese querido.

Finalmente, Pablo y yo nos mudamos juntos al sur del país. Sin ningún plan en concreto más que ser felices y querernos, cogimos un par de maletas y abandonamos los mundos en los que ambos habíamos vivido los últimos años. Escogimos un nuevo lugar donde no pesara el pasado, no nos preocupara el futuro y pudiéramos sencillamente disfrutar el presente.

Fue una decisión impulsiva y para muchos, insensata. Para nosotros fue vivir nuestra historia antes de que escapara.

Tuve la suerte de poder convencer a mi jefe para que delegase en mí la edición *online* del periodicucho donde trabajaba.

Podía considerarse un ascenso laboral (si por ascenso se entendiese un poco más de presión y menos remuneración salarial) y podía trabajar desde casa y ayudar a Pablo en su nuevo proyecto (una web turística de las costas

gaditanas donde se promocionaba, además, la escuela de surf que él llevaba junto a dos amigos de su infancia). Ya con eso me daba por satisfecha.

Era feliz, como la típica princesita de cuento que vive en su castillo con un príncipe encantador que había cruzado muchos mares para estar con ella.

Era feliz escuchando el sonido del mar mientras escribía poemas, hundiendo mis pies en la arena mientras Pablo recorría las olas y tomando todas las tardes un helado de limón para merendar.

Era feliz, como quizá lo había sido en otras etapas de mi vida, pero esa, fue la primera vez que fui consciente de ello.

Durante doscientos veintidós días me desperté con una sonrisa... Hasta aquel día.

Cuando paró de llover, me desperté de golpe. Un aire frío se había colado por la ventana de la habitación y sentí una punzada en el pecho que me dejaba sin aire.

Pablo no estaba en la cama, al menos de forma tangible o visible. Estaba en el aire, en cada tejido de las sábanas, en el blanco roto de las paredes, en esos primeros rayos de sol que entraban por la ventana, en cada una de las costuras de las cortinas de algodón que danzaban como dos cometas sin cuerda entre el suelo y el techo.

—¿Pablo?! —le llamé con desespero, esperando que respondiera desde la cocina.

—¡Estoy haciendo tortitas! —imaginé que respondía, con esa voz ronca que tenía siempre en las mañanas.

Tenía tanto miedo de estar despierta y de que esa sensación de asfixia fuera cierta que cerré los ojos con fuerza, ansiando volver al sueño que desde hace meses estaba viviendo.

El sonido casi imperceptible de una sirena se coló en mi oído. «Vienen a por mí» —pensé... porque sentía que de un momento a otro mi corazón se iba a detener.

Me aterraba la idea de soltar el aire de mis pulmones, no me creía capaz de volver a inspirar.

Odio la oscuridad y con los ojos cerrados me aterrorizó la idea de que ese dolor sin sentido que me atravesaba el pecho fuese real.

Abrí los ojos de nuevo, permanecí inmóvil con la vista fija en un jarrón de cristal que reposaba sobre la cómoda. En el jarrón, dos tulipanes

amarillos se buscaban.

Todas las semanas Pablo me regalaba dos tulipanes para decorar nuestra habitación, todas las semanas yo le repetía cuanto le quería.

Caía la última gota de lluvia y la primera lágrima sobre mi almohada.

Me levanté de la cama casi sin fuerzas para mantenerme en pie, me acerqué a la ventana con la intención de cerrarla.

Hacía frío, un frío que quemaba la piel.

Acaricié las cortinas y bailé con ellas; o ellas bailaron a mi alrededor buscando envolverme en sus movimientos.

Desde esa ventana se veía un hilito de playa; una ola enorme comenzaba a formarse... Pablo quiso hacer su maniobra favorita, recorriendo el interior de un túnel de agua salada hizo un tubo perfecto... Con una sonrisa apacible dibujada en su cara, con el amanecer reflejado en sus ojos y sus manos coqueteando con una pared de agua cristalina, hizo aquel tubo perfecto para decirme adiós.

El teléfono repicaba incesante; extendí la mano hasta la cómoda y lo cogí. «Pablo llamando», leí en la pantalla... No podía ser él, Pablo en ese momento estaba dentro de la ola y también bajo mi piel, fundiéndose en mis huesos para dejarme tatuado donde solo yo pudiera leer: «Amar es para siempre, aunque no siempre esté».

Una voz gruesa y pausada me contó lo ocurrido, aunque mi cuerpo ya lo sabía, mi mente debía escuchar con palabras claras porque mi vida de pronto se desmoronaba.

A las ocho menos diez de una mañana lluviosa de enero, un conductor borracho se saltó un *stop*. Los bellacos de categoría dicen que el alcohol no les afecta los sentidos. Ellos son seres superiores que escogen acelerar en vez de frenar «porque hay más adrenalina» —comentan orgullosos—; «porque la vida se vive con más emoción hundiendo el pie en el acelerador y al final de cuentas es su puta decisión si conducen borrachos, ¿no? Además, se han gastado un pastón en copas. Como para tener que pagar un taxi también...». ¡Que os den!

Pablo se convirtió en el titular de un accidente fatal. Un borracho al volante se saltó un *stop*... y como pasa casi siempre, un inocente pagó las consecuencias de las pericias de un astuto conductor, quien insistió nuevamente junto a un cuerpo que luchaba por aferrarse a la vida, que a él, un par de copas no le afectaban los reflejos para conducir.

El maldito casco me miraba desconsolado desde la mesa añeja de la entrada.

Los 55 m² de ese bonito piso en Tarifa que decidimos llamar hogar, se fueron encogiendo hasta dejarme atrapada. Una a una las paredes cayeron sobre mi espalda... Yo perdí las pocas fuerzas que quedaban en mis piernas.

Cuando recobré la conciencia y pude llegar hasta el baño, abrí el grifo y me lavé la cara. Al levantar la mirada hacia el espejo, allí también estaba él, junto a un *post it* que ponía «Regreso pronto cariño», aunque es absurdo decir que regresarás al lugar del que nunca te has ido, del que nunca te irás...

Horas después, yo viajaba a Valencia detrás de un coche fúnebre. Durante ocho interminables horas no aparté la vista de ese tétrico coche negro con cortinitas beige.

No recuerdo quién conducía el coche donde yo iba, solo recuerdo las escasas palabras que me dirigía.

Las lágrimas que me recorrían por dentro y no podían salir porque mis ojos no daban abasto para tanto, hacían una bola en mi garganta que me impedía de momentos respirar. Cuando esto ocurría, una voz aguda me preguntaba:

—¿Te encuentras bien?

Yo asentía por educación y porque no me apetecía explicarle que nadie en esa situación podía sentir más que rabia y dolor.

Pablo se despertaba cuando yo me quedaba como en una especie de trance viéndolo dormir; abría primero un ojo, luego el otro... No podía resistirse a que yo tratara de adivinar sus sueños más secretos. Se estrujaba los ojos, esbozaba una sonrisa en la comisura de sus labios y me cogía por el cuello para empujar mi cabeza hasta su pecho. Ese, su pecho, era mi lugar predilecto para conciliar el sueño.

Adoraba verlo dormir, escuchar su lenta respiración me hacía pensar en la luz que emiten las estrellas. Esas estrellas que podemos ver brillando en el cielo y no sabemos distinguir si están vivas o muertas.

—La luz de las estrellas puede tardar años en llegar a la tierra y cuando se destruyen, su luminosidad sigue llegando a nosotros, viajando y brillando cuando ya desaparecieron —me contó Pablo una noche de San Lorenzo cuando contemplamos en la Sierra de Fates una lluvia de estrellas.

Esa fría noche de enero no había estrellas en el cielo, ni vivas ni muertas. La noche era tan oscura que me sentía en las penumbras. Esa noche Pablo no despertó, por más que golpeé el grueso cristal que nos separaba no pude verme una vez más en sus ojos pintados de miel.

Estaba enfadada, la gente me decía estupideces sin sentido. Cada vez que se acercaban a verlo dormir, apoyaban sus manos sudorosas sobre el cristal e iban dejando unas manchas horribles donde yo había dejado mis lágrimas, juntó a los dos tulipanes tristes que esa misma mañana bailaban en el jarrón y que viajaron en mi regazo desde Tarifa a Valencia.

Mi hermana había llevado varias cajas de pañuelos al funeral y con ellos pude limpiar el cristal cada vez que alguien se empeñaba en empañarlo. Yo me acercaba de nuevo y limpiaba... y le llamaba bajito para que nadie escuchara...

—¡Pablo!, abre los ojos por favor... Te prometo que no volveré a quemar el café. Te prometo que no compraré más muebles horribles de esos que tanto odias. Te prometo que ya nunca más te dejaré sin sábanas a mitad de la noche. ¡Venga va!... Te dejo los cajones del armario solo para ti. Apagaré la tele más temprano, pintaremos las paredes de azul si eso quieres, te acompañaré a la playa todas las mañanas, aunque tenga sueño. Te doy mi palabra de que nunca más te veré mientras duermes si abres los ojos ahora y me despiertas de esta pesadilla que se está haciendo muy larga...

...No desperté... Él tampoco lo hizo. Ya no habitaba en ese cuerpo al cual yo le hablaba. Ese cuerpo que se volvería cenizas en cuanto saliera el sol. Había dejado de respirar horas atrás y yo seguía escuchando el susurro de su voz en las agujas del reloj.

Fue la noche más larga que pasé a su lado.

Una noche tibia llena de desencantos.

*Uno a uno llegaba preguntando
cómo algo así había pasado.*

*No había respuestas,
no había palabras,
solo había lágrima tras lágrima.*

*Fue una noche larga en la que recordaba
todas las noches que junto a él pasaba,
escuchaba su voz sin oír sus palabras,*

*buscaba su abrazo y sus manos no estaban,
su cuerpo yacía dentro de una maldita caja
y yo lo sentía
aferrado a mi espalda.*

Fue una noche tan larga que tuve tiempo de mitigar cada uno de mis sueños. Esos sueños que construí con él se derrumbaban con cuentagotas sobre mis pies, se convertían en escombros sombríos junto a todos los anhelos de un futuro que juntos estábamos construyendo. Sucumbieron con él mis ganas locas de querer y de mí no quedó más que un cuerpo inerte que por perder, había perdido hasta el miedo de vivir muriendo.

Después de ti

*Te he echado de menos.
En las noches de frío
esas noches de invierno,
vengo yo,
una vez más y te pienso.*

*Y no quiero pensarte,
te lo prometo,
porque pensarte es veneno
que corroe mis huesos.*

*Vuelvo a tus besos
a tu recuerdo.
No logro conciliar el sueño
en las noches largas
de este frío enero.*

*Te he echado de menos
durante tanto tiempo,
que han pasado los días
sin pasar yo por ellos.*

Ahora miro atrás y lo veo.

*Veo que el tiempo
fue un buen compañero,
para sanar el dolor
que llevaba dentro.*

*Esta noche duermo,
te lo prometo.
Aunque haga frío
y te eche de menos.
Te recordaré sin pensar
en las noches tristes
de aquel mes de enero.*

Las semanas siguientes al funeral las pasé en el chalé de los abuelos. Me encerré en el garaje durante unos días. No recuerdo bien cuantos fueron, pero sí recuerdo que al salir dejé allí una parte de mí.

Cuando muere alguien a quien quieres profundamente, repites una y otra vez en tu mente todo lo que viviste junto a esa persona que ya no está.

Yo, me dediqué a eso por varias semanas e incluí una banda sonora a nuestra historia: comenzaba con *November Rain* y terminaba con *Si tú no estás aquí* de Rosana. Luego, fui llenando cualquier vacío que encontraba en mi vida con conversaciones que nos faltó tener, con momentos que no tuvimos tiempo de vivir. Fui colmando cada uno de mis recuerdos con su cara, con su sonrisa, con su mirada. No era sano quizá, pero fue la única forma que conseguí para conciliar el sueño durante meses.

Había leído en una revista que, de los cinco sentidos, el tacto era el más olvidadizo. «La piel tarda apenas dos semanas en olvidar una caricia», decía el artículo. Yo me preguntaba, ¿cómo era posible que el tiempo pasaba y yo seguía evocando cada noche entre las sábanas su mano tibia dibujando figuritas sobre mi espalda?

Mi mente atesoraba tantos recuerdos, que ni en esta, ni en otras vidas podría olvidarlo. Incluso, si mis cinco sentidos se hubiesen puesto de acuerdo para bloquear la memoria sensorial y todos los recuerdos almacenados en el hipocampo o en la corteza prefrontal de mi cerebro se hubiesen borrado, yo hubiese seguido recordándolo.

Aunque no volviera a verme reflejada en sus ojos, aunque nunca más sus manos acariciaran mi piel, aunque su olor desapareciera del planeta, aunque su voz se apagara para siempre, aunque el sabor de sus besos no se

repitiera en mi lengua... mientras mi alma y mi corazón viviesen dentro de mi cuerpo, yo seguiría recordándolo de una forma neurológicamente inexplicable.

Según la psiquiatra Elizabeth Kübler-Ross, el duelo tiene cinco etapas: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Si bien estas etapas no suceden en orden, se supone que las personas van y vienen por ellas hasta llegar finalmente a aceptar la muerte como un hecho inevitable de la vida.

Yo tardé diez meses en aceptarlo, diez meses que se hicieron eternos porque la ira me carcomía. La negación fue mi mejor amiga, la depresión mi forma de vida y la negociación nunca fue una opción. Diez meses en los que me sentí perdida muchas veces, aunque siempre había alguien que conseguía sacarme una mínima sonrisa. Diez meses en los que no volví a pisar Tarifa por miedo a revivir ese día. Diez meses en los que subestimé la soledad y valoré, como jamás lo había hecho, la buena compañía.

Luego de un mes de duelo intenso en el que mis adorados Gian Piero, Lachlan y Javi, así como gran parte de mi familia, pasaron más días haciéndome compañía en el chalé de mis abuelos que viviendo su propia vida, decidí devolverles a mis abuelos la paz de su hogar y volví a Valencia junto a mis padres.

Refugiarme en la que fue mi habitación durante la infancia y la adolescencia; trabajar desde mi pequeño escritorio de madera de pino que utilizaba para hacer los deberes cuando era una niña; dormir rodeada de peluches y convertirme en la cliente número uno de Blockbuster, era el único plan que tenía a corto, mediano y largo plazo.

Aunque no tenía sueños en aquel momento, tenía a Eva y a Jimena muy cerca (por no decir encima de mí en todo momento) y a mis tres chicos adorables que no dejaban de inventarse excusas para pasar los fines de semana en Valencia a mi lado. Puede que en el amor no tuviese suerte, pero en la amistad no había quien superara mi fortuna. Nadie mejor que mis amigos y mi familia para ayudarme a reconstruir mi vida. Solo faltaba Sara...

Añoraba a Sara cada día, pero escogimos vivir el duelo por separado. En cuanto ella regresó a Valencia para acompañar a sus padres en el peor momento de sus vidas, descubrimos que por más que nos queríamos, no teníamos fortaleza suficiente para vernos a la cara sin echarnos a llorar. Ella había perdido un hermano. Yo había perdido al hombre que amaba y éramos aún muy jóvenes para saber que cuando la misma bala atraviesa dos corazones estos pueden cicatrizar más rápido si se hacen compañía. Me dolía no tenerla

como otras tantas veces, sentada detrás de mí haciéndome una trenza, pero ella también necesitaba quien la peinara y yo no acertaba ni siquiera a desenredar mi melena.

Respeté su decisión de alejarse por un tiempo, el tiempo que fuese necesario para que nuestros corazones sanaran. Durante un año nos limitamos a enviarnos un par de cartas. Las mías iban acompañadas de una cesta con zanahorias y dos margaritas; las de ella, de dos tulipanes y una bandeja con boquerones.

Inspiración

Tengo la teoría de que los libros que han llegado a mi vida son como las personas con las que he ido tropezando a lo largo del camino.

Algunos libros deslumbran por su cubierta; la sinopsis resulta tan atractiva que no puedes resistirte a descubrir lo que hay dentro. En ocasiones el interior supera el exterior. Quedas enganchado por completo, totalmente abducido con cada una de las palabras que vas leyendo. Hay otros que, por el contrario, al ir husmeando entre sus páginas, se convierten en una rotunda decepción.

Exactamente igual pasa con las personas. Hay personas que en cuanto llegan a tu vida la cambian por completo, otras que pasan y no aportan nada. Hay personas que por más lejos que estén nunca dejas de quererlas, nunca dejas de ansiar volver a verlas. Hay personas que te da exactamente igual que estén o no estén. Hay otras a las que agradeces enormemente alejarse lo suficiente, y están aquellas que forman parte de tu vida, de tu día a día, esas que nunca dejan de sorprenderte; esas que te sacan lágrimas y sonrisas, que despiertan sueños y anhelos, que son un cúmulo de emociones y sentimientos...

Todos tenemos personas favoritas, a veces pocas, a veces muchas... Exactamente igual pasa con los libros.

Durante esos diez meses que tardé en aceptar la muerte de Pablo, una de mis personas favoritas en el mundo me enviaba un libro cada semana.

El primero fue *El perfume* de Patrick Süskind e iba acompañado con una reseña particular de su puño y letra. A medida que pasaban las semanas, las reseñas de esas novelas perfectamente escogidas eran cada vez más graciosas y significativas.

Descubrí que me encantaban los libros que llegaban a mi vida por

sorpresa; esos que ni remotamente pensaba leer; esos cuya cubierta no me decía nada, pero por dentro lo decían todo.

Adoraba a las personas que llegaban a mi vida cuando menos lo esperaba y sin hacer mucho ruido. Esas personas que no se parecían en nada a lo que creía que deseaba o necesitaba, pero me descubría en ellas, se descubrían en mí y comenzaba la magia.

Me encantan las personas que hacen magia cuando están juntas... Me encantan los libros que son magia pura...

Reconocí que había pasado mucho tiempo viviendo la vida sin poner mucha atención a los detalles y a las señales. Mi madre y mi abuela insistían siempre en que hay señales por todas partes, pero cuesta mucho interpretarlas.

Durante toda mi vida había dejado que las personas y las situaciones me escogieran a mí para no tener que ser yo quien llevara el timón de mis propias decisiones. Me dejaba cómodamente llevar.

Tuve suerte (muchísima suerte lo reconozco) de que las personas que llegaban a mi vida en su mayoría sumaban y multiplicaban; lo más parecido a una biblioteca llena de buenos libros que siempre apetece leer.

Me había ido bien con esta dinámica en mi vida, pero un día decidí que ese bien, podría ser genial. En todos esos libros que leí cada semana durante diez meses, encontré algo: una palabra, una frase que me inspiraba, y me ayudaban más de lo que cualquier antidepresivo podía ayudar. La aceptación de la pérdida llegó un día sin avisar; llegó impetuosa para dar paso al agradecimiento y la evolución.

Tomé la decisión de hacer cosas que me llenaran el alma. Me obligué a dejar a un lado el drama. Que sí; soy de mucha añoranza y nostalgia, pero escogí recordar con sonrisas y no con lágrimas. Fue un trabajo en equipo llegar a ese punto de equilibrio en mi vida (si alguien lo ha logrado por su propia cuenta sin tener nadie a quien agradecer, pues le aplaudo de pie).

Yo tuve mucho que agradecer a mi familia y a mis amigos, incluso hasta a algún conocido que a partir de esos días se convirtió en alguien especial. Agradecí la paciencia, la compañía silenciosa, las palabras sabias, la sobredosis de boquerones, los sábados de Johnnie Walker, los cuarenta libros que conforman mi biblioteca soñada, las tartas de fresa, los primeros pasos de mi sobrino (y también sus primeros mordiscos), las visitas de los mellizos olorosos a talco y garbanzos... Tenía tanto que agradecer que, de hacer una lista, no terminaría nunca.

—En la vida todo pasa por algo —me dijo mi madre la noche antes de asumir aceptar, agradecer y evolucionar.

—¿Y la muerte también, mamá?

—La muerte no lo sé hija. De la muerte solo sé que es lo único seguro que nos llegará en algún momento. Incluso sin que salgamos a buscarla, ella nos encontrará. El resto, nos toca salir a buscarlo. La felicidad no siempre va a tocar tu puerta; a veces hace falta abrirla de par en par y salir a la calle dispuesto a buscar y por sobre todas las cosas dispuesto a encontrar.

—Tengo miedo mami... Tengo miedo a otro porrazo. Tengo miedo a tropezar, a fracasar. Tengo miedo a perder, a volverme a enamorar... Tengo miedo a la soledad.

—El miedo... —suspiró compungida—. El miedo es gasolina, cariño... Hagamos un ejercicio de visualización.

—Vale —asentí, un poco temerosa de lo que vendría a continuación (para esta época mi madre se sentía como una pionera en España en el tema de las *Nuevas Constelaciones Familiares* y hacía unas terapias muy raras con muñequitos de *Fisher Price* a los cuales les asignaba roles y les hablaba. Vamos, que estaba a un paso de ser internada).

—Imagina un Ferrari rojo de último modelo con miles de accesorios, asientos tapizados de cuero, una maquinaria interior incluso más impactante que lo que se ve por fuera en la carrocería. El único problema está en el motor. Desde que el Ferrari recibió un golpe muy fuerte, el motor ronronea como nunca lo había hecho. Ahora, a los pocos kilómetros que recorre, va siempre temeroso por la carretera, pues siente que ese ronroneo es una señal de que en cualquier momento va a fallar. Además, perdió el parachoques. Sin él, se siente desprotegido, se cree incapaz de superar obstáculos que vayan apareciendo en el camino, de recorrer carreteras, de perseguir sueños.

—Supongo que yo soy el Ferrari...

—Correcto... Y tus miedos la gasolina, un bidón de gasolina gigante con el cual solo puedes hacer dos cosas. Una, rociar todo el coche: puertas, ventanas y neumáticos, para luego encender una cerilla, dejar que las llamas tomen el control hasta que el coche explote y se convierta en pequeñas piezas calcinadas... Que los miedos te consuman cuando aún tienes muchísimo camino por recorrer, no es un buen plan. Si yo fuera el Ferrari optaría por la segunda opción.

—Y esa opción, ¿cuál será? —pregunté, sabiendo que en su interpretación de *Coach* emocional esas palabras sonarían como una gran

ovación.

—Llenar a tope el tanque de gasolina, hacer marcha, y recorrer nuevos caminos. Quizá se tope por allí con un parachoques en rebajas que se adapta perfectamente a su carrocería; posiblemente descubra que ese ronroneo en el motor es su corazón que está latiendo, porque siempre es mejor morir viviendo que vivir muriendo. Tal vez se anima y se atreve a mostrar con orgullo esos pequeños rayones sin necesidad de pasar por latonería y pintura. A lo mejor los miedos le empujan a conseguir nuevos sueños...

—Suenan bien... Agradecí sus palabras y el no hacerme interactuar con muñecos de *Fisher Price*. Dejé reposar mi cabeza sobre su regazo hasta quedarme dormida.

Y tan bien sonaba que lo hice... Luego de mucho pensarlo cogí los miedos y me llené de fuerzas, dejé que me empujaran a concebir cosas nuevas, a tener sueños, crear proyectos, asumir retos... ilusionarme... Si en el camino alguien se quería subir al Ferrari dispuesto a soñar y a crecer conmigo, bien recibido sería.

Así que recorrí un nuevo camino, barajé un montón de ideas, hasta que di con ella. Una idea que me apasionaba, un proyecto lleno de magia; esa misma magia que encontraba en los últimos libros que había leído; la magia que sentía de adolescente cuando me subía a un escenario o cuando escuchaba la guitarra de Pablo; la magia que irradiaba mi hermana pintando en su taller, mi abuela en la cocina, Lachlan organizando su galería, Iker haciendo trazos en sus planos...

Cuando encuentras inspiración en todo lo que te rodea, las ideas surgen de una forma tan natural que parecen perfectas.

29

*Con los pies en la tierra y la mente
en las estrellas*

*Si no sueñas,
nunca encontrarás lo que hay más allá de tus
sueños*

Charles Chaplin

Noviembre 2003

Para celebrar mi vigésima cuarta vuelta al sol, organicé una comida en un acogedor restaurante en El Palmar donde muchos años atrás había celebrado mi Primera Comunión y en el cual se podía disfrutar de unas vistas de La Albufera que parecían un lienzo pintado en óleos brillantes y deslumbrantes.

Me parecía la oportunidad ideal para reunirme con ese grupo de personas a quienes quería agradecer por ser tan especiales y por quererme de esa forma tan bonita como me querían (espero que todavía me sigan queriendo con todo y mis manías). Deseaba también compartir con todos ellos ese nuevo sueño que me estaba rondando en la cabeza. Si la idea les resultaba muy descabellada, confiaba en su criterio para hacer los cambios que fuesen necesarios, pero una cosa tenía clara: ese sueño no lo iba a desechar. Podía transformarlo, mejorarlo o reestructurarlo, pero nunca abandonarlo. Cada una

de las personas que consideraba importantes en mi vida me había motivado de alguna manera a dar con esa idea y estaba tan aferrada a ella, que aun y cuando sentía que mis pies tocaban la tierra, mis manos estaban ansiosas por tocar las estrellas.

Ese sueño se había convertido en la gasolina que ponía en marcha el motor.

—No sé vosotros, pero yo estoy deseosa de que la cumpleañera nos cuente a todos de una vez por todas ese plan secreto que lleva días maquinando —intervino Mena mientras todos estábamos concentrados en saborear la tarta de fresas que había llevado la abuela.

—Os lo cuento después de la tarta y con orujito en la mano preferiblemente —advertí, intentando hacer tiempo para repasar mentalmente mi alocución.

—Venga Ana, que nos tienes en ascuas. Ten consideración que muchos hemos venido desde Madrid —farfulló Lachlan mientras señalaba a Gian Piero, Iker, Arón, Javi, Alena y a los rozagantes mellizos—. Mellizos que, por lo general, se comportaban como unos angelitos, pero junto a Miguelito y Mateo (los pequeños terremotos de Jimena y Eva respectivamente) llevaban horas aplicándose unos a otros un tratamiento capilar a base de granos de arroz y demás restos de paella. Tratamiento que los padres de las criaturas parecían ignorar.

—Y tú, cariño, ¿has venido por cotilla? Todos hemos venido porque nuestra Anita cumple veinticuatro añazos... Y Madrid no es igual sin ella... No sé vosotros, pero *io* la extraño *molto* —interrumpió Gian Piero.

—*¡Ti voglio bene!* —acompañé mi declaración de un beso al aire dirigido al que un día consideré mi vecino raro y que en los últimos años se había convertido en uno de mis amigos imprescindibles.

—¡Joder!... Yo no me explico cómo has tenido tiempo de extrañarla si ya casi os habéis apoderado de mi habitación de invitados —protestó mi padre con sarcasmo.

—¡Papá! —chillamos Eva y yo al unísono.

—Entre este hombre y un asno no encuentro ninguna diferencia —refunfuñó mi madre indignada.

—Tengo mejor sonrisa... Y lo sabes... —soltó ufano mi padre—. ¡Es broma, hombre! Nadie más feliz que yo de que hayáis estado todos en casa acompañando a mi niña. Ver a mi Ana sonreír es de las cosas más bonitas que

hay y eso os lo debo a todos vosotros...

—Bueno, bueno, no nos pongamos sentimentales, papá... —interrumpí con un nudo en la garganta—. La parte del agradecimiento es parte de mi discurso... En fin...

Hice señas al camarero para que se diera prisa con los chupitos de orujo. Quería agradecerlos a todos por haberme aguantado durante los últimos meses. No sé qué haría sin vosotros. Sois la mejor familia que alguien pueda imaginar, y digo familia porque con algunos de vosotros me une la sangre y con otros la amistad, pero con todos me une un querer inmenso; una especie de seguridad que me da el saber que sois parte de mi vida y que mi vida es más bonita porque estáis en ella. Os quiero mucho más de lo que os digo, aunque a veces os vea mucho menos de lo que quisiera. No os hacéis una idea de lo importantes que sois para mí.

El nudo en la garganta subió hasta los lagrimales. Por suerte, antes de empezar a hipear llegaron los chupitos.

—Brindemos por el amor, por la amistad, por la familia... Tres palabras que definen a la cumpleañera más guapa del mundo —sentenció Javi mientras alzaba su copa.

—¡Por Ana! —brindaron todos a coro.

—Bébelo fondo blanco —me sugirió Iker, al tiempo que Eva pedía al camarero dos rondas más para todos y este la observaba con cara de confusión, como si tres o cuatro chupitos de digestivo fuesen una exageración.

Luego de tres chupitos me envalentoné y expuse mi plan.

—Voy a dejar mi trabajo —anuncié decidida.

—Pero... Pero cariño, ¿te has vuelto loca? No puedes tomar decisiones apresuradas, no creo que sea buen momento. ¿Qué piensas hacer?, ¿vas a pasarte el día entero leyendo o viendo películas? Por eso no puedes cobrar un sueldo. ¿No estarás pensando irte ahora como una hippie mochilera por el mundo? Que tú ya tienes una edad, Ana de mi corazón... Creo que has malinterpretado mis consejos —espetó mi madre visiblemente confundida.

—Mamá, he dicho que voy a dejar mi trabajo, no que voy a dejar de trabajar para convertirme en una mantenida —respondí con ironía—. Si me dejaras terminar...

—Yo lo que digo es que en tu estado no se pueden tomar decisiones a la ligera.

—¿Y yo qué tengo, una enfermedad terminal o una deficiencia mental?... De verdad mamá, a ti no hay quien te entienda... —Negué con la

cabeza e hice ojitos a la abuela que estaba sentada a mi lado cogiéndose la cabeza y moviendo los labios deliberadamente, un gesto que solía hacer las tantísimas veces que mi madre la sacaba de quicio.

—¡Igualita a tu padre!... Bien dice el dicho: cría cuervos y te sacarán los ojos... Ahora yo soy una loca —farfullaba mi madre ofendida, mientras se limpiaba un par de lágrimas imaginarias.

—¡Calla ya, mujer! Es que eres pesada. Nadie te ha dicho loca. Es que no dejas hablar a la niña —le riñó la abuela.

—Gracias suegra... Usted es la única que puede domar a esta fiera. Esta mujer nos va a volver locos a todos. Quiere que la niña sea feliz, que rehaga su vida y ni siquiera deja que nos cuente su plan sin interrumpirla —agregó mi padre mientras mi madre le fulminaba con la mirada.

—¿Tú que sabrás? —rezongó ella.

—Papá, mamá, ¿nos podéis hacer un favor enorme a todos y permanecer callados? —solicitó Eva con suavidad, pero con tanto ímpetu en sus expresivos ojos castaños del tono de las almendras tostadas, que mis progenitores no volvieron a pronunciar palabra hasta que la conversación tomó de nuevo ese tono hostil que tanto les gustaba.

Cogí aire... Intentando obviar las impertinencias de mi señora madre y procurando mostrarme grandilocuente en mi discurso, quise describir con lujo de detalles el proyecto que tenía en mente, buscando entre otras cosas que fuera plausible para todos y que algunos se animaran a desarrollarlo conmigo. Mi plan estaba tan perfectamente estructurado que de una u otra forma necesitaba de cada uno de ellos para ponerlo en marcha.

—Quiero crear un espacio cultural, un lugar único en la ciudad —solté sin más.

Todos me miraban exactamente igual como el camarero había mirado a mi hermana minutos antes. Hasta me toqué la cabeza pensando que un grupito de musarañas bailaba sobre mí y eso explicaba las expresiones atónitas de todos. De todos, salvo de la abuela, que aplaudía como una cría descontrolada y daba saltitos desde su silla.

—Sigue mi niña, cuéntanos todo lo que quieres hacer, que tu idea me encanta —me animaba la abuela al tiempo que golpeaba mi pierna transmitiéndome su entusiasmo.

—Bueno... —Uní las puntas de mis dedos con las palmas frente a frente, pero separadas, en el clásico gesto de orador que quiere demostrar seguridad y confianza en sí mismo—. He estado pensando en un lugar

polivalente, que sea un espacio abierto a diferentes campos de la creación y el pensamiento. Un espacio de todos y para todos.

Algunos asentían, pero con cara de estar pensando cuántos chupitos debían ser necesarios para entrar en coma etílico. Otros permanecían inmóviles (probablemente imaginando cómo les sentaría el tratamiento capilar que los niños se seguían aplicando en aquel momento).

—¿Yo soy el único que no entiende de qué carajo hablas? —intervino Iker buscando complicidad con alguno de los presentes.

—Eres el único que ha bebido como un cosaco... Por eso, en estos momentos dudo mucho que entiendas siquiera. Calladito te ves más guapo —replicó Jimmena llevándose el dedo índice a los labios en señal de hacer silencio—. Iker imitó su movimiento y acto seguido rellenó nuevamente su copa con una cantidad exagerada del ron Diplomático que me había llevado de regalo y a esas alturas ya se había bebido la mitad de la botella. «Todo un derroche de galantería, mi flamante ex».

Cogí aire de nuevo.

—A ver... Para quienes no entienden de que estoy hablando. Quiero erigir un lugar de encuentros para la comunidad creativa, un sitio donde se produzca la fusión de diferentes manifestaciones artísticas, un espacio que favorezca el diálogo entre las artes y que actúe como un catalizador y difusor de la cultura contemporánea... —Solté el aire.

Todos guardaron silencio durante unos segundos que me parecieron eternos.

—Me parece una idea brillante —opinó Lachlan—. En la sociedad habría menos problemas si se impulsara más el arte y la cultura.

—Eso creo... —agregué—. Entonces... ¿No os parece tan descabellada mi idea?

—A mí me parece estupenda... Y cuentas con todo mi apoyo —respondió la abuela de primera—. Siempre había confiado en el discernimiento de la abuela y siendo ella una amante de las letras, la pintura y el arte en general, sabía que la idea le encantaría. Aunque también, queriéndome como me quería, le hubiese planteado replantar su huerto con plantas de marihuana y probablemente hubiese aceptado.

—Suena bien, prima... Pero ten en cuenta lo jodido que es emprender en este país, y no estamos hablando de montar un quiosco, que ya de por sí puede ser un coñazo. Lamentablemente, vivimos en un país donde la mayoría de la gente sueña con ser funcionario o en su defecto empleado... ¿Eso no te

dice algo?

—Perdona que te interrumpa, Mena —intervino Arón—. No creo que deba ser una limitante para nadie el hecho de que a la mayoría de las personas les dé miedo emprender. Hay gente que lo hace, gente que tiene buenas ideas y trabaja duro por ellas, gente que hace la diferencia.

—Estoy de acuerdo contigo —reconoció Javi—. No critico a los que trabajamos por cuenta ajena. Sin duda alguna es mucho más cómodo que ser autónomo y más si te gusta lo que haces. Lo que si critico es a los que, teniendo ideas brillantes, prefieren guardarlas en un cajón por no salir de su espacio de confort. Solemos culpar a media humanidad de nuestras frustraciones, pero la mayoría de las veces somos nosotros mismo los que nos ponemos las trabas... ¿De qué sirven los sueños si no vamos a por ellos?

—Dicho así suena precioso, pero en la práctica no es tan fácil. Hay sueños que cuestan un pastón y personas a las que les cuesta un huevo conseguir financiamiento —sentenció Mena.

—Habló la que no pudo montar su spa para pijas y mascotas por falta de financiamiento —replicó Eva sarcástica.

—No *cariñet*. No lo monté por dedicarme a la maternidad y por estar amamantando como una vaca lechera. Que dicho sea de paso es la horterada más grande que he hecho en la vida. Además, tendré yo la culpa de haber nacido con pasta —se defendió airoso— y de tener un exmarido cabrón que aparte de indemnizarme por un matrimonio de mierda tiene que pagar porque esta boquita bonita se mantenga cerrada.

—Jimmena por favor... Hablas como un camionero... —le reprendió mi madre—. No me parece correcto que te refieras al padre de tu hijo como un exmarido cabrón. Miguel es un buen hombre. Que sea diferente no lo convierte en mala persona.

—Maricón. Miguel es maricón —corrigió mi padre—. Déjate de eufemismos, mujer... Y ojo, yo no tengo nada en contra de los maricones, ¿eh? —aclaró señalando a Lachlan y a Gian Piero, como si alguno de los presentes no tuviese clara cuál era su orientación sexual—. Pero a las cosas hay que llamarlas por su nombre.

—Si me permite, gay u homosexual son las formas correctas —protestó Lachlan, visiblemente incómodo con el giro de la conversación—. Mi padre levantó la mano, bajó la cabeza y con ese gesto se disculpó.

—Según el nuevo mejor amigo de Ana, que además se descubrió gay gracias a ella... Miguel no es homosexual es pansexual, ¿qué tal? —soltó Iker

sin poder contener la risa.

—¿Tú eres idiota o te haces? —gruñí, con unas ganas enormes de estamparle la botella de su bendito ron edición especial en la cabeza. Por tres razones de peso: odiaba el ron, odiaba que me regalasen botellas y en aquel momento comencé a odiar a mi ex por imprudente.

Cuando Iker y yo reanudamos el trato cordial, le conté de mi amistad con Chiva Loca, con quien yo seguía manteniendo contacto a escondidas de Mena. No porque tuviese nada de malo, sino porque Mena seguía un poco irascible con el tema.

—¿Pan qué? —preguntó mi madre con los ojos puestos como platos.

Nadie le respondió... En parte porque la mayoría no había escuchado en su vida el término pansexual y no tenían la menor idea de que hacía referencia a la orientación sexual en la que la atracción romántica o sexual no tiene nada que ver con el género o con el sexo de las personas, y en parte, porque mi madre había agotado aquella tarde su cuota de interrogantes que habrían de ser respondidas. Las anteriores navidades habíamos acordado establecerle un límite en su descontrolada capacidad (durante cada velada familiar) para emitir preguntas y exigir respuestas; dinámica que denominamos «la tortura china».

—¡Qué fuerte!... ¡No hay derecho!... Me parece mentira. Después de todo lo que yo he pasado con Miguel ¿tú te sigues viendo con Chiva Loca? —me inquirió una Mena indignada que en ocasiones se creía el centro del universo.

Ni siquiera me molesté en responder. Ella estaba convencida de que Chiva Loca había sido el causante de su fracaso matrimonial y no lo complicado que podía resultar para cualquier mortal convivir con ella... Después de otro conflictivo divorcio y unos cuantos años de costosas terapias se dio cuenta de esto y logró perdonar a sus dos exmaridos y sobre todo aceptar que la vida en pareja no iba con ella.

—Por favor Jimmena, no es para tanto; deja el *show*, ¿qué más da? Ni que Ana sea la fotógrafa particular de esa linda parejita —intervino Eva, soltando una risita que me contagió de inmediato, al recordar aquellas fotos comprometedoras.

—Claro... Como tu hermana no anda de uña y mugre con el amante de tu marido —se defendió—. ¡Ah no!, perdona... Qué marido ni qué hostias, que vosotros ahora vais de progres y no creéis en el matrimonio.

Jordi, el anestesista a quien yo llamaba cuñado por el simple hecho

de hacer inmensamente feliz a mi hermana y ser el padre de mi consentido Mateo, escupió sobre la mesa parte del orujo que degustaba.

—Soy progre y no creo en el matrimonio por obligación, pero que quede clara una cosa: no tengo amante y de tenerla sería «la amante», que para comer me pido siempre almejas, no chorizo, guapa —se aventuró a decir mi flamante cuñado dejando ver toda su blanca dentadura, y antes de que Eva reaccionara y le diera un manotazo.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Qué os han puesto en esos chupitos? —soltó indignada la abuela.

—¡Me va a dar un soponcio! —intervino mi madre, abanicándose con las manos.

—¡Ponme una botella de *whisky*, chaval! —pidió mi padre al pobre camarero que seguramente debió tomar un ansiolítico para poder lidiar con nosotros.

—Esta familia nunca defrauda —le susurró Javi a su chica—. Él y Alena eran quienes más parecían disfrutar de lo absurda que resultaba aquella tertulia de sobremesa en la cual yo pretendía compartir con todos los presentes los detalles de mi proyecto.

—*Why do Spaniards yell so much?* —masculló Lachlan—. Gian Piero se alzó de hombros.

—Abuela, creo que me voy a dar un paseo por el embarcadero —murmuré a su oído, antes de levantarme.

—Ve, mi niña, pero no te enfades pensando que no te han hecho caso... Tu idea es muy buena, lo que ocurre es que todos se han asustado porque saben que también a ellos les va a cambiar la vida.

Sonreí mientras sus manos tibias apretaban las mías y en sus ojos grises rodeados de arrugas vislumbraba un sueño que podía ser realidad.

—Sé que te ríes porque crees que soy una vieja loca que se cree pitonisa, pero ya verás que tengo razón. Tú, hazme caso, habla con cada uno por separado. No tengas vergüenza de pedir la ayuda que necesitas. Ese es el primer paso para el éxito, rodearse de las personas adecuadas. Luego, toca ser muy humilde para dejarse orientar, estar abierto a aprender, trabajar duro y hacer las cosas bien. Mantener los pies en la tierra, pero con la vista puesta en las estrellas...

Le besé las manos. Esas manos llenas de grietas que tantas veces me habían acurrucado; esas manos que se enganchaban a mi brazo cuando paseábamos por el centro de la ciudad buscando un sitio nuevo para merendar;

esas manos que preparaban las tartas más exquisitas que en la vida he probado; esas mismas manos que me enseñaron a barajar las cartas, a pasar las páginas de los libros con tanta suavidad para que pareciera que nadie los había leído; esas manos que tejían pañitos de croché con hilos coloridos y bordaban mis iniciales en el uniforme del colegio; esas manos que cambiaban de forma por la artritis, pero seguían siendo las manos más poderosas para transmitir fuerza y entereza.

Como era de esperar, al alejarme de la mesa nadie se percató de mi ausencia. Estaban tan inmersos discutiendo de sexualidad, política y religión (tres temas que en la medida de lo posible trato de evitar) que ni siquiera notaron que los niños llevaban gambas enredadas en los cabellos. Si la abuela tenía razón y a alguno de los presentes (además de ella) le había resultado tentadora mi idea, lo sabían disimular a la perfección.

Salí hasta la terraza del local y recorrí un pequeño trayecto hacia los viejos muelles de La Albufera. Fui cogiendo pequeñas piedras en el camino. Había un clima perfecto para ser finales de noviembre. La tarde soleada y la brisa cálida reconfortaba. Me senté en el bordillo con los pies colgando, con la punta de mis botas camperas podía rozar el agua. Comencé a lanzar piedras como quien lanza muy lejos los recuerdos que le pesan; para comenzar un nuevo camino ligero de equipaje.

El graznido de las gaviotas que volaban ante mis ojos me ensimismaba en mis pensamientos y no percibí los pasos que se acercaban hasta que Arón se sentó a mi lado ofreciéndome un puñado de piedras.

—No es temporada de boquerones... —afirmó, al tiempo que se inclinaba hacia atrás apoyándose sobre sus manos.

—¿Sabes mucho de boquerones? —pregunté en plan sorprendida, como si los boquerones representaran un misterio para la humanidad.

—La verdad es que solo sé que son tu comida favorita, que en invierno están a más de cien metros de profundidad, que cuando han pasado por técnicas de salazón se les conoce como anchoas y que en el norte les llaman bocartes —respondió él, con un tono pausado y esa templanza que siempre transmitía, sin apartar la vista de mis manos que no dejaban de lanzar piedras al lago.

—Pues sí que sabes...

—Mi abuelo era pescador y precisamente pescaba aquí. Cuando yo era niño, me traía todos los domingos a pasear en su *albuferencs*. Pasábamos

horas recorriendo los canales. El domingo era mi día favorito de la semana solo por eso —confesó con nostalgia—. Él me contaba que estas aguas eran tan cristalinas que se podía ver el fondo; las aves se zambullían desde el aire para pescar, mientras los niños chapoteaban en el agua de los canales y la gente bebía directamente de los manantiales que brotaban en el estanque. ¿Te lo puedes imaginar?

—«Ya estaban en la verdadera Albufera, en el inmenso *lluent*, azul y terso, como un espejo veneciano que retrataba invertidos los barcos y las lejanas orillas con el contorno ligeramente serpenteado» —recité histriónica una estrofa del último libro que había leído.

—*Cañas y Barro* es una pasada... La recreación que hace Blasco Ibáñez de este lugar no tiene desperdicio... Para los que tenemos parte de nuestras raíces aquí significa mucho esa novela.

—Ya... Me imagino... Y supongo que teniendo raíces de pescador palmareño, a ti se te debe dar bien la pesca, ¿no?

—¿La pesca? ¡Qué va!... Se me da fatal. Dicen que la paciencia, la observación y la dedicación hacen al buen pescador.

—¿Y tú eres impaciente, disperso o inconstante? —Fruncí el ceño en plan detectivesco.

—¡Qué facilidad para conseguir antónimos! Se te notan las dotes periodísticas.

—Y a ti las legales que no veas... Vaya manera de evadir una pregunta, letrado.

—Una periodista suspicaz... —Se llevó la mano a la boca en gesto pensativo—. Digamos que soy un poco impaciente, en ocasiones disperso e inconstante en algunos casos —confesó, muy seguro de sí mismo—. ¿Y tú? Además de organizar comidas para luego dejar tirados a los invitados, ¿tienes algún otro defecto que desconozca? —preguntó, acompañando sus palabras de una sonrisa cómplice.

—Un poco intolerante... En ocasiones cobarde... Y en muchos casos insegura —respondí con detenimiento—. Nunca había compartido con nadie mis defectos de manera categórica (con nadie que no fuera un psicólogo a quien le pagaba un pastón por escucharme). Siempre me ha parecido que hablar de nuestros propios defectos es algo que las personas, en líneas generales, no solemos hacer y cuando lo hacemos tendemos a mencionarlos de forma retórica buscando persuadir al oyente. El típico caso cuando preguntan en una entrevista de trabajo: ¿cuáles son tus defectos?, y el entrevistado

responde airoso: «soy sumamente perfeccionista».

Arón y yo hablamos por un largo rato de nuestros defectos y de lo mal que se nos daba lidiar con ellos; lo hicimos a calzón quitado y corazón abierto. Nos mostramos sin dobleces y después de tantos años conociéndonos fue divertido decirnos:

—Un placer conocer tu lado testarudo.

—Lo mismo digo, obstinado caballero.

Nos dimos un apretón de manos protocolar y contemplamos la inmensidad del frágil humedal.

—Mi abuelo decía que reconocer tus defectos y no trabajar en corregirlos es como ver la contaminación que se va cargando todo y no hacer nada para remediarlo —dijo señalando el lago.

—Es muy fuerte, ¿no? Durante tantos años a nadie le preocupó el tema de los vertidos industriales en La Albufera.

—No solo industriales, vertidos urbanos y agrícolas también. Creo que mucha gente no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando hasta que empezaron a ver el agua tintarse de verde. Y los que tenían plena conciencia del daño que estaban ocasionando se hicieron la vista gorda... Mientras, sus ingresos aumentaban... Personas a quienes parece no importarles en lo absoluto acabar con todos los lagos, mares, océanos y ríos del planeta. Mientras por el grifo de casa salga agua, el tema de la contaminación no es su problema. Mientras tengan aire acondicionado, ¡a la mierda el calentamiento global!... ¡a la mierda la deforestación! Imagino que pensarán que después de cargarse todo lo que nos rodea, viviremos campantes como por arte de magia entre mares de plástico, tierra estéril y sin oxígeno para respirar.

—Y lo peor es que hay tanto descerebrado destruyendo el planeta como gente que se queda de brazos cruzados mientras lo hacen, y en ese grupo me incluyo. Sé que podría hacer más de lo que hago, y aquí me ves, sentada sin hacer nada —reconocí.

—Dime por favor que por lo menos reciclas.

—*Of course...* Reciclo, reutilizo y reduzco... No tiro basura en la calle... Y cuando estoy tumbada en la arena tengo la manía de recoger las colillas que encuentro cerca. ¡Una ciudadana ejemplar! —Chasquéé la lengua, levanté la ceja y me señalé con ambas manos. Arón asintió e hizo ademán de aplaudir—. Pero hablando en serio... Estoy convencida de que podría hacer más. Siempre se puede hacer más.

—Con lo que haces, por los momentos es suficiente. Además, ahora

debes enfocarte en tu proyecto. Quizá consigas la manera de encajarlo con ser una ecologista de categoría. —Sus palabras, más que una sugerencia, sonaron a un decreto. Arón tenía esa habilidad; la habilidad de convertir las palabras en hechos.

—¿No te parece un poco descabellada mi idea?

—¿Descabellada? Para nada. Me parece idealista, incluso ambiciosa, pero es lo que tienen las buenas ideas. Aunque para ser sincero, en este momento me cuesta mucho verte como una mujer emprendedora. No porque dude de tus cualidades. Es simplemente porque desde que estamos aquí no dejo de recordar el día de tu Primera Comunión... Estabas sentadita en este mismo muelle lloriqueando porque te habías caído en un charco de barro y tu vestido blanco tenía manchas por todas partes.

—¡Jo!... Te prometo que lo había olvidado... ¡Madre mía! Todos tus recuerdos conmigo son drama de mi parte y de la tuya compasión... —Solté una risita y me llevé las manos a la cara como quien está muriendo de la vergüenza.

—Muy a lo Candy Candy, la verdad... —Me dio dos palmaditas en el hombro y reímos con la mirada puesta en el agua repleta de microalgas—. Lo del drama no te lo discuto y no me parece nada malo. Eres una tipa apasionada y la gente como tú suele ser más susceptible al drama. Pero para ser honesto, por mi parte, más que compasión ha sido siempre admiración. —Yo le observaba casi sin pestañear—. Recuerdo aquella tarde de tu Primera Comunión como si fuera ayer; en cuanto me viste me dijiste que no estabas llorando por haberte caído, sino porque tardaste mucho en levantarte y por eso ensuciaste el vestido... Gracias a una niña de ocho años aprendí que las marcas que dejan las caídas dependerán del tiempo que pasemos lamentándonos o levantándonos. —Sonreí satisfecha y sentí como se me sonrojaban las mejillas—. Cuéntame con detalle ¿cuál es tu plan?

Le conté lo mejor que pude el resto de la perorata que tenía prevista para todos los invitados a mi comida de cumpleaños.

—El lugar que sueño es un espacio para la comunidad creativa, abierto a la diversificación de las manifestaciones artísticas y culturales, y que cuente con participación social gracias a una oferta cultural y formativa que esté al alcance de distintos públicos. Que sea un entorno idóneo para el encuentro de artistas, creadores y emprendedores culturales que quieran promover el talento, fomentar el diálogo, el respeto, la integración y la diversidad a través del arte... Un lugar lleno de magia; un lugar donde soñar

no sea una opción, sino una obligación —solté con una emoción que no me cabía en el pecho porque era la primera vez que verbalizaba ante una persona lo que llevaba durante muchas noches contándole al espejo.

Callamos durante unos segundos en los que solo se oía el rechistar de los rayos de sol aferrados al paisaje.

—Ten claro algo: soñar no tiene gran dificultad... Sin embargo, luchar por esos sueños, solo los valientes pueden hacerlo, teniendo siempre presente que alcanzarlos... Alcanzarlos corresponde únicamente a los más afortunados.

El sol caía de prisa entre los manglares; cielo y lago se pintaban de ámbar y naranja. Una mirada rutilante de esos ojos negros era justo lo que necesitaba para confirmarme que quería ser una valiente con los pies en la tierra y si la suerte me sonreía, mi mente dejaría de vagar en las estrellas porque mis manos podrían tocar cada una de ellas.

Mi aquel

Si algún día escribiera una canción, creo que la titularía *28 de mayo*, siguiendo la línea del *7 de septiembre* de Mecano, el *20 de enero* de la Oreja de Van Gogh, el *19 de noviembre* de Carlos Vives o cualquiera de las tantas que aluden a un día en específico del año y a todo lo que ese día significa.

Mi canción hablaría de tantas cosas que probablemente estaría compuesta de un montón de estrofas sin mucho sentido.

Contaría la historia del 28 de mayo de 1925 en un pueblito canario llamado Breña Alta, donde nació mi abuela Cuca, una mujer que me enseñó, entre otras cosas, a leer entre líneas, a soñar despierta, a no perder el tiempo buscando respuestas para todo y a reconocer que hay amores para toda la vida (y en una vida puede haber muchos amores).

Dedicaría una estrofa también al 28 de mayo de 1988, el día en que tomé mi Primera Comunión y del que solo recuerdo mi primera caída colosal. Mi madre, en vez de reñirme por haber destrozado el vaporoso vestido blanco que llevaba, me dijo que no me preocupara por un par de manchas:

—La ropa que llevamos encima no nos hace ver más guapas. Da igual si estamos gordas o flacas, los ojos de las personas que de verdad importan solo se fijan en lo bonito que hay en tu alma. —Luego, secó mis lágrimas y derramó un poco de vino tinto sobre la falda de su vestido rosa pálido—. ¿No crees que sigo estando guapa? —preguntó.

No podría dejar de mencionar el 28 de mayo de 2006, el día en que

nací otra vez en la que ha sido la primavera más esperada de toda mi vida. Amanda llegó a este mundo para hacerme entender eso que mi madre siempre repetía del único amor sin condiciones, cuando logras querer a alguien más que a tu vida... Pensé que un amor como el que siento por ella no podía compartirlo con nadie hasta que años después llegó su hermano y descubrí que el amor de una madre no es divisible, por el contrario, se multiplica de una forma incontrolable.

Y por supuesto, mi canción tendría una larga estrofa para contar todo lo ocurrido el 28 de mayo de 2004, un día de comienzos —nunca mejor dicho—. Mi primer sueño a lo grande se convirtió en realidad. Al final de la tarde, en una acogedora recepción, quedó inaugurado *AmArte Espacio Cultural*.

No hicimos el típico espectáculo de cortar la cinta roja, pero el de descorchar unas cuantas botellas de cava y brindar hasta las tantas sí que lo cumplimos a rajatabla. Fue una celebración íntima para dar por cumplida la primera fase de un proyecto al cual la mayoría de los presentes habíamos entregado todas nuestras energías durante los últimos seis meses.

Siguiendo los consejos de la abuela hablé por separado con cada una de las que consideraba las personas perfectas para darle forma a mi sueño. Gracias a cada una de ellas (y otras tantas que se fueron uniendo en el camino) mi sueño de crear un cálido y moderno espacio cultural se hizo realidad.

Tuve que realizar algunos cambios para poder llevarlo a cabo y el primero fue sacrificar la locación. Yo lo había visualizado en el centro de la ciudad, muy cerca de la plaza del ayuntamiento, pero esta fue la primera idea de la que desistí... A nivel presupuestario era impensable hacerme con un local en esa zona de las dimensiones que necesitaba.

Mi abuela aprovechó la situación para repartir su herencia en vida entre sus nietos. Eva, Mena y yo —las únicas chicas de la partida—, nos convertimos en las herederas de un extenso solar ubicado en una zona poco céntrica, pero sí con bastante potencial de crecimiento. El solar contaba con tres espacios construidos bajo las mismas líneas rectas: un viejo almacén de muebles, un taller de carpintería y una enorme nave comercial.

Como era de esperar, las tres propietarias del solar nos asociamos. No obstante, Mena dejó claro desde un principio que ella no quería trabajar, que podía ayudar en todo lo que fuese necesario hasta la puesta en marcha, pero que una vez se abrieran las puertas de *AmArte*, ella acudiría a recibir clases de baile, a llevar a Miguelito a las clases de música, a disfrutar de las exposiciones y espectáculos o, incluso, a merendar en la cafetería *vintage* en

la que mi madre había puesto todo su empeño y la abuela todas sus buenas recetas. Eva y yo nos mostramos tristes con la decisión de nuestra prima, pero en el fondo dimos saltitos de alegría de no tener que lidiar con ella en el día a día laboral.

Arón se convirtió en nuestro asesor general. Comenzó siendo un asesor legal al que le consultábamos absolutamente todo y nos orientaba siempre con paciencia. Él seguía viviendo en Madrid, pero casi todas las semanas viajaba hasta Valencia para trabajar con nosotras. Se convirtió en asesor financiero, administrativo, director de recursos humanos, fontanero, tapicero, pintor de brocha gorda, chico de los recados y jardinero. Estas últimas tres funciones las compartió con Javi y Alena quienes, sin pensarlo dos veces, se mudaron a Valencia para ser parte del proyecto.

Lachlan y Gian Piero también estuvieron dispuestos a participar a pesar de que en aquel momento no podían abandonar sus compromisos laborales en la capital, ni su futura paternidad (meses después llegaría a sus vidas Nicolás; un gordito dulce y risueño lleno de energía y buen humor). Encontraron la forma de hacer crecer su afamada galería madrileña con una pequeña sucursal dentro del concepto *AmArte*.

Iker fue el artífice arquitecto y la persona capaz de convertir en una realidad un proyecto que yo había creado en mi mente... Algo que parecía una utopía él lo hizo tangible y no tengo la menor idea de cómo lo consiguió, pero diseñó un lugar que ni en sueños yo pude haber visualizado tan bonito. Dicen que la arquitectura es la profesión de los sueños, la proyección de los deseos y la construcción de ilusiones. Los buenos arquitectos son capaces de ver en los ojos de sus clientes la ilusión de un proyecto de vida y son capaces de sacarlo fuera para que pueda erigirse. Iker fue el diseñador de lo que podría considerarse la parte física de mi sueño y cuidó con esmero cada uno de los detalles de la obra.

Dividimos el proyecto en dos fases. La primera —que inauguramos aquel 28 de mayo— era una versión a lo grande de Liliput, el diminuto piso que compartí con Sara en nuestra época de estudiantes en Madrid. Iker aprovechó la estructura de la nave comercial de dos plantas y en ella dispuso, de forma armónica, de cuatro salones acristalados y multifuncionales en la parte baja y de seis aulas de menor tamaño en la parte superior. Las pocas paredes que separaban las diferentes estancias eran de ladrillo desnudo.

Al entrar daba la sensación de estar en un ambiente industrial

ecléctico: techos altos con ductos de aire descubiertos y vigas desnudas, suelo de cemento pulido en el área común desde donde se podía acceder a los diferentes salones. El mobiliario —hecho con materiales reciclados en los que predominaba el hierro y la madera— se conjugaba con las obras que colgaban del techo, sujetas por gruesas cadenas de acero, así como con las esculturas ubicadas sobre cubos blancos iluminados. Era un deleite para los ojos.

A los lados de esta galería abierta que engalanaba el lugar, se accedía a los salones de la planta baja: cuatro zonas independientes destinadas a la fotografía, la pintura, la danza y el teatro.

En el fondo de la planta baja se encontraba una librería de libros usados y una pequeña biblioteca junto a la cafetería *vintage* de estilo neoyorquino de los años cincuenta, donde predominaban los tonos tierra y las tartas de la abuela. Este espacio se abría hacia la colorida terraza del jardín trasero, con enormes puertas correderas de cristal que brindaban luz natural al lugar.

En la parte superior se ubicaban las oficinas y las aulas de música.

La segunda fase nos llevó un año desarrollarla. Consistió en convertir el viejo almacén de muebles en un anfiteatro y el taller de carpintería en una especie de guarida donde casi todas las tardes se reunía un grupo de ecologistas encabezado por Mar —la hermanita de Arón— y su chico. Mar siempre fue polifacética, por no decir *wannabe*. Luego de su temporada choni arrabalera intentó ir por el sendero recto de los rastafaris hasta que se unió a un movimiento neo-hippie en el cual, «Salvar el planeta», era el grito de guerra. En la guarida ecologista se organizaban campañas en pro de la conservación, se dictaban talleres para la reutilización de recursos y se impartían clases de artesanía con materiales reciclados.

Entrada la noche de aquel 28 de mayo en que se inauguró la primera fase del proyecto, Sara y yo, sentadas junto a la mesa de los dulces, aprovechábamos el tiempo para ponernos al día con todos los cambios que había habido en nuestras vidas en los últimos meses y nos poníamos las botas con la ingesta desmedida de polvorosas. Sara y Aitor habían llegado aquella tarde de sorpresa... Reencontrarme de nuevo con mi mejor amiga después de tanto tiempo fue el preámbulo perfecto para todo lo que aquel día prometía.

—¡A ver Marujitas, dejad el cotilleo y las polvorosas para otro día y venid a cantar! —nos interrumpió Eva, llevándose a Sara a rastras hasta la pista de baile improvisada donde la mitad de los presentes rodeaban al *DJ*

intentando hacerse con un micrófono.

—Id vosotras, que yo estoy muerta... —me excusé.

Minutos después comenzaron a sonar las notas de *Mi gran noche*. La voz afinada de Javi entonaba la canción, mientras todos los demás seguían los pasos de una coreografía improvisada. El baile lo dirigía ese chico que me regalaba libros todas las semanas y con ellos ilusiones y esperanzas.

Yo sonreía viéndolos. Hay quien dice que familia y amistad no se deben unir con trabajo. Yo había tenido la suerte de hacer de mi familia mis amigos, de mis amigos mi familia y en los últimos meses, de todos ellos los mejores compañeros de trabajo que alguien pueda imaginar.

La abuela se sentó a mi lado. Nos cogimos de la mano y recosté mi cabeza sobre su hombro para contemplar juntas el espectáculo.

—¿Qué te dije yo cuando cumpliste quince años? ¿Has visto?... Sí que había un chaval ensayando los pasos de Raphael.

—Abuela, usted tiene una memoria y una creatividad envidiable.

—Y un buen ojo que no veas... Ese hombre te mira como tu abuelo me miraba cuando no se atrevía a decirme que estaba loco por mí. —Sonreí y negué con la cabeza, intentando hacer caso omiso al comentario.

—Y usted, ¿cómo supo que el abuelo era ese *aquel* del que siempre me hablaba?

—Lo supe después de muchos años juntos, cuando vi hacia atrás y me di cuenta de que él había sido el único hombre que nunca me había hecho llorar; el único que me miraba como si no hubiese en el mundo nadie más; el único que siempre estuvo a pesar de los años, de lo bueno y de lo malo. El que fue capaz de esperar y perdonar; el que nunca quiso caminar ni delante ni detrás de mí. Él siempre caminó a mi lado. Él hizo de mis sueños sus deseos, de mis preocupaciones sus desvelos, de mi risa su alegría. Supe que era él después de mucho tiempo, después de muchos años de enamorarme y volverme a enamorar.

—No la entiendo... ¿Pero estaba enamorada cuando se casó con él?

—¡Ay Anita!... —suspiró profundamente—. No todo en la vida es entendible y cuando se entiende, no todos entendemos lo mismo. Lo que es bueno para muchos es malo para otros. Lo que yo considero injusticia hay quien lo considera equidad. Hay cosas que no tienen explicación, entre ellas el amor según cómo lo sientas... Algunas personas son capaces de enamorarse para siempre y otras nunca se dan la oportunidad. Yo no creo en un amor para toda la vida. Creo en enamorarse cada día y si eres capaz de eso, de despertar

cada mañana y volverte a enamorar de la persona con la que decidas compartir el camino, es cuando podrás llamarlo *aquel*... Cuando yo me casé con el abuelo no conocía esa clase de amor... el de las cosquillitas en la tripa, que te quita el sueño. Tuve mucha suerte y lo descubrí con él... Para mí el amor se convirtió en pasión, respeto, compañía y sabiduría. Pero el amor es diferente para todos. Si crees que es amor o puede ser amor, ve a por él sin tabúes, sin prejuicios y vívelo plenamente.

—Ya he ido a por el amor dos veces... Y dos veces he fallado. Quizá sea mi momento de desertar.

—¿Qué dices? No has fallado. Has aprendido y has madurado. Que las cosas entre Iker y tú no hayan funcionado no puede considerarse un chasco. Dejar de quererse no es un fracaso. Un fracaso es estar con alguien que no quieres... Y con Pablo tampoco fallaste. Os falló el destino, pero vosotros dos lo hicisteis bien.

—¡Lo echo tanto de menos...!

—Y quizá nunca dejes de añorarlo, pero estoy convencida de que en tu corazón puede haber espacio para alguien más. ¡Te conozco tanto mi niña!, que a veces hasta puedo ver lo que tus ojos no se atreven a ver... Sé que este chico te gusta. Sé que esos libros que han llegado a tu casa cada semana y que poco a poco te han devuelto la ilusión, los ha enviado él. Sé que quieres intentarlo una vez más, pero te estás excusando en todo esto del proyecto, en el recuerdo de Pablo, en comer polvorosas como una desquiciada o en cualquier cosa que se te ocurra para evitar enamorarte... Huirle al amor es de cobardes y tú podrás ser muchas cosas, pero cobarde no eres.

Negué con la cabeza y sonreí. La abuela siempre tenía razón... Aplaudí el excelente performance de *Mi gran noche* que acababa de terminar.

Jimmena y mi madre se acercaron a la mesa de dulces para engullir pasteles de boniato como si no hubiese un mañana para poder seguir comiendo.

—Prima, ¿algún problema si me lío con tu ex? —preguntó Mena desenfadada y con resto de boniato entre los dientes.

—Todo tuyo, guapa... —dije alzando los brazos—. Mena tenía la costumbre de hacer un anuncio formal y solicitar las autorizaciones pertinentes cada vez que quería flirtear.

—¡Jimmena!, ¿qué manera de hablar es esa? —le reprendió mi madre.

—¡A ver! Que soy una pobre madre soltera y una tiene sus necesidades.

—Soltera no, divorciada —corrigió la abuela.

—Abuela, para efectos sexuales es lo mismo —dijo mi elocuente prima con seriedad (la abuela se llevó las manos a la cabeza)—. Iker está más bueno que un pan y si esta tonta no quiere ser reincidente, pues que al menos el vasquito caribeño quede en la familia, ¿no?

—De verdad que tú debes tener algún trastorno psicológico... —acoté.

—¿Citológico?... ¡Qué va!... Mi flor está de maravilla, como siempre, con falta de riego únicamente.

—Pues si tú no tienes problemas en que tu flor la riegue el que regó en mi jardín y que últimamente parece un aspersor regando de un lado a otro, no me queda más que desearte mucha suerte M&M.

—¡Callaos ya niñas! Vais a matar a la abuela de un disgusto con tanta guarrada —reclamó mi madre, mientras la abuela reía descontrolada al escuchar nuestra conversación soez.

—¡Qué dices! —intervino la abuela—. Si sobreviví a una hija neurótica, ¿tú crees que no puedo sobrevivir a unas nietas que parecen princesas hasta que abren la boca?

Jimmena se abalanzó sobre la abuela para llenarle la cara de besos. Mi madre milagrosamente no se enfadó con el comentario como era costumbre. Parecía que por fin se había dado cuenta de que la abuela disfrutaba haciéndola enfadar y ahora se reía cada vez que alguien la criticaba.

Tanto había cambiado mi madre en los últimos meses dedicada a su proyecto particular dentro del espacio cultural, que ahora se le antojaba disfrutar de la vida siempre que pudiese. En cuanto vio que mi padre cogía el micrófono para continuar el set de karaoke con una canción de Nino Bravo, soltó la tartaleta de fresa que reposaba en su mano y fue corriendo a su lado para cantar a todo pulmón.

Luego de un par de canciones desafinadas y una que otra digna de *Operación Triunfo*, crucé una larga mirada con el chico de los libros, ese que bailaba como Raphael, ese que cada vez que sonreía producía un cortocircuito en mi interior, ese que se había colado en cada uno de mis pensamientos, ese que me llamaba cada noche para preguntar cómo había ido mi día, ese que no se decidía a invitarme a cenar y yo mucho menos me atrevía a decirle «podemos quedar cuando quieras», ese chico que se convertiría en el hombre del cual me enamoro casi todos los días...

¿A quién voy a engañar? Hay momentos en que no lo soporto: cuando yo quiero explotar y él aparece con su actitud mediadora y calmada; cuando estoy de mal humor y él hace chistes absurdos que no entiendo; cuando tiene un problema y tengo que sacarle con pinzas las palabras para poder ayudarle; cuando deja los zapatos tirados en medio del salón; cuando no me deja dormir los fines de semana hasta las once de la mañana; cuando se come el último trozo de tarta que escondí en la nevera... En esos y en otros muchos momentos que he ido descubriendo con los años, no logro soportarlo. Pero luego vienen todas las razones por las cuales me enamoro cada día como ese primer día... Ese día, cuando cogió el micrófono y comenzó a cantar: «Hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo. Es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amigo. Ya no puedo acercarme a tu boca, sin deseártela de una manera loca. Necesito controlar tu vida, saber quién te besa y quién te abriga».

Si bien no sonó igual a la versión original de Chico Novarro, ni mucho menos a la versión de Andrés Calamaro, a mí me sonó a la declaración más tierna que he escuchado, con sus ojos clavados en mis pupilas, con mi cuerpo meciéndose sutilmente al compás de la música e imaginando mis brazos rodeando su cuello.

A metros de distancia y ante la vista de todos, él lanzó la solicitud implícita de tener algo conmigo... Mis ojos le gritaron que no era un desatino... Cinco minutos después, junto a un olivo y un cielo estrellado como únicos testigos, sin saber si aquello era un juego del destino, nuestros labios se aventuraron en un nuevo camino.

Último capítulo

Cumpleaños de Amanda

Poco antes de soplar las velas

—¡Estás preciosa! —dijo Arón desde la puerta mientras yo contabilizaba —a través del aparatoso espejo del tocador que hay en la que durante años fue la habitación de mis abuelos— todas las canas que se resistieron al último tinte.

Sonaba *Non, je ne regrette rien* de Edith Piaf en el viejo tocadiscos.

—Estoy gorda, arrugada y ahora también canosa... ¡Qué espanto! —refunfuñé haciendo morritos—. ¿Cuándo me hice tan mayor?

Nuestras miradas se encontraron en el reflejo del espejo mientras él caminaba hacia mí. Llevaba un vaquero desteñido y una camisa ligera blanca remangada hasta debajo de los codos. Su cabello negro azabache se ha tintado de canas también, pero él tiene la suerte que tienen la mayoría de los hombres —verse increíblemente atractivos con esos destellos blancos—. Sigue llevando el mismo corte sobre las orejas de hace veinte años, aunque hoy luce el pelo en plan desenfadado y sin peinar. Eso contrasta con las gafas de lectura que nunca se quita —me vuelve loca verlo así—. Y para rematar, se ha dejado una barba al ras que me quita el aliento cada mañana.

—¡Estás preciosa! —repitió en mi oído, con su pecho apoyado sobre mi espalda y sus brazos rodeando mi cintura—. Me gusta verte vestida de blanco. —Besó mi hombro derecho e hizo un recorrido con sus labios hasta mi oreja. Cerré los ojos y recordé todo lo que habíamos vivido hasta llegar a donde estábamos hoy.

—A mí me gusta verte... Incluso a través del espejo...

A los seis meses de nuestra última primera vez, Arón cambió eso de tener algo conmigo, a tenerlo todo conmigo. En el mismo muelle de La Albufera donde me vio llorar por mi vestidito blanco manchado, dieciséis años después me

pidió que me casara con él. Fue una tarde de otoño. Habíamos merendado bocadillos de boquerones con olivas y justo cuando el sol caía pintando el paisaje de nuevos colores, él se envalentonó y sacó de su chaqueta marrón chocolate un pequeño paquete forrado con un papel de dibujos de *Candy Candy*. Al tacto se intuía que aquel paquete contenía un libro de bolsillo. Sacudió los restos de pan que habían caído sobre mi pierna y soltó el paquete sobre mi regazo.

—Ya me dices si esta historia te gusta —apuntó con la voz entrecortada al tiempo que se ponía en pie.

Cogí su mano con fuerza.

—¡Hey! ¿Y esto qué es? ¿A dónde vas? —pregunté extrañada.

—Un regalo y a dar un paseo mientras tú lees... Aprovecha los últimos rayos de sol —sugirió con esa voz capaz de derretir la Antártida. Luego se agachó y besó mi mano antes de alejarse—. Vuelvo antes de que anochezca.

Solté una risa suave, aunque no tenía claro de que iba todo aquello.

—¡Estás chalado cielo! —Me giré para gritarle mientras él caminaba por el embarcadero hacia tierra firme. Sus piernas arqueadas, sus pasos largos y sus manos dentro de los bolsillos del pantalón, me hicieron soltar un suspiro.

Volví la vista al regalo que reposaba en mi regazo. Candy Candy vestida de rojo corría sonriente en una pradera junto a Clint —su coatí albino—. Con mucho cuidado desempaqué el contenido que se escondía bajo el papel. Era una libreta artesanal con la cubierta dura y de color blanco roto. En la esquina inferior derecha mis iniciales troqueladas *AS* —que también podían ser las suyas (no por el mote *Aron Suena a Amor*) sencillamente por el nombre y apellido que consta en su acta de nacimiento: *Arón Salmón* (bonita casualidad para un descendiente de pescador)—.

Al abrir la libreta pude leer mi nombre en la portada; escrito con el puño y letra del Sr. Salmón.

En las tres primeras páginas estaba transcrito —también con los armoniosos y elegantes trazos de su letra— una parte de mi poema favorito:

Pleito de amar y querer

*Me muero por preguntarte
si es igual o es diferente*

*querer y amar, y si es cierto
que yo te amo y tú me quieres.*

*—Amar y querer se igualan
cuando se ponen parejos
el que quiere y el que ama.*

*—Pero es que no da lo mismo.
Dicen que el querer se acaba
y el amar es infinito;
amar es hasta la muerte,
y querer, hasta el olvido.*

*—Dile al que te cuente historias
que el mundo es para querer,
y amar es la misma cosa.*

*—Querer no es amar. Amando
hay tiempo de amarlo todo:
a Dios, al esposo, al mundo;*

*tocar el borde y el fondo
y amar al hijo del pueblo
como al hijo del esposo.*

*—¿Querer es ser para uno
y amar es ser para todos?*

*—No; amar es amar, y amar
es como amar de dos modos:
a unos como hijos de Dios,
y como a Dios, a uno solo.*

*—¿Amar y querer? Parece
que amar es lo que abotona
y querer lo que florece.*

*Dicen que amar no hace daño
donde querer deja huella.
Si querer es con la uña
donde amar es con la yema...*

*—Querer es lo del deseo
y amar es lo del servicio;
querer puebla los rincones,
amar puebla los caminos;
queriendo se tiene un gozo
y amando se tiene un hijo.*

*—Amar es con luz prendida;
querer, con la luz apagada;
en amar hay más desfile,
y en querer hay más batalla.*

*—Luego querer no es amar;
querer es guerra con guerra
y amar es guerra con paz...*

*—Querer no es lo que tú sientes,
querer no es lo que tú piensas;
tu querer de agua tranquila
ni bulle ni arrastra piedras.*

*Querer no es esa apacible
ternura que no hace huella.
Querer es querer mil veces
en cada vez que se quiera.*

*Querer es tener la vida
repartida por igual
entre el amor que sentimos
y la plenitud de amar.*

*Es no dormir por las noches,
es no ver de día el sol,
es amar sin dejar sitio
ni para el amor de Dios.*

*Es tener el corazón
entre las manos guardado,
y si ella pasa, sentir
que se nos abren las manos;*

*Es tener un niño preso
y envejecido en la cuna;
querer es brasa que vive
de la propia quemadura;*

*es no reír, porque hay algo
de lágrima en la sonrisa;
es no comer, porque sabe
a corazón la comida.*

*Es haber amanecido
sin habernos explicado
cómo sin haber dormido
pudimos haber soñado.*

*—Todo esto es querer y amar,
y amar es más todavía,
porque amar es la alegría
De crearse y crear.*

*Es algo como una idea
que inventa lo que se quiere,
porque al quererlo lo crea.*

No hay un hombre que supere

*a la versión que de ese hombre
da la mujer que lo quiere;*

*ni existe mujer tan bella,
ni existe mujer tan pura
como la que se figura
el hombre que piensa en ella.*

*Por eso, al estarte amando,
si con un amor te quiero,
con otro te estoy creando,*

*y tú, en el amor que sientas,
si con un querer me quieres,
con otro querer me inventas.*

Andrés Eloy Blanco

De todas las cosas maravillosas que descubrí en Venezuela, la poesía de Andrés Eloy Blanco fue una de ellas.

De todas las cosas maravillosas que he aprendido en la vida, el poder del amor es mi favorita.

En la siguiente página de la libreta se podía leer en letras grandes, con curvas perfectas: «Lo quiero todo contigo».

Una página más... «¿Te casas conmigo?».

Temblaba, reía, lloraba... Y toda mi vida daba vueltas en mi cabeza... Finalmente, yo controlaba la noria, que entre prisas y pausas se acopló a la velocidad que yo anhelaba. Giraba serena, constante; disfrutaba del viaje, de las vistas, de los recuerdos, de tantos sueños que estaban a mi alcance y de las sorpresas que había después de ellos. Arón viajaba en mi vagón; se sentaba junto a mí y sonreía.

Me giré de nuevo porque sabía que él había regresado... Él siempre regresa a mi lado. Estaba de pie en la mitad de muelle; junto a él un taburete en el que se apoyaba una botella de Johnnie Walker Blue Label, dos vasos cortos con hielo y un girasol. En su mano una cajita de terciopelo rojo que guardaba un anillo de oro blanco con un pequeño diamante. Hizo un ademán de arrodillarse, corrí a su encuentro para besarlo antes de que su rodilla tocara el

muelle porque ya a esas alturas no era necesario ese cliché.

No recuerdo cuáles fueron sus palabras exactas, solo recuerdo que mi corazón se detuvo cuando vi en sus ojos negros todos los colores del universo y volvió a latir cuando dije sí... Porque *sí* son dos letras que abarcan mucho, que tienen el poder del optimismo en una sola sílaba y que dicen tanto con tan poco. Porque *sí* es la esperanza de que las cosas puedan ir a mejor, es la fe que mueve montañas, es la convicción de un sentimiento, es la seguridad que transmite el estar con la persona que amas, es confianza, es la plena aceptación... Porque *sí* somos él y yo: Ana y Arón, una historia que siempre ha sonado a amor.

—No hay nada en el mundo que disfrute más que envejecer a tu lado. Esos dos kilos que tienes de más y dices que te hacen ver como una ballena, a mí me parece que le sientan de maravilla a tu canalillo. Las arrugas que hay en tu cara son el mapa de tu vida y ver esos surcos pequeñitos que se forman alrededor de tus ojos cuando te ríes a carcajadas, me recuerda todo lo bueno y lo malo que hemos pasado juntos. Esta arruga —dijo mientras acariciaba el contorno de mis ojos— te salió cuando Amanda crecía en tu vientre. Estabas de doce semanas y te tuvieron que operar de emergencia antes de que te explotará el apéndice; esta es del día que murió tu abuela; esta te salió por las noches en vela cuando tu padre pasó por la quimioterapia; esta fue el día que Andrés se lanzó como un clavadista olímpico desde la cuna y hubo que cogerle seis puntos en la frente; esta fue cuando dejé mi trabajo en plena crisis porque soñaba con ser catedrático y a ti te aterraba que me quedase desempleado mucho tiempo.

—No sigas enumerándolas por favor, que yo solo había visto cuatro... —le interrumpí al tiempo que me giraba para verle frente a frente y no a través del espejo.

Han pasado muchos años desde la primera vez que iniciamos este ritual: me sitúo de puntillas frente a él y dejo caer mis brazos sobre sus hombros para sujetarme a su cuello. Mientras sus manos acarician mi espalda, frotamos unos segundos nuestras narices en un beso esquimal y luego nuestros labios se pierden en un beso tierno, a veces pasional, pero siempre nos besamos como si fuera la última vez que nos vamos a besar.

Nuestro pequeño Andrés entró en la habitación —y digo pequeño porque siempre será mi bebé, aunque me saque muchos centímetros—. Ya tiene trece años, la misma edad que tenía Arón la primera de las innumerables

veces que me he enamorado de él. Físicamente son dos gotas de agua; solo que Andrés ha heredado mis ojos grandes y almendrados y a diferencia de su padre cuando era joven, a él le gusta estar siempre despeinado. Tiene tres aficiones: el fútbol, el ajedrez y volver loca a su hermana. Cuando le conocí pesaba solo tres kilos. Era calvo, arrugado y llorón, pero supe de inmediato que él sería el único y verdadero hombre de mi vida.

—Siento interrumpir... pero os esperan en la fiesta, tortolitos —dijo mi pequeño poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué siempre os estáis morreando?... Sois una pareja muy empalagosa, la verdad.

—Y tú, ¿cuándo llegará el día en que aprendas a tocar la puerta, chaval? —replicó Arón con una sonrisa.

Acunó mi rostro con sus manos, besó mi frente y se encaminó a la puerta junto a nuestro hijo.

—¿No tienes nada que decirle a tu madre?

—¡Estás muy guapa mami!

Los dos me guiñaron un ojo y salieron a toda mecha de la habitación antes de que yo corriera para comerlos a besos.

—¡Te esperamos en el jardín, cielo! —gritó Arón desde el pasillo.

Apagué el tocadiscos y pude escuchar que afuera sonaba *A mi manera* en la versión de Siempre Así. Besé una foto de los abuelos que reposaba en un marco sobre el tocador. Me retoqué el pintalabios rosa claro. Di gracias a la vida que me ha dado tanto y fui hasta al jardín a cantar el cumpleaños feliz de mi adorada Amanda.

Esa noche, mi sueño fue diferente:

En la fábrica de nubes que se esconde entre Roraima y Kukenán encontré una hermosa flor. Quise cuidarla y protegerla. La llevé conmigo durante un largo camino. Nadé en las aguas cristalinas de La Albufera, sujetándola con fuerza. Volví a Tarifa y la dejé bajo el cobijo de una lluvia de estrellas. Fui tan feliz... Descubrí que el cielo, el cielo está aquí.